

EXTRAÑAS JUGADAS DEL DESTINO

Miguel Molina Rabasco





EXTRAÑAS JUGADAS DEL DESTINO

MADELEINE

LAS ANDANZAS DE PEDRO Y PABLO

LAS HUELLAS DE HELENA

EXTRAÑAS JUGADAS DEL DESTINO

Madeleine

Las andanzas de Pedro y Pablo

Las huellas de Helena

Miguel Molina Rabasco.

2019

Edita:

Juan de Mairena Ediciones

Tfno.: 957 50 13 56

Email: juanmairena@telefonica.net

Diseño y maquetación: Taller del Sur Comunicación

Imprime: Taller del Sur Comunicación

ISBN: 978-84-947442-9-7



EXTRAÑAS JUGADAS DEL DESTINO

MADELEINE

LAS ANDANZAS DE PEDRO Y PABLO

LAS HUELLAS DE HELENA

MIGUEL MOLINA RABASCO

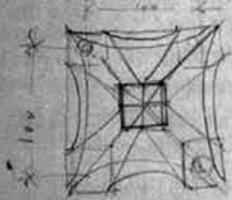
(1)

Paris le 6 Juin 1886

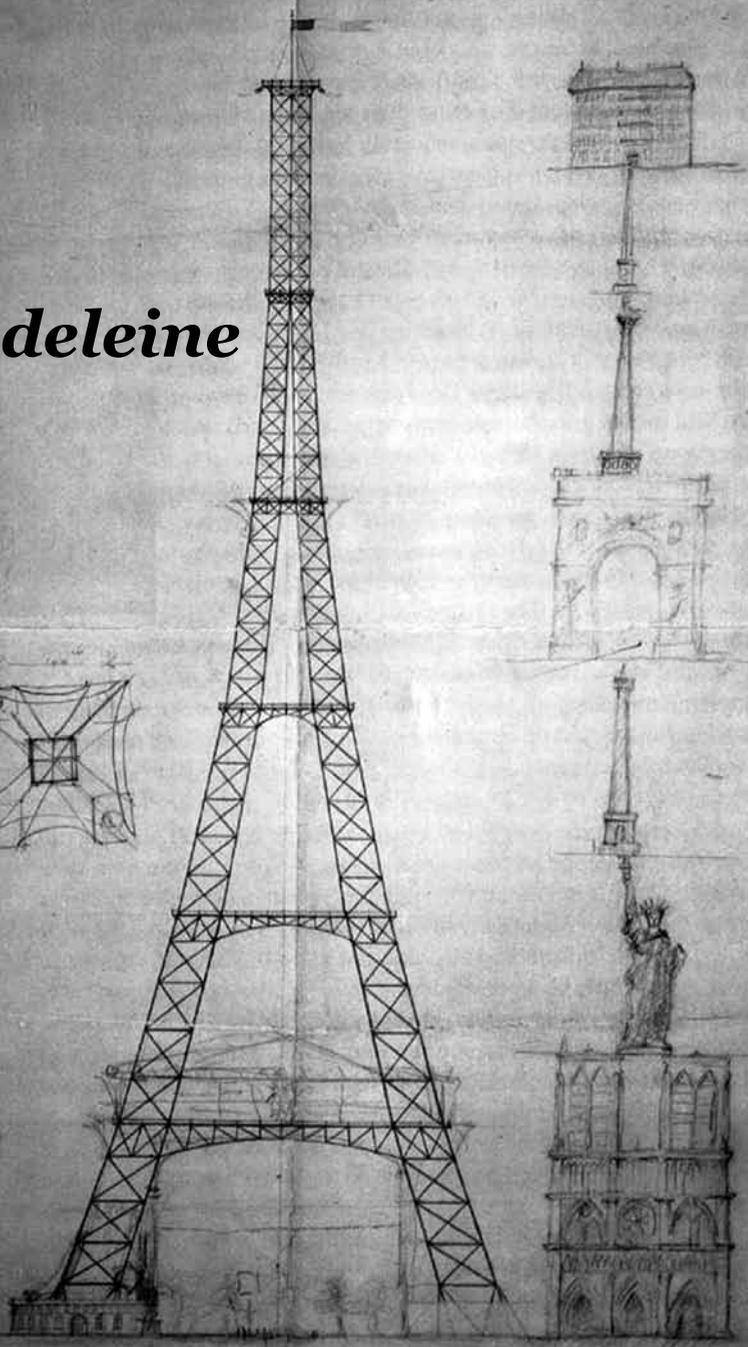
*Pylône de 300^m de hauteur
pour la ville de Paris - 1886
avant l'Église de St. Etienne de M. Nougier*

Échelle 1/50

Madeleine



*Donné par E. Nougier
à M. de Bédouin. Paris le 6 Juin 1886*



Primer boceto de Maurice Koechlin, Émile Nougier – Wikipedia.org

I

En varias ocasiones he reflexionado y escrito sobre la soledad, de las diversas causas que la producen y de las sensaciones y consecuencias a que da lugar. Unas veces la soledad puede ser creadora, cuando nos apartamos del mundo circundante para estudiar, escribir o hacer algo nuevo, como el sabio investigador, el poeta, el artista... Soledad transitoria y fecunda porque no dejamos de percibir la cálida existencia de quienes nos importan y se hallan en nuestro entorno; existe otra en la que, precisamente, esos que nos importan, han desaparecido y su lugar lo ocupa una fría e inevitable ausencia, contra la que es imposible luchar; así podríamos seguir enumerando situaciones, si no interminables, sí numerosas, dependiendo del carácter o forma de ser de quien las sufre o siente, con frecuencia sin claros motivos.

Este es mi caso. No dejo de pensar en cómo escapar de esta especie de densa neblina que recubre y oculta cuanto me rodea, haciendo que me sienta un extraño ser en un no menos extraño mundo, donde todo ha desaparecido, pese a mis ejemplares hijos, al bullicio que encuentro a mi alrededor y que a veces me aturde y me hunde más en mí mismo.

La familia me aconseja que salga y me distraiga, que viaje, que no piense tanto y me lance a conocer más lugares, nuevas gentes... Tal vez tengan razón. Debo escapar de mí, del pasado, percibir la vida y las cosas que parecen existen y nunca he estado cerca de ellas.

Como no tengo que dar cuenta a nadie de mis actos, un día preparé la maleta y me fui a Málaga, ciudad de la que llevo mucho tiempo ausente, pese a que allí reside mi hijo mayor, y en la que tengo negocios y viviendas. Mas después de unos días observando los cambios urba-

nos, que la convertían en una ciudad distinta, y tras recorrer los lugares por los que anduve en el pasado, y que me despertaban acontecimientos y hechos que pretendía olvidar, cogí un avión hasta Madrid. Y allí me ocurrió lo mismo. No conseguí otra cosa que adentrarme en aquel que fui y aislarme más entre la multitud, como si esta no existiera.

Sentado en mi habitación del hotel reflexioné largamente sobre qué hacer; dudé entre volver a casa o irme lejos, a sitios desconocidos que sacudieran mi pereza y ánimo vitales. Y después de sopesar ventajas e inconvenientes elegí, como próximo destino, París. Nunca había estado allí y todo el mundo habla de su encanto y belleza. El propio gerente, a quien comuniqué mis deseos, gestionó el pasaje y el lugar.

—Es un hotel nuevo, céntrico, con vistas al Sena y que no resulta muy caro. Nosotros tenemos intercambio de clientes con ellos.

Le di las gracias y me preparé para marchar dentro de tres días, fecha más cercana que el buen hombre había conseguido para el vuelo.

Debo confesar que me surgió bastante interés en realizar este viaje, y me pareció largo el tiempo de espera. Llegó, por fin, subí al confortable avión de Iberia en Barajas, tras pasar los controles establecidos y, cuando el aparato se elevó, sentí verdadera satisfacción. No recuerdo exactamente el tiempo que duró el vuelo, pero no debió llegar a las dos horas. Desde mi ventanilla, estuve observando el paisaje verde, salpicado de pueblecitos y ciudades que, desde la altura por la que volábamos, parecían de juguete; las montañas, algunas con picachos aún nevados, el agua de parte del Cantábrico, y unas tierras semejantes de Francia, hasta que descendimos, con suavidad, al aeropuerto Charles de Gaulle. Allí me esperaba el taxi que, a petición mía, había enviado el hotel y, después de los trámites enojosos de control, el taxista colocó las maletas y nos pusimos en marcha hacia la metrópolis. Entre atascos y semáforos tardamos más de una hora en llegar al hotel. Este, en verdad, está bien situado, muy cerca

del Sena y su aspecto exterior, de acuerdo con el entorno, agradable y como de reciente construcción. El propio taxista llevó las maletas hasta la entrada y un mozo uniformado me condujo hasta recepción, donde una joven atendía a otro viajero.

La mujer, también uniformada, poseía buena planta y mostraba, por lo que observé, una exquisita atención al cliente que me precedía. Mientras terminaba, saqué mi pasaporte y documentación de reserva y los coloqué en el mostrador.

Cuando se volvió hacia mí y vi su rostro, una imprevista sorpresa, una inquieta emoción, me invadieron y debieron reflejarse en mi cara, que palideció y le hizo exclamar a ella:

–¡Monsieur! Est vous malade?

–Non, mademoiselle. Excusez–moi...

–Veo que es español. ¿De verdad se encuentra bien?

–Sí, perdone. Es que al verla me ha recordado a una persona que hace tiempo fue muy importante para mí. Se parece usted a ella tanto como una gota de agua a otra.

Sonrió graciosamente y, en el mismo correcto castellano, comentó:

–Pues sí que debió ser especial para usted, según la reacción que ha tenido. ¿Va a estar mucho tiempo aquí?

–No lo he pensado aún; seguramente sí.

–Tiene la habitación 525. Desde allí contemplará un bello panorama. Que lo pase bien.

Me entregó la llave e indicó al mozo que me llevara el equipaje.

Di unos pasos detrás del mozo pero, sin pensarlo mucho, me volví y le pregunté:

–Perdone la indiscreción. ¿Cómo se llama usted?

–Madeleine –contestó, al tiempo que, sonriente, me señalaba la plaquita que lucía junto a la solapa del uniforme.

–Gracias. –Y para mí pensé: ya es inquietante casualidad el nombre.

Estoy acostado, insomne, con la cabeza en ebullición. Mil pensamientos surgen y se entrecruzan, mil recuerdos e imágenes aparecen y desaparecen, mientras el tenue ruido de una lluvia suave parece intentar adormecerme al chocar contra los cristales de la ventana, sin conseguirlo. Me estremece que mi viaje a París haya actualizado, de forma tan real, mis recuerdos de hace muchos años; o, mejor, que me haya retrocedido a otros días emocionantes del pasado. Madelaine, tengo la sensación, de que es Magda rediviva.

Y al día siguiente bajo, deseando encontrarme con ella. Y, efectivamente, está en recepción. Me acerco y saludo:

–Bonjour, Madeleine

–Buenos días –me contesta con su español impregnado de la dulzura francesa. Y, muy atenta, me pregunta:

–¿Cómo se encuentra?

–Muy bien

–Pues ahora a disfrutar y conocer esta ciudad única.

–De eso quisiera hablar con usted. ¿Cómo lo hago?

–Puede contratar los servicios de una agencia.

–No me gusta ir en grupos, como en una manada, corriendo por todas partes.

–¿Y si compra una guía o audioguía buena que se lo va indicando todo?

–Pero estaría solo, con un folleto o apa-





rato, sin nadie con quien intercambiar opiniones, ideas o charlar simplemente. Es de lo que estoy huyendo.

–Bueno, si quiere, puedo intentar gestionarle esa especie de guía–acompañante que desea.

–Se lo agradezco, Madeleine.

–Mientras, podría pasear a orillas del Sena. Le despejará y sentará bien.

–Así lo haré. Gracias.

Salgo y a no mucha distancia, encuentro el Sena. Embarcaciones medianas y demasiados pasajeros ávidos de atrapar, en sus tabletas, móviles y cámaras el paisaje, los puentes, las parejas que pasean besándose... Corre un vientecillo fresco y agradable que tonifica. Por el cielo se deslizan, con lentitud, nubes blancas... Tras caminar despacio largo tiempo, me acomodo en la terraza de un restaurante y pido una cerveza. Desde aquí se divisa todo el trajín de bateaux–mouches, de autobuses llenos de turistas en la parte superior. Resulta curioso observar como en todas partes, en las aglomeraciones, en las colas para entrar a los monumentos, hay una multitud de asiáticos, japoneses en especial, inmunes al cansancio y al desaliento, prestos a llevarse imágenes de cuanto ven o visitan.

Próxima la hora del almuerzo, regreso al hotel. Madeleine no está en recepción. Seguramente ha cumplido con su horario de trabajo y se ha marchado. No puedo evitar una pequeña

decepción. Subo a mi habitación y, desde allí, pido que me sirvan un frugal almuerzo. Quiero estar, una vez más, solo... Por la tarde me he decidido a dar un paseo por los alrededores. Reconozco que la arquitectura de esta zona céntrica es muy atractiva; todos los edificios, sin ser iguales, guardan una misma altura y la composición de sus fachadas es armoniosa, encajan, se complementa unas con otras formando un conjunto original, sencillo y artístico. Me acomodo en la terraza de uno de los múltiples bares y restaurantes que existen y me entretengo mirando el caminar apresurado de la gente, la curiosidad de los turistas, las ofertas ambulantes de vendedores de color... Luego, al regreso, me detengo en un puesto de libros viejos, examino algunos y, por último, compro dos: una novela de André Maurois y otro muy bien impreso y encuadernado, cuyo título me extraña: "Les colères du ciel et de la terre". Y lo más sorprendente, el precio de ambos: los dos por un euro y veinte céntimos.

Me acuesto temprano, después de una leve cena. Como no tengo sueño, tras ojear los libros, me acuerdo de Madeleine. Ya es extraño su extraordinario parecido con Magda; hasta su voz, su forma de andar y sonreír, sus ojos, su cuerpo escultural, si no son fruto de mi imaginación o fallo de la memoria, la hacen idéntica. Con algunos años más, sin duda, que lejos de restarle belleza, le acrecientan atractivo, singularmente para un hombre mayor, como yo. Por fin me duermo, pensando en las raras casualidades que nos ofrece la vida.

Por la mañana bajo a recepción. Madelaine está muy atareada atendiendo a varios clientes. No quiero interrumpirla y me voy a la cafetería. Tomo un café bien cargado y espero leyendo la prensa del día, colocada en una mesita a disposición de los huéspedes. Pasado un buen rato, me dirijo nuevamente a recepción. Madeleine habla por teléfono cuando me acerco, pero al verme sonríe y cuelga.

–Bonjour, mademoiselle.

–Buenos días –contesta en español, con un leve acento dulce del francés.

Se acerca hasta mí y me dice:

–He hablado con varias agencias sobre sus deseos y no he conseguido nada que se acomode a lo que quiere. Los programas están diseñados para grupos. Un guía para usted solo resultaría muy caro y, además, estaría sometido al mismo horario y rapidez en las visitas. Creo que lo mejor, como le dije, es comprar una audioguía y hacer usted mismo su programa.

–Pero ese programa sería mejor con un asesoramiento, con la ayuda de alguien que conozca bien la ciudad.

–Cierto –afirma ella.

–¿Podría usted? –le pregunto.

–Como ve, apenas tengo tiempo ni para conversar con usted. Ya hay varios clientes aguardando.

–Esperaré a que termine su horario de trabajo y hablamos, si no le importa.

Se queda un poco sorprendida y dudosa y, finalmente, hace un gesto afirmativo.

–A las dos, ahí en la cafetería –me indica.

–Muy bien. Gracias.

Como tengo mucho tiempo, me voy a deambular por la ciudad, sin prisas, deteniéndome en los escaparates y observando a los vendedores ambulantes, que me ofrecen camisetas, pequeñas réplicas de la torre Eiffel, láminas de pinturas y otros múltiples souvenirs... Me siento en una terraza y pido un refresco. Cuando se acerca la hora de la cita, me dirijo al hotel y me voy a la cafetería, donde me acomodo en un rincón.

No tarda mucho Madeleine y, sentándose, me advierte:

–La gerencia nos tiene prohibidos los contactos y relaciones con los clientes; le ruego, pues, que sea breve. He venido por simple cortesía, pero no podré ayudarle como usted quiere.

–Yo no busco contactos ni relaciones, sino alguien que me comprenda y ayude. Por mi edad yo casi podría ser su padre. Necesi-

to, más que ver monumentos, hablar con alguna persona comprensiva y amable y, por lo que la llevo tratada, podría ser usted. ¿Que le parece si almorzamos o cenamos, en algún restaurante cercano, cuando usted pueda, y le cuento mis problemas?

–No sé, debo pensarlo bien y consultarlo. Tengo otras obligaciones, además del trabajo.

–Lo entiendo. Soy un egoísta y me olvido de su marido y de sus hijos.

–Llevo años separada y no tengo hijos –aclara ella–. Se trata de mis padres, con los que vivo.

–Piénselo entonces, por favor; es casi una obra de caridad conmigo.

–Tengo prisa –dice levantándose– ya le contestaré.

Y con un gesto de adiós, se va ligera.

Yo me quedo un poco triste y cavilando cómo organizarme, pues no espero que pueda contar con Madeleine. Soy pesimista innato, y pocas veces me he equivocado al considerar que nos falla siempre lo más deseado. No me apetece salir ni pasear, por lo que me recluyo en mi habitación y me paso la tarde leyendo. Cuando llega la noche, bajo un momento a la cafetería, tomo un vaso de leche con unas galletas, y vuelvo a la habitación. Durante un buen rato, veo la televisión desde la cama, hasta que el sueño me vence.

La luz del día me despierta, me levanto, voy al cuarto de baño, abro la ducha y dejo que el agua tibia acaricie mi cuerpo durante largo rato. Esto me reconforta y anima. Me visto despacio y bajo.

En recepción se encuentra, como siempre, Madeleine, activa, bella y sonriente. Me acerco y la saludo:

–Buenos días.

–Buenos días –saluda a su vez, con una amplia y afectuosa sonrisa.

Por mi timidez habitual, no se cómo proseguir ni me atrevo a preguntarle. Es ella, entonces, quien toma la iniciativa y dice:

–Si le parece bien, podemos vernos esta noche, en el restaurante “Charles”, junto al Sena, sobre las nueve.

–Gracias, Madeleine.

Mi persistente pesimismo, en esta ocasión, ha fallado. La alegría y satisfacción debieron cambiar la expresión de mi rostro, porque Madeleine, que no dejó de observarme, casi suelta una carcajada; pero, discreta como es, se limitó a esbozar una amplia sonrisa, que subrayó, más todavía, su belleza.

No hace falta decir que el día se me está haciendo más largo que nunca. Miro con ansiosa frecuencia el reloj, que parece recrearse en una lentitud desesperante. Cuando, por fin, oscurece, me dirijo a la cita en el restaurante, no muy lejano del hotel. Una leve llovizna desprenden las nubes del cambiante cielo parisiense. Entro y miro por si ella hubiera llegado; pero no, el local está casi vacío. Escojo una mesita apartada, junto a un ventanal, que me permite mirar el exterior. Al mozo que se acerca, le indico que espero compañía y le pido una copa de vino, para hacer menos pesada la hora que falta.

Con puntualidad no latina, Madeleine aparece a las nueve. Muy elegante, con ceñido vestido oscuro, un fular anudado al cuello y zapatos de alto tacón, que la hacen más esbelta; parece una modelo. Me levanto y le acerco la silla. Con la proximidad me llega su perfume primaveral, muy acorde con ella.

–Eres puntual –le comento– y disculpa que te tutee. Tú también puedes hacerlo conmigo.

–Me gusta cumplir con mi palabra, y gracias por la confianza, –contesta.

Indico con un gesto al camarero que se acerque y a ella le pregunto:

–¿Qué deseas tomar antes de la cena?

–Una poco de Borgoña.

–Yo también.

El camarero toma nota, al tiempo que nos deja la carta.

Mientras Madeleine examina los menús, yo la observo con creciente interés. Es guapa y, arreglada como está, le encuentro un extraordinario parecido con Magda, si es que la memoria no me engaña, que bien pudiera ser, después de tantos años pasados.

Elige unos platos ligeros y yo la imito. De noche no es buena una comida abundante o pesada. Con la copa de borgoña en la mano, brindo por ella, por su amistad; sonrío, con su peculiar sonrisa entre picara y cariñosa, y bebemos un sorbo de vino.

–Te debo una explicación por mi insistencia. Y la explicación es muy sencilla: mi vida, posiblemente vulgar, pero que es la mía, la que gozo y sufro.

Me escucha atenta y yo le voy relatando los hechos más destacados. La parte de mi juventud, penosa, con escasos medios pero buenos amigos; mi relación con Magda, que adorno y extiendo en el tiempo y que resultó fallida por mutuas equivocaciones y errores, pero que nunca he podido olvidar, que me acompaña siempre, más viva que nunca. Y ello a pesar del bendito hallazgo de la que ha sido mi esposa: una mujer bella, atractiva y buena, que me hizo feliz durante muchos años y que me dio cuatro espléndidos hijos. Sin embargo, al desaparecer por una cruel enfermedad, volvió a mi mente el recuerdo de Magda, quizá porque fue una pasión insatisfecha, que ha dejado una huella que me resulta imborrable. Al verte a ti, que para mí, si no estoy algo loco, te pareces a ella como si fuerais gemelas, mi corazón ha revivido todos aquellos días emocionantes, haciendo que me sienta joven. Lo que no deja de ser una falsa ilusión, lo entiendo, pero no puedo evitarlo. De ahí que quiera tu amistad y, los días que esté aquí, hablar contigo, oír tu voz, sin otro deseo que un poco de compañía en la soledad en que estoy sumido. Durante los años de trabajo, tuve suerte y aprovechando el boom de la construcción conseguí una pequeña fortuna, que me permite vivir bien y pasear por el mundo sin miedo. Eso es todo. Bueno, no todo; sería feliz si tú pudieras guiarme y enseñarme esta maravillosa ciudad. Por el gasto –me resisto a decir precio– no te preocupes.

–Es muy emotivo lo que me has contado –dice Madeleine. Y tras unos momentos de silencio, en los que mi corta vista quiere ver como leves lágrimas en sus ojos, continúa–: Si consigo que me adelanten unos días de mis vacaciones, no me importaría ser tu humilde guía por la ciudad. Pero antes, correspondiendo a tu sinceridad, quiero también que conozcas mi vida. Estuve casada más de cinco años. Al principio, en apariencia ante los demás, todo fue normal; pero lo real es que empezó a tratarme mal, llegaba a casa borracho, me pegaba e insultaba; se gastaba todo lo que ganaba en el buen empleo que tenía en un banco; llegó incluso a robar, extorsionar y cosas peores que no deseo recordar, lo que provocó que lo despidieran. Entonces me exigía dinero a mí, incluso con la amenaza de hacer daño a mis padres. La situación se hizo insostenible y tuve que pedir la separación, después de recibir una enorme paliza, a causa de la cual me ingresaron en el hospital más de quince días. Le condenaron a un encierro de varios años, y el juez, además, dispuso que no podía vivir en París, ni en ningún otro sitio donde yo habitara. Como ve, mi vida tampoco ha sido fácil. Ahora estoy con mis padres, tengo un buen empleo y evito complicaciones sentimentales, de las que salí maltrecha.

Después de su narración, nos hemos quedado en silencio durante unos minutos, como si no supiéramos como proseguir. Es ella, con valentía, secándose unas lágrimas, quien finaliza este momento de mudez causado por la emoción.

–Bueno, esa ha sido mi vida hasta ahora.

–Lo importante es superar las dificultades –comentó–. Si consigo el permiso, ya sabes que puedes contar conmigo.

–Y tú confía en que te trataré como a una hija. Por mi edad puedes casi serlo.

–Gracias.

–Celebremos el fin de esta comida y del acuerdo con una copa de champagne.

Así lo hacemos, repuestos ya de los emotivos recuerdos.

–Creo que es hora de irnos –propone Madeleine.

–Como quieras, aunque para mí el tiempo ha pasado volando.

Sonríe, con la bella sonrisa que sus labios saben dibujar. Yo pago al camarero y salimos a la calle. La llovizna ha cesado y eso nos permite ir despacio hasta el hotel, pues ella no admite mi sugerencia de acompañarla. “Mi casa está lejos y tengo que cambiar en varias estaciones de metro. Para ti, papaíto –permite la confianza– sería muy dificultoso regresar”.

Ahora soy yo el que sonrío.

–Como quieras, chiquita, le respondo riendo.

Ya, casi a la puerta del hotel, donde existe una boca de metro, se despide besándome en la mejilla.

–Buenas noches, papaíto

–Bonne nuit, ma fille.

Ni que decir tiene que la noche ha sido para mi interminable. Cerca de la madrugada, consigo cerrar los ojos. Y despierto cuando el timbre del teléfono suena.

–Bonjour, papaíto. Je serai en vacances lundi.

–iC’est merveilleux! –exclamé.

Sí, para mí es maravilloso que haya conseguido disponer de



unos días de sus vacaciones, porque así puede acompañarme y ser mi guía. Bajo y al vernos, sin dirigirnos palabras, nos sonreímos como si fuéramos cómplices de una travesura. Y, en cierta forma, es una pequeña travesura, que sólo nosotros conocemos por ahora.

Los tres días que faltan para iniciar mi actividad turística con Madeleine, los paso impaciente pero contento, haciendo mi vida habitual hasta el momento: pasear sin alejarme mucho del hotel, tomar alguna copa en bares del camino, contemplar las embarcaciones que navegan por el río...

El domingo me llama al móvil –nos habíamos intercambiado los números– y me señala como punto de reunión, la boca del metro cercana al hotel, a las diez de la mañana.

El lunes, puntual, espero en el lugar acordado. Unos minutos más tarde llega Madeleine, vestida deportivamente, y al verme se ríe.

–Pero ¿cómo vienes tan elegante, si lo que haremos es andar mucho? Ve y cámbiate con algo cómodo. Te espero en ese bar de la esquina para desayunar.

Sin discutirle, me apresuro, vuelvo al hotel y me cambio con lo que considero más apropiado y ligero. Ya en el bar, donde ella aguarda, mientras desayunamos, Madeleine traza el plan:

–Hoy, como primer día, nos dedicaremos a ver la Torre de Eiffel y los alrededores. Tengo adquiridas las entradas para no hacer cola. ¿Te parece bien?

–Tú eres el guía y quien dispone. Mas para que no tengas que adelantar los gastos, te voy a dar dinero, que repondré cuando haga falta.

Le entrego un sobre con cierta cantidad de billetes... Ella protesta:

–Esto es demasiado por el momento. Además corremos el riesgo de que nos lo roben.

–Para evitarlo soy yo más torpe que tú. Ayer mismo me sustrajeron la cartera, tan limpiamente, que si no me avisa una mujer

que lo vio desde la otra acera, ni me doy cuenta.

–¡Vaya por Dios! –exclama–. ¿Te quitaron mucho?

–No. El dinero siempre lo distribuyo en los bolsillos. Se llevó mi carnet y unas tarjetas bancarias que he anulado. Por si aparece, di cuenta en la Comisaría que está ahí cerca.

–Menos mal.

–¿Cogemos un taxi?

–Ni hablar. Tardaríamos mucho y, además, sería muy caro. En metro son rápidos los traslados y más baratos.

Bajamos por la entrada donde nos habíamos citado. Como para las escaleras soy algo torpe, Madeleine me dijo, cuando se dio cuenta:

–Apóyate en mí.

Me sujeté en su hombro para descender. Luego, en los pasillos y para entrar en los vagones, ella me coge de la mano. Como hacemos varios cambios de estaciones, termina por no soltarme y yo me acostumbro al cálido contacto de sus dedos, que me aprietan, pienso, con afecto.

Dejamos el metro muy cerca de la torre. Aunque su imagen es conocida por todo el mundo, al situarnos debajo parece, y lo es, enorme. Para subir se ha formado una larga cola, en la que predominan japoneses y chinos, con sus cámaras colgadas al cuello.

–Vamos –me dice Madeleine, tirando de mí hacia el ascensor–. Nosotros no tenemos que hacer cola, pues adquirí billetes para ello.

Como si fuera un niño, me lleva cogido de la mano entre la gente que abarrota el acceso al ascensor y cuando llegamos a la primera plataforma, me hace dar la vuelta por ella, mientras me indica y explica el hermoso paisaje que se divisa.

–Mira qué belleza. Todo París puede verse –dice en tanto echa una moneda en los grandes anteojos adosados a la barandilla y me los ofrece.

En efecto, es un maravilloso panorama en el que destacan rascacielos modernos, la armoniosa arquitectura, que podría denominarse clásica o típica, del centro, el Sena serpenteando entre ella, la catedral de Notre Dame, el Arco de Triunfo, coronando una larga avenida escoltada por cuidados árboles y jardines... Madeleine, con una pequeña cámara que tenía en el bolso, obtiene fotografías de todo, incluso de mí.

En el segundo nivel, a 115 metros del suelo, según me explica, la visión de la metrópolis se amplía y se pierde en un lejano horizonte, pues París es grande, extenso.

El tiempo vuela sin que me dé cuenta, hasta que Madeleine me lo recuerda.

–Es hora de almorzar y tenemos reservada mesa en el restaurante de la torre.

–Esa sí que es una gran noticia; siempre me sorprendes, Mag...

–Magda no –me corta–, soy Madeleine. Magda es sólo un fantasma que ha desaparecido.

–Tienes razón. Tú eres Madel; es lo que intentaba decir, con cariñosa abreviatura, no sé si correcta en francés.

–Eso es otra cosa, papaíto, y la incorrección no importa.

Sentados en el restaurante, cerca del cielo, según mi íntima sensación, comemos despacio, saboreando más la situación que la propia comida, que es deliciosa. Ella me da a conocer detalles, algunos ya conocidos por mí, pero que resultan como nuevos en su boca.

–Como sabrás, la torre se construyó para la exposición universal de 1889. Diseñada por Koechlin y Nougier, fue construida por el ingeniero Gustave Eiffel. Montar este gran mecano duró dos años, pues se inició en 1887. Terminado el acontecimiento, algunos periodistas y artistas, quisieron que se destruyera, lo que afortunadamente no ocurrió. Su prevista altura de 300 metros, se amplió más tarde a 324 con la antena de radio y de comunicaciones. Su conservación requiere toneladas de pintura y repaso de sus miles de tornillos y

piezas. Iluminada ahora por las noches, se ha convertido en un icono representativo de la ciudad. ¿Quieres algún detalle más?

–Es una delicia escucharte, pero no quiero, tampoco, abusar de ti.

–Gracias por el elogio.

–Te las debo dar yo. A tu perfecto español lo acompañas con un acento musical francés, que convierte en un placer oírte, con independencia de lo que explicas.

–¡Que ocurrencias tienes! –exclama riendo. Y añade–: Creo que la torre la hemos visto bien; debemos aprovechar el día y, por ejemplo, dar una primera vuelta por el Sena en un bateaubus.

–Lo que tú digas, Madel.

Bajamos en el ascensor y nos dirigimos hacia el río. Pasamos por un bello puente y descendemos por una escalera de piedra a un embarcadero cercano. A punto de salir una pequeña nave, nos embarcamos rápidos. Con dificultades conseguimos acomodarnos. Por el trayecto, Madel me va señalando los edificios más interesantes y cuantos datos estima deben conocerse. El trayecto no ha sido largo, por lo que ella se muestra defraudada.

–Me he equivocado. Está visto que no se puede improvisar, es mejor planificarlo todo. Otro día lo haremos –dice.

–A mí me ha gustado, aunque sí, pienso que ha sido muy breve –comento yo.

–Espera que yo programe otra excursión por el río. Como se está acabando la tarde, vamos a dar un vistazo a los jardines del Trocadero, que vimos en panorámica desde la Torre, pero no hemos curioseado por ellos.

No tardamos mucho en llegar y, efectivamente, en la cercanía son más interesantes y bellos que desde la altura.

–Los jardines fueron creados con motivo de la Exposición Universal de 1878 –explica Madeleine–, y forman un marco en torno a la “Fuente de Varsovia”, más conocida como “Fuente del Trocadero”, construida para la exposición de 1937. Como puedes observar, está

formada por estanques en cascada que dominan uno principal; en éste se sitúan unos cincuenta chorros de agua verticales. El conjunto es armonioso y original. Los jardines están como custodiados por diversas esculturas, entre las que destacan "El hombre" y "La mujer", de conocidos artistas cuyos nombres no recuerdo en este momento.

–Ni hace falta –le digo–. Ha anochecido y se ha levantado un vientecillo fresco. Creo que debemos ir a cenar.

–Como quieras.

Nos llegamos hasta un restaurante cercano, donde tomamos una frugal cena, mientras comentamos los lugares visitados.

Después, en el metro, marchamos hacia la estación cercana al hotel, donde yo me bajo, despidiéndome de Madel con un ligero beso en la mejilla y un "hasta mañana, Madel".

Estoy cansado y una vez en la cama, me duermo rápido. Me levanto temprano y me ducho con agua tibia, que me despeja y relaja. Hasta el momento de encontrarme con Madeleine, han de pasar un par de horas. Bajo a la cafetería, pido un café y me entretengo con la lectura de un diario de la mañana, matando así el tiempo. Miro el reloj y compruebo que he de irme ya. Cuando llego al lugar, Madeleine ya está aguardando.

–Perdona, me he distraído.

–Yo acabo de llegar –me dice.

–¿Cuál es el programa de hoy? –le pregunto.

–Hoy estaremos el día completo fuera de París, en Versailles. Te encantará.



Palais de Versailles – Flickr.com

Sin más palabras, me coge del brazo y descendemos al metro. Pasamos de largo bastantes estaciones y, por fin, me indica:

–En la próxima nos bajamos.

Nos situamos cerca de la puerta y en cuanto se abre, salimos y tras subir unas no muy largas escaleras, nos encontramos, de hecho, en una estación de tren. Madel adquiere dos billetes y, sin esperar mucho, nos acomodamos en el primero que llega.

Con nuestra charla sobre nimiedades y comentando el día anterior, el trayecto me ha parecido corto. Ya en Versalles, antes de entrar en el palacio, desayunamos en una pequeña cafetería. En esta ocasión tuvimos que incorporarnos a una larga cola formada, como siempre, por una mayoría de orientales.

Dentro ya del palacio, rodeados de una multitud de visitantes, recorreremos las diversas salas, decoradas con numerosos cuadros, retratos, artísticos muebles, lujosas lámparas y espejos. Madeleine me va dando noticias de todo lo que vemos. La verdad, aunque no lo digo, es que me ha decepcionado un poco todo el excesivo lujo del palacio; no ocurre eso con las explicaciones de Madel, dichas con gracia, humor y la dulce musicalidad de su castellano afrancesado.

La mañana se nos ha pasado sin apenas darnos cuenta. Le propongo irnos a almorzar, pero ella, sonriente, me dice que lo tiene previsto todo. Y me muestra el enorme bolso que hoy trae.

–Aquí está la comida. No tendremos que salir. Hoy es una excursión campestre. Cuando almorcemos veremos los jardines.

Como muchísimos visitantes, nos sentamos en una escalinata. Madeleine abre su bolsa y extrae unos estupendos bocadillos de jamón, cervezas y una botella de agua.

–Eres increíble –le digo–, aunque me extrañó la bolsa que traías, jamás pensé que fuera nuestro restaurante portátil.

Ella ríe divertida. Comemos despacio, mientras unas blancas nubes juegan con el sol, ocultándolo o abriendo espacios para que luzca. Entre bocado y bocado intercambiamos opiniones, no siempre

coincidentes, sobre el palacio y los que fueron sus reales moradores,

Una vez terminada la comida y colocado en la bolsa lo sobrante, Madel coge su móvil y llama a alguien. Yo, discreto, me aparto para no oír la conversación, que es breve. Entonces me dice:

–Espera aquí, que voy a tratar de conseguir uno de esos pequeños vehículos para poder ver, sin cansarnos, los extensos jardines.

Camina ágil hacia una de las múltiples puertas del edificio. Pasado cierto tiempo, que se me hace largo, aparece conduciendo un cochecito, creo que eléctrico, en el que coloco la bolsa y me siento a su lado.

–¡En marcha! –exclama

A toda la velocidad que permitía el chisme, que no es mucha, lo dirige con habilidad hacia los jardines, que recubren grandes espacios en torno a un largo estanque, lago o canal y una gran fuente. Más despacio, recorreremos los diversos pasillos que separan los estéticos dibujos que forman las plantas y flores, fruto de un bello diseño, pero que se observan mejor desde cierta altura o vista aérea.

Realmente los jardines son bellísimos y se encuentran muy cuidados. Madel me va dando datos sobre el conjunto.

–La superficie ocupada –dice– es de 800 hectáreas. Tiene unos 200.000 árboles y se plantan al año sobre 210.000 plantas y flores. Existen 50 fuentes y la superficie del Grand Canal es de 23 hectáreas, con un perímetro de 5,57 kms.

–Eso representa un esfuerzo enorme –comento.

–Cierto, –confirma ella–, pero se han hecho en diversas etapas desde 1662 hasta la fecha, bajo distintos monarcas. Todo el recinto, como ves, se encuentra sembrado de esculturas y el agua es un elemento predominante y esencial. En otra ocasión deberíamos venir y, despacio, recorrer y examinar esta belleza inigualable de los jardines versallescós, de sus fuentes, figuras escultóricas y pasear en barca por el lago.

–Tienes razón, porque el tiempo se nos ha ido.

Abandonamos el vehículo cerca del edificio y nos dirigimos a la salida. Ya en el tren, Madeleine recibe una llamada de su casa.

–¿Ocurre algo? –le pregunto.

–Sí, parece que mi madre no se encuentra bien. Tendremos que suspender la cena.

–Desde luego. Cuando estemos en la estación tomamos un taxi. Te acompaño por si me necesitas –le digo.

–No, allí está mi padre. Tú te quedas tranquilo en el hotel. Si haces falta puedo llamarte.

Me bajo junto al hotel y ella prosigue el camino hacia su vivienda.

Después de cenar, como estoy algo cansado, me recluyo en mi habitación y pongo la televisión para distraerme. Cuando estimo que ha pasado un tiempo prudencial, llamo a Madeleine.

–Dime –me contesta.

–¿Cómo está tu madre?

–Yo no la veo mal. Por lo que me han dicho en el consultorio, puede ser un cálculo en el riñón. Le han recetado un calmante y mañana tendré que llevarla al hospital, para hacerle una urografía. Así es que no podremos, hasta que termine, continuar con el programa.

–No te preocupes, lo importante es tu madre.

–Gracias por tu interés. Descansa bien. Buenas noches, papáito.

–Buenas noches.

Pienso en lo que haré mañana. La ausencia de Madel me complica el día; más claro, no sé cómo desenvolverme solo. Cierto que existen múltiples sitios donde ir, innumerables monumentos que visitar... Pero yo soy incapaz de cualquier iniciativa, entre otras causas, por mi sensibilidad respecto a la soledad, a la íntima soledad personal, que no se cura con la presencia de una multitud, sino con la de alguien que te atrae y te trata con afecto desinteresado. Y con estas elucubraciones, me quedo dormido...

Despierto bien entrada la mañana. Tras la ducha habitual, me voy a la cafetería y desayuno. Varias veces siento la tentación de llamar a Madeleine, pero no lo hago por estimar que no parece oportuno todavía, que es muy temprano. Salgo a la calle y deambulo sin ningún rumbo cierto; en este paseo al azar, me encuentro con las Galerías Lafayette y, por simple curiosidad, entro y recorro las diversas plantas, examinando escaparates y exposiciones. Me detengo un buen rato en la joyería, admirando la belleza de los relojes, collares, sortijas y otros objetos de adorno, carísimos todos y hasta inalcanzables algunos por su precio.

Miro mi reloj y creo que ya puedo llamar a Madel, pues estamos cercanos al mediodía. Así lo hago. Durante unos segundos suena la llamada y, finalmente, oigo su voz:

–Dime.

–¿Cómo sigue tu madre?

–Yo la encuentro mejor, pero las pruebas no han terminado. Esta tarde me darán el diagnóstico. Y tú, ¿cómo vas?

–Pues bien, matando el tiempo.

–Pasea y diviértete. Cuando sepa los resultados, te llamaré. Gracias por llamar.

Vuelvo al hotel y almuerzo desganadamente. Descanso un poco y decido, por mi cuenta, visitar algo. En una librería compro una guía pequeña, la examino y después de dudar hacia donde me encamino, desisto al pensar qué puñetas hago solo en ningún lado. Regreso, pues, a casa, leo mientras llega la hora de cenar y una vez cumplida esta necesidad alimenticia, subo a mi habitación, En pijama, sentado junto a la ventana, aguardo a que me dé sueño para acostarme. Ya iba a hacerlo, más por comodidad que por tener ganas de dormir, cuando suena el teléfono. Es Madeleine.

–Buenas noches –saluda.

–Buenas noches –repito yo y exclamo, sin poderlo evitar: ¡Que alegría oírte!

–Pero, bueno, si estás en París, la ciudad más bonita y divertida del mundo. Pásatelo bien.

–La verdad es que no puedo. Sin ti, sin tu guía –aclaró prudente– no encuentro nada, todo me parece extraño, vacío.

–¿Cómo es eso? Hay gente por todos lados; la multitud llena las calles. Nada más que observándolas puedes distraerte.

–Para mí todas son sombras, una especie de fantasmas etéreos que se entrecruzan. No me consideres loco por lo que voy a decirte: No sé qué me pasa, pero sin tu presencia el mundo para mí se encuentra vacío, no tiene sentido...

–¡Por Dios, papaíto, no me digas cosas así! Me estás preocupando.

–Perdona, no me hagas mucho caso. La verdad es que te echo de menos.

–También yo a ti, créelo. Mañana por la tarde, si las cosas marchan como hasta ahora, estaremos juntos.

–Gracias, Madel.

–¡Hasta mañana!. Duerme tranquilo.

Y, efectivamente, al cabo de unos minutos, con inesperada tranquilidad, me quedo dormido.

Despierto bien entrada la mañana. Me arreglo y desayuno en la cafetería del hotel. Acto seguido salgo y me dirijo hacia el Sena. Me atrae el río, me distrae ver las estelas que dejan las embarcaciones repletas de turistas, me agrada sentir el viento fresco y húmedo, apoyado en la barandilla, y observar las diferencias entre los distintos puentes.

Así va transcurriendo el tiempo hasta que llega el mediodía. Entonces me dirijo al hotel, sin mucha prisa, almuerzo y aguardo, con cierta impaciencia, a que me llame Madeleine para confirmar o no el salir por la tarde. Por fin suena el móvil y me dice que tardará un poco más de lo habitual, algo así como hora y media.

De todas formas me siento contento pues, aunque tengamos menos tiempo disponible para nuestras visitas, el hecho es que nos veremos.

Calculo la hora en que probablemente llegue y me dirijo despacio a la boca del metro. Miro con atención la oleada de personas que suben y bajan por la escalera, todas con prisa y ajenas a los demás; por fin veo la atractiva figura de Madeleine que se acerca.

–¡Hola! –la saludo cogiéndole con afecto la mano, que retengo en las mías–. ¿Cómo te encuentras?

–Bien, algo cansada –responde.

–¿Quieres tomar café o un refresco?

–No, es ya tarde. Vamos a la tarea. He pensado que podemos dar un vistazo a los Campos Elíseos y detenernos en el Arco de Triunfo. ¿Te parece bien?

–Sí, pero también me gustaría ver la Torre de Eiffel iluminada.

–No hay problema, tendremos tiempo.

El metro nos deja en los Campos Elíseos, no muy lejos del Arco de Triunfo, mediada la avenida. En verdad es bonita y elegante. En ella se encuentran ubicadas las tiendas más famosas y caras. Su longitud es de unos dos kilómetros desde el Arco de Triunfo, que se divisa al fondo, hasta la plaza de la Concordia.

Nos dirigimos, sin mucha prisa, hacia el Arco de Triunfo, mientras ella me explica detalles y curiosidades de la que



Arco del Triunfo – Flickr.com

se considera la Avenida más bella del mundo. Yo le tengo cogida la mano, que no he soltado desde que nos saludamos.

Madeleine, en el camino, me da noticias del monumento, como que fue construido, por orden de Napoleón Bonaparte, entre 1806 y 1836, en conmemoración de la victoria de Austerlitz. De estilo neoclásico, en sus caras exteriores se encuentran grabadas figuras de los más conocidos revolucionarios.

Ya en él, se comprueba que es mucho más grande de lo que parece visto desde la lejanía, en la Avenida de los Campos Elíseos o en fotografías. Su elegante construcción, junto con la Torre Eiffel, es uno de los iconos representativos de París.

La verdad es que yo conocía todo lo que me indica ella, pero como me gusta oír su voz, la dejo hablar, prestándole toda la atención e interés de quien escucha cosas nuevas. Cuando hacemos las fotografías de rigor, ha anochecido.

–Madel –le digo– creo que debíamos ir hacia la Torre Eiffel, para verla iluminada de cerca y tomar un pisco-labis en alguna de las terrazas cercanas. Salvo que tengas necesidad de volver con tu madre.

–No tengo prisa, mi madre se encuentra bastante bien y estará ocupada en preparar las maletas para ir a Burdeos, a ver a su hermana. Le tengo dicho que me llame si me necesita. Existen numerosas terrazas, hoteles y restaurantes, a orillas del Sena, desde los que se tiene una excelente perspectiva.

Una vez allí, escogemos un estupendo restaurante, en cuya segunda planta posee unos balcones con vistas hacia el río y toda la zona. Buscamos una mesa situada junto a un balcón, pero discretamente apartada, con ánimo de hablar con mayor intimidad.

La Torre se encuentra ya iluminada; su oscura estructura de hierro parece ahora de oro. Realmente es de una belleza singular, que adorna la noche parisina. Numerosos turistas se agolpan para verla y hacer fotos.

Madeleine me cuenta las diversas peripecias de la iluminación de la Torre, a través del tiempo, mientras comemos una ligera cena, regada con unas copas de un delicioso vino. Para ver mejor, cuando el juego de luces a lo largo de la torre se inicia, como si ésta quisiera elevarse al cielo, Madel se levanta, se acerca al balcón, se apoya en él y me indica que la siga.

–Desde aquí se tiene una perspectiva amplia. Mira qué panorama tan espléndido puede admirarse.

Es cierto. El paisaje, envuelto en una semioscuridad, que subraya de manera acusada el brillo áureo del monumento, es único. Pero yo miro con más interés los ojos de Madel, en los que se refleja la cambiante iluminación, sus labios entreabiertos y el perfil de su rostro, de líneas perfectas, como si las hubiera trazado un artista genial... Ella se da cuenta y se vuelve hacia mí.

–¿Qué miras? –me pregunta.

–Tus ojos, tus labios, a ti entera, que eres lo más bello de todo este paisaje –le respondo de forma espontánea.

–¿Otra vez recuerdas a Magda, el fantasma del ayer? Yo soy Madeleine, un ser vivo de hoy...

–Perdona, no recuerdo a nadie. Sólo admiro una realidad presente.

Sus ojos me miran insistentes, como si trataran de penetrar en mis pensamientos. Y tras un inquietante silencio, dice:

–Bésame, prueba los labios y juzga si son iguales.

Pero sin aguardar mi reacción, echa sus brazos a mi cuello y me besa largamente, con fuerza, casi con furia.

–¡Madel! –exclamo sorprendido.

Se desprende y, sin más, me pide:

–¡Por favor, llévame a casa!

Todo el camino y el trayecto del metro, lo hace mirando al suelo, como esquivándome. Una vez en su calle no puedo resistirme y la detengo.

–Madel, ¿qué te pasa? Perdona si he hecho algo mal.

–No, nada; es que estoy triste.

–Yo te quiero, Madel, más de lo que te puedes imaginar.

–Yo también te quiero –me dice echándome los brazos al cuello y besándome de nuevo.

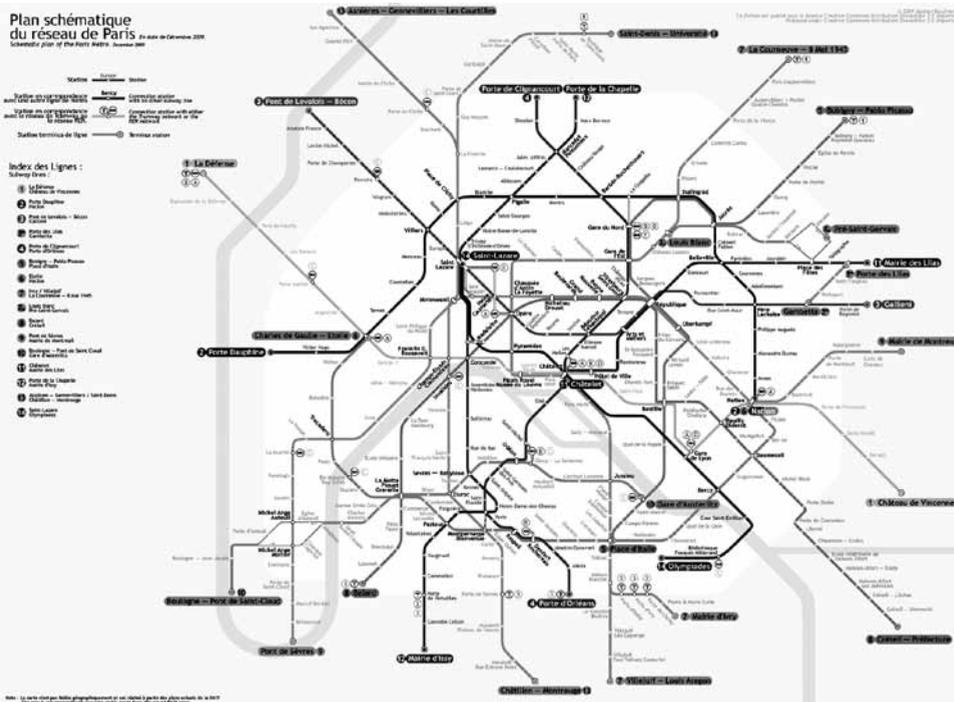
–¿Entonces?

–Es que tengo miedo de que me engañes, de que sólo sea una aventura para ti. No lo resistiría –explica con lágrimas en sus ojos.

–Puedo asegurarte que nunca dejaré de quererte.

–Ni yo a ti.

La acompaño, cogida de la mano, hasta la puerta de su casa. Me acaricia la cara, mirándome fijamente, y me dice adiós con voz apagada y moviendo la mano.



II

Al salir del metro me encuentro con una lluvia fina, casi una neblina, que cae suave sobre la calle y los transeúntes. No me importa mucho ni me hace acelerar el paso; más bien me conforta el fresco que se desprende del ambiente húmedo. El otoño, ya a la puerta, es una estación propiciadora de tristeza y pesimismo. La propia naturaleza parece haber fracasado: los árboles se convierten en esqueletos, desnudos de sus verdes hojas, que caen al suelo pálidas como mariposas muertas; la espléndida luminosidad veraniega disminuye, se oscurece el paisaje y en las ciudades decrece el bullicio porque la gente se resguarda en sus viviendas.

Las personas también acusan, en el organismo y en el ánimo, el cambio ambiental. Hay más depresiones, más inexplicable sensación de malestar, de desgana de todo. Yo, hoy, me siento deprimido, con una especie de amargura indefinida, no producida por nada concreto. Llego al hotel bastante mojado, pero no preocupado por ello. El gerente, muy buena persona, con quien he trabado amistad en mis visitas a la cafetería, al verme me dice:

–Pero hombre, cámbiese pronto que se va a resfriar. Le espero para tomar algo.

Obedezco como niño bien educado y bajo a reunirme con él. Nos sentamos y con la energía de unos whiskys, charlamos durante bastante tiempo de los temas cotidianos: la situación económica, el terrorismo rampante árabe, la actividad política en muchos países, la singular belleza parisina...

Cerca de la medianoche, dejamos la tertulia y nos vamos a dormir. Ya en mi habitación me acuerdo de Madel. Miro el reloj y

dudo de si sería oportuno llamarla o no. El deseo vence a la prudencia y pulso el número. No tarda en hablar:

–Dime

–Perdona lo intempestivo de la hora, pero no puedo coger el sueño por el temor de haberte causado, sin saberlo, algún daño con mi conducta, esta tarde.

–No te preocupes, la culpa es mía, mis temores y miedos.

–Te ruego tengas confianza en mí; por nada del mundo haría algo que te hiera. Mañana quiero decirte algo importante, por lo menos para mí. ¿Nos vemos a la misma hora?

–Sí, claro. Descansa tranquilo.

–Gracias. Buenas noches.

–Buenas noches.

Duermo de un tirón, no sé si por la tranquilidad que me produce la conversación última o por efectos del alcohol ingerido con el gerente.

Como siempre, espero a Madeleine, que llega puntual, un poco ojerosa, desayunamos juntos, conversando sobre temas sin importancia y un tanto tópicos. Pero cuando ella trata de explicarme el programa que tiene previsto, yo la corto rápido.

–Madel, el guía hoy soy yo y seguiremos el plan que tengo pensado.

Me mira sorprendida y antes de que diga nada, la cojo de la mano y casi la arrastro a la calle.

–Pero... –pretende hablar, mas yo la callo.

–La turista hoy eres tú; así, pues, a callar y escuchar atenta mis explicaciones, ¿vale?

Sonríe perpleja, para terminar encogiéndose de hombros.

–Está bien, lo que tú quieras.

Cogemos el metro. Nos miramos fijamente durante el trayecto, intercambiando sólo monosílabos. Llegamos a la estación por mí prevista, y siempre cogida de mi mano, salimos a la calle.

–Vamos –le digo– a la catedral de Nôtre Dame.

–No he preparado datos para enseñártela bien –me aduce.

–No hace falta, es bastante conocida gracias a Víctor Hugo y a las películas filmadas aquí.

Sin soltarla, entramos en el templo, la conduzco entre la gente que casi lo llena y, cerca del altar mayor, donde se está celebrando una misa, situándonos al lado de una columna lateral poco iluminada y menos masificada, en voz baja, casi al oído, le digo:

–Madeleine, yo soy creyente, y en este lugar sagrado, te juro que te quiero con toda mi alma y que jamás, en toda mi vida, seré capaz de hacerte el mínimo daño.

Me mira con sus bellos ojos a punto de dejar escapar unas lágrimas, sin saber qué decir al escuchar mis inesperadas palabras.

–En este mismo momento –continuo– te hago sólo una pregunta: ¿Quieres casarte conmigo?

No te pido una contestación ahora mismo, debes pensarlo, entre otras causas, por nuestra diferencia de edad.

Pero ella, en esta ocasión, es la que me sorprende, al abrazarme llorando :

–Sí, quiero. Estoy loca por ti. No se qué me has hecho o me has dado, que siempre te tengo en mi pensamiento y mi deseo constante, casi desesperado, es estar muy junto a ti todo el tiempo, día y noche. Mi vida sin ti carece de sentido.

La acaricio suavemente y limpio sus lágrimas. Cogidos de la mano, salimos, y ya en la calle, le indico:

–Ahora tenemos que hacer otra visita.



La Madeleine. Wikipedia

Detengo a un taxi y le enseño una tarjeta con la dirección. Subimos y ella, aún turbada, me pregunta;

–¿Adónde vamos?

–Pronto lo sabrás. Te estoy raptando.

Sonríe divertida, mientras me mira y acaricia.

–No hacía falta, contigo voy voluntaria a donde quieras, siempre que por el camino no dejes de besarme.

Así lo hago, pero el beso es breve, pues hemos llegado.

Pago el taxi y siempre cogida de la mano, entramos al lugar de destino. Ella, extrañada, exclama:

–¡Pero si es la Galería Lafayette!

Sin darle ninguna explicación, atravesando pasillos y stand, la llevo hasta la sección de joyería. Le señalo una vitrina donde estaban expuestas bellísimas pulseras y sortijas.

–Escoge la pulsera y la sortija que más te gusten. Yo prefiero aquéllas del centro.

–Pero esto es una locura. Valen un capital.

–Tú tranquila o escojo yo, –le aseguro. Y como ella no se decide, me dirijo al dependiente para que nos muestre las escogidas por mí. Se las coloco y le están perfectas.

–Resérvemelas, déme una nota con el precio y mañana las recojo, pues en este momento no traigo efectivo.

–Como quiera el señor.

Madeleine no acierta a pronunciar palabra. Yo la llevo cogida del brazo, casi arrastrándola, y le explico que es mi regalo de petición de mano. Es lo que le faltaba para llorar y apretarse con fuerza a mí.

–Tranquila, Madel, tú vales más que todo el oro del mundo; eres el mejor regalo al que yo podía aspirar.

Ya en la calle, le propongo irnos a tomar unas copas y almorzar en un restaurante cercano, que tiene buena pinta. Por el camino le expreso mi deseo de que nos casemos lo más rápido posible, de no perder el tiempo, y ella piensa lo mismo.

Durante la comida, aplacados sus nervios, pues es fuerte y decidida, vamos programando el acontecimiento. Yo quiero que tenga lugar la próxima semana el enlace civil, con sólo sus padres, los testigos y cualquier compromiso inevitable que tenga... La ceremonia religiosa la realizaremos en mi tierra, con mi familia y la suya. A ella le parece bien y así lo decidimos.

–Como me has raptado y mi plan no ha servido –me dice– ¿quieres que te enseñe dónde me bautizaron, y después naveguemos por el río, para ver desde él la Torre iluminada?

–Yo también me dejo raptar y que me lleves a dónde tú quieras –le respondo–. Y no me importa que hagas conmigo lo que te apetezca.

–Eso último está claro: besarte e impedir que te escapes de mi lado.

Me coge la mano y entrelaza sus dedos, apretándolos con los míos, y me lleva a una entrada del metro. Tras un mediano recorrido, nos bajamos.

–Encima de esta estación está situada la Iglesia de la Magdalena –explica–, que es por ahora nuestro destino.

Ya en la superficie me señala el templo, un hermoso edificio que contrasta con el entorno.

–Aquí me bautizaron y por eso llevo su nombre. El estilo de la construcción, como ves, es neoclásico, muy parecido a los templos griegos con sus columnas. Las obras comenzaron, creo, sobre 1764, aunque sufrieron interrupciones por la Revolución. Napoleón lo destinó a la gloria del Ejército (la Grand Armée) hasta que se construyó el Arco de Triunfo, volviendo entonces el templo a su destino inicial. La escultura de la Magdalena, la talló el italiano Marochetti.

–Pues lo que más me gusta –le digo con cara muy seria– es esta pila en la que te lavaron la cabecita. Todavía huele a ti.

–¡Que tontito eres, papaito! –Ríe–. ¿A que es hermosa y original esta iglesia?

–Sí que lo es; también las criaturitas que han pasado por ella.

Como ahora tiene Madeleine la iniciativa, me toma de la mano, apretándola con la suya, cálida y suave, salimos de la iglesia y sin más explicaciones, nos vamos al metro y cuando llegamos hasta la Plaza del Trocadero, tira de mí y subimos rápidos a la superficie. En todo el trayecto no ha dejado de mirarme entre divertida y pícara. Me dice:

–Como tenemos tiempo todavía, vamos a embarcar y hacer un crucero por el Sena, pues compré los billetes hace días. Después, si tenemos apetito, picamos algo en el restaurante del propio barco, mientras vemos la Torre Eiffel iluminada. ¿Te parece?

–A mí la que me parece incomparable e inquietantemente maravillosa, eres tú.

–¡Adulador! Démonos prisa que acaba de llegar nuestro barco.

Así es. Bajamos rápidos al embarcadero, subimos y nos acomodamos en el sitio estratégico que Madel elige.

Casi llena la embarcación, inicia el crucero por el río. Madel va señalando los edificios más destacados que se divisan, como la biblioteca, hermosa construcción, que parece de cristal.

–Creo –me dice– que el río tiene en París unos 36 ó 37 puentes, de cuyos nombres sólo recuerdo el Puente Nuevo, el de Alejandro III y el de los Inválidos...

–¿Y para qué vas a llenar tu hermosa cabecita con tantos nombres? Conque recuerdes el mío, sobra.

–¡Mira que eres malo! Como buena guía me gusta preparar las excursiones con los datos más sobresalientes. Pero ésta ha sido, no improvisada, pero sí adelantada y no he tenido tiempo para ello.

Ha pasado más de una hora y la noche ha caído sobre la ciudad. Regresamos al lugar de embarque, desde el que se divisa la Torre Eiffel. Pedimos unas copas y algunos aperitivos, para aguardar a que empiece el juego de luces. Cuando éste termina nos dirigimos de nuevo al metro, camino de casa. Allí, en la puerta, le pregunto:

–Como estás sola, ¿quieres que me quede contigo?

Me mira dubitativa y responde:

–Tengo mucha ilusión, en la noche de bodas, de entregarme a ti y que tú, también, lo hagas conmigo... Pero si quieres de otra forma yo no te lo impediré, aunque no sea tan bonito.

–Yo también tengo ilusión en esa noche. Podemos esperar, pues va a ser muy pronto.

–¡Gracias! –exclama rodeando mi cuello con sus brazos–. Cada vez te quiero más por lo bueno que eres. Mis padres regresan mañana y tal vez no les hubiera agradado eso, si se enteran. ¡Ah! Hasta mediodía no puedo verte, pues he de ir a esperarlos.

Al día siguiente, temprano, fui a la sucursal de mi banco en París en la que, tras las comprobaciones y consultas normales, me expidieron un cheque a favor de las Galerías. En ellas, el empleado de la joyería, me hizo pasar dentro, me presentó al jefe de sección, que dominaba bien el español, y éste, a su vez, me mostró la pulsera y el anillo colocados en un precioso estuche.

–Son unas joyas bellísimas –dijo.

–Aquí tiene el cheque, puede comprobarlo.

–No hace falta, ya el banco nos lo ha comunicado. Le sugiero que las sitúe pronto en lugar seguro; existen muchos carteristas y ladrones rondando los establecimientos de lujo como éste. Le colocaré los estuches en un paquete vulgar, sin referencias, para no llamar la atención. Tenga la factura por si quiere asegurarlas.

Así lo hizo. Me despedí y en cuanto estuve en la calle, cogí un taxi que me volvió al hotel. En recepción estaba el Sr. Maurois, el gerente, que al verme se acercó.

–¿Cómo tan temprano aquí?

–Quiero que me guarde en caja estas joyas.

Al verlas, exclamó:

–¡Son una preciosidad! Estoy seguro que le gustarán a Madeleine.

–¿Cómo sabe...?

–¡Hombre! Tengo experiencia y usted no ha disimulado mucho. Yo me alegro por usted y por ella, que es una mujer extraordinaria.

–Gracias. Yo quiero pedirle un favor.

–Cuenta con ello.

–Deseo que sea testigo de la boda.

–Con mucho gusto.

–Ahora voy a enterarme del papeleo en el Ayuntamiento.

–Yo tengo un pariente que trabaja allí, precisamente en ese departamento. Puedo informarme de lo necesario, y se ahorra el ir.

Estupendo, se lo agradezco.

Entró en su despacho y telefonó. No tardó mucho en regresar.

–Pues es muy sencillo –explicó–; basta con rellenar unos impresos y las fotocopias de los documentos identificativos o pasaportes, tanto de los contrayentes como de dos testigos. Le he dicho que voy a enviar por los impresos y las instrucciones necesarias. ¡Ah!, me ha indicado que puede celebrarse el próximo miércoles, si tienen prisa.

–No sé como agradecerle tanta amabilidad. Si le parece, después de hablar con Madel, esta tarde organizamos lo que haya de hacerse.

–De acuerdo. ¿Tomamos unas copas?

–Sí, vamos.

Y estuvimos en la cafetería hasta la hora del almuerzo.

Ya en mi habitación, llamé a Madel.

–Dime, papaíto.

–¿Han llegado tus padres?

–Sí y les he contado lo nuestro. Se han sorprendido un poco, pero cuando les expliqué cómo eres, me han felicitado.

–¿Y qué hago yo si no les gusto?

–Me gustas a mí y eso basta.

–Oye, te llamo para que vengas esta tarde al hotel, examines el regalo y planifiquemos todo.

–Pero, ¿al hotel?

–Si, el Sr. Maurois sabía ya lo nuestro y nos está ayudando. Ha gestionado el papeleo y va a ser testigo. Hemos quedado en planificar todo esta tarde, contigo. Te espero, chiquita.

–Tengo cierto nerviosismo, pero mi cariño me da fuerzas para todo. Un beso, mi amor.

Ya por la tarde, cuando llegó Madeleine, incluso yo quedé sorprendido: estaba espléndida. Con un trajecito beige, zapatos de tacón alto y cabello diestramente alborotado, parecía una modelo en pleno desfile.

–¡Vaya ejemplar de mujer! –exclamó el señor Maurois.

Las compañeras, que se percataron de su presencia, la rodearon admiradas.

–¡Pero chica, cómo estás! –dijeron

Yo la cogí del brazo, mirándola con arrobó.

–Vamos a mi despacho –indicó el gerente.

Sentados, una vez tomado el café que él había pedido, examinamos los impresos que ya tenía en su poder y los rellenamos. En cuanto a cómo se desarrollaría el acto, pronto nos pusimos de acuerdo: la limusina del hotel recogería a Madeleine y a sus padres. Los testigos y yo esperaríamos en la puerta del Ayuntamiento a las seis de la tarde del próximo miércoles, hora y fecha disponibles. Celebrada la ceremonia, iríamos al hotel para la cena.

Decidido todo, Madeleine me dice:

–Vamos a casa. Quiero que te conozcan mis padres.

–Me parece bien, pero tal como vienes de espléndida, iremos en taxi. No me expongo a que algún chorizo del metro te diga algo.

–¡Celoso!

–Más de lo que te puedes imaginar.

El taxi nos dejó en la puerta. Sus padres, la verdad sea dicha, si en principio me miraron con cierto recelo, después de hablar con ellos y contarles parte de mi vida y de mis relaciones con la hija, se sintieron satisfechos.

–Ella merece ser feliz, por lo que vale en todos los sentidos – manifestó la madre.

–Yo procuraré que lo sea, porque así lo seré yo también. La quiero más que a mi vida.

–Y yo a ti –intervino Madel–. Me moriría si te perdiera.

–No valen malos augurios –comentó el padre– ¿Cuándo será la boda?

–Si no surgen problemas, la semana que viene, el miércoles por la tarde. La parte religiosa, que yo también quiero, la haremos en mi tierra, cuando llegemos del viaje. En ella estará toda mi familia y, como es natural, vosotros.

–Me alegra ese propósito; yo os lo iba a rogar, pues soy religiosa. Muchas gracias, hijos.

–Bueno, ya que le conocéis y comprobáis lo guapo e interesante que es y lo que nos queremos, vamos a dar una vuelta por ahí y cenar juntos.

Me despedí y ya en otro taxi, le propuse:

–¿Por qué no vamos al Moulin Rouge? Vemos el espectáculo y supongo que se podrá tomar algo allí.

–Bien, pero con una condición.

–¿Cuál? –pregunté extrañado.

–Tienes que mirarme siempre a mí. Allí hay chicas muy monas y me pondré celosa si te fijas en ellas.



David Monniaux – Wikipedia

Riendo, le prometo: Como tú mandes.

Madeleine ha escogido una mesa bastante alejada del escenario.

–Desde aquí se ve bien.

–Yo soy algo corto de vista –le advierto.

–Pues mejor –alega ella sonriendo.

Como siempre, pedimos algo frugal y unas copas de vino. El servicio lo realizaron unas señoritas muy monas (tenía razón Madel), ligeritas de ropa y con unas piernas como modeladas por buenos escultores. Ella me pellizcaba cada vez que me fijaba en alguna chica, y me amenazaba con la mano.

Empezó el espectáculo con el clásico Cancán, bailado por un grupo numeroso de espléndidas jóvenes; siguieron diversos números simpáticos y pícaros, para terminar con la canción “Money, Money”... hecha célebre por Liza Minnelli en la película “Cabaret”.



Toulouse-Lautrec – Wikipedia

Una vez terminado este número, salimos, porque era ya tarde y por la mañana teníamos que determinar algunas cosas.

Ya en su puerta, me echó los brazos al cuello y nos besamos con pasión; besos largos, apretados como si quisiéramos fundir nuestros labios.

–Así estaría toda la noche –susurró.

–Yo también.

–Pero mis padres estarán esperando. Debo subir.

–Hasta mañana, cielo –me despedí.

Una vez en mi habitación, no pude resistir la tentación de llamarla.

–¿Qué quieres?

–Primero, oírte una vez más y luego recordarte que sigues siendo mi guía y tienes que hacer hueco para enseñarme lugares.

–¡Que loco estás, mi vida! Pues claro que encontraremos tiempo, en especial porque quiero estar junto a ti. Duerme. Un beso.

Cierro los ojos, sin dejar de pensar en ella, hasta quedar dormido.

Por la mañana vuelvo a llamarla y le recuerdo que debemos ir a comprar el vestido de la boda y los que necesite para el viaje. Se queda callada, como pensando, y me responde que el de la boda, sí, pero los otros no, porque tiene bastantes.

–Bueno, ya veremos –le digo– esta compra es un regalo mío.

–¡Por Dios, no te pases! Luego hablamos, cuando llegue dentro de una hora. Espérame donde siempre.

Llevo un rato esperando –soy impaciente– cuando la veo subir las escaleras, ágil y esbelta, y me invade una alegría, nunca antes sentida, tal vez porque ahora tengo la sensación de que me pertenece.

Me coge de la mano, después de un ligero beso, y me explica que, no muy lejos, existe una tienda con ropas de Dior (una especie de sucursal) con precios muy interesantes.

Caminamos, ella con una sonrisa entre pícara y cariñosa, yo mirándola embelesado. Una vez en el establecimiento, se dirige a una empleada y le explica lo que desea.

–Son unos modelos originales, bonitos, elegantes y discretos –dice.

Madeleine los examina y me señala uno de un azul suave.

–Yo no entro en la elección, el que te guste.

–Pruébeselo –le indica la dependienta.

Entran en un probador y, al poco tiempo, me llama. Le sienta de maravilla.

–Pruébate algunos más –le digo.

Lo hace y con todos esta extraordinariamente bella.

La empleada que nos atiende está asombrada y se le escapa un casi envidioso comentario:

–Es que tiene un cuerpo perfecto, le cae bien todo, no hace falta corregir ni ajustar nada.

–Bueno, Madel, si te gustan...

–El azul sólo –me dice.

–No, los tres. Mire, señorita, prepárelos y los envía al hotel “Michel”. El gerente, que tiene mis instrucciones, les abonará la factura.

Madeleine, un poco enfadada, me riñe al oído.

–Mira que eres dictador y caprichoso. Yo tengo bastante ropa y, además, la compra me corresponde pagarla a mí.

–No te preocupes, la vas a pagar el miércoles.

–¡Anda ya, tunante!

–Oye, ¿y la ropa interior?

–Esa la compraré yo mañana con mi madre. La veras...

–¿Cuándo?

–¡Imagínatelo!

–Bueno, puesto que hemos terminado pronto, vamos a Nôtre Dame, que la vimos a medias.

En esta ocasión cogimos un taxi. Madeleine, siempre inteligente, a veces genial, una vez frente a la catedral, me mira con fijeza y me habla muy suave y dulce: “Lo mejor de la catedral, para mí, es el momento que vivimos en ella, cuando me juraste que me querías y mi corazón saltó de emoción y de gozo”.

La estrecho contra mí sin saber qué responder. Pero ella, hábil y rápida de pensamiento, con una risita casi infantil, me suelta una retahíla de datos sobre la catedral, como aprendidos de memoria.

Fue construida entre 1163 y 1345, su estilo es gótico, según dicen los entendidos; sufrió diversas modificaciones entre 1630 y 1707. La revolución también provocó ciertas consecuencias, que ahora no recuerdo. Entre las varias obras y detalles que contiene, cabe

destacar la coronación de Napoleón en 1804. La literatura, por medio de Víctor Hugo, le dio fama y la propagó por todo el mundo con la gitanilla Esmeralda y Quasimodo, el jorobado; una historia algo así como la bella y la bestia enamorada, que se deja morir junto a ella cuando la matan. ¿Quieres saber más?

–Sólo quiero quererte aún más y que tú me correspondas.

–Lo que yo más quiero es.... Comer cuando tengo hambre –dice entre risas– después.... lo que pidas.

–Bueno, en serio, me gustaría ver el Louvre.

–Es muy grande, mañana. Esta tarde debo ir con mis padres a comprarles vestimenta para el acto. Por cierto, también tenemos que buscarte un traje adecuado.

–De eso me ocuparé yo luego. Pero tengo necesidad de verte, aunque sea a última hora.

–¿Y eso?

–No podré dormir sin darte un beso.

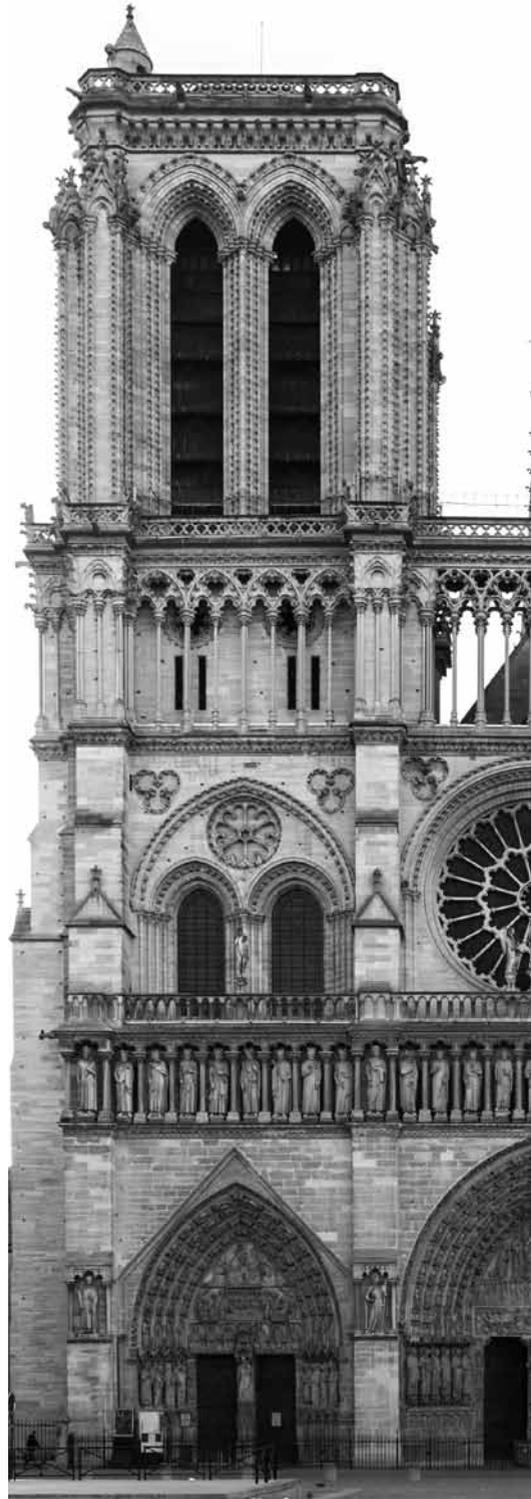
–¡Adulador! Ve a casa, ya eres de la familia.

Comimos al paso unos bocadillos, pues ella tenía prisa, y regresamos al punto de encuentro. Madeleine se va en el metro y yo al hotel.

Busqué al gerente para tomar café.

–¿Cómo marcha todo? –me pregunta.

–Bien, pendientes de pequeños deta-



Notre Dame, Daniel Vorndran – Wikipedia



les. Por cierto, Sr. Maurois, ¿conoce dónde puedo comprarme un esmoquin?

—Pues claro, la casa de mi amigo Pierre. Si quiere nos acercamos.

—Desde luego, estoy dispuesto.

El amigo del señor Maurois nos recibió muy amable y después de calcular a ojo mi talla, nos enseña uno.

—Creo que es el suyo. Pruébeselo.

Así lo hago y cuando me examina, sonrío satisfecho.

—Un pequeño arreglo en el largo de los pantalones y queda usted transformado en un modelo.

—Es verdad —comenta el señor Maurois.

—Lo necesito para el miércoles —le advierto.

—Mañana lo tendrá, junto con sus complementos.

—Lo envías a mi hotel con la factura —le indica Maurois.

Durante unos minutos hablamos de la actualidad, del tiempo y de las cosas que se dicen cuando no se tiene nada que decir. Nos despedimos y durante el camino de vuelta, le cuento al señor Maurois las jugadas imprevistas que nos hace el destino. Vine a París para vencer mi depresión y tristeza, con la idea de entregarme, de abstraerme en la recopilación de datos para una serie de historias, situadas en París, que estoy escribiendo. Y mira por

donde, París me ofrece la historia más deliciosa de mi vida, al encontrarme con Madeleine.

–¿Es usted escritor?

–Un pequeño escritor. Únicamente he publicado cinco libros y multitud de artículos y pequeños estudios en la prensa.

–Me gustaría conocer sus obras y, en especial, esas historias de París.

–Puedo dejarle las hasta hoy escritas. Están en mi portátil, que siempre viaja conmigo. Y le agradeceré corrija lo que no se acomode a lo real de la ciudad. He procurado documentarme, pero siempre falla algo, cuando es a través de otros. Nunca, antes, estuve aquí.

–Estupendo. De lo publicado, quisiera un ejemplar.

–Lo tendrá.

Estuvimos hablando de letras –era entusiasta de ellas– durante el resto de la tarde. Al anoecer me despedí para ir a casa de Madeleine.

Allí, saludo a los padres y Madel me riñe graciosamente por el retraso. Le explico el motivo –la compra de mi traje– y entonces, con un gesto de comprensión, dice:

–¡Ah! Si es esa la causa... Supongo que estarás muy guapo.

–Pues...

–Si no lo estás, diré nooo en la boda.

Como había dispuesto una cena fría, nos trasladamos al comedorcito en el que, entre bromas de Madel y comentarios sobre las acciones próximas, transcurrió el tiempo.

Me despido de los padres y Madeleine me acompaña a la puerta. Allí me abraza y susurra:

–Dame un beso de esos que me producen temblor hasta en los zapatos.

–Los tuyos a mí me incendian –le digo yo, mientras la beso–. Buenas noches, cielo.

Una vez llegué al hotel, me acosté y dormí de un tirón, tranquilo y relajado. Bien entrado el nuevo día, me despierto feliz, me

arreglo y lo primero que hago, es llamar a Madeleine...

–Madel, cariño, mi guía ¿tendrá hoy tiempo para continuar las visitas turísticas?

–Mon amour, oui.

–¿La misma hora y el mismo sitio para el encuentro?

–Oui, mon amour.

Como siempre, la esperé apoyado en la barandilla. La observé subiendo por las escaleras, sonriente, con un paso elegante, pues sabía que la miraba recreándome en sus movimientos y en su figura de escultura griega.

–¿Te enseñaron las diosas del Olimpo a caminar? –le pregunto como saludo.

–Claro que sí, mi amor, –respondió mientras me ofrecía sus labios voluptuosos para el primer beso de la mañana.

Cogidos de la mano, entrelazados los dedos, caminamos un buen rato callados. Por fin le pregunté:

–¿Qué has programado?

–Subiremos a la Basílica del Sagrado Corazón, daremos unas vueltas por las callejas de Montmartre, comeremos en uno de los múltiples restaurantes de allí, y después iremos al museo de Louvre. Todo muy rápido porque los próximos días tendremos que preparar las cosas para el viaje.

Le apreté con más fuerza la mano, como dándole mi conformidad. Cogimos el metro y nos bajamos en las proximidades.

–La Basílica está situada en lo alto de la colina de Montmartre. Su construcción se inició en 1875 y terminó en 1919, inspirada en la arquitectura romano–bizantina. Como puedes ver es muy bella, casi espectacular en su exterior y desde allí se divisa todo París. Subamos en el funicular para ahorrar energía –propuso Madeleine–. La construcción es un homenaje a los franceses que perdieron la vida durante la guerra franco–prusiana.

El interior me parece interesante y bello, pero con lo recor-



*La Venus de Milo, Britchi
Mirela – Wikipedia*

dado de la visita a otras iglesias, no sé distinguir bien las diferencias. Desde la altura donde se encuentra, efectivamente, puede verse una gran extensión de la ciudad.

Nuevamente al pie mediante el funicular, Madeleine me llevó por estrechas callejuelas empedradas y llenas de bares, puestos al aire libre y artistas ofreciéndose para hacer rápidos retratos. Esto es el Montmartre bohemio, lleno de turistas y de ofertas de los más dispares artículos.

De repente se me ocurrió una idea y dije a Madeleine:

–Quiero que ese pintor o dibujante, te haga un retrato.

–¡Anda ya! No perdamos el tiempo.

–Sí, Madel, tengo interés en eso.

Accede de mala gana. Hablé con el artista ambulante y concerté el precio.

Se puso a la tarea contemplándola, en tanto murmuraba: “Trés jolie, monsieur, trés jolie”. Sobre el papel iban apareciendo los rasgos de Madelaine, que estuvo quieta, aunque disgustada, durante el cuarto de hora que duró el trabajo. Me pareció bonito y muy real. Pagué lo convenido y, adecuadamente enrollado, me llevé el retrato.

–Estarás contento, ¿no?

–Pues sí, estás muy bien. Lo colocaré a la entrada de mi casa.

Rió y se le quitó el enfado.

–Veamos un poco más y tomemos

algo –dijo, y después continuó con la explicación del lugar–. En un tiempo el barrio estaba lleno de cabarets, burdeles y negocios del sexo. Se transformó cuando artistas como Van Gog, Picasso, Degas se asentaron aquí. Toulouse Lautrec, con sus carteles de bailarinas y espectáculos del “Moulin Rouge”, promocionaron la zona, divulgada con amplitud por la película filmada sobre el pintor.

–Sí, recuerdo la película –comento yo.

En un pequeño y estrecho restaurante comimos y descansamos, tras andar por los suelos empedrados y escaleras de las calles.

–Hoy acabamos el turismo –afirmó ella–. Tenemos que organizar muchas cosas antes del miércoles.

–Lo más importante está solucionado. El señor Maurois ha entregado a su pariente los papeles y documentos y la hora está fijada. A mí me llevan hoy el esmoquin y a tu casa habrá llegado ya la ropa que compramos.

–Pero siempre hay detalles que se escapan con las prisas.

–El señor Maurois se ha encargado de preparar la cena y de que se arregle la suite nupcial; tiene previstos los vehículos para los traslados y adquiridos los billetes para Roma, dónde también ha reservado hotel para nosotros.

–Pero, bueno, ¿el señor Maurois es tu padre?

–Casi –contesto riendo.

Me miró fijamente, sin que yo adivinara sus intenciones ni pensamiento y, cogiéndome las manos, muy cariñosa, me dice:

–Te quiero.

–Y yo a ti –le aseguré

–Vamos al Louvre, muy rápidos, pues para verlo bien necesitaríamos un mes –propuso.

–Yo sólo tengo interés en ver dos obras: La Gioconda y la Venus del Milo.

Cuando llegamos había cola, pero Madeleine, que es previsora, tenía entradas especiales y pasamos sin más. El interior estaba repleto

de turistas y, como siempre, de mayoría oriental. Sorteándolos, pasamos por diversas salas, pero era imposible detenerse a verlas con detalle.

–A la Gioconda y a la Venus –indiqué a Madeleine– en otra ocasión veremos el resto.

Llevándome de la mano y tras subir y bajar escaleras, nos encontramos ante la obra de Leonardo. La sala estaba llena de gente, con las cámaras y móviles disparando. Logramos situarnos cerca y fotografiarla también. El cuadro yo lo esperaba de mayor tamaño, por lo que me decepcionó un poco.

Otra vez caminando cogidos de la mano, llegamos ante la Venus del Milo. Me entusiasmó. Estuve largos minutos recreándome en la perfección de la obra, la belleza del rostro, la elegante estética de la parte desnuda, la exactitud de su breve ropaje...

Madel, a mi lado, observaba mis gestos admirativos. La cogí del brazo y la coloqué al lado de la escultura.

–No te muevas, os voy a fotografiar. Sonríe un poquito, preciosa –le ordeno.

Disparé varias veces la cámara y comprobé los resultados, que eran satisfactorios. Ella se acercó curiosa.

–Mira –le digo– la Venus se ha quedado de piedra al comprobar que tú eres más guapa.

Como no esperaba esta conclusión, se rió divertida y, por respuesta, me dio un beso.

–¿Quieres dar un vistazo al museo de Orsay, que está al lado?

–Lo que tú elijas, Madel.

–Vamos, algo veremos.

Así lo hicimos. Como estaba atardeciendo, pasamos de prisa por las salas. No obstante en una me llamó la atención un cuadro, que más parecía fotografía, de la mitad de una mujer, tendida boca arriba, con las piernas abiertas, enseñando lo que hay entre ellas, cubierto de frondosísima pelambreira. Madel tiró de mi, con fingido enfado, diciéndome bajito “eso no se mira, hay cuadros mejores”.

Cruzamos un hermoso patio, en el que podían admirarse numerosas esculturas y, ya cansados, nos fuimos al hotel, en cuya cafetería nos sentamos durante un buen rato.

Recogimos las joyas guardadas en la caja, así como los demás paquetes que habían llegado a mi nombre y, en un taxi, nos dirigimos a casa de Madeleine.

Al despedirnos, ella me dice:

–Como estamos a dos días de la boda, debemos repasar lo que nos hace falta o que se nos olvida. ¡Ah! Mañana hay que comprar las alianzas.

–Yo vendré por ti para ir juntos. Luego paseamos y bebemos algo.

–Vale, como tú quieras.

Después de acariciarle la cara y besarla, marché nuevamente al hotel.



Ayuntamiento de París – Wikipedia



La Gioconda, Leonardo da Vinci – Wikipedia

III

Y llegó el miércoles, y transcurrió la mañana con los nervios en tensión, y comí el almuerzo con rapidez y poco apetito y, por fin, la ducha relajante, la ropa interior nueva, blanquísima, el esmoquin y las últimas miradas en el espejo, colocando bien la corbata.

Abajo esperaban ya el señor Maurois y Jacqueline, la compañera y amiga de Madeleine, que serían los testigos, que me reciben afectuosos.

–Vamos –dice Jacqueline– el coche está en la puerta. Por cierto que estás muy guapo y elegante.

Nos acomodamos en el vehículo y marchamos camino del Ayuntamiento. Sobre las cinco y media sería cuando llegamos a la dependencia donde tendría lugar el acto. Por cierto que estaba adornada con mucho arte.

El señor Maurois me presentó a su pariente, y éste a la autoridad que será quien lleve a efecto la unión legal.

Cerca de las seis, hora convenida, llegaron Madeleine y sus padres. Más que nunca está impresionante. Su elegante vestido de color azul claro, ajustado con discreción a las delicadas formas del cuerpo, permitía adivinar y realzar el conjunto de su espléndida figura. Una especie de boina, también azul, cubría su cabecita, dejando fuera parte de un sencillo y estudiado peinado. Sus labios, de un tono rojo, dibujaban una amplia sonrisa.

Todos, y yo más que nadie, quedamos deslumbrados por la belleza, elegancia y sugestiva feminidad de Madeleine.

Comenzó el acto con la lectura de los artículos de la ley que señalan los derechos y obligaciones de los contrayentes; después, la

autoridad nos hizo las preguntas habituales sobre nuestros deseos, voluntad y compromiso de unirnos en matrimonio y lo que ello suponía. Nos colocamos las alianzas y él pronunció un breve discurso relacionado con el compromiso adquirido, y nos deseó cordialmente felicidad y fidelidad, terminando con el acostumbrado pueden besar-se los novios, cosa que hicimos con el aplauso de todos.

A la madre de Madeleine se le humedecieron los ojos y la hija, que la observaba, le dice:

–Mamá, no llores. Nunca he sido tan feliz como hoy y espero serlo un poco más cada día que viva. Adoro a mi marido y él a mí, puedes estar segura.

En el hotel nos habían preparado un pequeño refrigerio, con variados aperitivos y bebidas. Allí estuvimos sentados, charlando y comentando lo acontecido, entre risas y bromas, hasta la hora de la cena.

Entró uno de los empleados del hotel, se acercó a mí, y me dijo que un señor quería verme.

–Perdonad un momento, ya vuelvo.

Era el Comisario de policía, quien muy atento, me saludó y, dándome un sobre que tenía en la mano, me explicó:

–Encontramos el pasaporte y documentos que le robaron y he querido entregárselos personalmente.

–Gracias.

–Bueno, también quería advertirle de algo más importante... El exmarido de la chica con quien acaba de casarse, está en prisión y es un tipo muy peligroso. Casi seguro que tratará de contactar con ella cuando salga.

–Nos vamos mañana.

–Bien, pero eso no lo evitará, más aún cuando ella colaboró con él en algunas fechorías, aunque no pudo probarse.

–Estoy seguro de que no colaboró –contradije–, y si alguna vez lo hizo sería amenazada o forzada. La conozco bien.

–Espero que tenga razón. No obstante, esté precavido por lo que respecta al individuo. Y mucha suerte y felicidad les deseo.

–Gracias por su atención.

Nos dimos la mano y yo regresé con los demás.

–¿Quién es y qué quería? –preguntó Madeleine.

–El Comisario de policía, para entregarme el pasaporte y documentación que me habían robado –contesté, mostrándolos–. Y me ha hecho algunas recomendaciones para evitar estos casos.

Madeleine estaba cada vez más radiante y atractiva, de manera especial cuando sonreía. Era el centro de atención de todos nosotros. Incluso el señor Maurois, tan prudente él, no pudo evitar decirle:

–Madeleine, estoy seguro de que en París no existe chica alguna que se pueda comparar contigo.

–Gracias, jefe.

–Exjefe –puntualizó él.

En un comedor pequeño, anexo a la salita, estaba ya preparada la cena. Así, pues, nos trasladamos a él y engullimos la exquisita y variada comida que el chef había preparado para el acontecimiento.

Una vez saciado el apetito, si es que alguien lo tuvo, y tras una animada charla, Jacqueline, muy pícaro, comentó:

–Los novios estarán cansados, creo que es hora de despedirnos.

Todos nos pusimos de pie, nos besaron y felicitaron, invitándonos a subir a la suite para descansar.

Cogidos de la mano y mirándonos con fijeza, nos montamos en el ascensor. Durante el trayecto, Madel me repetía, en voz baja, un “te quiero”, “te quiero” que acabó por emocionarme y estrecharla entre mis brazos.

En la suite, no más entrar, le di un beso largo, largo y apretado y terminé diciéndole:

–Llegó la hora. Eres mi mujercita y hemos de desnudarnos.

–Me da vergüenza –acertó a decir algo turbada–. Ve tú primero al baño.

–Como quieras, pero ¿dónde vas ahora?

–A la antesala, allí esperaré.

–Está bien, yo terminaré pronto.

Me despojé del traje y demás ropa, cogí un batín y entré en el baño. A los cinco minutos salí con el batín puesto y la llamé.

–Cariño, el cuarto de baño está libre.

Entró tímida y yo, para que se calmara, me salí también a la antesala. Como tardaba más de lo normal, volví al dormitorio y le pregunté

–¿Qué haces ahí, Madel?

Salió del cuarto de baño, muy tapada con una bata roja, que trato de desprendérsela cuando llega a mí y, ¡Oh sorpresa!, continuaba aún vestida.

–Yo no soy la Magda que se te aparece en la memoria; soy Madeleine y quiero que seas tú quien me desnude –dijo con la mayor serenidad del mundo.

Sin reprocharle el infantil engaño, muy despacio, fui despojándola de sus prendas, una a una, dejándola sólo con la leve y blanca braguita que ocultaba lo esencial de su feminidad.

–¡Madel! –exclamé mirándola– tienes el cuerpo más bello y perfecto que existe en mujer de este mundo. Eres el premio mayor y mejor que un hombre puede recibir.

La cogí en brazos y la posé, con suavidad, en la cama. Arrojé al suelo mi batín y la abracé con ansiedad, muy juntos nuestros cuerpos.

–¿Jugamos un poquito? –le pregunté.

Ella no respondió, pero repetía, incansable, “te quiero”, “te quiero”. Acaricié y besé todo su cuerpo, despojado ya de la última prenda y, por su parte, me acariciaba también, mientras susurraba palabras de cariño, hasta que le tapé su boca con un beso dulce, inacabable, y apreté con fuerza todo mi cuerpo con el suyo, quizá haciéndole algún daño, pues dejó escapar un reprimido ¡ay!, seguido poco después de un fortísimo apretón de mi cuello con sus brazos y

multitud de besos insaciables de sus deliciosos labios...

Cuando desperté, la luz se filtraba por las ventanas. Madeleine, muy pegadita a mí, dormía plácida, con un brazo extendido sobre mi pecho. Me levanté con mucho cuidado para no despertarla, me duché con agua tibia y me vestí, pensando en que la noche ya pasada había sido la mejor y más deliciosa de mi vida.

Fui a la antesalita, cogí el teléfono y pedí que nos subieran dos cafés cargados y unas tostadas.

Madeleine seguía dormida pero yo, muy despacito, empecé a besarla y acariciarla con suavidad. Abrió los ojos, me miró como sorprendida y me pidió que la pellizcara.

–¿Por qué? –pregunté.

–Es que temo estar soñando.

–Todo esto es real, estamos casados y hemos pasado una noche inolvidable, al menos yo.

–Te quiero –volvió a repetir–. Bésame mucho y fuerte.

La obedecí, pero terminé indicándole que era ya algo tarde, el desayuno estaba encargado y debía arreglarse.

–Vuélvete y no mires –pidió.

–Pero Madel, si ya te he visto entera, te he recorrido toda con mis besos y mis manos, además estamos casados y he comprobado que eres la mujer de mis sueños.

Sonrió, pero se fue casi corriendo al baño.

Unos golpecitos en la puerta, me indicaron que el desayuno estaba allí. Abrí, entró una monísima camarera que, sonriente, depositó los cafés y tostadas en la mesa.

–Madel, date prisa que el café se enfría.

–Ya que eres mi marido, ¿por qué no me ayudas?

Sonriendo fui al cuarto de baño y le ayudé a secarse. Ni que decir tiene que me aproveché tocándola y acariciándola.

–No seas malo.

Con la bata puesta, bien ajustada, tomamos el desayuno.

–Voy a bajar y le diré a Jacqueline u otra chica, que suba a ayudarte.

Descendí e indique a Jacqueline, que ya estaba, que subiera a ayudarla. También esperaban los padres y el señor Maurois, que me saludaron efusivos.

–¿Qué tal estáis?

–Muy bien, gracias –respondí.

–Las maletas se han colocado ya en el coche, sólo falta lo que tengáis arriba.

–Poca cosa –comenté–. Salvo mi traje y el vestido de Madel, todo cabe en un bolso de mano.

No tardó en bajar Madeleine, acompañada de Jacqueline. Lucía unos pantalones claros, una blusita a juego con ellos y en el cuello un fular. Con el peinado hábilmente desaliñado, parecía una diosa del Olimpo.

–Esta chica cada día está más guapa –piropeó el señor Maurois.

–Y más feliz –afirmó ella al escucharle.

Besó a sus padres, al señor Maurois, abrazó a Jacqueline, agradecida por su ayuda, y a otras compañeras que se habían acercado a felicitarla.

A mí se dirigió juguetona:

–Para ti no hay beso porque te has aprovechado de mí esta noche... Bueno, sí, porque te quiero.

Los demás rieron alegres, hasta que el señor Maurois advirtió:

–Subiros al auto, que tenemos el tiempo justo para coger el avión.

Así fue, pues llegamos los últimos. No querían ya facturar las maletas, pero Madeleine, con un gesto simpático de disgusto, se lamentó:

–Es que estamos recién casados y creímos que era temprano.

El empleado, con una sonrisa pícaro, accedió y cogió el equi-

paje, al tiempo que comentaba:

–Esa es una buena justificación.

Acomodados ya en nuestros asientos, Madel me cogió el brazo y reposó en el su cabecita, alegando que tenía sueño y quería dormir. Yo, complaciente, la apretaba contra mí, recreándome en su contemplación.

Hacia rato que volábamos a gran altura, ella con los ojos cerrados pero no dormida, cuando le pregunté, muy bajito para no ser escuchado por los viajeros cercanos:

–Madel, ¿puedo hacerte una pregunta indiscreta?

–Lo que tú me preguntes, nunca será para mí indiscreto.

–Pues entonces, ahí va: ¿Me explicas la causa de que hasta ayer fueras virgen?

Abrió los ojos, levantó la cabeza y me miró entre sorprendida y turbada.

–¿Cómo lo has sabido? –inquirió.

–Es bien sencillo; de forma involuntaria te encogiste y se te escapó un gemido, un casi apagado ¡ay! Más tarde comprobé en la sábana un pequeño rastro.

–Es verdad. No te lo había dicho por vergüenza. La primera y única noche con el otro, aparte de que me repugnaba por haber ido forzada al matrimonio, él no pudo consumarlo, ignoro la causa. Me llevó a un médico amigo suyo que, después de examinarme, quedó a solas con él, al parecer dándole el diagnóstico, según me explicó más tarde. Yo no podía tener hijos ni realizar una vida marital normal, porque mis órganos y matriz eran infantiles. Le pedí que nos separáramos, pero se negó. A partir de entonces empezaron los malos tratos, las amenazas y el utilizarme para sus manejos como señuelo o haciendo que colaborara con drogas y estafas para no dañar a mis padres, a quienes había implicado, sin saberlo ellos, en turbios asuntos; más aún, estaba dispuesto a que tuvieran algún violento accidente, si yo no obedecía. Un día, que no debieron salirle bien las cosas, borracho,

me propinó una paliza tan tremenda que hube de ser ingresada en un hospital durante casi un mes. Entonces ya intervino la policía, que andaba tras él, y fue detenido, acusándole con pruebas abrumadoras de numerosos delitos y, aunque a mí también me acusaron, no pudieron probarlo. El tribunal consideró que fui obligada, como realmente ocurrió, y además me concedió el divorcio. Llegué a odiar y despreciar a todos los hombres; deseché buenas oportunidades, rechacé a otros que venían con buenas intenciones... hasta que te conocí. El señor Maurois, amigo de mis padres de siempre, nos ayudó mucho y me colocó en su hotel. De ahí que le quiera como a un segundo padre.

Mientras contaba todo este drama, por su delicado rostro corrían abundantes lágrimas; las sequé con mi pañuelo y, con el mayor cariño, la consolé y dije que ya conocía su historia.

–¿Cómo? –preguntó atónita.

–El comisario me puso al corriente de todo, pero yo nunca dudé de ti y ésto me hizo quererte más.

–Mi vida, ¿cómo podré compensarte?

–Como hasta ahora, queriéndome y haciendo que sea feliz a tu lado. Anda, duerme otro poquito.

–No he dormido, soñaba con los juegucitos de anoche y lo que siguió. Estoy deseando estar en Roma y en el hotel.

–Y yo. Pero tú descansa y duerme, que esta noche te tendré despierta...

–¡Cuánto te quiero, papaíto!



Plaza de España, Berthold Werner. Wikipedia

Cerró los ojos de nuevo y permaneció dormida el resto del vuelo.

–Despierta, Madel, ya estamos en Roma. El avión va a tomar tierra.

Así ocurrió. En el aeropuerto nos esperaba un taxi que nos condujo al hotel, situado en la Plaza de España, lugar que había escogido el señor Maurois, entre otros motivos, porque está bien situado, la plaza es famosa y espectacular con su escalinata y, además, tiene el nombre de mi país por estar allí la embajada ante la Santa Sede.

Abrimos las maletas, ordenamos y colocamos el contenido y nos arreglamos un poco para ver la plaza y alrededores. Por la escalinata, de 135 peldaños, subimos a la Iglesia de Trinitá del Monte. Al descender contemplamos la “Fontana Della Barcaccia”, obra de Bernini y pasamos junto a la embajada española, ubicada en un bello edificio. Cenamos en un restaurante de los alrededores y volvimos al hotel, pues estábamos cansados. Madeleine me indicó que yo sería su guía en Roma, porque la había visitado varias veces. Estuve de acuerdo, siempre que ella fuera la intérprete, por hablar cuatro idiomas.

En la suite, con un mohín pícaro, me dice que hoy le corresponde desnudarme, lo mismo que yo hice ayer con ella. Sonríe y me muestro de acuerdo. Ella, entonces, muy pausadamente, me despoja de la chaqueta, me quita la corbata y la camisa. En el pecho desnudo me da unos pellizquitos y luego unos besos leves que apenas rozan la piel... Con mucha parsimonia, en tanto me quita los zapatos, los calcetines y con lentitud, descorre la cremallera del pantalón, que se desprende solo. Quedo, pues, con el slip y entonces dice:

–Yo no puedo contigo, así que a la cama por tu pie y a esperar mientras me ducho.

Suena el agua durante unos minutos. Espero curioso y, al fin, aparece envuelta en una toalla y se dirige a la cama con pasos cortitos y cimbreándose como una artista... Al borde de la cama, tira de la colcha y sábana que me cubren y me susurra “a cumplir con tu deber

de marido”, en tanto suelta la toalla y se posa, incitante, sobre mí, dándome un beso de esos que hacen hervir la sangre y estremecerse el cuerpo. No me resisto, la cojo por la cintura, le doy la vuelta para que quede debajo de mí y ella se enlaza con sus brazos a mi cuello y entre besos y caricias, nos apretamos hasta parecer siameses. Y permanecemos así, fundidos, mucho tiempo.

–Vamos a dejarlo, no puedo más, estoy rendida –me dice y acaba por situarse muy junto a mí, con el brazo reposando sobre mi pecho. Con adormecida voz me repite “te quiero” y se queda dormida.

Despierto por la mañana y, con mucho cuidado, voy al baño y me arreglo. Madel continua dormida, me acerco y la acaricio. Entonces abre los ojos y sonrío.

–Vamos, mujercita, hay que desayunar y ver cosas –le recuerdo.

Se levanta y bosteza muy despacio. Yo, al verla desnuda y el cabello por los hombros, no puedo evitar decirle:

–¡Madre mía, qué hermosa eres! O corres a la ducha o nos vamos otra vez a la cama.

–No. Estoy destrozada, porque eres muy bruto –me riño y corre al baño.

Cuando sale, viene envuelta en un albornoz.

–Date prisa –le digo.

–Pues ayúdame.

–Tardaremos entonces más.

–Ahora no mires –me ordena.

–Ni hablar –le replico– tengo el privilegio de ser tu marido.

–Pues me voy al baño.

Y así lo hizo, mientras yo esperaba impaciente...

Cuando sale vestida, un poco desafiante, se me acerca y suelta:

–No me has hecho falta.

Por respuesta, la tomo de la cintura y le pregunto bajito, cómo demonios puede cada día estar más guapa.

–Porque tengo un marido que no quiero me quite nadie –afirmó ella, besándome.

–Vámonos que, de seguir así, ni desayunamos.

–Eso, y tenemos que reponer fuerzas.

Casi corriendo bajamos y tomamos el desayuno con gran apetito. Al terminar le sugiero:

–¿Qué te parece si alquilamos una moto y paseamos por Roma, como en la película “Vacaciones en Roma”?

–No he visto la película, pero debe ser divertido.

Al recepcionista le pregunta Madeleine, que domina bien el italiano, sobre nuestra pretensión y dónde podíamos alquilar una Vespa. Nos indicó un lugar cercano. Allí, efectivamente, alquilaban vehículos de todas las clases, incluidas motos. Escogí una que parecía estar bien, nos pusimos unos cascos que nos facilitaron, y a toda marcha a ver la ciudad.

Conozco algo de Roma y con mi dulce paquete fuertemente agarrada a mi cintura, enfilé hacia el Coliseo, aparqué fácil, pues la moto ocupa poco espacio, y mediante soborno –muy típico– conseguí entradas. Cerca de mediodía, Madel me dijo que estaba cansada y harta de ver ruinas y piedras.

Salimos, nos montamos en la Vespa y traté de llegar a la Plaza de España; y digo traté porque, no sé cómo, me perdí por estrechas callecitas y nos encontramos, de repente, en una fiesta en plena vía, motivada por una boda muy popular. Era la hora del almuerzo y muchos estaban ya repletos de vino. Nos pararon e invitaron. Al comprobar que éramos extranjeros y que estábamos de viaje de novios, según les confesó Madeleine, nos obligaron a unirnos a ellos y almorzar, a probar los exquisitos vinos de la tierra; todo con tal alegría y afecto, que no pudimos negarnos.

Acabada la comida, comenzaron a cantar a coro bonitas canciones napolitanas y otras alusivas al acontecimiento, muy pícaras, mientras repartían licores en abundancia, sin que fuera posible elu-

dirlos. A continuación se inició un tumultuoso baile, al son de improvisada orquestina. No se cómo, el novio me arrebató a Madel y la novia me raptó a mí, haciéndonos ambos bailar sin descanso ni pausa. Madeleine, al cruzarnos en varias ocasiones en el bullicio, me miraba enfadada porque mi pareja –la novia– no dejaba de besuquearme y cubrir mi rostro de carmín. En una de las escasas veces que nos cruzamos, Madel gritó: “¡cambio de pareja!” y empujando a la novia se aferró a mí con todas sus fuerzas. Como pudimos nos apartamos de la masa bailarina y, entonces, se encaró conmigo reprochándome el besuqueo.

–Si yo no he dado motivo para nada.

Límpiate la cara, que la tienes roja de carmín, con tantos besitos locos –me indicó con lengua algo torpe por la bebida.

Con el pañuelo me limpié cuanto pude.

–Ma... ma...ñana habla...mos –tartamudeó por efectos del alcohol ingerido.

–Nos volvemos –dije sujetándola por la cintura para evitar posibles traspies–. Pero en la moto no podemos, por ti y por mí.

–No se preocupen, yo los llevaré en mi auto, que está al lado. Soy el padre de la novia.

–Muy bien, –le dije.

Lo seguimos, sorteando a los invitados que intentaban retenernos, y con dificultades, sosteniendo a Madel, que apenas podía andar, llegamos al auto. Era un Fiat prehistórico, nos subimos con torpeza y el buen hombre arrancó.

–¿Dónde?

–A la Plaza de España.

–Pues ya mismo estamos allí –comentó, dando un acelerón que estuvo a punto de estrellarnos.

–Madel, sujétate bien al asiento, que nos mata.

Si lo oyó, no hizo caso, obligándome a sujetarla.

El conductor, bastante bebido, fue de acera en acera y lleván-

dose algún que otro contenedor de basuras. Por suerte, como era tarde, la circulación era escasa, lo que facilitó llegar vivos al hotel.

Le di las gracias (también a Dios) y le rogué cuidara la moto.

–No se preocupe, el taller es de mi primo. Yo la llevaré mañana.

Dada la hora, el hotel estaba casi desierto. El portero y el recepcionista, que vieron el estado en que estábamos, se acercaron solicitos.

–¿Les ayudamos?

–Pues sí –les dije, ya que Madeleine estaba hecha un ovillo.

–En el ascensor les expliqué cómo nos habían retenido en una boda y obligado a beber más de lo debido, sobre todo a ella, que no está acostumbrada al alcohol.

–No se preocupe, señor. Como tiene náuseas, según observo, debe darle alguna bebida carbónica, que le ayudará a arrojar. Luego a la cama y por la mañana, para la resaca, una aspirina y un zumo de frutas. La bebida y el zumo los tiene en la neverita de la habitación. La aspirina después se la subo.

–Gracias.

La llevé casi arrastrando al cuarto de baño, la senté junto al servicio y le di la bebida aconsejada. A los pocos minutos arrojó el almuerzo, la merienda, el vino y los licores como si la boca fuera una manguera.

Estaba pálida y sudorosa, y eso me preocupó. Esperé para observar su reacción, pero como parecía más tranquila, le quité el vestido y los zapatos, la enfundé en una bata y, cogida de la cintura y caminando con torpeza, conseguí meterla en la cama. Estuve un buen rato observándola y tras comprobar que dormía, me llegué al cuarto de baño, limpié lo más visible y me duché con agua fría. Esto hizo que me despejara bastante. Le tomé el pulso, que latía a ritmo normal, y después de tomar yo una de las aspirinas que me llevó el recepcionista, me acosté.

Despierto temprano y miro a Madel, que seguía tranquila. Me levanto, vuelvo a darme una ducha reconfortante y me acerco a ella, que duerme de manera plácida. La acaricio y entonces abre los ojos y me mira sorprendida, preguntando qué había pasado. Intenta levantarse y se lleva las manos a la cabeza.

–¡Oh, cómo me duele!

–Toma esta aspirina y el zumo, verás como te mejoras. Es la resaca de la borrachera de ayer.

–Ya recuerdo –murmuró– la boda italiana y la novia que te besaba.

–Descansa un poco más, hasta que te haga efecto la aspirina.

–No, voy a ducharme. Ayúdame a llegar, por favor.

Cogida de la cintura la llevo hasta el baño.

–Si quieres puedo enjabonarte como a los niños.

–No, porque entonces no acabaríamos nunca.

Sin duda llevaba razón. Me fui a la antesala, cogí el portátil y me puse a escribir. Tenía que acabar de una vez el libro “Historias de París”, para enviárselo al señor Maurois. Distráido en la tarea pasó el tiempo sin que me diera cuenta. La voz de Madeleine me interrumpió:

–Papaíto, ¿no te arreglas?

–Sólo tengo que vestirme, ya voy.

Vuelvo al dormitorio. Madeleine, algo ojerosa pero, como siempre, magnífica, luciendo unos pantalones claros azul marino, me estaba esperando.

–Ya mismo estoy –le digo, dándole un beso al pasar por su lado.

Y, en efecto, en pocos minutos estaba dispuesto para salir. La cogí de la mano y nos fuimos a una cafetería cercana,

–Mi experto y apuesto guía, ¿adónde me lleva hoy?

–Está algo alejado de aquí, pero cogemos...

–En moto, no; me niego –interrumpió.

–No nos fue tan mal –bromeé–. Cogemos un taxi.



Santa Maria in Aracoeli. Wikipedia

–Eso está mejor, pues aún tengo cansancio.

–¿Podrás subir escalones?

–¡Claro! No soy tan vieja.

Paré un taxi y le di una dirección: Monte Capitolino.

–Tras callejear, para mí demasiado, nos dejó al pie del Monte. Madel miró hacia arriba, calculando la distancia.

–La escalinata tiene 124 escalones; creo que despacito podremos subirlos.

–Si tú no puedes, papaíto, tiro de ti.

–Para eso te encuentras hoy tú, después de lo de ayer...

Cuando culminamos la altura, un poco jadeantes, le expliqué:

–Esta es la Basílica de Santa María de Aracoeli y en ella se encuentra la virgen que, en reproducción escultórica, es la patrona de una ciudad andaluza. Como ves, está situada en la cumbre del monte llamado Capitolino.

Ya dentro de la iglesia, le hago observar cómo la nave central está apoyada en columnas que no son iguales; el hecho se debe a que proceden de las ruinas de construcciones anteriores. En conjunto es un bello templo que pasó por diversas etapas, bajo la influencia de distintos Papas, que lo fueron modificando hasta conseguir la actual forma. Esta Basílica, además, es de las más queridas de la población.

La recorrimos con detenimiento mi-

rando con interés su contenido y, durante unos minutos, nos sentamos para descansar.

–Ahora hay que descender –indicó Madeleine.

–Pues sí, bajemos.

Y así lo hicimos, sin prisas, por la hermosa escalinata, sin el esfuerzo, como es lógico, requerido para llegar a lo alto. Para sorpresa nuestra, al pie nos estaba esperando el taxista que, muy atento, en exceso servicial, se acerca a nosotros señalando el lugar en el cual tenía aparcado el vehículo, como si fuera nuestro. Madeleine y yo nos miramos y terminamos por reírnos y seguirle. No cabe duda que nos había escogido como clientes para todo el día. Acomodados en el taxi, le indiqué que nos llevara a la Fontana de Trevi.

De nuevo callejeando, yo creo que otra vez demasiado, terminó por parar no sé en qué avenida, y nos indica que le sigamos, sin dejar de charlotear en un deteriorado español italianizado, por diversas estrechas callejuelas hasta desembocar en la fuente.

–¡La più bella del mondo! –exclamó

En efecto, la fuente es la mayor de las fuentes monumentales de Roma, formada por bellísima combinación de agua y piedra transformada en perfectas esculturas. La historia refiere que se inició en la época de Augusto, pero su conformación actual se debe a Nicolás Salvi, en el Siglo XVIII, con la intervención, también, de Bernini.

La leyenda de que arrojando de espaldas, por el hombro izquierdo, unas monedas al agua, garantiza que se vuelva otra vez a verla, hace que todo turista cumpla con esta especie de rito. Madel y yo lo hacemos gozosos y riendo felices, después de haberla contemplado y admirado.

El taxista, convertido en guía de “motu proprio”, sin dejar de parlotear de forma ininteligible, nos lleva de nuevo al taxi y Madel, con esfuerzo, consigue que hable en simple italiano, que ella domina, para enterarnos a dónde pretende ir.

Se trata de enseñarnos la Catacumba de San Calixto, al parecer

la más importante de Roma. Personalmente no teníamos especial interés en esta visita. Son galerías subterráneas donde enterraban, los primeros cristianos, a sus muertos y celebraban cultos. Forman una amplia red. Apenas dimos un vistazo y ordenamos al taxista volver al hotel.

Por la tarde nos dedicamos a pasear, sin ningún destino concreto; se trataba sólo de vivir la ciudad como un nativo, mirando tiendas, sentándonos en terrazas, observando a la gente y los turistas. Lo que sí decidimos, es visitar el día siguiente el Vaticano.

Llegado el nuevo día, desayunamos en el propio hotel, para no tener que detenernos en ningún sitio, y salimos decididos. Pero en la puerta ya estaba esperando nuestro voluntario guía, muy sonriente y atento, dispuesto a llevarnos a cualquier lugar. Madel le dijo que íbamos a la Basílica de San Pedro y que no necesitábamos ayuda. Él, con aparatosos aspavientos, advirtió de las dificultades a las que nos enfrentaríamos solos, pues deberíamos soportar largas colas para entrar, evitar hábiles carteristas y dar vueltas y vueltas sin ver bien lo más interesante. Él ya tenía los billetes para eludir colas –nos los mostró como si fueran un trofeo– y conocía todos los entresijos del templo. Comprobado que no podíamos evitar sus servicios, los aceptamos entre confusos y divertidos. Y la verdad es que en esta ocasión fue un acierto.

Ya en la plaza de San Pedro nos señaló lo más importante, las esculturas que desde allí se veían y, no sé cómo, nos encontramos dentro del templo sin dificultad, pese a la multitud que aguardaba. Madeleine quedó maravillada de la grandiosidad y belleza de todo el conjunto y asombrada de las pinturas de la Capilla Sixtina, a la que



*Michelangelo, La Piedad – Jörg Bittner
Unna, Wikipedia*

tuvimos acceso por la pícara habilidad del acompañante. Pero lo que le causó estupor y asombro fueron las esculturas de Miguel Angel: el irrepetible Moisés y la Piedad.

–Aquí tenemos que volver más despacio y sin tan “experta” compañía –me dijo Madel en voz baja.

Sin embargo, la mañana se nos pasó volando y cuando nos dimos cuenta era ya hora del almuerzo; así que intentamos despedirnos del taxista, manifestándole que la tarde la íbamos a dedicar al descanso, pero él se empeñó en llevarnos al hotel, lo que no hubo más remedio que aceptar, dada su obstinada insistencia.

Por la noche, tras la cena, trazamos un nuevo plan. Como desde el mismo hotel se organizaban excursiones por toda Italia, decidimos sumarnos a ellas para conocer las ciudades más famosas. No era lo ideal para Madel y para mí, que nos gustaba ir por libre y no en grupos dirigidos; pero, por otra parte, resultaba cómodo y tenías mayor información. Y, por nuestra parte, estar cada uno más pendiente del otro, sin preocupaciones hacia dónde ir. Así lo hicimos y, por suerte, nos pudimos incorporar de inmediato. La ruta comprendía Florencia, Venecia, Milán, Génova y Pisa, con regreso a Roma. Duraba cinco días y estaban incluidos estancia en hotel de cuatro estrellas, desayuno y almuerzo. La cena era libre para que cada cual hiciera la vida nocturna que deseara.

La verdad es que lo pasamos bien. Con Madel cogida de la mano o por la cintura, nos dejamos llevar tranquilos, mirándonos nosotros más que viendo lo que el guía nos señalaba. En Venecia, en la Plaza de San Marcos, con las palomas volando a su alrededor, le hice multitud de fotografías, así como en la góndola navegando bajo los románticos puentes. Lo mismo en todas las ciudades que recorrimos: ella posaba coqueta y sonriente, como una modelo o artista –para mí era el todo en mujer– y yo la grababa en mi cámara.

Por las noches, excepto en Venecia, salíamos acompañados de otra pareja con la que hicimos amistad, y cenábamos en los sitios que

considerábamos típicos, para terminar en salas de fiesta bailando.

Fueron, hay que reconocerlo, cinco días deliciosos, en los que lo importante era pasarlo bien por encima de todo. Cierto que visitábamos monumentos y vimos obras de arte como el gigantesco David de Miguel Angel, en Florencia , o la increíble torre de Pisa; pero nada era comparable al gozo de estar juntos en ciudades desconocidas, beber delicados vinos, probar deliciosas comidas a base de pastas, escuchar a anónimos músicos callejeros, reír de la pícara astucia de los chavalitos italianos, ofreciendo cosas insólitas como souvenirs y, sobre todo de la alegría de vivir, de vivir muy unidos, muy íntimos, en un mundo cercano que se nos presentaba bello, apetecible, acogedor...

Los últimos días de excursiones a distintas ciudades italianas, Madeleine me dijo que estaba cansada y deseaba, cuanto antes, conocer nuestro hogar y la tierra en la que ella, en lo sucesivo, iba a desarrollar su vida junto a mí.

En consecuencia, al regresar a Roma, lo primero que



Torre de Pisa. Wikipedia

hice fue visitar una Agencia y encargar los pasajes para Málaga, que conseguí, tras bastantes esfuerzos, para dos días después. Al propio tiempo, avisé a casa para que estuviera preparado el chalet y nos aguardaran la noche de llegada en el aeropuerto.

Así, pues, el tiempo que nos quedaba lo dedicamos a pasear y ver algunos de los rincones romanos, esquivando, eso sí, la posible presencia del activo y desenvuelto taxista que nos persiguió en días anteriores.

La noche antes de la partida fuimos otra vez a la Fontana de Trevi, arrojamos por segunda vez, las consabidas monedas, como manifestación de nuestro deseo de volver. La artística iluminación de la fuente hacía que brillaran, en el fondo del agua, como si fueran joyas, las monedas acumuladas, símbolo de la felicidad, de los ensueños y deseos vividos en la ciudad eterna por tantos visitantes... Permanecimos largo rato contemplando el monumento y escuchando el rumor del transparente líquido de la fuente, al caer sobre las cinceladas piedras, mientras nos apretábamos uno contra el otro, enlazados por la cintura y esbozando una sonrisa un poco melancólica.

Al día siguiente, cuando el avión se elevaba desde el aeropuerto de Fiumicino, dimos un sentido adiós a Roma en la que, durante unos días, habíamos vivido momentos felices e inolvidables. El atardecer fue apagándose, atrapado por la noche. Sin embargo, una media luna, que parecía cortada por invisible cuchillo, emitía la suficiente luz para ver, un tanto difusos, el mar y la recortada costa. Madeleine, inclinada hacia mí y unidas mis manos con las suyas, me miraba con una dulzura que no sé cómo calificar, al tiempo que, muy quedamente, susurraba:

–Te quiero.

Yo, por toda respuesta, besé sus ojos, bellos y atractivos. Y así, con apenas algunas palabra cariñosas pronunciadas a los oídos, permanecimos durante casi todo el vuelo. Cuando entramos en la península, le dije:

–Ya estamos en nuestra tierra y pronto en casa. Te gustará y serás feliz.

Me miró, con mayor intensidad, si ello fuera posible, y volvió a murmurarme muy cerca:

–A tu lado seré feliz en cualquier sitio.

Yo, esta vez, la besé en los labios, dulces y apasionados.

–¿Cómo me verá y considerará tu familia? –me preguntó.

–Como lo que eres, un premio inmerecido para un hombre como yo.

–No digas eso. Tú sí que significas lo mejor y más importante que ha sucedido en mi vida.

Y cogidos de las manos, callados, permanecemos así mucho, mucho tiempo, hasta que desde la cabina ordenaron abrocharse los cinturones, pues pronto íbamos a tomar tierra. Las luces de la ciudad se acercan con creciente aceleración al descender la nave: luego un leve golpe y ligera vibración al posarse las ruedas sobre la pista, y la velocidad disminuye hasta hacerse lenta y parar el avión, después de un breve giro.

–Llegamos –comento, mientras las azafatas recomendaban no olvidar las pertenencias. Despacio fuimos saliendo, con los maletines o bolsos de mano, para dirigirnos al lugar de recogida del equipaje, que apareció a los pocos minutos en la cinta transportadora.

Afortunadamente, las maletas, hoy, poseen ruedas y son fáciles de manejar. Colocadas las de menor volumen sobre las grandes y empujando, llegamos a la puerta, en la que nos esperaban mi hijo mayor y su esposa.

Después de los abrazos y presentaciones, mi nuera, que es pícaro, exclama;

–¡Papá!, si la que nos traes no es una mamá sino una hermana y guapísima, para envidia nuestra.

–Yo tengo buen gusto, hasta para escoger a las nueras, ya lo sabías.

–Papá –explica mi hijo–. Os hemos reservado una suite en el Puente Romano hasta que mañana os hagamos la recepción, con todos los honores, en el chalet, juntos a los hermanos, pues algunos no llegaban a tiempo hoy.

–Me parece bien.

Madeleine, de la que se había apoderado mi nuera, charlaba con ella animadamente, aunque yo adivinaba su oculto nerviosismo.

Colocado con cierta dificultad el equipaje y subidos al auto, marchamos hacia el hotel. Mi hijo fue preguntándome sobre mi estado, cómo lo había pasado y haciéndome recomendaciones de que siguiera durante algún tiempo tranquilo, divertido y escribiendo, que ellos se encargarían de los asuntos de casa.

En el hotel nos despedimos hasta el día siguiente y tras los abrazos, al oído, mi nuera me comentó:

–Papá, so picarón, Madeleine es una joya; pero yo te la estropearé, llevándomela de tiendas.

Ya en la habitación, junto a la ventana, mirando el mar bajo la blanca luz de la luna, enlazada por detrás con mis brazos por la cintura, que la apretaban cariñosos, le pregunté;

–¿Estás contenta?

–Sí, muy contenta, aunque nerviosilla. Si toda tu familia es así, obtendré un premio.



–Lo tendrás porque los otros son aún más cariñosos. El más serio y reservado es éste, el mayor, y ya has visto cómo se comporta.

Bien avanzada la mañana del siguiente día, llamó Laura, la mujer de mi hijo, para indicarme que no nos alejáramos mucho del hotel, que a las dos vendrían por nosotros y, ya riendo, que le dijera a Madeleine que estaba confeccionando la lista de tiendas para todo un mes. Y terminó: ¡Con que te fastidias, papá! No es bueno estar al lado de la mujer todas las horas.

Se lo conté a Madel y ésta comentó, sonriendo: es muy simpática.

Paseamos por los jardines del hotel, muy bellos y cuidados, disfrutando de la brisa y de un sol que lucía espléndido, pese a lo avanzado del otoño. La temperatura se mantenía agradable y casi constante. Más tarde, en una terraza, tomamos unos aperitivos, cercana ya la hora señalada.

Y, en efecto, aproximadamente a las dos, más o menos, llegaron mi hijo y Laura, los dos radiantes, y se abrazaron a nosotros como si no nos hubieran visto nunca.

–Ea, a casita, que nos esperan todos –dijo Miguel.

Recogido el escaso equipaje que nos habíamos quedado, subimos al auto, yo junto a mi hijo, las dos mujeres atrás, y emprendimos el camino hacia el chalet. Laura, como siempre muy decidida, propuso a Madeleine:

–Yo te nombraré y me dirigiré a ti por tu nombre o por Madel, como hace papá. Lo de mamá, la verdad sea dicha, por tu edad, me parece un cachondeo.

–Tienes razón –afirmó Madel riendo. Y ya más seria, añadió–: Lo único que me importa es que todos me queráis, como yo os quiero ya.

–¡Olé ahí! –casi gritó Laura–. Esta es una mujer en condiciones. Casi me dan ahora ganas de decirle mamá.

Todos soltamos una sonora carcajada por la ocurrencia.

No tardamos en llegar. La vivienda está situada en mitad de la ladera de la montaña que abraza la ciudad y la bahía. Es un chalet amplio, no grande, de tres plantas, construido en el centro de un terreno con una superficie de algo más de cuatro mil metros, todo cercado. En uno de los lados existen una piscina, con dimensiones suficientes para nadar y saltar con holgura, un vestuario con ducha y servicios y la zona de césped para tomar el sol. Frente a la entrada, una artística fuentecita distribuye los caminos empedrados hacia ambos lados, con anchura suficiente para los vehículos. El resto libre está lleno de jardines y frondosos árboles, serpenteados por caminitos para pasear.

Desde todos los lugares puede verse el mar azul, tranquilo, de la bahía; y situados ya en la entrada al edificio y su terraza, también la ciudad y las mansiones y chalés ubicados en la zona. Constituye, en verdad, un lugar privilegiado.

Madeleine escuchaba atenta todas las explicaciones de Laura, al tiempo que observaba los edificios existentes a uno y otro lado de la carretera.

–Como ves, la carretera es amplia y bien asfaltada, un poco pendiente y muy zigzagueante, para pasar por todas las viviendas y urbanizaciones –le decía, hasta que exclamó:– ¡Mira, allí en la entrada aquélla nos espera toda la tribu!

En efecto, allí estaban Paquito con su novia, Jesús, Mary y la pequeña de Miguel y Laura, acompañados del matrimonio que cuidaba de la casa y el jardín.

Como es lógico, no fue necesaria presentación alguna, pese a que Laura, cómicamente protocolaria, se empeñara en hacerlo, porque después de abrazarme también lo hicieron con ella, muy efusivos todos.

–¡Vaya mamá que nos has buscado!, –comentó Paquito, muy socarrón, mientras subíamos.

Por su parte, la pequeña de Miguel y Laura, también hizo su pregunta:

–Abuelo, ¿por qué es tan guapa y joven la abuela?

–Pues muy sencillo, porque como tú es joven y guapa.

–¡Ah! –musitó no muy convencida.

La terraza había sido adornada con flores, entre las que abundaban rosas blancas y rojas junto a multitud de claveles. En el centro una mesa amplia, con gusto decorada, dispuesta para almorzar al aire libre, frente al mar.

Las mujeres, incluida niña y jovencita, raptaron a Madel para enseñarle la casa, dejándonos solos a los hombres. Estos se interesaron por el viaje, por las circunstancias de mi encuentro con Madeleine y sobre cómo me hallaba. Lo más breve posible les referí mis andanzas, mi relación con ella y les expresé que estaba feliz, muy feliz, como en muchos años no lo había sido. Se mostraron satisfechos y también felices, si yo lo era.

El mayor me dio cuenta de que su despacho marchaba muy bien, con más trabajo del que podía. Los bienes comunes, como la fábrica de conservas, a pesar de la crisis, se defendía con holgura y lo único negativo, la parte inmobiliaria, si bien las rentas de locales y pisos se mantenían, el precio de los edificios, realmente, había bajado, lo que sólo influía en el valor patrimonial, por lo que no tenía trascendencia mientras no se quisieran vender.

A Paquito, en su puesto de neurocirujano, ya fijo, también le acompañaba el éxito y ganaba dinero, además de sus participaciones en nuestros negocios comunes, por lo que deseaba casarse, a lo más tardar, dentro de un año.

Jesús había conseguido la plaza de profesor numerario en la Escuela de Ingeniería Industrial y preparaba su tesis doctoral. La niña, Mary, estudiaba el último curso de bachillerato, y pretendía, una vez terminado, hacer Derecho como el mayor, que le tenía ofrecido un puesto en su despacho. En fin, todo iba a las mil maravillas para un padre.

Por fin nos sentamos en la mesa, bajo un sol acariciador. La comida había sido encargada a un restaurante próximo, que envió a un cocinero y a dos camareros para el servicio. Todo transcurrió entre risas y bromas, en un ambiente amable y distendido. Ni que decir tiene que todos los brindis fueron en honor de Madeleine y míos.

Dentro de casa tomamos café y proseguimos la tertulia hasta el atardecer, momento en el cual se fueron Paquito y su prometida, y ya después de la cena, Miguel y Jesús porque tenían trabajo temprano. Mary y Laura, con su hija, se quedaron, según decían, para acompañarnos; en realidad para estar junto a Madel, de la que no se separaban, preguntándole cuanto se les ocurría para saciar la innata curiosidad, especialmente, de Laura, o diciéndole cosas e ideas propias. Lo cierto es que parecían muy satisfechas con el nuevo miembro familiar.

A una hora prudente, yo fingí cansancio y rogué que nos retiráramos, porque veía ya a Madeleine agobiada.

—¡Ay, papá, siempre interrumpes las cosas en lo mejor! —protestó Laura; pero tras reflexionar un poco, con sonrisa pícara, continuó: aunque comprendo que prefieras estar con ella. Démoles besitos y a dormir todos.

Subimos al dormitorio, en el que Rafi y su marido Juan, encargados de la casa, habían colocado nuestros equipajes, ya ordenados.

Madeleine, efectivamente, no sólo estaba cansada sino también aturdida. Habían sido muchas emociones durante el día, acompañadas por un ambiente desconocido, unas personas antes ignoradas que trataban de conocerla, de intimar, de comprenderla.

La cogí por la cintura y la llevé hasta la ventana, desde donde se divisaba el mar, la ciudad, el puerto, la ladera del monte iluminada, como un nacimiento de Navidad, por las múltiples viviendas allí situadas. Mientras la besaba en su rostro cansado, le pregunté:

—¿Te encuentras bien? Entiendo que estés aturdida y confusa, pero pronto te acomodará. Todos ellos, que son muy buenos, conseguirán que te habitúes rápido.

–A tu lado siempre estaré acostumbrada y a gusto. Bésame, bésame mucho, llevas casi todo el día sin hacerlo.

No tuvo necesidad de repetirlo. Apretándola contra mí, junté mis labios a los suyos, jugosos y dulces como fruta madura, con pasión, con una especie de hambre voraz, en un beso largo, largo, interminable...

Por la mañana, cuando desperté, Madeleine ya estaba levantada, arreglada, con un vestido claro elegante y, más que nunca, espléndida.

–Venga, dormilón, que se pasa el día.

–Estoy rendido –dije al tiempo que bostezaba.

–Pues ambos hemos hecho lo mismo durante la noche –comentó con su especial sonrisilla pícara.

–Pero tú eres más joven, muñeca.

–Y tú más fuerte, así que arreglate pues yo me voy, porque las chicas deben estar esperándonos.

Ella salió y yo, bajo una larga y reconfortante ducha, recuperé mis fuerzas y entusiasmo. Convenientemente acicalado, quizá un poco coquetón, descendí hasta donde estaban las mujeres, todas alrededor de Madeleine, como yo esperaba.

–¡Olé el hombre guapo de casa! –aplaudió Laura, secundada por las demás.

–Gracias, amado pueblo femenino –contesté sonriendo.

Desayunamos, entre risas, comentarios y alusiones indirectas, a mí dirigidas, por la tardanza. Como siempre, Laura tomó la iniciativa, sin dejarme otra opción.

–Mira, papá, Mary y yo te vamos a robar a Madel, para enseñarle la ciudad y, además, ojear tiendas, pues no vas a tener a esta joya en un estuche tan anticuado en mobiliario y decoración, como está la casa.

–De acuerdo, pero cuidadla bien, que es única; y, además, no vayáis a arruinarme.

–No te preocupes, si hace falta yo te ayudo, aunque tu hijo y mi otro padrecito gruñan. ¡Ah!, la peque se queda aquí, Rafi la cuidará. Tú cuidado con lo que haces, pues las vecinitas jóvenes de los alrededores se pirran por los maduritos.

–Tengo trabajo. He de terminar unos relatos, para completar los que tiene mi editor de París.

Y se marcharon, charloteando incansables. Yo me recliné en la pequeña biblioteca y me puse a escribir con ganas de terminar el trabajo, antes de encontrarme, como espero, sumido en múltiples atenciones y viajes. Con la soledad y silencio reinantes, pues la niña estaba con Rafi, alejada de aquí, empecé a teclear el ordenador y, por suerte, las ideas acudieron rápidas y las manos ágiles las trasladaron a la pantallita y más tarde, cuando conformaron los relatos, los acomodaron en la memoria electrónica, listos para ser repasados y corregidos en el idioma escritos. La verdad, no hay necesidad de presumir demasiado, es que estaban avanzados y no quedaba mucho. Ya sólo falta que Madeleine, como francesa culta, les dé un vistazo para comprobar que no existe ninguna incorrección gramatical, y enviárselos al Señor Maurois.

Sobre mediodía llamó Laura para decirme que no volverían para almorzar, pues Miguel las había invitado y así aprovechaban mejor el tiempo. “No te preocupes por ‘mamá’ que la cuidamos muy bien”, terminó con su buen humor.

La peque y yo lo hicimos con Rafi y su marido, paseé a continuación un rato y luego, cuando calculé que Maurois estaría en su oficina del hotel, lo llamé. Tras los saludos de rigor, le comuniqué que había terminado los relatos y en breve se los remitiría, una vez repasados, para que se los pasara al editor. Por su parte, en relación con esto, muy alegre me dijo que el editor estaba entusiasmado y hasta dispuesto a publicar sólo los que tenía si no terminaba pronto el resto. Al preguntarme por Madeleine, le referí lo bien que la había recibido mi familia y que en este momento, con algunos de mis hijos, estaba en la ciudad, visitando tiendas.

–Tengo intención –terminé diciéndole– de que la ceremonia religiosa sea cuanto antes, y espero que, en una breve escapada, usted pueda asistir.

–Haré lo imposible para estar con vosotros –afirmó.

–Muchas gracias. Cuando sepa la fecha, se la comunicaré. Un abrazo y saludos a Jacqueline y compañeros.

A continuación telefoneé a don Rodrigo, el párroco, muy buen amigo, a quien expuse nuestros deseos, previo relato de todo lo acontecido en los últimos meses. Por su parte no existía inconveniente si con el papeleo no había problemas, dada la condición de extranjera y separada de Madeleine. Como por la mañana siempre estaba en la parroquia, podríamos visitarle y fijar, si era posible, la fecha.

Satisfecho, cogí de la mano a la peque, y nos fuimos a dar un paseo, en tanto volvían los ausentes.

Anocheía cuando regresaron las mujeres, acompañadas de Miguel, después de la larga incursión por tiendas de la ciudad. Como acostumbraba, la que rompió el fuego de la conversación o posibles discusiones, fue Laura:

–Papá, no nos riñas por haberte abandonado y robado a Madel, ya tendrás tiempo cuando recibas las facturas.

–Y menos mal que yo las pesqué y pude detenerlas, por unas horas, de la excursión adquisitiva impulsada por mi mujer –explicó Miguel.

–Madel quería volver, pero nosotras –aclaró Mary– lo impedimos y, para conformarla, le compramos unas prendas que mañana estrenará para ti.

–Veo que no tengo más remedio que perdonar y conformarme –afirmé yo–. Pero de todas formas, Madel tiene el pequeño castigo de revisar los relatos que he terminado, pues he prometido a Maurois enviárselos rápido.

–Me parece bien, –habló Madeleine– dámelos y lo haré antes de cenar.

–Ven –dije cogiéndola de la mano y llevándola a la biblioteca.

Allí, solos, se enlazó a mi cuello y me besó apasionadamente.

Yo apenas pude decirle:

–Esto es lo que deseaba con desesperación.

–Esta noche te compensaré, mi vida –prometió–, pero dame los escritos, que estamos tardando mucho en salir.

Durante la cena les di a conocer lo hablado con París y, más tarde, con el Párroco, al que yo tenía intención de visitar por la mañana, con Madel.

–Por cierto, voy a necesitar una madrina, se admiten ofrecimientos –propuse riendo.

–¡Yo! –gritó Laura–, que soy la mayor y la que hace mejor pareja con un hombre tan guapo como papá. Pero eso sí, Miguel, me tengo que comprar un vestido a propósito, para poder estar a la altura de mamá.

Aplaudimos y reímos todos por su espontaneidad y veloz decisión. En charla y comentarios divertidos, estuvimos hasta bien entrada la noche, cuando los más jóvenes recordaron que era hora de acostarse.

Mientras subíamos al dormitorio, al oído, recordé a Madel su compromiso de compensar la ausencia del día.

–Estoy deseando cumplirla –me susurró.

.....

Dormía plácida cuando yo desperté. Con cuidado me fui al cuarto de baño y tras una buena ducha y después de afeitarme, me vestí despacio y como ella continuaba dormida, me acerqué y la acaricie, suave y continuamente, hasta que abrió los ojos.

–Por favor, déjame, estoy molida –se quejó.

–Te recuerdo que hoy tenemos que ver al párroco.

Tal cual estaba, tan hermosa y ligera de ropa, dio un salto y se

fue al baño, riñéndome por no haberla despertado antes.

Salí sonriendo. Ya estaban desayunando, Laura y su marido, con la peque y Mary.

–Mira que sois dormilones –amonestó Laura.

–Eso es cosa de los jóvenes –comentó mi hijo, riendo.

–¿Y tu mujer?

–Se está arreglando. Échame más café.

–Como hoy es sábado y ni Mary ni la peque tienen clase, se quedarán aquí conmigo para ayudarme a organizar algunas cosas. ¿Vale? –programó Laura.

No sé lo que trataba de organizar, pero con toda seguridad, serían nuevas compras y cambios –lo que más le divierte– con la excusa de nuestra presencia.

En esto sonaron los pasos de Madeleine que, al entrar, produjo tal exclamación en Laura, que nos obligó a volver la vista hacia ella.

–¡Madre mía! –se le escapo a Laura–. Si esta mujer, cada mañana, está más joven y guapa. ¿Qué le haces por las noches, papá? Explícaselo a tu hijo, hombre.

En efecto, no más joven y guapa, estaba insuperable con el vestido que le habían comprado, cuya formas femeninas resaltaba con discreción y elegancia. Y sonreía con una gracia, con un ángel, que iluminaba todo su rostro.

–¡Que guapa estás, mamá! –le dijo Mary acercándose a ella y besándola.

–Gracias, Mary, tú sí que eres un ángel. Pero te recuerdo que mi nombre es Madeleine, no tienes por qué llamarme mamá.

–Pero si es que quiero –repuso Mary–; así puedo presumir ante mis amigas de tener la madre más joven y guapa de Andalucía.

–Chiquita, no me hagas llorar.

–Y que te puede reñir y alabar en cuatro idiomas –añadió Laura, que siempre ponía el colofón a todo.

–Bueno, dejáros de piropos, que los únicos guapos en esta

casa somos los hombres. Y tú desayuna, que nos vamos –terminé yo diciendo.

–No tengo ganas –manifestó Madeleine–, estoy un poco nerviosa.

–Bebe este zumo –le ofreció Laura al tiempo que la besaba–. Y tranquila, que todos te queremos y estamos orgullosos de ti. Podéis coger mi coche, papá, pues el tuyo lleva tiempo parado y conviene que lo revisen.

Así lo hicimos y, sin mucha prisa, nos dirigimos al centro de la ciudad. Madeleine miraba el paisaje, el mar azul como el cielo y respiraba con satisfacción el aire de la mañana. Aparqué al lado del paseo, con objeto de andar un poco.

Cogidos de la mano, como dos adolescentes, subimos las estrechas callejuelas de la zona antigua, saturadas de tiendecitas y bares, hasta la Plaza de los Naranjos, en uno de cuyos lados está situado el templo. Casi al frente, el edificio clásico del Ayuntamiento, de sencilla arquitectura.

Encontramos al Párroco, que nos recibió en la sacristía. Después de saludarle y presentarle a Madel, como ya sabía nuestra historia, nos hizo algunas preguntas y se interesó por nuestros futuros proyectos. Examinó la documentación personal que llevaba ella, y como quiera que su matrimonio anterior fue sólo civil, no encontró inconveniente en el religioso que pretendíamos; más aún, le complacía que nosotros así lo quisiéramos. Consultó su agenda y el día más cercano que podía celebrarlo por la mañana, como le pedimos, era el 17 de octubre próximo,



Plaza de los Naranjos. Mark Gilbert – Wikipedia.

plazo más breve de lo que esperábamos. Agradecidos por sus atenciones y facilidades –nos dispensó de algunos trámites dada nuestra formación– nos despedimos.

Caminando por las deliciosas callecitas, fuimos hasta una conocida Agencia, en la que facturamos los últimos relatos a París. Libres de obligaciones, visitamos algunas tiendas, estuvimos en el paseo marítimo, junto al mar, y tomamos unas cervezas y aperitivos frente a la playa, todavía llena de bañistas, pese a que el otoño se había adelantado. Pero ya cercano el mediodía, volvimos al auto y regresamos a casa, pues había bastantes cosas que planificar antes de la ceremonia religiosa.

A partir de este momento el ritmo de nuestras vidas varió. Durante el almuerzo comunicamos la fecha fijada, muy cercana, lo que nos obligaba a tomar ciertas decisiones sin demora, aún cuando la celebración fuera íntima, con sólo la familia.

–Vosotros encargaros de decirlo a los padres de Madeleine y a los compromisos que tengáis en París, –propuso Miguel–. Laura y yo nos ocuparemos de todo lo demás,

–Eso –confirmó Laura–, yo haré los cambios de casa, pues creo conocer vuestros gustos, y Miguel se ocupará de tener listos los alojamientos de quienes vengan, de las comidas y de todo cuanto se nos ocurra para pasarlo bien ese día y los que sean necesarios más.

–Para, para, Laura –corté– que tu eres capaz de organizar una feria y yo, lo que quiero, es intimidad con la familia y muy pocos compromisos.

–Pero eso no es inconveniente para divertirnos y ser felices la familia y amigos, celebrando el acontecimiento vivido por unos padres tan lindos. Acordado está así. He dicho –acabó Laura con su humor habitual.

–Vosotros, con tranquilidad, cogéis el auto y durante una semana, por lo menos, visitáis la región, sin preocuparos de nada –expuso Miguel, dando por terminado el debate.

Tomamos café y a media tarde, con Mary y la peque, paseamos por los alrededores. Miguel se había marchado a la capital y Laura preparaba las cosas para la cena, pues a última hora llegarían Paquito y Jesús.

La peque, que había sido poco habladora durante todo el tiempo, ahora se explayó y no cesó de preguntar, especialmente a Madeleine, sobre las más diversas cuestiones. Las respuestas, unas veces la dejaban satisfecha y otras mostraba cierta perplejidad, síntomas de no entenderlas del todo.

De nuevo en casa, Madel habló con sus padres, a los que comunicó lo decidido y que deberían estar aquí el 16 de octubre. Yo hice lo mismo con el señor Maurois.

Había anochecido cuando llegaron Paquito y Jesús y, poco después, ya todos juntos, cenamos, se emitieron sugerencias para los próximos días y comentarios sobre como mejor desarrollar el acto y la celebración, aunque fuera tan íntima. Para mí resultaba emotiva la alegría que todos demostraban al vernos felices y cómo querían evitarnos preocupaciones y trabajos, para lo que insistieron en un viaje, que alguien calificó de prematrimonial

Bien entrada la mañana del domingo –día siguiente–, en el coche de Miguel, mejor y más seguro, tras los abrazos de rigor y el deseo de todos para que lo pasáramos bien y la recomendación de llamar todos los días, salimos de casa, con intención de visitar las capitales andaluzas, empezando por Cádiz.

Pero no era mi intención detenernos mucho en ninguna ciudad o pueblo, pues tiempo tendríamos después para ello; me hubiera gustado más quedarme en casa y colaborar en todo, pero cualquiera se oponía al deseo de los chicos; así se lo confieso a Madeleine y ella, encogiéndose de hombros, me dice:

–Tienes razón; pero a mí, de todas formas, lo único que me parece importante y deseo, es estar siempre a tu lado, muy juntita.

–Eres un sol, chiquilla.

La única parada que hicimos, fue en la zona de Tarifa, en un pequeño mirador que existe al lado de la carretera. Desde allí, en los días claros, se ve el estrecho de Gibraltar, los barcos que lo cruzan y las orillas de los dos continentes.

—Entre el Atlántico y el Mediterráneo, existe una fuerte corriente hacia el último, debido a la superior evaporación que en él ocurre —le explico, mientras nos comemos un bocadillo de los muchos que la previsión de Laura nos había puesto en una cestita, como si fuéramos niños.

En marcha de nuevo, ya no nos detenemos hasta Cádiz, donde por teléfono habíamos reservado habitación en el hotel “Atlántico”.

La tarde la dedicamos a pasear por la ciudad, recorrer el paseo marítimo, acariciados por la fresca y salada brisa. Cogidos de la mano, como unos novios, sin prisas y sin destino fijo, le fui explicando algunas costumbres de los gaditanos, de los populares carnavales, con sus comparsas y diversos grupos; de las humorísticas composiciones que cantaban a coro, en las que se criticaban los acontecimientos más sobresalientes, las acciones de los políticos, con fino ingenio y poca acidez, como suelen hacer las buenas personas. Pasamos por la puerta del teatro donde se eligen a los mejores; visitamos la Catedral, observamos de lejos los castillos de Santa Catalina y San Sebastian, y como Cádiz es prácticamente una isla, sin darnos cuenta, ya de noche, nos encontramos a las puertas del Hotel, invitándonos a descansar, cosa que hicimos con gusto.

Mientras cenábamos, le fui comentando que a causa de su configuración física, Cadiz tenía muy difícil crecer. Hay en la provincia poblaciones, como Jerez, mayores que la capital y la costa, de las más turísticas, cuenta con ciudades muy importantes y atractivas.

—Pero lo más destacado e interesante para mí —terminé explicándole—, es que fue la única población que resistió a la invasión de tus compatriotas en los tiempos de Napoleón. Resistió y abanderó la reconquista para un rey malvado y estúpido (como algunos políticos actuales)

y además aquí se redactó y promulgó la primera Constitución, en 1812, (la llamada Pepa).

Ya en la habitación, Madeleine estuvo largo rato hablando con los chicos, especialmente con Mary y Laura, dándoles cuenta de nuestras andanzas, pocas en este caso. Como ya lo teníamos previsto, les comunicó que por la mañana nos íbamos a Sevilla.

Y así lo hicimos. Sería poco más de las once, cuando enfilamos la autopista a Sevilla. Y como quiera que la distancia entre ambas ciudades es más bien corta, sobre unas dos hora estábamos allí, en el hotel Los Lebreros, que yo conocía.

Tras cambiarnos con ropa más ligera, pues hacia calor, un taxi nos dejó junto al parque de Maria Luisa que, cogidos de la mano, como era habitual en nosotros, exploramos sin mucha prisa y algún que otro beso entre los jardines. Vista una parte, nos dirigimos al puente de Triana, para que ella conociera el Guadalquivir.

–Me gusta más mi Sena –dice– aunque no está mal. Quizá le falte las monumentales y bellas construcciones que enmarcan y rodean al Sena. Los puentes sí pueden, tal vez, compararse algunos, pero no en el número. Caminando pasamos junto a la Torre del Oro, la Maestranza y el Teatro del mismo nombre, donde se anunciaba una ópera.



Por la tarde la llevé al barrio de Santa Cruz. A Madeleine le encantaron las calles estrechitas, las casas adornadas con macetas, y todo formando como un artístico laberinto. Le expliqué que era la antigua judería medieval y con la estrechez se buscaba evitar el calor de un sol abrasador en verano. De allí pasamos a ver la Giralda, cuya esbeltez y arabescos la sorprendieron. Desde su altura contemplamos la ciudad, resplandeciente con el tono de oro producido por el atardecer. La Catedral le pareció muy grande, casi enorme, aunque armoniosa y elegante.

–Pero me gusta más mi Iglesia de La Madeleine –comentó.

–Y a mí, porque allí bautizaron a la niña más bella del continente –comenté a mi vez.

–No es por eso, tonto; reconoce que tiene una estructura más clásica.

Por la noche, al no ser posible encontrar entradas para la ópera ni en la reventa, nos fuimos al cine y, como dos adolescentes, nos pasamos la película abrazados y besándonos.

–Madel –le pregunté ya en el hotel– ¿de qué ha ido la película?

–Y yo qué sé, si no me has dejado verla –contestó riendo.

Por la mañana nos despertó el teléfono. Era mi hijo, Jesús.

–¿Pero qué hacéis todavía durmiendo? Levantaos que os voy a invitar.

Cuando bajamos, Jesús nos cogió del brazo, diciendo:

–Vamos a mi Escuela, en cuya cafetería hacen unos churros inmejorables, y después le enseño todo a mamá.

Nos llevó en su coche y allí desayunamos, como él había dicho. Después nos fue enseñando las dependencias más importantes, el Aula Magna, diversos laboratorios y aulas, su propio despacho, en cuya puerta figuraba su nombre, todo muy ordenado y con mi retrato y el de Madel en la mesa. Al darse cuenta del detalle, ella se emocionó y me apretó con fuerza el brazo. Al salir llegaba el Decano que se acercó a Jesús, preguntándole:

–¿Qué hace hoy aquí mi más joven profesor?

–Enseñar a mis padres la Escuela.

–Eso está bien. Enhorabuena por este hijo –nos dijo, al tiempo de saludarnos.

De nuevo en el auto, nos explicó que el edificio de la escuela había albergado, en la exposición universal del 92, el stand de los países hispanoamericanos y después se adaptó al destino actual. Mientras conducía, iba señalando a Madeleine lo más interesante de la zona, los nuevos puentes, Isla Mágica, los diversos fines que tenían los edificios construidos por países participantes...

–¿Has enseñado a mamá la Plaza de España? –me preguntó.

–No –respondí–. Y eso que estuvimos en el parque de María Luisa.

–Pues allá vamos. Se construyó con ocasión de la Exposición Iberoamericana de 1929 y es muy bonita. Luego comeremos en algún restaurante de la zona.

Una vez en la plaza fue explicando los detalles más sobresalientes. Pero como es un conjunto arquitectónico grande, Madeleine, sin querer, dio muestras de cansancio, pese a que iba cogida de mi brazo. Jesús le ofreció también el suyo y decidió que nos marcháramos a almorzar, que ya tenía hambre. Ella, entonces, comentó feliz:

–Las que me vean del brazo de los dos hombres más guapos de Sevilla, se van a morir de envidia.

Durante la comida, Jesús se interesó por lo que habíamos visto ayer. Al saber que por la noche nos fuimos al cine porque no había entradas para la ópera, dijo que eso tenía arreglo. Cogió su móvil y preguntó por alguien que se llamaba Pepi.

–Oye, bombón, necesito tres entradas para la función de esta noche. No, no hay excusas; tú las apañas, como sea, y si no te vas a enterar... Bueno, llámame cuanto antes.

No hicimos ningún comentario, pero apenas transcurrió media hora, cuando sonó su móvil.

–Dime, chiquita... Da lo mismo, no vamos a ser tan exigentes. Luego te las recojo... No seas escamona, son para mis padres. Bueno, ya tenemos entradas para esta noche. Se trata de La Valquiria, de Wagner. A las nueve os recojo. ¿Os llevo ahora al hotel?

–Sí –le contesté– y así descansamos un poco.

Al quedarnos solos en el Hotel, Madeleine, muy juntita a mi y acariciándome, me expresó lo feliz que se sentía conmigo y lo contenta que estaba de la acogida de mis hijos. Y terminó: “¡No sabes el tesoro que tienes con ellos!”

–Le faltaba una joya a ese tesoro: tú –fue mi respuesta, con un largo beso.

Puntual como un inglés, nos recogió mi hijo. El teatro se llenó, lo que me demostró las dificultades para adquirir entradas.

–¿Cómo te has arreglado para conseguir las entradas? –le pregunté.

–Amigos y amigas que tiene uno –respondió.

Madeleine, sentada en medio de los dos, se sentía feliz, muy feliz, según la expresión de su rostro y lo que me apretaba la mano, que me tenía cogida.

–Me hubiera gustado un sitio mejor, pero a estas alturas era imposible –se disculpó Jesús.

–¡Pero si es estupendo! –afirmó ella– y además estamos los tres juntos.

La función terminó tarde. A Madeleine le había gustado mucho. Mi hijo nos llevó al hotel y se despidió con un abrazo diciendo:

–El día 16 nos vemos. Papá, cuidala mucho y divertiros. ¡Ah! Se me olvidaba: todos los hermanos queremos otro chiquitito.

Ella se ruborizó y agachó la cabeza; yo, sonriendo, le hice gesto de que iba a castigarle.

En la habitación, Madeleine, que estaba cansada, se acostó rápida, mientras yo me limpiaba los dientes. Cuando terminé, me acerqué a su lado y dije meloso: un día tan bueno, merece un final inolvidable.

–Lo mismo pienso yo.

–Entonces, ¿para que te has arropado tanto? ¿Tienes frío?

–Averígualo.

Levante un poco la ropa de la cama y exclamé:

–¡Madre mía! Si cada día estás más perfecta, atractiva y apetecible.

Apagué la luz y nos abrazamos con tanta ilusión como la primera vez.

Hacia horas que había amanecido cuando desperté. Tras estirarme en un obligado bostezo, observé que ella se movía y me recreé en su belleza, en su cabello enredado, en la parte de su cuerpo que dejaba al descubierto la sábana, y no tuve más remedio que besarla y acariciarla mientras entreabría sus ojos.

–Pero... ¿ya es de día? –murmuró.

–Sí, mi vida. Y tenemos que prepararnos para emprender la marcha.

–Tengo ganas de regresar a casa –musitó con voz cansina.

–Y yo. Por eso vamos a acortar el programa. Iremos sólo a Córdoba, que está cerca, y a Granada. Desde allí regresaremos con los niños.

–¡Eso! –y se enlazó a mi cuello.

–¡Quieta, que si te veo entera, no salimos de aquí!

–¡No seas malo! Arréglate ya.

Obedecí, como era obligado y el tiempo exigía. Luego, mientras lo hacía ella, fui preparando las maletas para no entretenernos más.

Con frecuencia conversábamos en inglés, que Madeleine conocía a la perfección, para que yo me soltara. Eso hacíamos en la puerta del hotel, mientras esperábamos a que nos trajeran el auto del aparcamiento. Los dos mozos que transportaron las maletas, creyéndonos extranjeros, comentaron entre ellos:

–¡Vaya monumento que lleva al lado el tío!

–Monumento y bellezón. ¿No ves la cara que tiene?

Entonces, yo, con una sonrisa, les dije:

–Muchas gracias.

–Mire, nosotros... –trataron de disculparse.

–Tranquilos, pero si es verdad.

Como el auto estaba ya en la puerta, ayudaron a colocar las maletas y yo les di una espléndida propina que ellos, algo turbados, agradecieron con un poco de exageración.

–¿Conduzco yo? –preguntó Madeleine.

–No, porque mis manos no saben estar quietas.

–Mira que te has vuelto travieso.

–Además, conozco bien la salida.

Efectivamente, pasado el aeropuerto, a los pocos minutos, estábamos en la autovía de Córdoba. Madeleine, conectó la radio, se arrellanó cómodamente en su asiento, y como el programa era de música del ayer, melódica y romántica, con algunas canciones muy conocidas, como “La bohème”, “La vida rosa”, “Arrivederci Roma” o “Bésame mucho”, ella comenzó a tararearlas, de manera especial las primeras, que le recordaban su tierra. Yo la miraba de reojo. Estaba guapísima y relajada y yo, naturalmente, dichoso de verla así.

–Prefiero oír esa música a través de tu voz que en ese trasto –le dije.

–Mira que eres embaucador.

–Tu voz es más dulce y cálida, cielo.

–No me tientes, que te hago parar el auto.

–Ya estamos cerca, a sólo media hora. Pronto veremos la ciudad y el río.

–¿El mismo de Sevilla? –preguntó.

–Sí, el Guadalquivir –respondí.

–¿También es navegable?

–No. Creo que en la época romana lo fue. Yo tengo escrito un breve poemilla sobre él.

Como la carretera discurre por terrenos más elevados que el cauce del Guadalquivir, en cuyo llano entorno está situada la ciudad, pronto se ofreció en panorámica, a la distancia de unos diez kilómetros. Madeleine miró interesada.

–Allí, en la sierra, se divisan algunas construcciones y una especie de monumento, ¿qué son?

–El monumento es una efigie del Sagrado Corazón, junto a unas célebres ermitas. Fernández Grilo, un poeta cordobés, compuso un poemita que termina así:

“¡Muy alta está la cumbre / la cruz muy alta! ¡Para subir al cielo / cuán poco falta!”

–¡Que bonito! –comentó.

Entramos por uno de los puentes que cruzan el río, paralelo al Romano y, por la avenida que le sigue, hasta el hotel, situado al comienzo del paseo de la Victoria.

Como era temprano aún, decidí dar un paseo por la zona judía, no muy lejana, hasta los alrededores de la Catedral. Con ello hacíamos un poco de ejercicio, antes del almuerzo. Las calles estrechas, en sombra, le encantan a Madeleine desde que vio el barrio de Santa Cruz y entendió la finalidad de esa estrechez. Fuimos hasta el puente Romano, que se mantenía firme y seguro, sobre las aguas del río. Ya quisieran los construidos con posterioridad, conseguir una vejez tan fuerte y elegante.

Y de allí, nos trasladamos a la Plaza del Potro, que yo tenía interés en que la conociera.

–¿Por qué se llama plaza del Potro? –inquirió curiosa.

–¿No ves el potrillo que existe en lo alto de la fuente y aquel otro? Pues por eso –le contesté.

–El edificio antiguo que puedes ver ahí, es una posada, en la que paró muchas veces, en su incómodo trabajo de alcabalero, nuestro gran Miguel de Cervantes.

–¿Qué significa alcabalero?

–Pues cobrador de tributos e impuestos.

—Aquí se encuentra también el museo de un gran pintor cordobés: Julio Romero de Torres. Entremos y verás qué cuadros de mujeres compuso.

Madeleine quedó sorprendida por la belleza de las morenas mujeres, de sus ojos profundos y en muchos casos tristes. Nos detuvimos, con más interés, en la “Chiquita piconera”, en “Naranjas y limones”, en “Cante hondo” o “Fuensanta”, obra estrella.

Marchamos, un poco cansados, hacia el restaurante que yo conocía, pero antes la pasé por la Calle de las Flores, precioso rincón, con el fondo de la torre de la catedral, donde no resistí la tentación de hacerle unas cuantas fotografías.

—¿Has visto qué bonitas flores? —le pregunté—. Pues tú eres la más bonita de ellas.

Por toda contestación, me dio un apretado beso.

“El caballo rojo”, restaurante que yo buscaba, se encuentra como escondido en aquellas callecitas, donde el sol sólo puede asomar, con trabajo, algunos pequeños haces luminosos y cálidos.

Almorzamos muy bien, con unos platos especiales de la casa, regados con vino de Moriles—Montilla. Uno de los amables camareeros me consiguió, después de ponderar la dificultad, entradas para visitar de noche la Catedral, gracias a que hubo algunos que desistieron.

Regresamos al hotel para descansar y esperar la hora de la citada visita. En uno de los cómodos sillones, me arrellané relajado, hasta que Madeleine se acomodó sobre mis piernas y acariciándome melosa, me pidió que la dejara dormir así, apoyando su cabeza entre mi pecho y el hombro.

—Tus deseos son órdenes para mí, cielo.

—Papaíta, ¿Qué me has dado para que cada segundo te quiera más?

—Brujita, eres tú la que me has transformado en un hipnotizado esclavo.

Y tras unos deliciosos besos, nos quedamos adormilados, así, juntos, al ritmo del latir de nuestros corazones. Pero apenas mis piernas protestaron, pasado un buen rato, me desperté. Ella dormía como una chiquilla, casi enroscadita y muy tranquila, por lo que me dio pena estropearle el descanso; así que la tuve durante algún tiempo más, escuchando su pausada respiración y, en especial, mirando las delicadas y perfectas líneas de su cara. Pero el reloj corría y terminé por hacerle abrir los ojos mediante unas suaves caricias.

–¡Ay! ¿Qué hora es? –preguntó, restregándose los ojos.

–Hora de prepararnos para salir.

Se levantó y al darse cuenta de que yo apenas podía moverme a causa de mis dormidas piernas, me compadeció:

–¡Pobrecito mío, cuánto has soportado mi peso!

Y me friccionó las piernas para activar la circulación, en tanto me miraba cariñosa. Poco más tarde, cogidos de la mano, caminamos la Victoria arriba, Gondomar, plaza del Gran Capitán y descendimos hacia la Mezquita, a la que llegamos ya anochecido.

Nos incorporamos al grupo de visitantes. Nada más entrar, pasando por el patio de los naranjos, Madeleine quedó asombrada. Ella esperaba una iglesia clásica, pero no aquel bosque de columnas, aquellos arcos que, con la iluminación, brillaban como el oro. Y en el centro, la parte adherida por manos cristianas, que no resta belleza al conjunto sino que complementa la labor artística de la otra cultura. Fueron dos horas de recorrido inolvidable, pues nos explicaron muy bien todo el proceso y devenir arquitectónico de la Catedral y de quienes, con paciencia, fueron componiendo una oración de piedra, mármol, yesos y arte a Dios; un Dios que, después de todo, es el Autor de lo creado, incluidos los seres vivos capaces de realizar tales prodigios.

–Es impresionante –comentó Madeleine.

Como estábamos cerca del restaurante donde habíamos almorzado, nos dirigimos a él con ánimo de cenar ligeramente, para después continuar con un paseo por el centro, antes de regresar al hotel.

Comentando lo visto durante el día, Madeleine recordó la visita al Museo y a la Posada del Potro, que le habían causado bastante sorpresa. De manera singular, las pinturas de Romero de Torres, con las mujeres morenas y la hondura de sus miradas. Un buen observador puede adivinar en ellas una vaga amargura, un desconsolado dramatismo, una melancolía que incluso realza la belleza de sus rostros.

—¿Te ha gustado alguna en especial? —le pregunto.

—No, todas son bonitas; pero me ha divertido, seguro que como a ti, el cuadro de “Naranjas y limones”.

—¿Por que dices eso?

—Por lo picarón que eres.

Callejeando, llegamos al centro, muy animado todo, nos sentamos en una terraza para tomar unos refrescos y, pasado algún tiempo, despacio y tranquilos, con mi brazo sobre sus hombros, para estar más en contacto, nos dirigimos al hotel.



Naranjas y limones, Julio Romero de Torres – Wikipedia

En la habitación, con cara cómicamente seria, Madeleine me dice:

—¿Sabes una cosa? Me siento celosa.

—¿Por qué, chiquilla?

—En toda la tarde no me has besado.

—Ni tú a mí... Pero la cosa tiene remedio.

No la atraje yo, se colgó ella de mí, y no recuerdo el tiempo que así estuvimos. Ella fue, también, quien se apartó un momento, para decir:

—Déjame respirar un poco y poder decir que te quiero.

–Pues yo a ti... más aún.

La mañana del día siguiente la dedicamos a ver los Reales Alcázares y las ruinas de Medina Azahara. Un breve descanso en la hora de la siesta, unos cafés cargaditos y de nuevo en el auto camino del próximo destino: Granada.

Esta vez conduce Madeleine, pues llevaba tiempo deseándolo y es una excelente conductora; yo no la había dejado para que no se cansara y viera, con tranquilidad, los lugares por donde pasábamos. Una idea un poco machista, dada su habilidad y el ser bastante más joven que yo.

Aunque no es autovía, cogimos la carretera más directa. Está bien y hasta enlazar con la de Jaén, el tráfico es fluido y tranquilo. Escuchando la radio y charlando de nuestras cosas, de lo que estarían preparando los chicos y de la sorpresa que se iban a llevar por haber acertado nuestro viaje, pasamos la mayor parte del trayecto, no sin alguna protesta de ella cuando, alguna que otra vez, la acariciaba de la rodilla hacia arriba.

–Quietecito, que si sigues tenemos un accidente –me reñía.

–Pero, ¿quién, con una mujer como tú, se está quieto tanto tiempo? –le preguntaba yo sonriendo.

–Tiempo habrá, tiempo habrá –razonaba Madeleine, con su pícara y encantadora sonrisa.

A la llegada, fui indicándole el camino para un hotel que yo conocía, está bien situado y es cómodo.

–Asustón, ya has comprobado lo buena conductora que soy.

–Eres tan guapa que todo el mundo te deja pasar, para verte.

–Reconoce mi mérito y no me adules, papáito.

Cuando estábamos en la suite que nos asignaron, se acerca muy cariñosa a mí, diciendo:

–Ahora no hay peligro de accidente.

–¡Ah, no! –digo yo muy serio– tenemos que reponer fuerzas, al menos con un aperitivo.

No le dio tiempo a poner cara de sorpresa, porque la cogí con fuerza entre mis brazos y la besé sin dejarla siquiera respirar.

–Tranquilo, papaíto, me parece bien antes lo del aperitivo.

Nos reímos como dos jovenzuelos felices y bajamos al bar–cafetería.

–El nombre es bonito: “Luna de Granada” –comentó ella.

–Apropiado para unos recién casados –complementé.

Como era temprano para la cena y tarde para café y merienda, nos tomamos unas copas de vino blanco, acompañadas de un exquisito y oloroso jamón de la sierra, que nos inyectó fuerza y, sobre todo, alegría. Satisfecho el estómago, salimos a pasear, cogidos de la mano como siempre, en un primer contacto con la ciudad.

El buen tiempo propiciaba que las calles estuvieran muy transitadas, los bares concurridos, especialmente en la zona de los estudiantes, donde con un par de cervezas y los aperitivos que suelen acompañarlas, cenaban los jovencitos, siempre cortos de efectivo, como es lógico en esa etapa de la vida.

–Hace fresco –comentó Madeleine.

–Si quieres nos volvemos al hotel.

–No, basta con caminar más juntos –y me rodeó por la cintura e hizo que mi brazo reposara sobre su hombro.

–El viento, por la noche, arrastra la frescura de la sierra que, en sus picos altos, guarda todavía nieve del invierno –le expliqué–. Por otra parte, Granada recibe mucha agua de la Sierra. En ella nace el Genil que aquí, en la ciudad, se une con su afluente Darro. Éste último pasa embovedado por el centro; pero antes discurre junto al Paseo de los Tristes, con vistas a la Alhambra Su nombre proviene, según me contaba un profesor, de la expresión “da oro” (Dat aurum, en latín), pues en él se encontraban pepitas de este metal.

–¿Habría todavía? –pregunta Madeleine.

–No lo sé, pero posiblemente alguna tal vez podría encontrarse, aunque no merece la pena el trabajo de buscarlo.

–Una joya formada con pepitas, sería original –comenta.

–Yo no tengo que buscar, poseo la mejor joya del mundo: tú.

–¡Pero qué adulator eres, papaíto!

–Es que te quiero. Ahora te lo digo yo. Pero voy a contarte más cosas. Como verás mañana en la Alhambra, el agua es un elemento, en su estado sólido o líquido, ligado a Granada de manera muy acusada. Ahí está Sierra Nevada, con sus blancas cumbres, sus grandes pistas, que permiten esquiar casi todo el año; sus ríos pasando por la propia urbe, sus fuentes. Sobre éstas, Villaespesa, escribió un poemita que, cuando jóvenes, recitábamos y que si no recuerdo mal, empezaba así:

Las fuentes de Granada...

¿Habéis sentido

En la noche de estrellas perfumada

Algo mas doloroso que su triste gemido?

Todo reposa en vago encantamiento

en la plata fluida de la luna

la frescura del agua es como una

mano que refrescase la sien calenturienta.

Calladita ella, hablador yo, pasito a pasito, llegamos al hotel. Como no teníamos apetito y Madeleine sentía algo de frío, nos tomamos en la cafetería unos vasos de leche caliente y nos fuimos a descansar.



Ya en la cama, cogiéndome la cara entre sus manos, me preguntó:

–¿Puedo hablar yo ahora?

–Siempre puedes hablar, cielo.

–Pues entérate de una cosa: te quiero, mi vida. Y ahora abrázame fuerte, fuerte, toda la noche, que tengo frío.

–Entonces vamos a sudar –le dije, al tiempo que le daba un largo beso y apagaba la luz.

Nada más desayunar, pudimos acoplarnos, por mediación de un conocido, a un grupo del propio hotel, que tenían contratado un guía. No es el sistema que a mí me gusta, pero sí el más cómodo e instructivo. En un pequeño microbús nos desplazamos a la Alhambra.

El guía fue explicando que era un conjunto de palacios, jardines y fortaleza, contruidos en una colina con fines estratégicos. Citó, que yo recuerde, la Alcazaba, el palacio de Comares y el de los Leones; visitamos diversos lugares o dependencias, el patio y fuente de los leones, las Salas de los Abencerrajes y de las Dos hermanas, las habitaciones del Emperador, el Peinador de la Reina, los Baños...

Madeleine estaba maravillada con las artísticas columnas, las filigranas de la decoración, los arcos, las bóvedas que coronan las estancias, las fuentes con el rumor de sus limpias aguas, los jardines... Le amplié su ad-



miración por las filigranas, explicándole que muchas de ellas eran inscripciones (unas diez mil) de poemas, sentencias y versículos del Corán.

En el Generalife, lugar de descanso y retiro, comprendió lo que por la noche le había dicho sobre el agua en la ciudad: que forma parte de ella y de sus monumentos, conjuntándose de forma inseparable y bella.

Como yo me temía, el guía nos llevó a todo correr por el Palacio de Carlos V, por el Sacromonte, cuyas cuevas causaron asombro en mi adorable pareja y, para colmo, pasamos como una flecha por el Paseo de los Tristes, sin apenas ver el Darro, hasta dejarnos en la puerta del hotel a la hora del almuerzo. También se olvidó del importante huesped que tuvo la Alhambra durante bastante tiempo: Washington Irving, el escritor norteamericano, que escribió un bellissimo libro bajo el título de “Cuentos de la Alhambra”, desarrollados en el inigualable palacio fortaleza, que se han comparado con los de “Las mil y una noches”.

Comentando esta rapidez del guía durante la comida, Madeleine se quejaba; pero yo traté de consolarla recordándole la multitud de fotografías que habíamos hecho, que le permitirían recrearse despacio en todo lo visitado.

–Y tú, ¿no?

–Yo sólo en una personilla, con un pañuelo rojo, que aparecerá en casi todas.

–¡Guasón! –exclamó, mirándome con ganas de decir algo.

–Suelta, suelta, lo que tienes en la punta de la lengua.

–Si piensas que es lo de siempre, te equivocas. Ahora es esto: Te adoro, mi vida.

Terminada la comida, nos fuimos a la cafetería en la que, bien acomodados, tomamos café y vimos un rato la televisión, haciendo hora para salir de nuevo. Estaba tan agotada, que no quiso ni subir a la habitación por el momento.

–Tengo muchas ganas de volver a casa, pues me siento cansada, floja.

–Mañana nos vamos, no estamos lejos.

–¿De verdad?

–Claro que sí. Esta tarde veremos la Catedral y dejamos el viaje. Sierra Nevada y otros lugares, los visitaremos más adelante.

–Se lo diremos esta noche a los chicos, para que estén preparados –advirtió ella, acercó su sillón al mío, me cogió la mano derecha y se entretuvo en acariciarla.

–Sube, si quieres arreglarte un poco.

–¡Que va! Con lo bien que estoy aquí. Además creo que te gusto de todas las maneras, ¿no?

–No tendrás nada tan seguro –afirmé.

Al atardecer, después de acicalarnos un poco –al final subimos a la habitación–, nos fuimos hacia la Catedral. Aunque desde fuera, por tener una sola torre, podría creerse que sería como cualquier otra iglesia, cuando se entra en ella y se ven las esbeltas columnas y magníficas bóvedas, de estilo gótico, y el gran órgano, uno se queda admirado; admiración que crece al ver las capillas, en una de las cuales –la Capilla Real– se encuentran los restos de los Reyes Católicos, los más importantes de nuestra Historia que, al conquistar Granada, unificaron el país y dieron lugar al nacimiento, por primera vez en Occidente, de lo que hoy llamamos nación, mal que le pese a cuatro descerebrados que, por desgracia, abundan en todos los tiempos, y de forma extraordinaria en estos de hoy.

Madeleine, que había estado muy atenta a cuanto yo le decía en voz baja, y muy ocupada en mirar lo que le señalaba como más destacable, sin comentar nada, cuando dimos por terminada la visita y salimos a la calle, un tanto irónica, rompió su silencio, esbozando una pícaro sonrisa:

–Papaíto, te has despachado a gusto. Eres mejor guía que yo.

–Eso nunca, me falta tu encanto. ¿Quieres que tomemos algo?

–No, prefiero regresar al hotel. No se lo que me pasa, pero me canso mucho... ¿Será consecuencia de nuestros trabajos nocturnos? –preguntó.

–No creo, dicen que esas actividades son muy sanas –respondí divertido.

–Si es así...

Ya en el hotel, Madeleine llamó a los chicos, anunciando nuestro regreso el día siguiente. Laura, que fue con quien habló, se extrañó de tan corto viaje, aunque después le pareció bien, pues quería consultarle y ver con ella algunas cosas. Eso sí, nos indicó que debíamos quedarnos en el piso de Málaga, donde nos esperaría por la tarde, pues no se había terminado lo que estaban haciendo en casa.

Después de una cena frugal, subimos a nuestra habitación y nos acostamos.

–¿De verdad estás tan cansada? –le pregunté acariciándola.

–Sí, lo estoy... –afirmó un tanto dubitativa-. Pero creo que si no conduzco mañana, un poco de ejercicio no me vendría mal para dormir.

Y me abrazó, al tiempo que me ofrecía sus labios...

El ruido del agua de la ducha me despertó por la mañana. Madeleine ya se había levantado y estaba preparándose para el nuevo día. Cuando salió del cuarto de baño, envuelta en su blanco albornoz, sonriente y alegre, era la viva imagen de una mujer joven y espléndida, sin ningún síntoma de cansancio.

–Buenos días, papaíto, ya es hora de dejar la cama. Tenemos que viajar, ¿te acuerdas?

Sonreí, satisfecho y orgulloso de ella, y sin decirle nada me dirigí al cuarto de baño, dispuesto a imitarla. Ella, mientras tanto, una vez vestida con ropa cómoda –pantalón casi deportivo, de color azul y blusa blanca– se dedicó a colocar nuestras pertenencias en las maletas, con tal celeridad, que yo, cuando terminé de vestirme, no tuve necesidad de ayudarle; entonces fui donde estaba y cogiéndola de la cintura,

la atraje a mí, susurrándole: Eres el mejor regalo que Dios me ha hecho.

Ella me abrazó y, sin hablar, nos dimos el primer beso del día. A continuación, me urgió a bajar, desayunar y coger el auto para irnos a casa.

–Conduciré yo –aclaró– pues me siento bien y fuerte y, además, lo hago mejor que tú.

–Como quieras, cariño, no vamos a discutir por eso. A mí me viene bien, porque podré así mirarte a mis anchas.

–Mirar te lo permitiré, pero nada de caricias o algo parecido, que crean peligro –me ordenó con cómico y gracioso tono autoritario, para añadir bajito–: esas cosas antes de salir o una vez lleguemos.

Como el programa estaba ya consensuado, como se dice ahora, desayunamos, nos trajeron a la puerta el automóvil, cargamos las maletas, Madeleine se apoderó del volante y los dos, contentos y felices, salimos de Granada camino de nuestra casa.

La verdad es que ella conduce bien, con prudencia y habilidad; yo me limité a indicarle la salida y, en carretera, a escuchar la radio y mirar su perfil, cuya perfección envidiaría el mejor dibujante o pintor. Durante algún tiempo permanecí calladito, calladito, muy atento a la música y al camino, con la certeza de que ella acabaría notándolo, extrañada. Y así fue.

–¿Qué te pasa? ¿No tienes nada que decir? –preguntó.

–¿Cómo voy a hablar si me lo tienes prohibido? –interrogué a mi vez.

–¿Yo? ¿Cuándo?

–Me ordenaste que no te acariciara.

–Eso es distinto y no tiene nada que ver con hablar.

–Es que un piropo consiste, en realidad, en una caricia, y contigo sólo soy capaz de eso, de piroparte.

–¡Cómo eres, mi vida! Esa forma de acariciar no nos pone en peligro, puedes hacerla. Ni siquiera a mí me asusta decir que te quiero, cielo.

–Cuidado con aquel tío bestia, que parece querer verte mejor y nos va a dar.

–No te preocupes, soy mejor conductora que él y lo voy a dejar atrás. Oye, cuando se acabe todo este jaleo de la ceremonia y vivamos estables en casa, ¿como nos organizaremos?

–Yo lo tengo muy sencillo: escribiré todos los días algo, cuidaré con los chicos la parte económica de la familia y el resto del tiempo, que será el mayor, lo dedicaré a acariciarte.

–Déjate de bromas, a mí no me gusta la inactividad.

–Muy sencillo también, reina. Primero: dirigirás la casa. Segundo: revisarás mis escritos en francés y traducirás los de español al francés e inglés; y tercero: te dedicarás a corresponder a mis caricias.

–Pues ¿sabes que no me parece mal? –comentó ella entre risas; y añadió: Hay que contar otra actividad: ir de compras con Laura y Mary, si no se añade alguna más.

–Hemos diseñado la vida perfecta, por lo que tendremos que intentarlo –concluí yo.

La carretera estaba tranquila y habíamos hecho ya un buen recorrido, por lo que dije a Madeleine:

–Cuando veas la indicación de salida a Salinas o a Iznajar, no recuerdo bien lo que está señalado, te vas por ella.

No tardó mucho en aparecer la anunciada señal.

–Ve con cuidado ahora, que esta es una carretera secundaria y bastante dificultosa, al menos la última vez que pasé por ella.

–¿Por qué la hemos cogido? ¿No hay otra mejor? –preguntó.

–Ya lo verás.

En efecto, pasadas algunas aldeas, dejados atrás no muchos kilómetros, el camino empieza a descender y, en el fondo, se divisa un río que se va haciendo cada vez más ancho, para acabar convertido en un lago azul, sereno, bellissimo.

–Es el pantano de Iznájar, el mayor de Andalucía, que retiene las aguas del Genil, el río que ya conocimos en Granada, al unirse con el Darro.

–Sí, que es bonito el paisaje –reconoció Madel–, pero da un poco de miedo tener que pasar sobre esa masa de agua.

–El pueblecito de ahí arriba es Iznájar.

Como Rute, que está cerca, es empinado, construido sobre un terreno rocoso y elevado. Por cierto que en Junio de 1861, en una revuelta campesina dirigida por un veterinario, Rafael Pérez del Álamo, fue tomado con unos 600 hombres. La revuelta se extendió a otros pueblos, hasta que fue sofocada por el general Serrano del Castillo. En realidad tenía más carácter político que social e iba dirigida contra la monarquía de Isabel II.

–Vamos, cariño, ya se te soltó la lengua y no son piropos.

–De vez en cuando hay que divagar, lo que no significa olvido. Llevo horas admirando la gracia con la que se mueve un mechoncito de tu pelo, con el aire que entra por una rendija de la ventanilla. Parece que me está enviando mensajes para que me subleve y te bese.

–Ni hablar, en esta carretera con tantas curvas, no le hagas el mínimo caso. Me lo cortaré en cuanto paremos, por travieso y temerario.

–El pueblo por el que estamos pasando ahora, es Rute, famoso por sus anises y dulces de Navidad. A la izquierda, se encuentra la presa del pantano con una central eléctrica. Para llegar a nuestra primera parada, pasaremos antes por dos grandes aldeas –Zambra y Los Llanos– en esta misma carretera.

–Y la parada, ¿es una sorpresa?

–Para lo inteligente que eres, creo que no.

–¿Tiene relación con cierta Basílica de Roma?

–Cierto. En ti se da una coincidencia extraordinaria: belleza e inteligencia.

–¡Adulador! No sabes la gana que tengo de parar.

–¿Para qué?

–¿No te lo imaginas?

Pasamos, algunos minutos después, por las ya indicadas al-

deas, lo que significa la cercanía de la parada. En efecto ya aparecen los carteles que anuncian la ciudad, Lucena. Indico a Madeleine que se desvíe por la vía izquierda, junto al Instituto y siga despacio hasta que, también a la izquierda, una señal la dirija al Santuario, donde estará la primera parada.

Fiel a mis instrucciones, con prudencia, enfila la carretera hacia arriba sin ningún comentario, hasta que aparece la sierra, vestida de verde oscuro y coronada por el santuario, blanquísimo de cal y luz de un día limpio de nubes. Entonces sí, rompe su silencio, con una exclamación:

–¡Que bonito paisaje! –Y pregunta– ¿Es dificultoso llegar allí?

–No, sólo hay que tener precaución; la carretera, aunque con algunas curvas cerradas, está bien; si no fuera así, hubiera cogido yo el auto.

En efecto, muy pendiente ella del camino, a los pocos minutos estábamos en la cumbre, frente a la entrada de la ermita. En cuanto aparcó, me bajé rápido, le abrí la puerta y la ayudé a bajarse. Me miró un poco extrañada, pero lo entendió rápido cuando la abracé con todas mis fuerzas.

–Cómo te quiero, papaíto. –Y se apretó aún más contra mi pecho.

Cogida de la mano, la llevé dentro del templo hasta el altar de la Virgen, que contempló largamente, con mucho interés; después se arrodilló y muy respetuosa, calladamente, quedó orando o meditando, no sé, mientras yo fui en busca del sacristán para que nos dejara entrar en el camerino, como amable lo hizo.

Dimos unas vueltas mirando las pinturas y, una vez frente a Ella, a sus pies en realidad, volviendo a coger a Madeleine del brazo, con emoción, me dirigí a la Virgen:

–Esta es la mujer de mi vida, cuídala, sobre todo cuando yo no pueda, pues no conozco persona mejor y más buena.

Salimos despacio, ella delante de mí, pues me entretuve dan-



Santuario Virgen de Araceli – Diócesis de Córdoba

do las gracias al sacristán, una propina para él y un sobre cerrado con un donativo para el santuario.

Madeleine me esperaba, junto a la baranda, desde la que se observa la parte sur de la sierra. Me acerqué hasta ella para explicarle la llana superficie de olivos, que se extendía al pie hasta un fondo de montañas, y entonces me di cuenta de que estaba llorando. Dos ríos de lágrimas salían de la hermosa fuente de sus ojos y corrían por las mejillas.

–Pero cielo, ¿qué te pasa?

Sin poder hablar, se abrazó de nuevo a mí, tan apretada, que sentía el latir de su corazón cerca del mío.

–No te merezco, mi vida, no te merezco –tartamudeó entre sollozos.

–Eso quienes lo pueden juzgar somos Dios y yo. Levanta la cabeza y mira esa zona, llena de olivares, chalés y caseríos. En días claros como hoy, pueden verse muchos pueblos de la comarca. ¿Quieres mirarlos con aquellos anteojos?

–No, vámonos. Sólo quiero verte a ti y estar contigo. Conduce tú ahora, estoy nerviosa.

–¡Qué chiquilla eres!

Nos sentamos, le cogí la cara y la besé, no movido por la sangre, sino por el cariño. Ella también lo hizo, acariciándome con suavidad y mirándome aún con ojos llorosos. Puse en marcha el coche y bajamos hasta un hotel situado al pie, que antes había sido un edificio en ruina.

–Almorzaremos aquí –le dije.

–Lo que tú digas

Estaba poco concurrido; sólo un par de parejas, por el momento. Examinamos la carta, que abundaba en carnes, por lo que yo escogí, y le recomendé a ella, un salmorejo con jamón, más típico, y una fritura variada de pescado.

–Lo que sí vamos a hacer, es beber unas copitas de vino de aquí, que es mi tierra, para brindar por los dos. ¿Te parece?

–Claro que sí, lo necesito.

Con el vinillo y la comida, Madeleine volvió a animarse. Aparecieron sus miradas y sonrisas, unas veces pícaras y traviesas, otras cariñosas. También su curiosidad nunca saciada, disparándome preguntas sobre todo, en particular respecto a esta tierra. Luego recordó que estábamos cerca de casa, por lo que me apremió para irnos, pues tenía ganas de estar con los chicos. Contuve un poco sus impulsos, pues el vino, aunque sólo fueron un par de copas, podría ser causa de alguna multa.

Aguardamos, por tanto, un rato, tomando café, hasta que se nos fuera algo el estímulo alcohólico. Después de todo, en escasa hora y media, llegaríamos.

Madeleine llamó a Laura, le comunicó el lugar donde nos encontrábamos, y que dentro de unas horas estaríamos con ellos. En marcha ya, hasta que llegamos a la autovía, fue mirando el paisaje muy interesada. Como ahora no conducía ella, se mostraba muy habladora y curiosa por cuanto veía.

Sobre las siete llegamos y entramos al aparcamiento. Subimos las maletas en el ascensor y, como yo tenía una llave, abrí el piso y las colocamos en él. Todo estaba recientemente arreglado, lo que evidenciaba la mano de Laura.

Madeleine se fue al balcón para mirar el mar, que le fascinaba, tan tranquilo y azul, al tiempo que recibía el frescor de un viento suave agitándole el cabello. Detrás de ella, la rodeé cariñoso con mis brazos y, al oído, le pedí perdón por haberla hecho llorar en el santuario, al no resistir decir de viva voz lo que eran mis íntimos pensamientos y deseos. Se revolvió, casi con violencia.

–¿Perdón?... ¿Perdón por aquellas palabras, por aquellos deseos, que son lo más tierno y bonito que me han dicho? Llorar es poco, debí ponerme de rodillas y agradecer a Dios el haberme unido el mejor hombre del mundo. Mi vida, no me pidas perdón, bésame, bésame mucho, mucho, a ver si me doy cuenta de todo lo que me quieres... y soy capaz de medir, si es posible, todo lo que vales.

La apreté contra mí y besé con delicadeza sus ojos, cuya mirada expresaba todo el agradecimiento y amor que una persona puede sentir por otra, e iba a hacerlo en sus labios, que se me ofrecían con ansiedad, cuando sonó la puerta y apareció Laura.

–¡Vaya, vaya! ¿Aprovechando la soledad? Pues adelante, que eso es bueno y sano.

–Laura, querida, eres única –le dijo Madeleine.

–Los inigualables son estos padres que me han tocado en suerte –le contradijo, riendo, mientras nos abrazaba–. ¿Cómo lo habéis pasado? ¿Se ha portado mal papá para que hayáis acortado el viaje?

–¡Todo lo contrario, él es incomparable! –afirmó Madeleine–. Pero también es verdad que os echábamos de menos, que queríamos compartir nuestra felicidad con vosotros, aquí, en casa, sin ajetreos.

–Nosotros también nos hemos acordado mucho de vosotros.

–¿Por dónde andan los chicos? –pregunté.

–A todos nos tenéis muy ocupados. Miguel viene ya de camino.

Llegó mi hijo y después de los abrazos de rigor y el cambio de impresiones lógico, estuvimos charlando del viaje, de lo que había enseñado a Madeleine, y de que nos gustaba más estar con ellos que vagabundeando por ahí. La cuestión es que el tiempo pasó y Miguel propuso ir a un restaurante próximo a cenar, cosa que aceptamos.

En el restaurante se acordó de algo para mí importante: que el señor Maurois y después mi editor, habían llamado para que procurara estar en París para la presentación del libro en la Biblioteca Nacional, y la firma de ejemplares en una Galería.

–¿Y cuándo pensabas decírmelo?

–El día que llamó Madeleine para comunicar la vuelta, por lo que no hizo falta. Como el acto será dentro de cuatro días, me he ocupado de encargar los billetes de avión con tiempo suficiente.

–Pero Madeleine no podrá ir, la necesito esos días –dijo Laura.

–¿Para qué? –protestó Madeleine.

–La modista tiene que probarte y acabar los vestidos, y eso requiere tu presencia.

–¿No puede ser otro día?

–Entonces no habrá tiempo para tenerlos el 17.

–El sólo va a faltar día y medio. Sale por la mañana temprano, estarán esperándolo en el aeropuerto a mediodía para almorzar y en la tarde–noche será la presentación. La mañana siguiente tendrá lugar la firma de ejemplares en la Galería y, por la tarde, el regreso a casa. Todo ha sido calculado. Y como tengo dos pasajes, puede acompañarle Mary, que está loca por ir a París.

Madeleine no rehistó, pero yo sabía que estaba contrariada. Cuando estuvimos solos en el piso, me lo confirmó, echándose a llorar.

–Pero chiquilla, si estarás sola apenas día y medio.

–Pues no me gusta, mi deseo es estar siempre a tu lado. Comprendo que con lo atareada que está Laura conmigo, no voy a defraudarla; pero preferiría ir de trapillo y no que te alejes de mí.

–No seas niña, cielo. Además, me acompañará mi hija, lo que me impide ligar a ninguna otra. Aparte de que nunca encontraré alguien como mi Madel.

–No te rías de mí. Lo que no encontrarás nunca es quien te quiera tanto como yo.

–Esa es mi suerte.

En el avión, con Mary, rumbo a París, cerrados los ojos para recordar mejor, no se me iba de la mente el rostro de Madeleine, compungida, haciendo esfuerzos por no romper en sollozos, cuando nos despedía en el aeropuerto con mi hijo y Laura. Aún siento en mi cuello el temblor de sus brazos, que no querían dejarme ir, y su corazón palpitante, acelerado, que me obligó a susurrarle al oído: “tranquila, cariño, en dos días estoy contigo”.

Mary, que tenía bastante miedo a volar, durante toda la duración del viaje estuvo agarrada a mi brazo, como si ello la librara de todo peligro. Sólo me soltó cuando el avión tomó tierra y, como un vehículo más, se dirigió al lugar donde nos bajaríamos.

En la terminal del Charles de Gaulle nos esperaban monsieur Maurois y mi editor. Nos saludamos con afecto y en el vehículo del editor nos fuimos al hotel. Por el camino me explicó que la primera edición, prudente, porque era de 200.000 ejemplares, sorprendentemente, la tenía ya adjudicada a los librereros más importantes, entre otras causas, por haberles facilitado ejemplares que leyeron, les encantó y los recomendaron a sus clientes. Con la propagación que va a suponer su presentación en la Biblioteca Nacional, estamos seguros de que habrá, y numerosas, muchas nuevas ediciones, de estas “Historias de París” y de las restantes obras suyas, no escritas en francés, pero que traduciremos cuanto antes.

–Vamos –terminó diciendo–, que en usted creo hemos encontrado una mina.

Cuando, ya cercana la noche, el señor Maurois, el editor, Mary y yo, llegamos a la Biblioteca Nacional, la sala en la que se haría la

presentación, estaba prácticamente llena de periodistas, de otros autores, de librereros y de amantes de las letras.

Mi presentación la hizo el director amigo de una famosa revista, en la que yo colaboraba con frecuencia, y a mi juicio se excedió en alabanzas que yo no merecía. Yo empecé subrayando mi amor a París, al encanto de sus rincones, a la belleza de sus jardines y arquitectura, a la originalidad de sus monumentos y palacios, a la riqueza de obras artísticas coleccionadas en sus museos, a la elegancia, cultura y amabilidad de sus gentes, tan acogedoras con los visitantes; sabia riqueza física y de cualidades que yo había tratado de reflejar en las diversas historias que componían el libro, mostrando en algunas la alegría de vivir de los parisinos, la hermosura de sus mujeres, la inevitable picaresca que espontánea surge en toda gran ciudad, pero carente, aquí, de maldad u odio y abundante en gracia, humor y originalidad... Y subrayé, al final, la bondad y espléndida prodigalidad de los naturales, capaces de ayudar sin interés, de sacrificarse sin exigencias, de amar sin medida, como yo mismo había comprobado al unirme a una parisina bellísima, inteligente, elegante y buena hasta el límite de la capacidad humana.

Creo que mis palabras impactaron en el público, que aplaudió con entusiasmo y manifestó urgentes deseos de conocer la obra.

El editor y mi amigo, que estaban entusiasmados, explicaban a sus conocidos el contenido y personajes del libro y resaltaban el hecho de haber sido escrito directamente en francés por el autor, con una perfección del lenguaje digna de los clásicos de la tierra.

Después se ofreció una copa de vino a los asistentes y yo, sin esperar, no tuve otro remedio que dedicar y firmar ejemplares, puestos a la venta allí mismo, hasta quedar agotado.

El señor Maurois nos llevó al hotel y cenó con nosotros. Mary, que había grabado todo el acto, nos ofreció lo más sobresaliente, para asombro mío.

Desde la habitación llamé a Madeleine y le expliqué lo bien que había salido todo. Ella no dejaba de enviarme besos y decirme

cuánto le hubiera gustado estar conmigo. Le repetí, mil veces, porque la adivinaba triste por estar sola, que mañana le daría el abrazo más grande de su vida, y que durmiera tranquila.

El día siguiente, una vez desayunados, el señor Maurois nos llevó a la Galería Lafayette, donde nos esperaba el editor con todo preparado para la firma de ejemplares. Unos grandes carteles, con mi fotografía, a todo color, ofreciendo el libro, llenaba todo el amplio espacio que habían acondicionado y decorado para nosotros.

Con toda sinceridad, yo no esperaba que acudiera mucha gente; sólo las personas curiosas o aquellas a quienes les gustaran los libros y, circunstancialmente o por hacer otras compras, hubieran ido a la Galería; esto parecía ser así, pues durante al menos una hora, estuvimos sentados, charlando, sin que acudiera nadie. Mas, de repente, llegó un numeroso grupo, creo que toda una clase de la Universidad, y empezó a comprar libros y a pedirme dedicatorias. Y poco a poco, se fue formando una cola de hombres y mujeres que adquirirían un ejemplar y solicitaban mi firma, cosa que yo, muy complacido, hacía.



Galerías Lafayette, Sergey Galyonkin – Wikipedia

Según me sopló el editor, los quinientos ejemplares que habían previsto, se agotaron y tuvieron que reponerlos con celeridad. Así, sin parar, estuvimos hasta la hora del almuerzo que, como es lógico, la afluencia disminuyó y pudimos suspender el acto.

–La publicación va a ser un éxito –me auguró el editor, que estaba muy contento–. Aparte de repetir esta primera edición, he pensado, por sugerencia de un amigo pintor, que esta noche se ha leído el libro de un tirón, preparar otra ilustrada por él, para lo que se ha ofrecido. Será en formato lujoso y de gran tirada.

–Lo que usted decida, lo aceptaré siempre –le dije yo, que tenía prisa por no perder el avión.

El señor Maurois, que es un lince, y se había dado cuenta, con antelación, de mis deseos de regresar a casa, nos llevó directos al aeropuerto.

–Allí tomaremos un pisolabis –se limitó a decir–. Las maletas, previendo esto, las tengo en el auto, junto con un paquete con varios ejemplares para los chicos.

–Es usted un genio, muchas gracias.

–Sólo tengo años. Por otra parte, conociendo al editor, no dudaba de que el éxito nos obligaría a correr. Él siempre juega a ganar, incluso en los pequeños detalles.

–El 16 le espero con la señora.

–No me perdería la ceremonia por nada del mundo.

Mientras tomábamos café en el aeropuerto, Mary llamó a casa para avisar del vuelo y hora de llegada. Por el rato que estuvo hablando, debió dar detalle exacto de los acontecimientos del día.

En cuanto el avión despegó, Mary se cogió fuerte a mi brazo, como siempre hacía.

–Pero chiquilla, no tengas miedo, posees ya bastante experiencia.

–Así me siento más segura.

Sonreí y cerré los ojos. Estaba tan cansado que, acomodado en el asiento, me quedé adormecido durante la mayor parte del trayecto.

Ya cerca de la llegada, abrí los ojos y acaricié a Mary, que permanecía sujeta a mi brazo, como si formara parte de mí. Desde la cabina avisaron del próximo aterrizaje y ordenaron el consabido “abróchense los cinturones”.

El avión descendió, sentimos cómo las ruedas se posaban en la pista y, poco más tarde, paró y bajamos a tierra. Como el equipaje era de mano no hubo necesidad de esperar para recogerlo y salimos. Fuera estaban esperándonos Madeleine, Miguel y Laura, que nos abrazaron cariñosos, especialmente Madeleine, que se colgó de mi cuello, apretándome con todas sus fuerzas, hasta que Laura, con su buen humor, le dijo:

–Suéltalo ya, mujer, que nos vas a dejar sin papá...

Como Mary, por no conocer bien la lengua, tuvo un protagonismo escaso, aquí se explayó contando con todo detalle las horas vividas en París.

–Luego os pondré lo grabado y que mamá traduzca –terminó.

Ya en el piso, tras intercambiar noticias y explicaciones, Mary puso la grabación para que todos vieran y conocieran lo que de mí se dijo y, también, mis palabras sobre París y sobre el libro. En la traducción Madeleine estaba disfrutando, hasta que llegó a los últimos párrafos, en los que su voz se quebró, me dirigió una mirada casi extraviada y se echó en mis brazos llorosa, para cubrir mi cara de besos...

Laura, que no conocía el idioma, preguntó, sorprendida y alarmada, qué había pasado.

–Que Madeleine es muy sentimental y le ha afectado lo que dije de ella. Pero de castigo, va terminar la traducción. Venga, cariño, hazlo.

Y disculpándose por su reacción, tradujo lo que tanto le había conmovido, para acabar diciendo:

–No se cómo dar gracias a Dios por la familia que, sin merecerla, me ha dado y por el hombre tan extraordinario con quien me ha unido.

–También nosotros hemos sido premiados con una persona como tú –afirmó Laura, por una vez seria y emocionada.



IV

17 de Octubre. Ha llegado el día de la ceremonia religiosa, tan deseada, que sellará la unión de Madeleine conmigo, según queremos, para el resto de nuestras vidas.

No hace falta decir que, nerviosos como dos jovencitos, apenas hemos podido dormir durante la noche. Y no hemos sido los únicos a quienes le ha ocurrido; también la familia ha despertado temprano e inquieta.

Al alba, Mary y Laura, que se habían quedado con nosotros en el piso, golpeaban nuestro dormitorio para levantarnos; acción, por otra parte, inútil porque llevábamos horas levantados, yo afeitándome y ella en el baño.

Las tres mujeres, junto con un peluquero y una maquilladora que habían contratado, se fueron al salón como lugar más amplio, para arreglar a Madeleine y a ellas mismas, prohibiéndome Laura, con la mayor seriedad del mundo, ver a la novia antes de que llegara a la Iglesia.

Me quedé, pues, solo, vistiéndome con el traje de boda, sencillo como yo quería, pero al llegar al nudo de la corbata, que siempre se me ha resistido, no conseguía hacerlo bien, por más que lo intenté varias veces. Menos mal que, enredado en esta tarea, llegó Miguel y con pasmosa habilidad, me lo hizo.

Poco después aparecieron Paquito con el padrino –el padre de Madeleine– y su esposa. El resto de la familia irían directos al templo. Esperamos a que terminaran las mujeres, lo que duró tiempo, y cuando íbamos a protestar porque se hacía tarde, salieron Laura y Mary, muy contentas y casi nos empujaron al ascensor, sin permitirme la mínima ojeada al salón.

–¡Que todavía no puedes ver a la novia, papá! –amonestaron, casi al unísono, Mary y Laura.

Dando el brazo a mi madrina, Laura, nos situamos cerca del altar, en espera de Madeleine.

Y aunque yo había pasado, hace ya muchos años, por igual trance, estaba impaciente y nervioso. Como yo había querido y previsto, la concurrencia era mínima –la familia– e íntima, –el señor Maurois con su señora, Jacqueline y el director del periódico local–, más algunos curiosos desconocidos que se detuvieron a observar

Por fin aparecieron Madeleine, al brazo de su padre, acompañados de la madre, y de Paquito, que había sido el chofer, y su novia. El organista, mientras subían por el pasillo central, interpretó algunos compases de una marcha nupcial.

Madeleine, con un sencillo y normal vestido claro, adornada con las joyas que ya lució en París, el pelo ondulado y suelto sobre los hombros con estudiada naturalidad, labios con un rojo suave, ojos brillantes, alegres y un ramo de escogidas rosas blancas y rojas, entremezcladas, era el prototipo de la belleza femenina.

Ya a mi lado, le cogí la mano y en voz baja, le dije que era la criatura más bella que había visto en mi vida. Ella me miró y me ofreció una sonrisa de esas que nunca pueden olvidarse.

No cabe resaltar mucho de la ceremonia porque se desarrolló, como es lógico, con arreglo a las normas religiosas, con el protocolo “puede besar a la novia”, y unas palabras breves, pero profundas y afectuosas, del párroco en la misa.

De allí nos trasladamos a un lujoso restaurante en el que, Miguel, había reservado un salón para el almuerzo, con una antesala para los aperitivos, charlas, cambios de impresiones y presentaciones previas, en su caso.

Madeleine presentó mis hijos a su amiga Jacqueline y al señor Maurois y señora, añadiendo que nadie en el mundo había tenido tanta suerte como ella, al encontrarse formando parte de una familia tan ejemplar, inteligente y buena.

Todo fue transcurriendo con alegría y buen humor hasta que Madeleine, tal vez por la emoción, por la bebida de los numerosos brindis o porque algo de lo comido no le había sentado bien, se sintió indispuesta. Entre Laura, la madre y yo, la llevamos al aseo donde, pálida, mareada y con náuseas, terminó por arrojar todo lo comido y bebido. Al cabo de un rato se recuperó, pero su preocupación por el mal espectáculo que, según decía, había dado, hizo que se le escaparan algunas lágrimas.

Todos los asistentes procuraron darle ánimo, minimizando lo acontecido, que consideraban consecuencia del estrés del día y a falta de descanso. Pero el hecho es que, pese a su deseo de continuar, su aspecto me preocupaba, por lo que encargué a Miguel atender a los invitados y nosotros nos fuimos a casa para que descansara.

Fue Paquito quien conducía el coche hacia el chalé, pero yo le hice parar en un Centro de Salud que existía en el camino. El médico que la examinó no encontró nada anormal, y consideró el malestar debido al cansancio o a que algo le había hecho daño. Le recomendó descanso y le recetó un tranquilizante.

No conforme con el diagnóstico, una vez en casa, telefoneé a mi médico particular, explicándole lo ocurrido, y rogándole viniera a examinarla. Mientras llegaba, Laura y Mary, que se vinieron con nosotros, no dejaban de consolarla, tratando de distraerla para que cesara de llorar.

No tardó mi amigo médico en estar con nosotros, hizo que se cambiara de ropa y se acostara y allí, en mi presencia y la de Laura, la auscultó, le hizo un electrocardiograma, le tocó el vientre, le preguntó cuando había tenido la última regla, –hacía dos meses, según ella–, hizo que orinara en un bote que extrajo de su maletín y después de un breve análisis, sonriendo, se dirigió a nosotros:

–El malestar de Madeleine es muy sencillo y normal: está embarazada.

Laura lanzó un grito y dando brincos como una niña, salió de

la habitación a dar la noticia. Paquito, Mary, Rafi y Laura entraron en tromba.

–¡Vaya rapidez, mamaíta! ¡Felicidad!

Laura, incansable como era, cogió su móvil y transmitió la noticia a Miguel, que atendía aún a los invitados, lo que ocasionó que decidieran venir a casa a toda velocidad.

En efecto, no tardaron mucho en encontrarse con nosotros. Madeleine, entre mareada, nerviosa, asustada y alegre, no sabía qué decir ni hacer. Envuelta en una bata, sentada en un sillón, recibió enhorabuena, besos y felicitaciones de todos. Fue el médico quien cortó el improvisado jolgorio, recomendando que se acostara para descansar.

Así lo hizo, aún cuando nosotros seguimos celebrando los dos acontecimientos –boda y embarazo–. Fue Laura quien estimó oportuno, pasado cierto tiempo, terminar y dejarnos solos hasta el siguiente día. Ella y Mary, sin embargo, decidieron dormir en casa, por si las necesitábamos.

En el dormitorio Madeleine estaba despierta, aunque su aspecto había mejorado. Me senté en la cama a su lado, le acaricié la cara y con mucha delicadeza, la besé largamente.

–¡Vaya regalo que me has dado! –le dije.

–¿De verdad, no te ha molestado que haya fastidiado la celebración?

–¿Molestado? Estoy encantadísimo, mi vida. ¿Me permites que me acueste a tu lado?

–Quiero que me abracés y beses durante toda la noche... Pero con cuidado –matizó.

Lo que me hizo reír mientras me desnudaba.

Al día siguiente, mediada la mañana, la casa se convirtió en un jardín. Docenas de ramos de flores, rosas rojas, rosas blancas, claveles, orquídeas, llegaron para Madel con la felicitación por su estado de gracia, de toda la familia y de los amigos conocedores del embarazo. Ella se había levantado un poco mareada y con náuseas,

pero quizá por la alegría, tal vez por mis besos y el cariño y satisfacción mostrado por todos mis hijos o el comportamiento de los amigos invitados, el hecho es que los malestares se le pasaron y su rostro reflejaba más felicidad y satisfacción, en forma de mayor belleza y atractivo que nunca.

–Pero bueno –comentó la incomparable Laura, abrazándola con cariño–, ¿a esta mujer es que todo le sienta bien y la embellece? ¡Mamá, dínos la fórmula!

–Muy sencillo, hijita, –contestó rápida Madeleine– tener un marido como papá.

–Pues su hijo, que es mi marido, debía ser como el padre; tendré que presentar una reclamación –dijo riendo.

Luego, entre bromas, se quejó de que no le habíamos dicho nada sobre cómo había quedado la casa, después de los arreglos. Y era verdad.

–Entre la indisposición de Madeleine –aduje yo–, que tanta preocupación nos produjo y la alegría de saber la bonita causa de ella, se nos ha olvidado darte la gracias. El dormitorio, el salón y el resto de la casa, han quedado preciosos. Y me parece un delicado acierto que hayas situado el retrato de mi primera mujer en lugar destacado. Te mereces el abrazo que te voy a dar.

–También yo lo veo así, pues sus hijos, que hoy los considero míos –añadió Madeleine– son un premio que nunca esperaba tener.

–De nada, papá y mamá, pero no me riñáis cuando lleguen las facturas –nos susurró mientras la abrazábamos.

Pasaron los días y todo fue bien. Por recomendación de mi médico, dada nuestra edad, el embarazo de Madeleine fue vigilado por el mejor ginecólogo de la capital, que nunca observó ningún problema. Sus padres se quedaron casi dos meses, para comprobar cómo evolucionaba, y viendo que ella cada día –como afirmaba Laura– mejoraba en todo, se marcharon a París, pese a nuestros ruegos de que continuaran acompañándonos.

Los chicos nos recomendaron un nuevo viaje, pero Madeleine se negó, no sólo por causa del embarazo, sino porque allí se encontraba muy a gusto y feliz, al lado de todos, atendida y cuidada con mimo. De vez en cuando, hacíamos una pequeña escapada por los alrededores, o visitando el pueblo y su bonito santuario. Desde París, casi toda las semanas, llamaban la familia, el señor Maurois o Jacqueline, interesándose por ella. También lo hacía mi editor, con el mismo fin y para comunicarme cómo “Historias de París” se vendía como rosquillas y que preparaba una gran edición de lujo, ilustrada por su amigo el pintor.

Nuestra vida, pues, transcurría en feliz rutina: un largo paseo por las mañanas, cerca del mar, cogidos de la mano, unas horas de trabajo en la biblioteca –yo escribiendo y ella con la tarea de traducir al francés e inglés–, un rato leyendo la prensa o algún libro, el almuerzo, las noticias de la televisión y, tras un breve reposo, otro paseo más corto, si el tiempo lo permitía, pues el invierno estaba siendo muy agitado. Los fines de semana, reunión y comida con toda la familia, que se desplazaba para vernos, y que casi siempre coincidía con la visita de amigos.

Por las noches, tras una frugal cena, nos acostábamos temprano. A Madeleine le gustaba estar muy juntita, casi adherida, a mí, y yo, por mi parte, contentísimo de tenerla tan cerca y poder besar sus labios, sus picaros ojos y aquella cara que, como Laura decía, cada nuevo amanecer estaba más joven y bonita.

En esta rutina de nuestras vidas, entraba también la mensual visita al médico para revisión; rutina de la que yo estaba siempre pendiente para que se cumpliera. Hoy, cuando Madeleine se estaba preparando para ello, apareció precipitada, como siempre, mi nuera Laura, con la idea de ir de compras las dos.

–Ni hablar –le dije–. Hoy toca revisión del ginecólogo y tengo que llevarla.

–Eso no es problema –replicó–, vamos primero al médico y luego de tiendas, que la criatura está engordando y necesita ropa ade-

cuada. Así descansa un poco de ti, que eres un marido muy pegajoso.

Mary, que al oír a Laura había bajado, le dio la razón, al tiempo que se apuntaba a acompañarlas.

–Está bien, pero lo primero es la visita al médico, ¿estamos?

–Claro hombre, tú sigue en tus tareas.

La verdad es que me venía bien, pues estaba atascado con un encargo del periódico, y el estar solo, aunque fuera por unas horas, me permitía pensar más tranquilo y buscar datos en la biblioteca.

Enfrascado en la labor, el tiempo transcurrió sin darme cuenta, hasta que tuve que encender la luz porque había anochecido. Entonces miré el reloj y calculé que pronto llegarían las mujeres; en efecto, cuando comencé a leer un libro, cómodamente sentado en un sillón, escuché el ruido de un auto y, poco después, entraban las tres, cargadas de paquetes.

Laura se plantó delante de mí, con los brazos en jarra, como dispuesta a reñirme.

–¿Qué pasa ahora? –pregunté intrigado.

–¿Que qué pasa? –respondió como indignada–. ¿Qué clase de hombre eres, papá? Te vas de viaje al extranjero para divertirte, encuentras una chica monísima que te ligas, te casas a plazos, por lo civil en París, por lo religioso aquí, y la dejas embarazada estropeando sus perfectas líneas. Y no contento con eso, en vez de un bebé, le haces dos. ¿No te parece un comportamiento poco común y muy egoísta?

Y tras esta perorata, soltaron una risa ruidosa y alegre, y me abrazaron y besaron, en tanto yo, sorprendido, no acababa de reaccionar ante la noticia.

–Pero, ¿es verdad? –pregunté aturdido.

–Tan cierto como que casi los hemos visto jugar a la pelota –comentó Mary.

Madeleine se abrazó con fuerza a mí, entre alegre y divertida, mientras me decía, un poco ruborizada, tal vez por no estar solos:

–¡Te quiero, papaíto! ¡Te quiero! Gracias por hacerme tan feliz.

–Hay que comunicarlo a la familia –propuso Laura.

E inmediatamente comenzaron a funcionar todos los móviles.

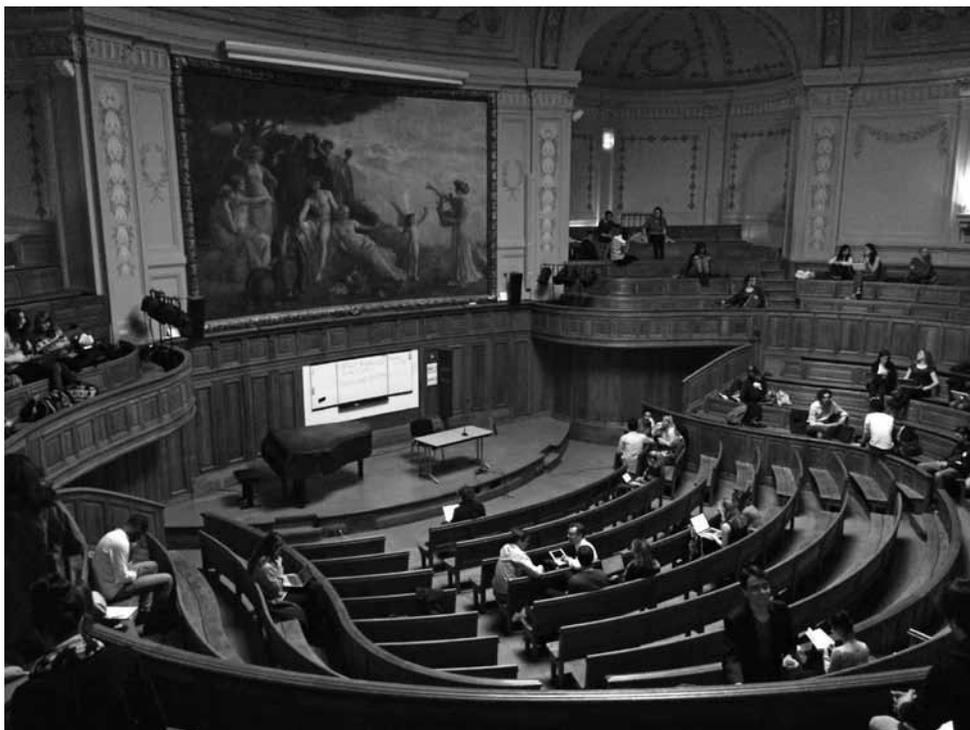
El tiempo fue pasando, Madeleine estaba cada vez más gordita y más guapa y no tardamos mucho en saber el sexo de los bebés. Como siempre, Laura acertó. Había dicho: Son una parejita, niño y niña, por eso mamá se siente tan bien y está tan bonita; razonamiento que, como en tantas cosas, sólo para ella tenía lógica.

Al final del crudo invierno, a pocos días de la primavera, el editor me llamó para que me desplazara a la presentación de la edición de lujo de “Historias de París” y de otra obra mía traducida, que deseaba dar a conocer al mismo tiempo. Como el embarazo de Madel estaba tan avanzado –siete meses– a mí me costaba trabajo separarme de ella y estaba dispuesto a comunicarle que no podía. Pero tanto ella, como la familia entera y el propio médico que la llevaba, me presionaron para ir a París, pues todo iba muy bien y dos o tres días no suponían ausencia. Aparte de que, de tener que tomar alguna decisión, correspondía al médico y éste la encontraba en óptimas condiciones, en perfecto estado.

De mala gana, pues, cogí el avión, seguro de que a Madel, pese a su insistencia en que fuera, le invadiría cierta tristeza y temor por no encontrarme a su lado, aunque sólo se tratara de un par de días y aun cuando estaba rodeada de toda la familia.

El acto, en esta ocasión, se celebraría en el Aula Magna de la Facultad de Letras y estaban previstas varias entrevistas en televisión, radio y la revista cuyo director fue mi presentador la última vez, lo que implicaría retraso en mi regreso.

Cuando llegamos, el aula estaba llena, lo que sin duda se debía a la habilidad propagandística de mi editor y a su influencia. Había personalidades de la política, de las letras, de la enseñanza, periodistas y amantes de la literatura. Como mi estado anímico no era muy bueno, había tenido la precaución de escribir mi intervención y no



Auditorio Richelieu, La Sorbona – Wikipedia

improvisarla, como en otras ocasiones. Así, pues, quedé bien y la asistencia aplaudió, espontánea y satisfecha.

Me presentaron a varios escritores y políticos, que me felicitaron por la obra y por su éxito y con los que intercambié ideas y comentarios. Como es lógico, me vi obligado a firmar y dedicar ejemplares durante bastante tiempo.

Cuando terminé se acercó un antiguo conocido, el Comisario que me devolvió la documentación que me habían robado en el metro. Nos saludamos afectuosamente, pero él, en un aparte, me dijo que había venido para advertirme de algo importante: el exmarido de Madeleine había salido de la cárcel. Por precaución le estaban vigilando, pues era individuo muy peligroso, y pudieron comprobar que trataba de enterarse dónde estaba ella, con quién se unió y en qué lugar vivía. En consecuencia, debíamos estar prevenidos y preparados para evitar cualquier fechoría o venganza, pues culpaba a su exmujer de los años pasados en la cárcel.

–No puedo facilitarle a usted su expediente, pero haga que la policía española nos solicite los antecedentes y lo vigilen si aparece por allí. Mientras tanto, aquí tiene una fotografía para que lo reconozca si, por mala suerte, ha descubierto su domicilio y ronda por los alrededores; y ésta es la dirección para interesar el historial delictivo del personaje.

Le di las gracias y con más preocupación que nunca, hice frente, como pude, a las diversas entrevistas que tenía programadas el editor. Este me pidió que ampliara mi estancia con la idea de visitar varios centros y asociaciones culturales, que estaban interesados, pero yo alegué no encontrarme bien y que tenía compromisos con fecha ya convenida en España.

Cogí el primer vuelo disponible, no sin antes avisar a mi hijo Miguel para que me recogiera en el aeropuerto. Deseoso de llegar, el tiempo se me hizo interminable.

Mi hijo estaba esperándome y, durante el trayecto, le di cuenta de todo lo que el Comisario me había comunicado, expresándole mi honda preocupación por lo que pudiera ocurrir.

–Tranquilo, papá, no será para tanto. De todas formas vamos, antes de llegar a casa, a la Comisaría del distrito, en la que tengo buenos amigos, y los pondremos al día. Verás como nos ayudan.

Por suerte, el Comisario estaba allí y era íntimo de Miguel. Yo le expliqué la historia con todo detalle, por mínimo que fuera, y lo que me había contado y recomendado el Comisario francés, le enseñé la foto y le entregue la dirección para pedir el expediente.

–Bueno –dijo– hay que ser prudentes pero no angustiarse. De inmediato voy a solicitar los antecedentes del individuo y, por simple precaución, estableceré una discreta vigilancia por su zona, que se intensificará si es visto en la ciudad. Procure que su señora no se arriesgue saliendo sola y con excesiva frecuencia. En esta tarjeta tiene mi teléfono: llame en caso de necesidad, cualquiera que sea la hora del día o de la noche. De momento no podemos hacer nada más.

Nos despedimos agradeciéndole su interés, el dio un abrazo a

mi hijo, con quien se veía con frecuencia, y nos dirigimos a casa. Antes de llegar, acordamos no decir nada de este asunto, para no asustar a Madeleine y alarmar a los demás. Como me esperaban por la noche, se sorprendieron al verme.

—No podía estar ni un minuto más sin veros; por eso he cogido el primer pajarraco que volaba y aquí estoy—explicué riendo.

—¡Esto es un hombre en condiciones, que no puede estar sin vernos... en especial a la abuelita joven! —exclamó, guasona como siempre, Laura.

Y yo pensé que no dejaba de tener razón, aunque no debiera expresarlo.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Madel, después de abrazarme.

—Muy bien todo, pero cansado. A tus padres los vi un momento en la Facultad y se encuentran estupendos.

—¿Traes los libros?

—Sólo unos pocos ejemplares; el editor me enviará para todos. Abrí la maleta y se los entregué. La verdad es que yo no había tenido tiempo ni de mirarlos.

—¡Que bonito ha quedado! Las ilustraciones se ajustan muy bien a los personajes y al texto —observó con acierto Madeleine.

—Pero lo importante, que es lo que se dice, pertenece al más listo de los papás —comento Mary.

—Que además es el más guapo —apostilló Laura.

Y al oído, un poco ruborizada, Madeleine terminó los elogios con un “y al que yo quiero por encima de todo”.

Laura, a quien no se le escapa nada, protestó:

—Mamá, no están bien confidencias al oído.

Entre comentarios y preguntas sobre el viaje y breve estancia, se pasó la tarde.

Mientras tomábamos unas copas antes de la cena, mi hijo, dirigiéndose a Laura, le propuso:

—¿Qué te parece si hasta que Madel dé a luz, nos quedamos aquí con ellos?

Laura, no sólo estaba conforme, sino que dio saltos de alegría.

—¡Esa es una idea que coincide exactamente con mis deseos, guapo! —casi gritó, dándole besos; besos que también repartió a Madeleine, a mí y a Mary, manifestando su contento.

Pero sólo yo sabía el motivo de la propuesta y se lo agradecí, de todo corazón, con una mirada que él entendió perfectamente.

Como estaba, en verdad, cansado, decidí retirarme con Madeleine, como resulta obvio.

Los demás continuaron, charlando, pero imagino que poco rato.

Hacía una noche cruda, casi de duro invierno. Soplaban violento el viento y tronaba fuerte una tormenta. Gruesas gotas se estrellaban contra las ventanas. Una vez metidos en la cama, Madeleine se acomodó muy pegadito su cuerpo al mío, de lado, con su brazo derecho sobre mi pecho y su mano acariciando mi cara, al tiempo que me susurraba: “Bésame, bésame mucho y abrázame toda la noche”.

—¿Nada más que eso? —pregunté pícaro.

Me miró, sonrió y acercó sus labios a los míos, muy despacio, diciendo: “¡Cuánto te quiero, mi vida! Lo he pasado muy mal estas dos noches sin ti”.

Pasaron los días, la vida normal, al no ocurrir ningún acontecimiento, se convirtió en rutina, pero una rutina agradable, muy feliz, en la que Madeleine iba adquiriendo más volumen, pero se conservaba, por lo demás, tan atractiva y bella como siempre. Mi hijo marchaba por las mañanas a su despacho en la capital, dónde desarrollaba su trabajo y atendía los intereses económicos de la familia; Laura llevaba la casa, con su especial humor y alegría, al tiempo que estaba pendiente de Madeleine y la peque; yo, en la biblioteca, escribía o leía, aunque con precaución y disimulo, vigilaba los alrededores de la casa, dando breves paseos; Madeleine se ocupaba de traducir al francés o al inglés mis libros escritos en español, que no se habían publicado en aquellos países y, conmigo, antes del almuerzo, paseaba por el jardín de la casa, con objeto de evitar que el sedentarismo do-

méstico perjudicara su salud y el embarazo. Todos los demás miembros de la familia, solían aparecer los fines de semana para vernos.

El invierno, que no estaba siendo tan crudo como empezó, nos permitía tomar algunas horas de sol, bien abrigaditos, contemplando el mar desde la terraza. Los padres de Madeleine la llamaban casi diariamente y a mí, con mucha frecuencia, el señor Maurois y el editor, ambos ya prácticamente integrados en el clan familiar, dándome el último cuenta de lo bien que se vendía todo lo publicado.

De manera esporádica, me escapaba a la capital para reunirme con el director del periódico, pero siempre con prisa y sin detenerme demasiado. Los amigos me reprochaban lo que parecía un enclaustramiento, al desconocer la causa: mi intranquilidad, siempre que estaba alejado de Madeleine.

Así nos aproximamos a los últimos días del invierno; la primavera, ya cerca, en ocasiones nos hacía entrever su espléndida vitalidad. Madeleine se encontraba ya muy pesada, pero seguía, como siempre, optimista, alegre y deseosa de conocer a los seres que se revolvían traviosos en su vientre.

Marzo suele ser muy variable. Un día amaneció con un sol generoso y suavemente cálido. Madeleine, por aprovecharlo, bajó con la peque al jardín. Desde la biblioteca yo las observaba curioso, cuando alguien llamó y Rafi, olvidándose de mis recomendaciones, le abrió la puerta sin identificarlo. Sin mucho protocolo entró un individuo, que reconocí rápido, y se acercó a Madeleine, a la que, debido a la sorpresa o al temor, se le escapó un grito.

Mientras me dirigía veloz hacia ellos, llamé al Comisario, quien me recomendó seguir las instrucciones que en su día me dio para retener al individuo, en tanto llegaba él.

Me situé delante de Madeleine y más irritado que nervioso, le pregunté:

—¿Quién es usted y qué quiere?

—No se haga el tonto —respondió agresivo—, ella fue mi mujer

y por su culpa he estado a la sombra mucho tiempo.

–Se lo merecería.

–Quien se lo merecía era ella, por no hacerme caso.

–No se puede obedecer para cometer delitos.

–¿Delitos? Bien que disfrutaba los beneficios y colaboraba.

–Porque usted la obligaba.

–¿Eso le ha dicho? Es usted imbécil al creerla; ella era el cerebro.

–Eso es mentira –gritó ella.

–Tranquila, Madel, súbete a casa, cariño.

–Ni hablar, se queda aquí –ordenó violento. Y añadió con sorna–: Cariño... Qué bien has sabido embaucarlo, zorra.

Fui hacia él, sin reparar en que era más fuerte que yo. Pero entonces el sacó una pistola y me apuntó:

–Quieto, valiente.

–No le hagas daño, mátame si quieres a mí –le dijo llorando Madeleine.

–Puedo darle dinero si nos deja en paz –le ofrecí.

–Ya va poniéndose en razón. Veamos hasta cuánto estima a esta perra... Quieto no se mueva –dijo apuntándome, ante mi gesto de agredirle por la ofensa–. ¿Le parece bien cinco millones?

–Déjanos, por favor. Yo nunca te he hecho nada y menos él, –volvió a llorar ella.

–No tengo ese dinero –le respondí.

–Puede vender... o pedirlo a algún banco. Su hijo tiene influencias.

–Mátame si quieres y deja a mi familia –lloró de nuevo Madeleine.

–¡Mi familia! ¡Qué bonito! –ironizó el individuo.

–Deje que se vaya con la niña y nosotros arreglamos el asunto –le propuse.

–Ni hablar, a la que odio es a esta gata y quiero verla sufrir. ¿De cuánto puede disponer en efectivo?

–Apurando todas las cuentas, quizá uno; pero necesito tiempo para sacarlo de los bancos. En casa, como comprenderá, como está la situación, sólo hay para una urgencia. Las compras se pagan con tarjetas.

En este momento llegó Miguel que, al ver la situación, trató de lanzar el auto contra el sujeto. Éste se dio cuenta y me puso la pistola en la sien.

–Quieto o lo mato.

–No –gritó Madeleine tratando de interponerse, pero él la repelió tirándola al suelo y yo me coloqué delante de ella, para reservarla y ayudarla; sin embargo, el malvado, ágil y hábil, se situó de tal manera que nos dominaba a los tres con el arma.

–Cualquier movimiento y os mato a los tres. Colocaros juntos, ordenó.

En aquel momento, el Comisario, acompañado de varios policías, que habían llegado presurosos, le gritó:

–¡Quieto, no te muevas!

Al verse rodeado, rabioso y dirigiéndose a Madeleine, soltó un “vais a morir, por haber llamado a la policía”. Y apretó el gatillo, no sin que antes yo, que había adivinado su intención, la cubriera a ella con mi cuerpo. Oí el ruido de varios disparos, sentí como si el pecho me ardiera y perdí el sentido.

Parte de lo que sigue a continuación, no lo viví porque estaba en otro estado u otro mundo, no sé cómo explicarlo, inconsciente, fuera de la realidad, de la existencia cotidiana de las demás personas. Cuando volví de aquella incursión a no se dónde, conectado a tubos y cables, fue mi hijo Miguel quien me narró, con todo detalle, lo ocurrido.

Los disparos realizados por el individuo aquel, uno me alcanzó cerca del corazón y otro hirió a Madeleine en el costado derecho, afectándole un pulmón. La policía abrió fuego contra el sujeto sin alcanzarle. Ágil y fuerte como era, saltó por la valla y pudo subir a su auto y marchar a toda velocidad. Le siguieron y como la carretera de

las urbanizaciones era zigzagueante, en una curva se salió de ella, volcó el vehículo, dio varias vueltas y se incendió. Los agentes bajaron rápidos, pero les fue imposible sacarlo y en el infierno al que había dado lugar, se carbonizó sin remedio.

Mi hijo, que para resguardarnos se echó encima nuestra, cuando pasó el peligro inmediato, viendo la gravedad en la que nos encontrábamos, requirió a urgencias un helicóptero que nos trasladó al hospital próximo.

A Madeleine consiguieron cortarle la hemorragia y, aunque grave, sobre todo por su estado de embarazo, los médicos aseguraron su recuperación. Otra cosa era mi situación, con una bala alojada en el pecho, en zona muy delicada. Los cirujanos estaban muy pesimistas, porque era muy arriesgada la operación para extraer la bala y peor era dejarla allí y no reparar el daño causado. Se decidió, después de intercambiar opciones y opiniones, con permiso de la familia, operar.

La bala se extrajo, después de largas horas de intervención, pero mi estado no mejoró, tal vez debido al daño causado en el corazón o a alguna lesión oculta y no encontrada. La falta de sangre también era motivo coadyuvante de la gravedad. Toda la familia se encontraba allí dispuesta a dar la suya para transfusiones. Madeleine, que se iba recuperando, no dejaba de insistir en dar la suya, compatible con todos los tipos, llorando inconsolable y de forma continua. En una ocasión en que se quedó sola, se desprendió de los sueros y, arrastrándose como pudo, llegó hasta la UVI donde yo estaba, para verme y que hicieran transfusión de su sangre. Médicos, enfermeros y familia trataron de arrancarla de donde me encontraba, pero ella aferrada y llorando, se resistía con una fuerza increíble para su estado.

A uno de los médicos se le ocurrió que, después de todo, en mucho no la afectaría extraerle algo de sangre y sería positivo para su angustia, que podía degenerar en peligrosa depresión. Así se hizo y durante un poco tiempo, su brazo y el mío, estuvieron unidos por unos aparatos y tubos de plástico por los que circuló su sangre para unirse

con la mía. La maniobra se aprovechó para inyectarle a ella un tranquilizante, que impidió cualquier resistencia para llevarla a su habitación.

Tres días llevaban mis hijos en el hospital, turnándose para descansar, dándome sangre cuando la requería. Madeleine continuaba dormida con el sedante que le inyectaron. El cirujano jefe hablaba con Miguel cuando, un médico de la UVI se acercó al grupo. La impresión de todos fue temerosa, pero la sonrisa de éste los calmó.



–¿Usted cree en los milagros? Yo no creía hasta ver la reacción que está teniendo su padre.

Fueron rápidos a donde estaba. En efecto, el monitor oscilaba casi normal y yo respiraba bien, después de haberme suprimido la asistida.

–Pues sí que parece un milagro, pero el cambio ha sido tan rápido, que tengo mis dudas sobre su efectividad –comentó el cirujano.

Mas, pese a los temores del médico, transcurrió suficiente tiempo para creer, si no en una recuperación segura, si en una estabilización prometedora.

–Lo curioso es –manifestó uno de los facultativos–, que hemos estado con transfusiones casi permanentes desde la operación y sólo cuando se ha hecho la de su esposa, parece haberse estabilizado.

–¿Qué pretende decir con ese comentario? –preguntó Miguel.

–Que nada sabemos de lo que ocurre cuando el enfermo se

halla más cerca de la extinción que de la vida. ¿Siente, oye, entiendes, piensa? ¿Es posible que escuchara el desesperado llanto de su esposa, que tuviera percepción de su sangre, que pudiera hacer un esfuerzo para volver...?

La vida no deja de ser un milagro que nos acontece, también podría serlo recuperarla... Lo ignoramos...

El hecho es que, con lentitud, fui mejorando y los médicos estimaron como muy positivo que Madeleine estuviera junto a mí, en la misma habitación.

Ella, que no había dejado de sollozar, al verme, se levantó sin que nadie pudiera impedirlo y arrodillada al lado, con mi mano cogida y besándola, estuvo tanto tiempo diciendo “no me dejes”, “no podré vivir sin ti”..., pese a que todos trataron de levantarla y separarla. Sólo Miguel, con energía, la obligó a ir a su cama, diciéndole:

–Mamá, él ya está mejor y se va a poner bien; tú tienes obligación de cuidarte por las vidas que están dentro de ti, por mis hermanos, ahora mismo indefensos.

Y le ayudó a levantarse y acostarse de nuevo.

–¿De verdad está mejor, hijo? –preguntó ella, todavía llorando.

–De verdad, madre –respondió besándola en la frente. Era la primera vez que la llamaba así y la consideraba como madre, pese a la poca diferencia de años entre ambos.

La prensa había dado a conocer el suceso como un atraco, frustrado por la policía, con la mala suerte de dos heridos y la muerte del atracador.

Toda la familia y amigos se preocuparon de nuestro estado. De París se desplazaron los padres de Madeleine, el señor Maurois y el editor y no se marcharon hasta que se vio clara la mejoría.

Un mes largo, hasta bien entrado abril, nos mantuvieron internados; a Madeleine, en verdad, más por darme compañía, ánimo y complacerla, pues ella se había restablecido antes, pero se negaba a dejarme solo. Esta insistencia suya tuvo su consecuencia, agradable

y feliz: los bebés (niño y niña) decidieron conocer este mundo y a sus padres y hubo que acatar sus deseos. En verdad fue como un premio que compensaba los dolores sufridos.

Yo me recuperaba bien, siempre obedeciendo al médico, que me tenía prohibidos esfuerzos y emociones grandes; podía andar, pero no en exceso, lo que me obligaba a utilizar un carrito para los desplazamientos. Era Madeleine la que me transportaba cuando los niños dormían o eran cuidados por alguna enfermera.

Una vez en casa, el régimen impuesto varió poco: estaba obligado a caminar todos los días, media hora por la mañana y otra media por la tarde, apoyado en un bastón. El resto debía estar descansando o utilizando el carrito.

El paso del tiempo, que todo lo cura, hizo que poco a poco adquiriera fortaleza, el corazón funcionara bien y pudiera, sin abusos, llevar una vida normal. Madeleine, dada su juventud, se había repuesto con rapidez, tanto de las heridas como del parto, y se tenía por la mujer más feliz y afortunada del mundo, adorada por su marido y querida sin reservas por toda la familia y amigos.

Acabó la primavera y durante el cálido verano, estuvieron con nosotros todos los hijos y sus parejas, que se disputaban el cuidar o jugar con los bebés, pese a mis protestas (expresadas sin mucha convicción, todo hay que decirlo) por estar maleducándolos. También vinieron a vernos los más íntimos amigos, con los que compartimos días muy agradables e inolvidables.

En los primeros días de octubre, a Laura, siempre revoltosa y original, se le ocurrió lo que ella calificaría de idea genial: que Madeleine y yo, como el segundo viaje lo hicimos tan breve, lo completáramos ahora, antes de que apareciera el invierno.

–Pero mujer, ¿qué hacemos con los niños? –le objetó Madeleine.

–Yo me encargo de ellos y los cuido. Mary, una semana, puede faltar a los estudios, si es que se han iniciado, y me ayudará.

–Laura, tú tienes muchas cosas...

–Mira a los dos míos, cómo están.

–¿Como los dos tuyos?

–La peque y mi marido, que es otro niño. Os vais a París, ves a tus padres, que estarán deseosos, le enseñas a papá los rincones que no conoce, para que escriba más historias bonitas, y termináis en Roma, con el Papa y en la Fuente de Trevi, a la que arrojasteis monedas para volver. Y no se hable más.

Yo me había mantenido callado y divertido; Madeleine estaba confusa e indecisa.

–Papá, ¿tú que opinas? –me preguntó Laura.

–Pues, la verdad... Me parece genial la idea.

–Entonces, todo está decidido –afirmó Laura.

Madeleine, sin embargo, no estaba muy decidida y lo comprendo. No se atrevía a dejar a los niños. Por eso le dije:

–Son sólo seis días y tus padres lo agradecerán.

–Está bien, accedo. Pero tú, Laura, me transmitirás todos los días una foto de lo bebés y me dirás como se encuentran. ¿Estamos?

–Como deseas, mami; una por la mañana y otra por la noche, acostados. Y no te preocupes, yo los quiero, si no más, tanto como tú y los cuidaré con mimo. Para cualquier emergencia, sabes que estamos rodeados de médicos, clínicas y seguridad. Puedes ir tranquila y disfruta un poco, que bastantes malos ratos has pasado este año. Y tú, papaíto, más hermanitos no, que la casa no admite ya ampliaciones, conque mucho cuidadito.

Nos reímos, de buena gana, con la recomendación de Laura.

Dos días después, subíamos al avión con destino a París. Madeleine, en el asiento de ventanilla, dejó escapar unas lágrimas. Adelantándose a lo que pudiera decirle, me explicó:

–Es que no puedo evitar acordarme de mis niños; pero estoy contenta y verás como nos divertimos.

Le cogí la mano y se la acaricié, sin decirle nada; yo también tenía un poco, no de angustia, pero sí de sensación de que me faltaba algo.

En el aeropuerto nos esperaban los padres de Madeleine, que nos abrazaron con todas sus fuerzas. Cogimos un taxi, por mayor comodidad, y mi suegro, en vez de dar la dirección de su casa, dio la del hotel.

–Pero bueno, –dije extrañado– ¿por qué vamos al hotel?

–Es que el señor Maurois os ha reservado la suite de la boda, y vamos a cenar todos juntos.

–¿Y cómo se ha enterado de nuestro viaje? –inquirió Madeleine.

–Llamó a vuestra casa, como hace con frecuencia, y Laura le dijo que estabais en camino. A nosotros nos parece bien y estamos muy contentos de veros. ¿Y los bebés?

–Se encuentran muy bien, estupendos.

En el hotel nos recibieron con entusiasmo, cariño y alegría. Maurois nos abrazó y nos reprochó no haberle avisado, pues como nos aseguró en su día, aquel hotel sería siempre nuestro hogar en París. Madeleine pasó buen rato con sus excompañeros, contándoles cosas y enseñándoles fotos de los bebés.

Como aún era muy temprano para la cena, nos fuimos a dar un paseo, junto al Sena, recordando las veces que pasamos por allí. Sin darnos cuenta, llegamos hasta el restaurante donde, de noche, contemplamos la torre Eiffel iluminada. Subimos hasta la terraza y nos sentamos en el mismo sitio. Pedimos unos refrescos. Ella se levantó y apoyó en la baranda, como entonces, para mirar la torre. Me llamó y mirándome fija, me preguntó:

–¿Recuerdas que aquí me besaste por primera vez?

–No, preciosa, fuiste tú –le dije mirándole, como entonces, los bellos ojos y sus labios, aún frescos y rojos como fruta madura.

–Es verdad –reconoció, abrazándome, y apretando sus labios con los míos, en un beso largo y apasionado como entonces. Y me premió además, con un “te quiero más que nunca”.

Regresamos al hotel donde ya estaba todo preparado. Cena-

mos con Maurois, su señora, Jacqueline y los padres de Madeleine. La comida fue ligera pero deliciosa.

Después de una amable charla, los padres se despidieron, así como Maurois, su señora y Jacqueline. Nosotros nos subimos a la suite que teníamos preparada.

Allí la besé nuevamente, creo que con mayor pasión que la primera noche.

—¿Te acuerdas?

—Claro que sí. ¿Me vas a desnudar tú?

—Seguro y con la misma emoción.

—Pero sin llevarme en brazos, sabes que ahora no puedes hacer esfuerzos.

La fui despojando de ropa hasta dejarla, como entonces, con lo mínimo. Y como entonces, también, no pude evitar una exclamación:

—¡Madre mía, si sigues teniendo el cuerpo más perfecto de mujer, a pesar del embarazo y del parto!

Nos acostamos, la abracé y apagué la luz sin soltarla ni dejar de darle besos, que eran correspondidos con ardor.

Durante los días que permanecemos en París, más que a descubrir nuevos rincones, nos dedicamos a recorrer los lugares donde habíamos estado antes y recordar los momentos felices vividos. Madeleine me llevó, cogido de la mano, como yo hice con ella, hasta Nôtre Dame y junto a la apartada columna donde le juré mi amor y le pedí que se casara conmigo, ella hoy me juró quererme más que a nadie de este mundo y que prefería morir antes que separarse de mí. Realmente emocionado, la abracé con todas mis fuerzas.

Así, cogidos de la mano como adolescentes, volvimos a la Basílica de La Madeleine, a Montmatre, donde dejamos que nos dibujara juntos el mismo artista de entonces; al restaurante de la Torre Eiffel, para tomarnos unas copas de champagne, al Arco del Triunfo, al Museo del Louvre...



Museo del Louvre – Wikipedia

Los días se pasaban rápidos y como el objeto principal era estar con los padres de Madeleine y los amigos, hube de renunciar a mi deseo de visitar Londres, cruzando el Canal de la Mancha a través del túnel.

El editor, que nos invitó en varias ocasiones, me dio a conocer el número de ediciones de “Historias de París”, el interés existente por los demás libros y el estado de nuestras cuentas. También me propuso una edición bilingüe de “Historias de París”, que me pareció bien y le sugerí, a mi vez, que los beneficios de ella se donaran a la UNICEF. En respuesta a una pregunta suya sobre que estaba haciendo, le dije que terminaba una especie de relato de mi vida con Madeleine, muy íntimo. Se mostró muy interesado, pero yo le objeté:

–No es publicable. Consiste, no lo sé bien, en algo así como una guía turística, pero que no lo es, como tampoco es una novela, ni una memoria, ni un ensayo, ni una historia.

–Esas son las cosas que a mí y al público gustan.

–Pero es que contiene intimidades nuestras que a mi esposa no le agradaría darlas a conocer a la gente.

Madeleine, que nos escuchaba, se permitió opinar:

–Nada de mi relación contigo, de nuestra vida en común, me avergüenza ni sonroja; han sido siempre actos o hechos propios de

una pareja que se quiere y que, además, son natural y lógica consecuencia del cariño y de la naturaleza física humana.

–Bueno, cuando termine, ya decidiremos.

–No dude que sería un éxito –apostilló el editor.

Nos despedimos de la familia y amigos para, como en la boda civil, pasar unos días en Italia. Una vez allí nos alojamos, de nuevo, en el hotel de la Plaza de España. Con el fin de no tener problemas para el regreso, sugirió Madeleine que debíamos adquirir los billetes de avión en la agencia más próxima. No había vuelos directos para Málaga, sólo para Madrid y por la mañana.

–¿Habrán enlaces?

–Yo creo que sí. En último extremo está el AVE.

–Bien, lo que quiero es llegar cuanto antes.

Por su iniciativa fuimos a la Basílica del monte Capitolino. Quería ver bien el original de la imagen del santuario de mi pueblo. Desde allí, en taxi, nos acercamos a San Pedro, en el Vaticano, donde, sin guía, curioseamos todo lo que pudimos hasta mediodía

Tras descansar en el Hotel, ya anocheciendo, fuimos a la fuente de Trevi, bellamente iluminada, en la que, como los diversos turistas que por allí estaban, arrojamos nuestras monedas, con el deseo de volver en otra ocasión.

La impaciencia de Madeleine por estar con los bebés, le impedía prestar atención a las cosas y distraerse, por lo que después de pasear un rato, decidí volver al hotel, cenar y acostarnos. Allí, por lo menos, lo pasaría mejor con mis besos y mis caricias.

–Oye, ¿no será peligroso para tu corazón, la frecuencia del esfuerzo y... lo demás? –preguntó confusa.

–Si ese ejercicio es sanísimo –respondí.

–¿Y si me quedo embarazada otra vez?

–No de preocupes, preciosa. Bésame y calla.

Al aeropuerto llegamos con bastante antelación. Ella, como siempre que se sentía feliz, estaba espléndida, con los ojos brillantes,

el bello rostro, atractivo al límite, con una permanente, graciosa y simpática sonrisa y una hiperactividad que le hacía moverse de un lado para otro, viendo objetos y comprando algunas revistas y chucherías.

–Madel, siéntate que estás revolucionando a todos los que esperan, con lo guapa que estás.

Miró a su alrededor y, entonces, se dio cuenta de que mucha gente la observaba. Se ruborizó como una niña, se acomodó junto a mí y me cogió del brazo con mucha fuerza.

Llevaríamos casi una hora de vuelo. Madeleine, con los ojos cerrados, parecía adormecida; yo hojeaba una de las revistas que había comprado. De pronto, se acerca a mi oído y, bajito, me pregunta:

–¿De verdad no perjudica a tu herida lo de anoche? Para evitar continuas tentaciones, podríamos dormir separados.

–Lo que sí me perjudicaría siempre, escúchalo bien, siempre, es no tenerte a mi lado, muy junta, como adherida, sobre todo de noche. Si no quieres hacerme daño, no vuelvas ni a pensar en lo que has dicho.

–Perdóname, mi vida, pero es que te quiero tanto... Por nada de este mundo quisiera ser causa del mínimo daño para ti. Perdóname.

–Tranquila, mi niña. Dame tu mano, que sienta el calor de esa sangre que ayudó a salvarme.

Me miró tan intensa y cariñosamente, con los ojos llenos de lágrimas, que no pude menos que acercarme y besarlos. Ella apoyó su cabeza sobre mí mientras musitaba: Te quiero, te quiero...

Llegamos a Madrid. Vuelos para nuestro destino, con plazas disponibles, no había hasta bien entrada la noche.

–¿Nos quedamos aquí hoy y te enseño algo de la capital? –le pregunté.

–Preferiría ir a casa.

–Probemos en el AVE.

Cogimos un taxi y durante el trayecto, hablé con una Agencia



Estación de Atocha, Lajos Gál – Wikipedia

que utilizaba mucho y me conocían. Pudieron obtener dos billetes para las dos, en clase Club.

–De acuerdo, ahora pasamos a recogerlos.

Le indiqué la dirección de la Agencia al taxista y le expliqué a Madeleine:

–Almorzaremos en el mismo tren y desde allí llamaremos a los chicos.

–No, prefiero darles una sorpresa –propuso ella.

–Bueno, de acuerdo.

Por suerte no había atascos en la circulación, recogí rápido los pasajes y el mismo taxi nos dejó en Atocha. Como para la salida faltaba sobre una hora, nos sentamos en una cafetería–bar y pedimos unas cervezas.

En su momento subimos al tren. Una monísima azafata nos acomodó y ofreció prensa del día y revistas. Ya en marcha, se acercó de nuevo por si deseábamos alguna bebida y que sirviera la comida

–Es como primera clase de avión –comentó Madeleine.

–Cierto –confirmé

Después de comer y tomar café, cómodamente arrellanados, juntitos y no por falta de espacio, hablamos largamente. Madeleine es una mujer muy culta, con la que puedes intercambiar ideas sobre cualquier cuestión, en la seguridad de que sabrá opinar con desenvoltura y acierto; con frecuencia incluso con gracia y buen humor, lo que otorga a la conversación con ella una amenidad poco común. Es un encanto más que se une a los de su delicioso físico.

Así, sin apenas darnos cuenta, nos encontramos en el destino. Como no habíamos avisado, tomamos un taxi que nos dejó a la puerta de casa.

Cuando nos vieron, Laura y Mary, dando saltos de alegría, nos abrazaron al tiempo que nos reñían por no prevenirlos. Madeleine, impaciente, preguntó por los bebés y Laura, como lo más natural del mundo, contestó:

–¿Dónde van a estar?, en la guardería.

–¿Qué...? –casi gritó Madeleine.

–Pero mamáita, ¿dónde van a estar? –preguntó a su vez Laura, cogiéndola de la mano y subiéndola hasta el dormitorio.

Dos bonitas cunitas, con ropas azul y rosa, y en ellas dos bellísimas criaturitas, dormidas con placidez angelical.

–¡Ay mis niños! –exclamó mientras besaba y abrazaba a Laura y a Mary–. Gracias hijitas por lo bien que los cuidáis.

Madeleine, a partir de este viaje, no conseguí moverla del lado de sus hijos. Siempre pendiente de ellos, cuidándolos amorosa, preocupada cuando se indisponían, riéndose con sus acciones, lenguaje y travesuras... Hasta permitía que me escapara, si bien de no muy buena gana.

Los días, los meses, los años, fueron pasando. Los chicos grandes –los míos– se casaron, sus venidas se acomodaron a las exigencias de sus trabajos y yo, más que tareas obligatorias, disfrutaba escribiendo, cada vez con mayor lentitud, dedicado con preferencia a

la prensa, que exigía menos esfuerzo.

Mis editores, tanto el francés como el español, no dejaban de presionarme, pero yo eludía compromisos fijos. Últimamente, el primero, que había leído por encima esta especie de memoria que estoy terminando, después de años en el cajón, no deja de rogarme que la acabe de una vez y la publicará con ilustraciones. Yo insisto en que contiene intimidades que no deseaba conociera el público, pese que a Madeleine no le importa. Ella mantiene su idea de que nuestras acciones son causadas por el cariño, propias del amor sincero de dos personas cada vez más unidas, y exigencia de nuestra naturaleza humana, nunca nacidas de erotismo vicioso o lujuria, sino de la pureza de un sentimiento que crece cada día y produce frutos como los pequeñuelos, que ya van al colegio, tras recibir un montón de besos de la madre.

De todas formas, este escrito, más deleite que trabajo, es para una mujer excepcional, tan bella y hermosa como buena, que ha llenado de felicidad los últimos días de mi vida y de alegrías y unión a mi familia; un breve librito que ni es guía turística, ni relato de intriga, ni novela amorosa cursi, ni descripción de ciudades y paisajes... Si acaso, es un documento, un acta dando fe de mi cariño por una criatura, tan admirable y perfecta, como es mi esposa, MADELEINE, a quien se lo dedico.

Diciembre de 2015, en mi hogar. . .

LAS ANDANZAS DE PEDRO Y PABLO

Capítulo 1

EL NUEVO FAUSTO

Pedro y Pablo son lo que hoy, con estúpido eufemismo, se les llama hombres de la tercera edad, esto es, que han pasado ya de la juventud, de la madurez y se acercan, peligrosamente, a las proximidades de... Bueno, dejemos ahí la edad. Por ir juntos durante los paseos matinales para conservarse en forma, a la taberna habitual a tomar unos chatos estimulantes y por observar con fruición y cierta codicia, en los días veraniegos, los cuerpos de las mozas e incluso de las mayores de buen ver, los llamaban, como a sus homónimos de los dibujos animados, “los Picapiedras”. Esto, además, porque uno de ellos, Pablo, había sido durante su vida activa marmolista. Pedro trabajó de funcionario en el archivo–biblioteca de un organismo oficial y presumía de tener vasta cultura, pues había leído mucho, no se sabe si por deber o por afición.

Un día que, sentados en el paseo público, pasaron junto a sus narices unas pizpiretas jovencitas en pantaloncitos cortos, que mal ocultaban lo que apenas pretendían ocultar, y con unas camisitas semitransparentes bajo las que, más que adivinar, se divisaban unos pechitos erectos balanceándose al ritmo de sus pisadas, Pedro no pudo evitar exclamar:

–¡Dios, que cosas tan bellas! Y nosotros sin apenas poder movernos.

–La edad, Pedro, que no perdona.

–Pero reconoce, Pablo, que no es justo. Cuando éramos jóve-

nes como ellas, apenas si podíamos verles los tobillos. Los vestidos de antes no permitían mostrar las curvas del cuerpo.

–Los tiempos cambian –sentenció Pablo.

Pedro recordó, por sus lecturas, a Fausto, el personaje de Goethe, que hizo un pacto con el diablo para recobrar la juventud, cediéndole por ello el alma

–¡Ay –volvió a exclamar– si pudiera volverse a ser joven!

Pedro le refirió, con los detalles que su mermada memoria le permitía, la historia de Fausto y del pacto que hizo con el diablo.

–Y ese “Guete” que escribió tal cosa ¿estaba bien de la molle-
ra? –inquirió Pablo.

–Mira que eres torpe, Pablo. Se trata de una historia inventada, un poema dramático, no real. Si de verdad apareciera por el mundo Mefistófeles, el infierno estaría lleno de almas vendidas.

–Yo creo que, de todas formas, lo está –sentenció Pablo–.



Cartelera de la película – Wikimedia

Existen muchas cosas por las que nos vendemos a diario.

–Filosófico estás –aseveró Pedro.

Era habitual que Pedro y Pablo, como ejercicio físico, como ya se ha dicho, dieran largos paseos tanto por el parque como por las calles más concurridas. De vez en cuando descansaban en alguna de las múltiples terrazas situadas por la zona, tomando algún refresco o, ya próximo el mediodía, alguna rubia cerveza, mientras observaban a la concurrencia y, de forma especial, a las abun-

dantes bellezas transeúntes, ligeras de ropa en la época estival.

–Mira, Pablo, aquellas chicas.

–Pedro, que somos unos vejestorios con más de...

–¡Cállate! Los ojos son siempre niños.

–Cuando no tienen cataratas como los nuestros. Además, nuestras mujeres...

–Son unas ruinas. ¡Lo que destruye el tiempo!

–Y nosotros también –añadió Pablo con buen criterio.

Se quedaron callados y tristes. El deterioro de los años no perdona.

–Todo esto es injusto. Siempre deberíamos ser jóvenes –comentó Pedro.

–Pues lo que debemos agradecer es que estamos relativamente bien –dijo con acierto Pablo. Después se encaró con el amigo:

–Si como en el libro de ese tal “Guete” que me explicaste hace días, el diablo te ofreciera la juventud a cambio de tu alma, ¿tú qué harías?

–Aceptar –contestó Pedro sin dudar.

–¿De verdad?

–¡Para lo que valgo! Mi mujer dice que no daría por mí ni un céntimo.

Continuaron su deambular pausado, como siempre, hasta que llegó la hora de regresar a sus respectivas casas.

Unos días después, Pablo sacó la conversación de la juventud, comentando unos hechos que la esposa le había referido.

–Cuentan por ahí –dijo– que una curandera, bruja o diablesa, como quieras calificarla, le ha devuelto la vista, el oído y el movimiento a un adolescente que sufrió un accidente y estaba desahuciado por los médicos.

–No digas tonterías, Pablo.

–Te lo aseguro; es un chico del barrio. Todo el mundo cree que es algo milagroso.

Pedro hizo un gesto de incredulidad. Sin embargo, al cabo de unos minutos, preguntó:

–¿Y dónde vive esa bruja, curandera o lo que sea?

–En una aldea próxima, cerca del río. Por lo que dicen, no tiene más familia que una cabra y un perro chato y feo. A mí me gustaría conocerla.

–¿Para qué, Pablo?

–Por simple curiosidad. Yo pensaba que esa clase de gente ya no existía, eran del tiempo de Maricastaña.

Pedro, después de pensarlo, le propuso ir a verla. Era como una excursión y así romperían la monotonía diaria.

–La aldea no está lejos. Con tu viejo Ford estaríamos allí en menos de una hora –indicó Pablo.

Y así lo hicieron. Una mañana, bien temprano, con el sol aún en el horizonte como desperezándose, y al paso cansino del destartado Ford, que jadeaba ruidoso, pusieron rumbo a la conocida aldea. Por el camino fueron trazando la estrategia a seguir, pues no iban, de golpe, a plantear la insólita pretensión de rejuvenecer, hasta no estar seguros de una mínima posibilidad de alcanzarla. Decidieron, por tanto, que Pablo fingiera tener un perenne dolor, como de lumbago, que no le desaparecía con ninguna medicina recetada por los numerosos médicos que le habían examinado.

Serían las nueve cuando encontraron el tortuoso camino que llegaba a casa de la bruja, a poca distancia de la aldea. Era empinado y el coche acusó la fatiga, subiendo con torpeza y exhalando vapor por el radiador. Al escuchar el ronco ruido del motor, un gigantesco perro de ojos brillantes y dientes afilados, ladró con tal rabia y agresividad, que ninguno de los dos se atrevió a bajar. Sólo se calmó aquel demonio cuando una voz cascada le ordenó enérgica:

–¡Quieto, Satán! ¡A callar!

Desde la entrada, una vieja arrugada y greñuda, vestida de negro y apoyada en un grueso y rústico bastón, los observó entre curiosa y sonriente, como si los esperara.

–Bajad, que el perro no os hará nada.

Pedro y Pablo, con precaución y temerosos, salieron del auto, se llegaron hasta la puerta de la casucha, no sin antes espantar a unas gallinas que picoteaban libres alrededor de la vivienda.

–Buenos días –saludaron al unísono.

–¿Queréis algo? –Preguntó la mujeruca–. Entrad y sentaros ahí.

Acomodados en unas renqueantes sillas de anea, miraban con curiosidad a la anciana que, con gran habilidad, ordeñaba a una hermosa cabra negra, extrayéndole blancos chorros de leche hasta llenar una desconchada olla. Cuando terminó la tarea se dirigió a ellos.

–Bueno, ¿y que deseáis?

–Pues... pues.... –tartamudeó Pablo–. Nos han dicho que tiene remedios para males.

–Es verdad –dijo

–Yo tengo unos dolores de espalda que no se me quitan con ninguna medicina.

–Eso es fácil de arreglar. ¿Qué más?

Sus ojillos, fijos como los de un reptil, brillaban enigmáticos.

–También –habló Pedro con cierta seguridad– queríamos saber si tiene algún poder o medicina para rejuvenecer, o vigorizar, a los mayores.

–Sí –afirmó ella–. Tengo remedio para devolver la energía de la juventud.

–¿A cambio del alma? –inquirió temeroso Pedro

–¿Para qué quiero yo almas, si es que las tenéis? Todo por cien euros.

Y sin esperar respuesta, entró en un cuartucho oscuro y poco después salió con dos botes en las manos.

–Tomaros una píldora, sólo una, el día que deseen o necesiten estar jóvenes. Venga la pasta y que os vaya bien.

Pedro y Pablo salieron de la casucha a toda prisa y, montados en el Ford, arrearon por el camino hasta la carretera a toda marcha, como si los persiguiera el diablo en persona.

Por la tarde, ya tranquilizados, mientras paseaban como cualquier día, repasaron todo lo sucedido por la mañana, mitad en broma, mitad en serio, reconociendo, desde luego, que no lo habían pasado bien, para acabar, con buen humor, riéndose de sí mismos.

—¿Crees que las píldoras serán efectivas? —preguntó Pablo.

—No seas inocente, Pablo —contestó Pedro—. Lo cierto es que nos ha timado.

—Pero la gente —insistió Pablo— habla maravillas de ella. Tal vez sean eficaces.

—Si acaso tendrán un efecto como esas que recetan los médicos para facilitar la relación sexual.

Al agregarse otro amigo al paseo, cambiaron de tema y, como era normal en los jubilados, charlaron del desastre de gobierno del país, de las pensiones y de los estúpidos políticos que nos regían y nos robaban

Unos días después, cuando consiguieron desprenderse de un pelmazo, volvieron a tratar del asunto que, desde el viaje a casa de la bruja, los traía sin sueño. Ninguno de los dos, por miedo o precaución, se había atrevido a ingerir la misteriosa píldora. Ignoraban, por consiguiente, los efectos de ella. Por otra parte, tampoco querían explicar nada a sus esposas que, con absoluta seguridad, se habrían burlado de sus pretensiones seniles, en un supuesto fracaso, o se espantarían con un improbable éxito, exigiendo conocer la causa del prodigio.

Así pues, tras mucho cavilar, llegaron a una conclusión que parecía lógica: rejuvenecer, volver a la juventud como Fausto, era una memez y estaban seguros de que no ocurriría. A lo sumo, como dicen de algunos medicamentos, se produciría una transitoria potencia que facilitaría un mejor goce sexual, ya casi olvidado. Pero, antes de su uso con cierta habitualidad, lo prudente sería probarlo en secreto. Y aquí es donde se suscitaron las mayores dudas. A las respectivas consortes, por un sensato sentido de la responsabilidad,

no querían exponerlas a un posible daño o perjuicio “colateral”, como se dice ahora. Habría, pues, que buscar alguna aventura extraconyugal, lo que en la pequeña ciudad donde vivían era difícil de ocultar. Entonces a Pablo, que era muy temeroso a las reacciones conyugales, se le ocurrió hacer el experimento en la capital, no muy lejana, pero en la que era fácil escabullirse y abundaban los lugares apropiados, como “night club”, salas de fiesta o masajes, en los que bajo estas eufemísticas denominaciones, se ejercía o propiciaba el oficio más viejo del mundo. El problema se centraba ahora en hallar la excusa para el desplazamiento, eludiendo la compañía marital. Y es aquí donde Pedro tuvo una idea luminosa: la corrida de toros nocturna, anunciada para un día próximo. Ellas odiaban los toros y jamás consentirían ir con ellos.

Y sucedió así. Ellas se negaron con rotundidad a desplazarse para tal bestialidad y, aunque ambos insistieron –no mucho, claro está–, la decisión de sus costillas fue inquebrantable.

Allanado así el camino, aquel histórico día, al anochecer, enfilaron el vehículo hacia la capital y en poco más de una hora, después de varias vueltas, consiguieron aparcar. Como por los anuncios del periódico provincial sabían las direcciones de varios locales, tomaron un taxi y se dirigieron al local escogido para la gran aventura: el NIGHT CLUB.

El taxista, con socarrona sonrisa, los dejó a la entrada y Pedro y Pablo, como niños que van por primera vez al colegio, asustados y temerosos, se dirigieron despacito a la puerta, junto a la que se encontraba un fornido hombretón, con una chaqueta roja de botones dorados y una especie de chorreras que le daban aspecto de general. Los observó con curioso detenimiento mientras ellos, tímidos y un poco angustiados, aguardaron lo que les parecía una sentencia. El hombretón, tras rascarse dubitativo la barbilla, con voz bronca, tonante, les indicó:

–Adelante.

Entraron, como cualquier inexperto, con titubeos y dirigiendo sus miradas hacia todos lados. La semioscuridad de la amplia sala, sin embargo, les impedía caminar con decisión. Distinguieron, al fondo, una amplia barra y entre tropezones, deslumbrados en ocasiones por unos proyectores giratorios que emitían haces de luz de variados colores, hacia allí se dirigieron. El atronador volumen de la música casi les impedía entenderse. Acomodados, por fin, en unos altos taburetes, el barman les preguntó:

–¿Qué les sirvo?

–Pues...

Una voz a sus espaldas contestó por ellos:

–Cuatro whiskys.

Se volvieron rápidos y sorprendidos. Dos chicas se les habían acercado.

–Nos invitáis, ¿no? –afirmó, más que preguntó, una de ellas.

–Sí, claro –respondió Pedro.

–Me llamo Margarita, ¿y tú, guapetón?

–Yo, Pedro.

En parecidos términos, la otra chica, una rubia teñida, estableció conversación con Pablo.

Tras ingerir un par de vasos de aquella bebida, explosiva para ambos hombres, que no estaban acostumbrados, Margarita propuso:

–¿Nos sentamos en aquella salita, que es más íntima?

Así lo hicieron. Una vez acomodados, pidieron más bebidas. Las muchachas ingerían sin cesar, como si tuvieran por estómago un pozo sin fondo, y pese a ello se hallaban tan frescas. Charlaban y charlaban sin parar. Contaron sus vidas y hazañas. Margarita era colombiana y la rubia, gallega. Trabajaban allí por circunstancias adversas de la vida, pero lo que deseaban era encontrar unos hombres formales que las liberaran. Pedro, más hábil que Pablo –que estuvo a punto de contarles sus vidas–, explicó que eran catalanes y estaban allí por negocios.

–¿Bailamos? –preguntó Margarita a Pedro, levantándose y cogiéndolo del brazo.

Ante la altura de la chica, aumentada con unos enormes tacones, Pedro comentó:

–Va a parecer que me llevas al colegio.

Ella, entonces, se desprendió de los zapatos y, descalza, lo arrastró a la pista. Pedro, a pesar de esta acción elegante de la chica, como era más bien bajito, apenas alcanzaba a rozar con su barbilla los turgentes senos de la pareja. Cuando llevaban algún tiempo bailando, Margarita, al oído, le sugirió:

–¿Subimos a un reservado?

Pedro, recordando el objeto de la aventura, asintió con un gesto. Cogidos de la mano regresaron a la mesa, apuraron la bebida y Margarita comunicó a la compañera:

–Nosotros nos vamos arriba.

–Yo espero aquí –se apresuró a decir Pablo, lleno de pánico.

Pedro aprovechó la bebida para tomar, con disimulo, un par de píldoras (por si acaso, pensó) y, casi arrastrado por Margarita, subieron por unas escaleras del fondo. En la pista, mientras tanto, una jovencita, casi desnuda, se contorsionaba en una barra vertical y realizaba increíbles movimientos eróticos.

El reservado era un cuarto pequeño, con una cama y un lavabo. Margarita, con estudiada lentitud, fue desprendiéndose de las vestiduras, descubriendo, pícara, partes de su cuerpo. Primero los pechos –cervatillos mellizos como cantara Salomón–, increíblemente bellos y sólidos, pese a la profesión y edad de Margarita.

Pedro, que no acertaba ni a quitarse la chaqueta, ya fuera por la emoción del momento, ya por el exceso de alcohol que había bebido, ya por las malhadadas píldoras consumidas, sintió de repente un extraño sudor frío, después todo comenzó



a darle vueltas, a girar vertiginosamente, y sus ojos se nublaron, las fuerzas se le fueron, perdió el equilibrio y cayó redondo sobre la semidesnuda mujer, expulsando espumarajos por la boca. Y todo se apagó.

Una tenue luz comenzó a penetrar por los ojos de Pedro, y una borrosa imagen, como envuelta en una espesa niebla, se fue dibujando y, poco a poco, convirtiéndose en un bello rostro de mujer, que le miraba cercana, con atención creciente, con una especie de linterna.

–¡Margarita! –murmuró débilmente, con desesperada ilusión.

–Menudo susto nos ha dado su corazón, abuelete –escuchó que le decía la supuesta Margarita–. Soy la doctora que le ha recuperado.

Entonces se dio cuenta de que estaba conectado a extraños aparatos, cuyas pantallas dibujaban gráficos de forma continua, a la vez que emitían intermitentes pitidos; quiso mover los brazos pero estaban sujetos y con las venas sembradas de agujas, inyectándole líquidos desde varias botellas colgadas alrededor de la cama. Al fondo divisó la cara compungida de Pablo.

–Esto va bien –comentó la doctora, después de un amplio examen. Y dirigiéndose a Pedro, con un poco de sorna:– Ya no está para aventuritas como ésta, abuelo. Luego volveré. Duerma un poquito.

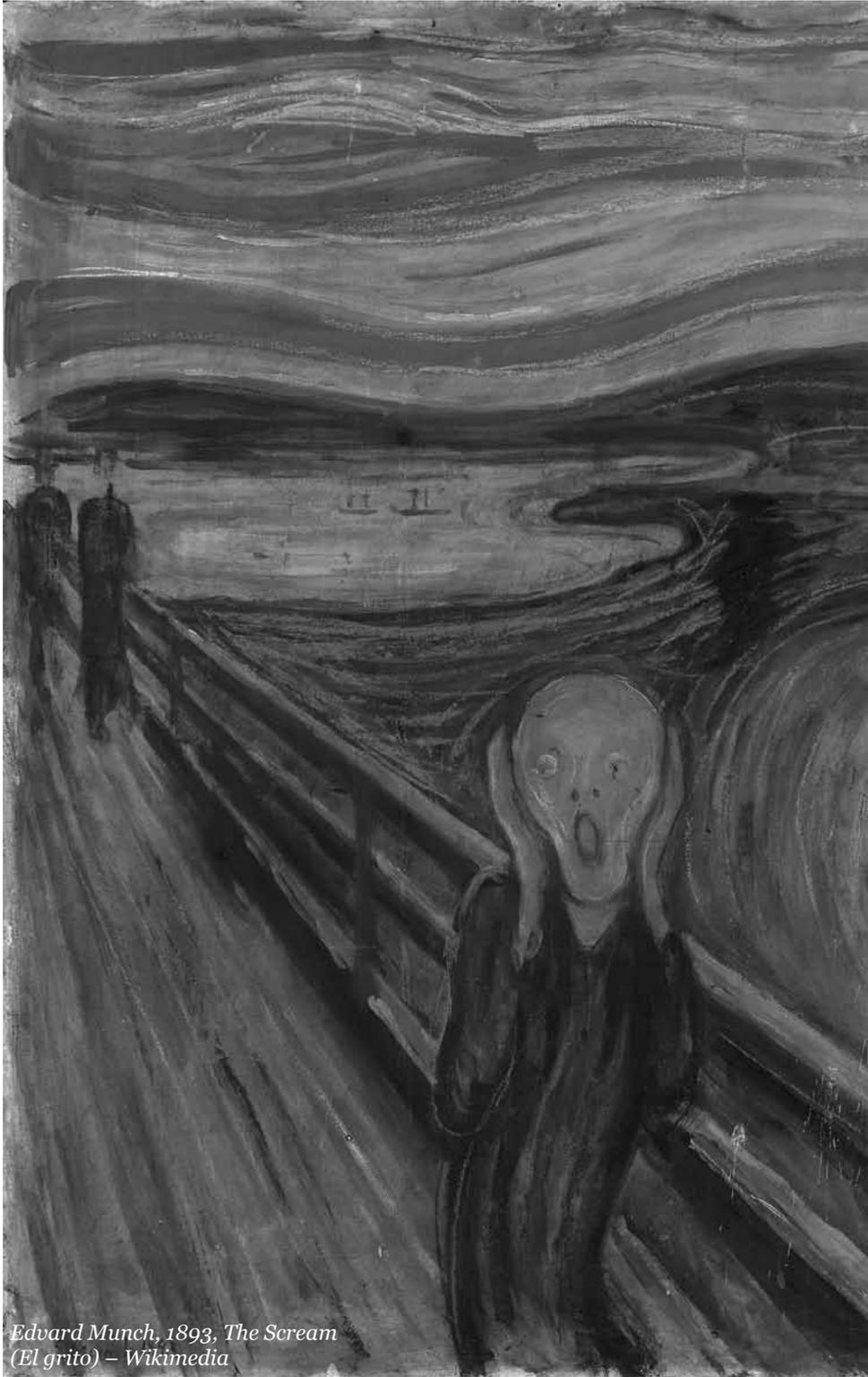
Pedro cerró los ojos y, ya consciente, recordó lo sucedido. Luego pensó: en maldito infierno me ha metido la maldita bruja. Habrá que oír a mi mujer.

Mas, por fortuna para él, no ocurrió así. Pablo, por una vez, tuvo la suficiente discreción e ingenio para dar una versión distinta de los hechos. Pedro se había puesto malo en la corrida, fue trasladado en ambulancia al hospital y, por suerte, superó un grave infarto. Ya en casa, las respectivas esposas, que estuvieron discretas e incluso cariñosas durante la estancia en el centro sanitario, siguiendo la inveterada costumbre, riñeron y criticaron agriamente sus escapadas y salidas sin la necesaria y beneficiosa vigilancia de ellas, para evitar

las torpezas de ambos. Pedro y Pablo se miraron y, gacha la cabeza, dejaron que se desahogaran gruñendo. Pero Pedro, aunque no lo dijo, nunca se arrepintió de la aventura; en lo más íntimo se sentía frustrado por no haber conseguido la utopía de volver a una nueva juventud, como Fausto.

9-2013





*Edvard Munch, 1893, The Scream
(El grito) – Wikimedia*

Capítulo 2

LA PSICOFONIA

Pedro y Pablo, aunque siempre iban juntos, casi nunca estaban de acuerdo. Discutían de todo y por todo mostrándose, de manera habitual, discrepantes y opuestos. Rara vez coincidían en sus ideas o en sus apreciaciones. Mas, pese a ello, la verdad es que se apreciaban y no podían pasar el uno sin el otro.

Una tarde, durante el paseo habitual, Pablo preguntó a su amigo:

–¿Te has enterado de lo ocurrido en las ruinas de la “mansión” de la serrezuela?

–¡Bah! La gente es idiota –fue la contestación de Pedro.

–No. Me lo han contado personas muy serias y respetables. Allí ocurre algo raro.

–¡Tonterías!

–Nada de tonterías. Se han visto de noche luces extrañas y son bastantes los que al pasar cerca o resguardarse allí de la lluvia, han oído ruidos, voces quejándose, gritos apagados como de alguien que fuera torturado.

–Se lo han imaginado –sentenció Pedro–. La gente es miedosa y cobarde.

–Quienes me lo han contado son personas serias.

–En este país lo que falta es cultura –repuso Pedro.

–¿Tú no crees en un más allá?

–Yo dudo hasta del más acá.

–Eres duro de mollera.

Pedro no contestó y siguieron caminando. Pablo, después de un largo silencio, comenzó a hablar contando los extraordinarios sucesos de los que se había informado: angustiosos gritos en la noche, luces que se encienden y apagan, ruidos espeluznantes tras los ruinosos muros, voces tenebrosas, gemidos, amenazas lúgubres, peticiones imprecisas de socorro y una larga serie de fenómenos que escapaban a la comprensión de quienes los oyeron, aterrorizados.

–¡Majaderías! –exclamó Pedro.

Pablo, ya mosca e irritado, le espetó:

–¿Te atreverías a ir allí de noche?

Pedro, sorprendido, no acertó en principio a contestar, pero tras pensar un poco en el papel que significaría negarse, con no mucha energía, contestó:

–Pues claro... Es una pérdida de tiempo, pero no quiero que me consideres un cobarde.

Pablo, que era miedoso, se vio a su vez cogido y no pudo evitar que planearan una visita a las ruinas. Aparte de comprobar los sucesos que allí acontecían, tenían que obtener pruebas de lo que ocurriría. Debían, pues, hacerse con una buena grabadora que recogiera con precisión cualquier ruido.



Gotograma de la película "A Ghost Story", Ideaman Studios

Durante unos días se dedicaron a pertrecharse de cuantos instrumentos y objetos consideraron necesarios: grabadoras, prismáticos de visión nocturna, incluso algunos cuchillos bien templados para una posible defensa, pues no les gustaban las armas de fuego. Y una noche, sin hacer caso a las protestas y apelativos injuriosos de las esposas, no muy tranquilos, se encaminaron hacia las tenebrosas ruinas, dispuestos a comprobar la veracidad de cuanto la gente decía.

Casi una hora tardaron en llegar. La noche estaba oscura, sin luna y con escasas estrellas en el cielo. Marchaban despacio, con torpeza, cuidando de no tropezar por el pedregoso sendero, lleno de baches y obstáculos, que la negrura nocturna impedía ver. Llegados a la semiderruida mansión, con ayuda de las linternas, entraron. Después de investigar el lugar, decidieron colocar una de las grabadoras en una habitación en la que existía un renqueante y sucio sofá y la otra en la sala colindante. Ellos se ocultaron en un rincón cercano a las estancias, pero que poseía el claro de una inexistente puerta. Inconscientemente, tal vez, buscaron un lugar con fácil salida, por si acaso.

Quietos, callados, atentos los oídos, pasaron varias horas. De vez en cuando los sobresaltaba algún crujido, el vuelo de un búho, el chillido de sucias ratas. A Pedro se le cerraban los ojos y estaba a punto de producir su estruendoso ronquido, cuando Pablo lo sacudió nervioso y, muy bajito, le indicó que escuchara atento. En efecto, el ruido de unas pisadas cautelosas se escapaba de la habitación cercana. Igualmente creyeron percibir un impreciso rayo de luz que desapareció rápido. Silencio breve y más tarde como una especie de bisbiseos. Nuevamente silencio. Al poco tiempo escucharon unos extraños ruidos, como de rozamiento. Los dos amigos, apretujados para protegerse, muy alertas los oídos, fueron escuchando un crujido que aumentaba a un ritmo cada vez más acelerado y, repentinamente, unos leves gemidos que también crecían, crecían como aquel ritmo... hasta que, muy claros, oyeron unos ayes que les erizaron los pelos y, como culminación, un “¡Aayy!” agudo y prolongado que les obligó,

con un automatismo increíble, a salir casi volando por el claro de la puerta y recorrer con velocidad acelerada el accidentado sendero, deseosos y anhelantes por llegar a la ciudad.

Cuando estuvieron en sus hogares, pálidos y temblorosos, ahogándose aún a causa del esfuerzo, se metieron muy despacito en sus respectivas camas, procurando no despertar a las parientas, que dormían plácidas.

Ya entrado el día, sin haber podido pegar ojo los aventureros como consecuencia del susto, las mujeres exigieron, más que preguntaron, el relato de lo sucedido aquella noche.

Pedro y Pablo, entrecortadamente, contaron todo lo acaecido y cómo, llenos de pánico, huyeron del lugar. Ellas rieron con guasa y pidieron oír la grabadora, cosa imposible en aquel momento, pues en la precipitada huida olvidaron todos los pertrechos de que se habían provisto. Más bien obligados que interesados, Pedro y Pablo, terminado el desayuno, volvieron a emprender el camino hacia las inquietantes ruinas, casi deseando que los aparatos hubieran desaparecido. Pero no, estaban allí. Tras recorrer y observar todos los rincones sin hallar nada extraordinario, regresaron a casa con las grabadoras, linternas y demás utensilios olvidados.

Las mujeres esperaban impacientes y, sin reconocerlo, preocupadas. No más llegaron los nocturnos aventureros, presionados por ellas, pusieron en marcha una grabadora para conocer cuanto había recogido. Al principio, como era lógico, con una nitidez asombrosa, escucharon los cuchicheos y ruidos de Pedro y Pablo. Después un largo silencio, roto en ocasiones por los crujidos imprecisos del precavido caminar de cualquier animalillo, el vuelo de algún búho y nada más. Pasado un largo espacio de tiempo –casi tres horas– se escucharon como unos pasos sigilosos y unos sonidos no identificables. Todos estaba tensos e impresionados. Algo más tarde comenzaron como unos rozamientos suaves a los que siguieron tenues gemidos. A los cuatro se le erizaron los cabellos y estuvieron al borde del des-

mayo, cuando del aparato salió el “¡Aaay...!” prolongado que puso en fuga a los valientes investigadores. Todos estaban pálidos y tan temblorosos, que derribaron de la mesa la grabadora.

–¿Veis como era verdad? –dijo Pedro.

Las mujeres, no repuestas del susto, callaron y se miraron.

–Son voces del otro mundo –se atrevió a afirmar Pablo.

Ninguna le contradijo, tan sorprendidas estaban. Pero pasada la impresión, la mujer de Pedro propuso seguir escuchando la cinta para conocer todo lo que se había grabado desde el momento de la huida.

–¿Y si es algo horrible? –inquirió, temeroso, Pablo.

–Aquí no puede ocurrirnos nada –comentó su mujer.

Pusieron de nuevo en marcha el aparato, pasando rápido lo ya escuchado, incluido el horrible grito. Al repetir éste hubo quien casi se desmaya, pues era cierto que no parecía causado por tortura a un ser humano... Seguidamente, y esto era ya nuevo, volvió a oírse otro “¡Aaayyy!” largo, largo y fuerte, no reprimido, que estuvo a punto de obligarlos a parar la grabadora, si no hubiera sido acompañado de una voz de mujer que añadía: “¡Pepe! ¡Ay, Pepe, que esto es para morir...! ¡Sigue, sigue...!” Un breve silencio y, entonces, una voz ronca de hombre, preguntó:

–¿Has oído esos ruidos? Parece que había alguien escondido por ahí cerca.

–¡Qué más da! En la oscuridad de la noche nadie nos conocerá.

Pedro, Pablo y sus respectivas consortes quedaron petrificados, mirándose unos a otros con asombro y perplejidad. Tras una indecisa pausa, una de ellas soltó una carcajada mientras exclamaba:

–¡Vaya una psicofonía con espíritus de furcias del otro mundo! Tenemos los maridos más imbéciles del pueblo.

Ellos, avergonzados, baja la cabeza, no se atrevieron a realizar ningún comentario, mientras las mujeres reían a mandíbula batiente.

9–2013



Capítulo 3

LA MANIFESTACIÓN

Pedro y Pablo llevaban una larga temporada gozando de un sosiego y tranquilidad como en muchos años no habían tenido. Sus respectivas costillas, ellos ignoraban la causa, ni tampoco les preocupaba mucho, estaban muy ocupadas y apenas les asaeteaban con sus duros comentarios y críticas; si acaso les hacían algunos encargos para la casa y los dejaban marchar sin requerirles urgencias ni interesarse por sus andanzas, lo que en verdad era sorprendente.

Sin embargo, como tal situación los favorecía, se aprovechaban de ella y con mayor intensidad, se dedicaban a sus paseos, disfrutando la buena temperatura de un otoño poco agresivo y nada



Autobús de manifestantes del 8M – eldiario.es

lluvioso, que les permitía contemplar y admirar, todavía, a las bellezas transeúntes, observadoras de escaparates atestados de prendas del futuro invierno, o que saboreaban en las terrazas alguna bebida refrescante, con las piernas cruzadas, insinuantes y provocadoras.

Pero este pacifismo hogareño, no obstante, dado el largo tiempo que duraba, llegó a preocuparles y hubo un momento en que se preguntaron, ya extrañados, sobre lo que motivaría tan extraordinario acontecimiento. Y entonces decidieron observar, con discreción, a sus mujeres, informarse bien de sus ocupaciones y enterarse de las múltiples reuniones que celebraban con sus amigas y que ellos atribuían a colaboración con alguna ONG de las que se ocupan de enviar cosas a los negritos africanos.

Mas no tardaron en enterarse de lo que en verdad acontecía. Ellas mismas, de sopetón, un día expusieron sus propósitos, que los incluía a ellos:

–Haceros a la idea de que el miércoles vamos de viaje.

–¿Y eso...? –preguntó asombrado Pablo.

–Iremos a Madrid, a una manifestación –respondió su mujer.

–Una manifestación, ¿para qué? –inquirió Pedro.

–Para defender los derechos de la mujer, su igualdad y su libertad –expuso con agresividad la esposa.

–Pero si sois las que mandáis... –se atrevió a contradecir Pablo.



Manifestantes – El País, Álvaro García



–¡Vosotros a callar y a obedecer!

–Pero...

–¡Lo dicho! –casi gritaron al unísono las dos.

Ellos, entonces, se encogieron de hombros y, dóciles, callaron y esperaron a que pasara la tormenta.

Pero la tempestad no pasó. Todo estaba ya muy bien organizado, contratados un par de autobuses y dispuesto un nutrido grupo de mujeres, incluidos los maridos, que se desplazarían a la capital para exponer sus reivindicaciones ante los poderes y legisladores del Estado. Sólo les quedaba aceptar lo inevitable con paciencia y, eso sí, aprovechar el viaje a Madrid lo mejor posible, si los dejaban.

Y llegó el día clave, el día de la marcha; mejor dicho, la noche, pues de noche había que salir para estar allí a tiempo. Los autobuses se llenaron, lo que demostraba que la labor de las mujeres había sido eficaz. Abundaban las jóvenes, sonrientes y habladoras, bastantes señoras de mediana edad, viudas unas, divorciadas otras; diversos matrimonios y algún que otro muchacho, se supone que novios de chicas o habituales de la diversión, de los jaleos y de las organizaciones juveniles de los partidos o ideologías propagadoras de cambios, de movimientos y de doctrinas que buscan un mundo distinto, se supone que para bien de todos y de todas, como se dice ahora, con poco respeto para el estilo literario clásico.

Durante parte del trayecto, especialmente al principio, el jolgorio y alboroto resultaron impresionantes: las chicas, y los chicos, cantaban, gritaban consignas como libertad, aborto, amor libre, abajo

los carcas. Después entonaron canciones, pícaras algunas, de la última ola otras, vivas a la revolución, mueras al FMI, a la Merkel, a la UE, al capitalismo, a los desahucios, a los bancos, al sistema. Con el transcurrir del tiempo, todo se fue calmando, el sueño se apoderó de muchos, especialmente de Pedro, que comenzó a emitir sus sonoros ronquidos, capaces de impedir una conducción correcta, por el bamboleo que imprimían al vehículo, sin que pudiera impedirlo la esposa, a pesar de los codazos con que trataba de despertarlo. Al amanecer casi todos dormían; incluso el chofer, pese a los chutes de café que de vez en cuando se administraba de una enorme cantimplora, apenas podía espantar el sueño, lo que le obligó a parar en una gasolinera, con prudencia, hasta despejarse.

Pero llegaron a tiempo. Bajaron cerca de la Carrera de San Jerónimo, muy próximos al Palacio de las Cortes. Allí se encontraban ya concentrados unos centenares de personas, que aplaudieron la llegada de los nuevos manifestantes. Pablo, temeroso como siempre, preguntó a Pedro:

–¿Nos pasará algo? Hay mucha policía por ahí.

–No te preocupes –le respondió Pedro– Hoy se tolera todo y no ocurre nada, salvo que digas, como Jorge Manrique, que “cualquier tiempo pasado fue mejor”. Entonces te insultarán y te llamarán fascista.

Se hizo un silencio. Tres atractivas chicas se habían subido a uno de los leones que vigilan la entrada principal del Congreso y, una de ellas, con el chisme ese que sirve para aumentar la voz hasta romper los tímpanos más duros, comenzó a hablar.

–Compañeras y compañeros. Estamos aquí para exigir libertad e igualdad. Para todas y todos. Todos y todas somos iguales, tenemos los mismos derechos, las mismas obligaciones. Todas y todos somos seres humanos, sin distinción las unas de los otros. No se nos puede exigir a nosotras lo que no se exige a los hombres. Si hay que estudiar, estudiaremos todas y todos; si hay que trabajar, trabajaremos todas y todos; si hay que disfrutar, disfrutaremos todas y todos; si hay que

sacrificarse, nos sacrificaremos todas y todos; si hay que inventar e investigar, lo haremos todas y todos: si hay que luchar, lucharemos todas y todos. Somos iguales, sin distinciones. La morfología es un error de la naturaleza que tenemos que corregir. No podemos consentir que, sin nuestra voluntad, se nos haga diferentes, por un simple accidente, por un simple azar del que no somos culpables. Eso es de justicia, de la más clara y evidente justicia. No caben distinciones que mermen facultades y acciones de unos seres y otros, de todas respecto a todos. Si los hombres no paren, ¿por qué han de parir las mujeres?

—¿Eso es posible, Pedro?

—Calla, veamos por dónde sale.

La muchacha prosiguió vehemente: Hay que corregir esos errores de una Naturaleza evidentemente machista y discriminadora. Mientras se encuentran o descubren medios para evitar esas diferencias, hay que proclamar con la mayor energía y, si es preciso, violencia, el derecho inalienable al aborto. ¡El aborto es nivelador! ¡El aborto es equitativo! ¡El aborto es sagrado!

—¡Toma ya! —exclamó Pablo.

—Calla, hombre, que nos vas a meter en un lío.

La chica proseguía: Tenemos que obligar a los legisladores a dictar las leyes que impidan cualquier diferencia o discriminación de todos y todas. Entremos, pues, al hemiciclo a exigirlo. ¡Adelante,



Protesta de Femen en el Congreso
— La Vanguardia, Emilia Gutiérrez



Activistas de FEMEN – Agencia EFE

todas y todos!

Y bajándose del adusto león de bronce, seguidas de los manifestantes, se dirigieron a la puerta del Palacio.

–Ahora sí que nos detienen –indicó Pablo.

–No te preocupes, esto debe de estar preparado de antemano por algunos diputados. No pasará nada, ya verás. Tengo curiosidad por lo que ocurra.

Una vez dentro, sin que nadie impidiera el paso a los palcos de invitados, las jóvenes que en realidad dirigían el cotarro, apoyándose en las columnas y en la barandilla metálica, volvieron a gritar:

–¡Libertad! ¡Libertad! ¡Somos iguales! ¡Igualdad! ¡Igualdad!

Y ante la sorpresa de los políticos acomodados en el hemiciclo que, de pie, miraban asombrados, una de ellas ordenó:

–¡Mujeres, saquemos pecho!

Con un rápido automatismo que parecía ensayado, toda la muchachada femenina se desprendió de sus ligeros suéteres y dejaron a descubierto –!oh insólita maravilla!– unos pechos bien formados y erectos, pintarrajeados con la expresión “el aborto es sagrado”.

Los diputados, boquiabiertos, miraban interesados –¿y complacidos?– el espectáculo; algunos, présbitas o con visión endeble,

se apresuraron a colocarse las antiparras para ver con todo detalle. Los progres y menos progres, incluso los retroprogres, aplaudieron o hicieron el intento de aplaudir, mientras ellas seguían vociferando su “!el aborto es sagrado”! y mostrando las espléndidas dotaciones pectorales con que la naturaleza las había regalado.

Pedro y Pablo, ante el gesto de sus mujeres para desprenderse también de sus ropas superiores, las sujetaron con fuerza, impidiendo el intento. Después, y por temor a que las cosas se complicaran, las arrastraron hasta la salida con una energía para ellas inesperada y sorprendente.

Como almas que persiguiera el diablo, los cuatro, mirando atrás por si los perseguían la policía, corrieron hacia el lugar donde aparcó el autobús. Por suerte para ellos continuaba allí, con el conductor dormitando. Subieron apresurados y se refugiaron en él, poniendo la mejor cara de inocentes que sabían. Pero lo cierto es que nadie los siguió, salvo los demás componentes de la expedición que, también nerviosos, trataban de escapar de una posible represalia. La policía y demás autoridades no habían dado mayor importancia al suceso y, después de eliminado el extraño tumulto, dejaron que todos marcharan sin ninguna complicación.



FEMEN España

Pablo, como de costumbre, tenía miedo y no cesaba de pedir una pronta marcha, lo que acabó consiguiendo, pues la mayoría también estaba poseída de ciertos temores. Completo el pasaje, el autobús arrancó y, hasta que salieron de Madrid, no recobraron por completo la calma.

Ya tranquilos, cuando la ciudad quedó atrás, la mujer de Pedro se dirigió a él, con cara huraña de enfado, y le espetó:

—¿Por qué nos habéis impedido acompañar a las muchachas en el destape?

—Mujer, es que lo mostrado por ellas, si no sagrado, sí era casi una gloria.

—¿Qué quieres decir? Las nuestras bien que os gustaban.

—Pero el tiempo no pasa en balde, ya son casi un pecado —se atrevió a explicar Pablo.

—Sois unos sinvergüenzas. Ya hablaremos en casa.

—Pero mujer —dijo Pedro— ¿no observasteis la avidez con la que miraban los diputados? Si las mayorcitas hubierais hecho lo mismo, lo probable es que el hecho provocara una loca estampida de los padres de la patria.

—¡Caraduras! —exclamaron a un tiempo. Y desviaron sus ojos chispeantes hacia la ventanilla en señal de desprecio.

Pedro y Pablo se miraron sonrientes y durante largo rato permanecieron callados, como si dormitaran. Pasado algún tiempo, Pablo, muy bajito, preguntó al amigo:

—Pedro, si las madres de esas chicas las hubieran abortado en su día, ¿qué habría ocurrido?

—Pues que la naturaleza no hubiera podido modelar unas obras tan perfectas, ni nosotros contemplar un espectáculo atractivo, espléndido e insólito.

—Ji,ji,ji... —rio apagadamente Pablo.

Capítulo 4

LOS POLITICOS PEDRO Y PABLO

Hoy la sociedad se ha convertido en un putrefacto caldo, espeso y repugnante, compuesto por los ingredientes malolientes en que las acciones humanas han sido transformadas, por obra y gracia de todos los pecados capitales y de algunos otros que aún no han sido clasificados como tales, pero que tal vez los superan en maldad y egoísmo.

El ambiente en que vivimos no es puro, éticamente hablando, ni apto para una vida, no ya ejemplar, sino medianamente normal, honrada, segura y tranquila. Los políticos que gestionan y dirigen la convivencia en los pueblos, regiones y países, no buscan el bienestar de los ciudadanos, sino su personal beneficio, ya sea en poder e influencia, ya sea en riqueza, que les permitan escapar de cualquier castigo en lugares alejados, fuera del control y facultades de la justicia, pese a lo disminuida que se encuentra ésta.

La consecuencia de esta situación es que la gente se siente engañada y ha dejado de creer en los partidos formados por los políticos y no quiere seguirles el juego en esa farsa que representan las elecciones. De ahí que en la pequeña ciudad de Pedro y Pablo todo el mundo se niegue a ser candidato en los cercanos comicios. A alguien, con un raro sentido del humor, se le ocurrió formar un novísimo partido, encabezado por los dos amigos, que todos conocían por sus

excentricidades y extrañas aventuras. La verdad es que costó bastante convencerlos y sólo cuando recurrieron a la probada probidad de ambos y a sus inquietudes por las novedades, aceptaron con bastantes reticencias, pues exigieron facultades indiscutibles para actuar con absoluta libertad y cambios sustanciales en la forma de gobernar. Como en realidad todo había comenzado en broma, destinada a ridiculizar a los profesionales de la política, nadie pensó nunca que la cosa prosperara; por ello aceptaron cuantas locuras exigieron los propuestos. Pero la gran sorpresa se produjo cuando la insólita iniciativa, ya por causa del hartazgo de los ciudadanos, ya por el desprecio hacia los aprovechados mandamases y el deseo de castigarlos, el improvisado partido, como una bola de nieve al caer por la montaña, fue creciendo, creciendo, hasta superar en número de seguidores y afiliados a todos los demás ya existentes.

Y aconteció que llegado el día de la votación, pese a las vaguedades del programa, a las disparatadas propuestas e intenciones en él contenidas, Pedro y Pablo y todo el relleno de la lista con los personajes más extraños y fuera de lo común que los acompañaban, salió elegida casi por unanimidad de la población. Los que habían hecho de la política una profesión, o casi, quedaron estupefactos y no pocos aterrados, no se sabe si por temor a la debacle que podían provocar los nuevos mandatarios o por la pérdida del status y prebendas de los que disfrutaron y abusaron en el pasado.

Llegado el día de la toma de posesión, el salón plenario abarrotado de público, amén de una pantalla gigante en la Plaza Mayor para que nadie se perdiera el suceso, pues la población entera así lo deseaba, Pedro, Pablo y todos los demás compañeros triunfadores juraron, muy serios sobre una enorme Biblia, cumplir las promesas realizadas que convertirían a la ciudad en un emporio de bienestar como jamás se había conocido.

Ha de advertirse que tanto Pedro como Pablo, desde que decidieron dedicar su actividad a la política, habían procurado aprender

e informarse, mediante una intensa lectura de libros sobre los temas con ella relacionados, llegando, en ocasiones, hasta el agotamiento. Teorías, sistemas, historia atiborraron sus cabezas sin que, de todas formas, como es natural, esta buena voluntad para conocer y obtener información suficiente con el fin de elaborar un plan pragmático y eficaz, produjera un resultado óptimo. Lo cierto es que tenían buena intención pero no sabían como materializarla. Por ello, en el discurso del memorable acto de hacerse con el poder y eliminar a la oposición, Pedro se limitó a cuatro vagas manifestaciones populistas, de esas que entusiasman a la gente, reservándose para meditar y programar con eficacia la futura actuación con sus compañeros.

Y así lo hicieron. En continuas reuniones, invirtiendo horas y horas sin límites, fueron diseñando la evolución, o más bien revolución, que convertiría a la ciudad en un colectivo único, nunca conocido en la historia del género humano. Para ello tenían que desprenderse, o separarse, del resto del país. Les valió como apoyo básico el hallazgo filosófico-político catalunyanés de “el derecho a decidir”; todo pueblo, sea cual fuere su tamaño, y cada persona, tienen un derecho natural a decidir lo que quieran y deseen. El principio, sin embargo, implica tantas consecuencias que Pedro, prudente, hubo de matizar en la Asamblea:

–Este “derecho a decidir” debe ser limitado. No será aplicable ni a las aldeas, anejos, barrios, calles o viviendas, pues se llegaría al absurdo de que el pueblo desaparecería como tal e incluso cada familia, o individuo, podrían proclamarse, por la misma lógica, entes independientes, provocando el caos.

Después de pensarlo y tras breve discusión, y no pocas protestas, todos estuvieron de acuerdo: únicamente la ciudad, con su término, sería independiente e indivisible.

El segundo tema abordado fue el de la “igualdad”. Aquí resultó fácil el consenso. Ante la ley todos serían iguales; otra cosa es que habrían de respetarse las desigualdades que la propia Naturaleza establece, para que las distintas personas sean complementarias, no



competitivas ni enemigas y, por consiguiente, lograr que la especie no se extinga.

–Además –indicó, acertado, Pablo– como cuenta cierto chiste mejicano, a la afirmación de alguien de que “en mi tierra todos machos”, otro le respondió: “pues en la mía mitad y mitad y lo pasa-

mos muy bien”.

La siguiente cuestión examinada fue algo importante: la educación. Pedro, como el más culto, hizo una exposición sobre su necesidad incuestionable pero, al estar de moda la ley del mínimo esfuerzo, debía limitarse a enseñar las cuatro reglas, la lengua con sus peculiares modismos locales, la geografía con sólo los montículos y arroyuelos del término, la historia a partir de lo que sucediera desde ahora en la ciudad, sin más añadido que un pasado inventado de opresión... Para no crear complejos ni traumas a los estudiantes, se suprimirían las calificaciones y exámenes, otorgándose la titulación final sin discriminaciones, cualquiera que fuere el resultado y nivel de estudios.

La sanidad, los asuntos sociales y las pensiones, serían derechos indiscutibles de todos los habitantes, cualesquiera que hubieran sido sus historias laborales y se otorgarían tales beneficios sin discusión ni enojosos trámites.

Un tema que suscitó bastante controversia, fue la supresión de toda fuerza coercitiva, lo que dio lugar a que muchos pensaran, no sin razón, que entonces no podría obligarse a los incumplidores de normas y a los delincuentes, a refrenar sus impulsos y sufrir el correspondiente castigo. Se llegó, entonces, a la conclusión de que la fuerza estaría representada por los tres mocetones que actualmente trabajaban como alguaciles en el Ayuntamiento. En cuanto al juzgador de faltas y

delitos, se designaría al de más edad de los habitantes, representado hoy por un anciano valiente que, en los momentos en que le dejaba su demencia senil, era genial en sus críticas, propuestas y decisiones, que suscitaban la admiración de quienes lo escuchaban y respetaban.

Otra cuestión largamente debatida fue el derecho a la vivienda. Todos coincidían en que era fundamental. Entre las propuestas surgió, por parte de Pedro, la idea de construir falansterios, como los inventados por los socialistas utópicos, pero a la vista del fracaso que en su día tuvieron, se decidió que cada cual se construyera la suya, en cualquier sitio del término que escogiera, con la ayuda y el apoyo económico del resto.

Pero, llegadas las propuestas aquí, surgió espontánea la más importante y difícil de las cuestiones: la financiación. En principio la cosa parecía fácil: se realizaría entre todos los habitantes censados, mediante reparto del gasto total. Mas pronto se puso de relieve que muchos eran insolventes, incapacitados o carecían de ingresos. Se decidió, entonces, el trabajo obligatorio, excepto para inválidos, según las habilidades de cada cual, señalando unos salarios en función de los rendimientos, lo que levantó agrias protestas de los menos fuertes o preparados y de los más cómodos o vaguitos.

Y a raíz del trabajo y su retribución, a Pablo se le ocurrió suprimir el dinero que, según demuestra la historia del mundo, ha sido causa de todos los males padecidos por la Humanidad, como guerras, enemistades, asesinatos, miserias y un larguísimo etcétera de abusos, calamidades y enfrentamientos. Debería, pues, volverse a la primigenia forma de pago: el trueque.

En principio la idea provocó entusiasmo, pues era una forma de eliminar la co-



dicia y el afán de acumular riqueza, dado que nadie tendría espacio suficiente para guardar innumerables objetos con los que efectuar intercambios.

Pedro, que era más reflexivo, tras horas de cavilación, fue descubriendo los inconvenientes de este sistema de comercio y financiación. Era muy difícil e implicaba excesiva pérdida de tiempo para encontrar a quien le interesara, por ejemplo, el saco de cemento que uno poseía y quería intercambiar con alguien dispuesto a desprenderse, a su vez, del azúcar y garbanzos por el primero buscados. Expuestas a la Asamblea estas dificultades, todos los asistentes comprendieron perfectamente el engorro. Entonces, como en las historietas de dibujos, se le encendió la lámpara de una idea genial.

–La cosa puede solucionarse con facilidad –dijo.

–¿Cómo? –preguntaron casi al unísono los concurrentes.

–En vez de transportar los objetos destinados al trueque, se firmarán unos papelitos representativos de ellos, con los que podrán adquirirse o venderse sin moverlos de sitio.

–¿Y si luego se niegan a entregarlos, o era mentira que los poseían? –inquirieron.

Nuevamente Pedro, apoyada la cabeza en las dos manos, como el pensador de Rodin, estuvo unos momentos meditando.

–¡Ya está! –exclamó entusiasmado.

–Los papelitos los emitirá la ciudad, firmados por el Presidente y estarán garantizados por la comunidad, que obligará a la entrega de lo representado por ellos. Así servirán, además, como medida de valor de las cosas y de los trabajos.

–¡Bravo! –gritaron todos, maravillados de su inteligencia.

No se dieron cuenta de que, en realidad, habían inventado, nuevamente, la moneda y sus maldecidas consecuencias. Otra originalidad consistió en la desaparición de la banca y sus prestaciones usurarias. En su lugar, quienes quisieran, podrían depositar sus ahorros en la Tesorería oficial, percibiendo una pequeña compensación

y, si lo precisaban, préstamos a bajo costo. Los beneficios o pérdidas, así como los gastos de funcionamiento de todos los servicios prestados a la colectividad, se repartirían o exigirían, anualmente, a todos los habitantes mediante el reparto antes acordado.

Aprobadas las normas esenciales para una convivencia separada del país al que aún pertenecían, correspondía ahora materializar la independencia del modo más pacífico y fácil posibles. Y lo primero, sin duda, era establecer contacto con el Estado para que, en cumplimiento del principio del “derecho a decidir” (fruto de sesuda elucubración filosófica), cediera todas las competencias que sobre la ciudad tenía a los políticos locales, libremente elegidos.

Lo segundo, más urgente para la mayoría, consistía en establecer claramente los límites del nuevo país –las fronteras– y colocar verjas de paso en las carreteras, caminos, ríos y accesos donde se cobrarían los derechos aduaneros que se impusieran. Después se solicitaría el ingreso en la ONU y en la OTAN. En ésta última como simple número, pues no podrían aportar, por no poseerlas, armas, aviones, carros de combate ni más fuerza que los mocetones antes referidos; si acaso sólo una canoa de plástico, que Pablo regaló a su hijo en el cumpleaños pasado, para navegar por el pequeño pantano.

Las medidas a tomar, hay que confesarlo, cuando se hicieron públicas a toda la población de Lucenya, fueron recibidas de muy distinto talante. Para unos era la plasmación de un ideal idílico, para otros un lío tremendo; para los que carecían de propiedades, un regalo del cielo que les ofrecía la posibilidad de obtener terrenos sobre los que edificar su vivienda; para los que tenían que desprenderse de algún bien, el camino hacia la pobreza generalizada.

Al cundirse la noticia, la ciudad se llenó de periodistas y curiosos, deseos de informarse in situ y de conocer a los grandes genios que habían programado la creación del nuevo país. Pedro y Pablo, principales protagonistas, fueron acosados, entrevistados y fotografiados hasta la extenuación. Sus imágenes y palabras se divulgaron

por todo el mundo y llegaron estudiosos desde los más apartados rincones, incluidos los inquietos japoneses, con sus cámaras siempre dispuestas a enfocar los objetivos sobre todas las cosas, paisajes y bichos vivientes.

Y ocurrió, dado lo claro y comprensible del principio del “derecho a decidir”, que la idea de su aplicación se extendió, como una epidemia, por todas las naciones de este loco mundo y cada caserío, cada aldea, cada pueblecito, cada región, hartos de sus mandamases mangantes, trató de implantar el sistema, con lo que estuvo a punto de deshacerse la organización universal. El Consejo de Seguridad de la ONU, por unanimidad (esta vez con el entusiasmo y aplauso de Rusia, China y demás naciones siempre discrepantes) decidió la intervención de las fuerzas armadas de los países miembros, incluida la OTAN, para cortar de raíz lo que calificaron de desastre. Y de repente, un día inesperado, monstruosos tanques, enormes vehículos, helicópteros, aviones sobrevolando y oscureciendo el luminoso cielo de verano, marines y fuerzas especiales de asalto en número que doblaba a los habitantes, cercaron la ciudad, entraron en la sede de su gobierno local, detuvieron a todos sus miembros, y pese a las furibundas sentencias verbales del vejete juez, que amenazó a los invasores con cadenas perpetuas, y a la leve oposición de los mocetones alguaciles, detuvieron a Pedro, Pablo y resto de los elegidos, se los llevaron a una isla desierta en la que sólo existían montaraces cabras, internaron al valiente y caduco juez en un manicomio y todo volvió a la vida cotidiana mundial, incluidas las guerras, las luchas religiosas, las discrepancias en el Consejo de Seguridad, el hambre, la miseria y las crisis económicas.

La realidad de una sociedad gestada a lo largo de milenios, se impuso a cualquier novedad, como siempre, y a todos les pareció lógico, juicioso e inevitable.

LAS HUELLAS DE HELENA

1

De cómo buenas intenciones pueden señalarte caminos equivocados

Cuando me decidí a emborronar unas cuartillas para contar algo de mi vida inútil, pensé iniciar el relato al modo cervantino en el Quijote; pero la verdad es que yo quiero el lugar donde vivo y no tengo especial interés en olvidarme de él; por otra parte, tampoco soy el loco genial buscador de aventuras y “desfacedor” de entuertos para corregir las maldades de este mundo y castigarlas. Luego me incliné por iniciarlas como Pascual Duarte, afirmando que yo no soy malo, pero me vino a la mente la violencia de este sujeto, rayana en la peor maldad ignorante, y no quise comenzar de esa manera esta narración, que no es inventada sino real y sólo tiene por objeto hallar, si es posible, las razones o motivos por los que mi vida ha sido, y todavía es, como un inexplicable suceso o hecho que me acontece a mí, sin que yo lo haya pedido ni buscado. A veces se me ocurre la idea de que todos los seres existentes hemos salido como productos de una fábrica increíble –no sé si divina o diabólica– que nos va arrojando al exterior, al mundo, para, pasado un tiempo, volver a recogerlos, en una especial e invisible cinta transportadora, ya deteriorados o deshechos, para con un reciclaje sin sentido, tal vez devolvernos otra vez a éste u otros universos.

Pero no es de estas enmarañadas teorías de lo que pretendo escribir; quiero, no dar a conocer sino explicarme a mí mismo la deriva de mi existencia, el curso de mi navegación por este mar, a veces embravecido, de la vida en común con mis semejantes, que yo tampoco elegí.

Nací a mediados de los sesenta del pasado siglo, cuando el entonces benéfico dictador, hoy maldecido y vituperado, caminaba ya hacia las últimas etapas de su vida. Mis padres y parientes me explicaron, cuando aquél murió, la preocupación y la incertidumbre que existían en todos los estamentos sobre el incierto porvenir que se avizoraba. Y hubo, en efecto, acontecimientos penosos e inquietantes, como asesinatos de la banda terrorista Eta y de quién sabe qué gente, como ocurrió en el despacho laboralista de Atocha, el estúpido “tic” secesionista, como síntoma de la tendencia suicida de una parte considerable de los españoles, con su opuesta solución dictatorial y represora... Vamos, una nación “idílica” con afán de partirse en mil pedazos, de olvidarse de los cacareados derechos humanos, de la igualdad, de la justicia sin ideologías... Goya tenía una visión certera del español, y sus cuadros son un estudio profundo del alma y psicología populares, como puede comprobarse en “Duelo a garrotazos” o en “Saturno devorando a su hijo”, que fue precisamente lo sucedido en la guerra civil o, como la calificaba Unamuno, incivil, padecida en el Siglo XX.



Duelo a garrotazos, Francisco de Goya – Wikimedia

Mi padre me contó cómo uno de mis abuelos que, por no haber otro mejor preparado, había sido elegido alcalde en un pequeño pueblecito cercano, cuando llegaron unas bárbaras tropas, lo encerraron e interrogaron, pero como no tenía nada que decir ni ocultar, le vapulearon sin compasión y, después de largas y dolorosas torturas, decidieron fusilarlo; alguien, para congraciarse con ellos, le dio un hachazo en la cabeza y cubierto de sangre cayó al suelo. Todos lo dieron por muerto y lo arrojaron a una zanja próxima. Mas, en realidad, sólo estaba herido. Consiguió salir de allí y una familia amiga le curó. Y como quiera que a los pocos días los otros también bárbaros enemigos consiguieron tomar el pueblecito, al encontrar al alcalde vivo pensaron, con cierta lógica, que había ayudado o era amigo de sus oponentes, con lo que decidieron torturarlo e interrogarle, sin conseguir otra cosa que hacerle chillar de dolor y negar toda colaboración con nadie. No le creyeron y lo arrastraron hasta una cuneta y un valiente oficial, con un elegante gesto marcial, le disparó. Pero la mala o buena suerte de mi abuelo hizo que la bala le diera en un viejo y grueso medallón, regalo de su esposa, con lo que tampoco lo mataron en esta ocasión. Dolorido el pecho, cuando llegó la noche, consiguió, con torpeza, escapar del maldito pueblo y evitar ser el juguete del “pimpampum” de la soldadesca, adláteres y voluntarios agregados. Con muchas dificultades se escondió en una de las cuevas de la cercana sierra y, según mi padre, convivió con unos humanísimos lobos o perros salvajes, no estaba seguro, que le curaron las heridas lamiéndolas y hasta le facilitaron comida, mediante la caza. Pero llegó el invierno, el frío y nevoso invierno de entonces, cogió una pulmonía y esta vez sí murió rodeado de bestias amigas, que aullaron de tristeza varios días.

Esto me lo contaba padre, ignoro si todo era verdad, por el temor de que cuanto ahora estaba ocurriendo fuera el prelude de otra brutal tragedia, a las que tan dados somos los de este país.

–Tú –me decía– trabaja mucho y junta el dinero suficiente para largarte de aquí.

Yo le obedecí y trabajaba de sol a sol, descansaba mal por las noches y no dejaba de pensar a dónde me encaminaría cuando pudiera.

Tan absorbido estaba por la tarea y por las ideas inculcadas, que tardé bastante tiempo en darme cuenta de la presencia, en la vecindad, de una bella jovencita, en esa interesante edad entre casi niña y casi mujer, que las hacen tan atractivas. Yo la encontré bellísima y admiré sus negros ojos, entre tristes y melancólicos, que lo miraban todo como quien desea encontrar algo imprevisto, desconocido, inconcreto pero apetecible. Yo, que también era muy joven aún, me sentí atraído por ella, si bien mi natural tímido me impedía decirle nada. Fue la chica la que un día, entre sonriente y con ese atrevimiento seductor típico de la feminidad, me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Carlos —le respondí y, casi tembloroso, me atreví yo:

—¿Y tú?

—Helena. —Y añadió sonriendo: Helena, con hache, como la griega raptada por Paris.

Y sin transición, como conociéndome de toda la vida, me narró la historia de Helena, raptada por Paris, lo que dio lugar a una guerra.

Yo la escuchaba embelesado, pues nunca había oído una voz tan dulce, suave, alegre y musical.

Desde entonces procuré verla todos los días, lo que no era difícil, pues vivía con su tía dos casas más arriba de la mía. Había quedado huérfana y las hermanas de su madre, que eran cinco, acordaron tenerla una temporada cada una, hasta que la muchacha pudiera buscarse sola la vida.

Nos veíamos a escondidas, por temor a su tía, que estaba amargada con el cuidado que tenía encomendado y por recelo a mi padre, cada vez más decaído y temeroso de la gente y de la situación del país. Aquellos momentos eran deliciosos. Con las manos cogidas, apenas hablábamos, en un silencioso, casi mudo coloquio, que sin

duda expresaba mejor lo que nuestros labios callaban. Y mirando alrededor, para que nadie nos viera, nos despedíamos susurrando un “te quiero más que a nada en este mundo” y nos dábamos un breve beso, cuyo sabor aún permanece en mis labios.

Mas, en mala hora, su tía nos descubrió en una ocasión, formó la de “Dios es Cristo”, la abofeteó y conminó a mi padre para que me tuviera atado corto y vigilado, pues trataba de engatusar a la niña y no quería tener problemas mientras estuviera a su cargo; padre, por su parte, enfurecido, volvió a repetirme cien veces que me dejara de tontos amoríos, que mujeres sobraban con dinero y que sólo pensara en juntarlo, pues daba poder, respeto y libertad para enfrentarse a este maldito mundo y sus criaturas. Me recluyó en un pequeño cortijo que poseíamos, encomendándome el penoso e interminable trabajo de labrar la tierra, sembrar, recoger los frutos y transportarlos para la venta, sin apenas descanso.

Así pasaron agotadores días, semanas, meses, sin regresar al pueblo. Pero él estaba cada día más desmejorado y con permanentes dolores, hasta el extremo de que, olvidando la reclusión a que me tenía sometido, terminó por enviarme al boticario para comprar algunas medicinas, aspirina preferentemente. Aproveché este regreso para tratar de ver a Helena, pero fue el sabihondo boticario quien me informó de que había marchado con otra de sus tías. Con un nudo en la garganta, recorrí el lugar donde nos veíamos y, sin poderlo evitar, lloré con desconsuelo, sintiendo que algo se había hecho añicos dentro de mí.

Volví al cortijillo con la decisión de plantearle a padre mi deseo de irme del lugar; pero el estado en que lo encontré hizo que me callara y siguiera en la tarea sin rechistar. Sin embargo, no dejaba de pensar en Helena y por las noches, sin apenas conciliar el sueño, su graciosa figura la veía por todas partes e incluso le dirigía palabras cariñosas, hasta que los ojos se me cerraban. Así pasé poco más o menos un año. El ánimo se fue calmando y, dolorosamente, la imagen de

ella fue desdibujándose y borrándose por la ausencia. Padre estaba cada vez peor. Su hermana, mi tía, que nos cuidaba desde que falleció mi madre, movía pesimista la cabeza cuando hablábamos de él.

Un día en que su aspecto había mejorado y parecía sentirse satisfecho, me cogió del brazo y dando un pequeño paseo entre olivos, me dijo:

–Carlitos, dentro de un par de meses, tendrás dieciocho años, es decir, serás mayor de edad. En el banco, con todos mis días de trabajo, que son muchos, y los tuyos, que también han sido bastantes y pesados, he constituido un capitalito a tu nombre con el cual podrás irte a otro país, si quieres, o empleándolos aquí con inteligencia y laboriosidad, crearte una posición, pues uno de esos listos ministros que ahora tenemos ha dicho que éste es el lugar en el que, con más rapidez, puede uno hacerse rico.

–Pero, papá, yo no quiero dejarte.

–Es lo más prudente, hijo. Tienes una vida por delante y yo, si acaso, unos meses. ¡Calla y no protestes, que sé cuanto digo! Tu tía y yo nos iremos a una residencia, para lo que tenemos suficiente con el arrendamiento de esta finquita. Como ya está a tu nombre, cuando faltemos, la vendes o haces lo que te apetezca.

–Todo eso es una locura –protesté.

–Es lo más sensato que voy a hacer en mi vida. Dentro de un par de meses, lías el petate y te marchas. Si por el momento te asusta saltar al extranjero, puedes ir a Málaga, donde mi primo te informará y aconsejará, como experto que es en asuntos de bancos. En él puedes confiar, pues nos queremos como hermanos. Ea, no se hable más. ¡Ah! Y nada de tonterías, diversiones y amoríos; tiempo tendrás cuando seas poderoso...

Y se fue a terminar sus tareas, dejándome aturdido, confuso, indeciso... Por la noche apenas pude dormir dándole vueltas al asunto hasta que, ya de madrugada, me encogí de hombros y decidí obedecerle. Después de todo, nadie me quería más que él y la experiencia adquirida en tiempos angustiosos y terribles, le empujaba a alejarme

de una posible reproducción de conflictos, cosa que, dado el carácter de los naturales del país, según él, no podía eliminarse. Y los atentados y discordias políticas existentes, parecían darle la razón.

No habían pasado tres meses, una mañana me encontré en el comedor dos maletas nuevas, y encima de una de ellas un sobre. Mi tía, en cuanto oyó mis pasos, se acercó y, de forma muy escueta, como ella hablaba, me informó:

–Dentro de la maleta grande tienes tus trajes nuevos y alguna otra cosa que he comprado. En la pequeña, además de la ropa interior, hay una carpeta con los papeles de tus cuentas y pertenencias. Cuando te acomodes, guárdalos bien. El sobre es para el pariente. Dame un abrazo. A la entrada se encuentra un taxi que tu padre ha llamado para llevarte a la estación. Está pagado y tiene el billete del tren.

–¿Y padre? –pregunté tembloroso.

–No quiere ver cómo te vas. Seguro que está llorando por ahí.

–Pero...

–Obedécele, es su deseo y cree que acabarás siendo feliz.

Me volvió a abrazar, mientras sus ojos derramaban un mar de lágrimas.



El rapto de Helena, Carlo Garofalo – Wikimedia



II

De mis primeros contactos en la ciudad.

Siguiendo instrucciones de padre, el taxista me subió al tren, colocó las maletas y aguardó, cerca de la ventanilla, a que se pusiera en marcha. Con un movimiento de la mano me dijo adiós. Yo, debo confesarlo, sentía un fuerte pellizco en el estómago. Era la primera vez que viajaba en tren y la primera vez que me dirigía a un destino desconocido, sin idea de lo que allí me aguardaba ni de la manera que tenía que comportarme al llegar, y mucho menos, de enfrentarme a un futuro ni siquiera imaginado.

Mirando por la ventanilla, observaba cómo el paisaje parecía deslizarse para atrás y como los postes telegráficos, a un ritmo constante, pasaban rápidos; las ruedas, al pasar por las juntas de los raíles, producían un ruido monótono, adormecedor. En el mismo compartimento viajaba un matrimonio con dos hijos, entre diez y quince años, que no dejaban de moverse y mirar de un lado a otro, discutiendo a veces, casi peleándose en ocasiones. Los padres no dejaban de reñirles pero con escaso éxito.

Sobre mediodía, de una cesta, extrajeron unos bocadillos que se repartieron, no sin antes ofrecerme algo, que yo agradecí. Por mi parte también abrí un pequeño envoltorio que había preparado mi tía, con un bollo repleto de salchichón y otros embutidos. Con el nerviosismo que recorría todo mi cuerpo, el apetito se había esfumado. No obstante, comí algunos bocados, más para pasar el rato que por necesidad. La mayor parte lo envolví de nuevo con cuidado, por si más tarde hubiera necesidad de recurrir a él.

Con aquella familia sólo crucé algunos monosílabos, respondiendo a la mujer, que se interesó por mi destino, mi edad y estado – ignoro el por qué de su curiosidad–, y transcurridas un par de horas, el tren disminuyó su velocidad hasta parar por completo en una estación que, por su pequeñez, comprendí no era la de obligado descenso.

–Aquí espera –comentó el hombre– hasta que pase el expreso de Madrid.

Y así ocurrió. A los cinco o seis minutos, a todo gas, pasó el expreso sin detenerse. Y nosotros, con lentitud, nos pusimos de nuevo en marcha.

–Dentro de un par de horas –volvió a afirmar– llegaremos a la ciudad.

El tren adquirió cierta velocidad, que disminuyó un poco cuando penetró en unos túneles que nos situaron, al finalizar, en una garganta estrecha entre dos montañas. La vía férrea discurría, alta, por una de las laderas, y desde la ventanilla podía verse el fondo por el que corría el agua de un río que, según comentó el hombre, se transformaba más adelante en un pantano, a cuyo pie las turbinas de una central hidroeléctrica, producían energía para la comarca. El paisaje es impresionante y asusta, pese a su belleza. Desde la altura por la que circula el tren no se puede evitar cierto vértigo. Salvado este trayecto, el tren atraviesa una pequeña vega y, en la lejanía, se adivina ya la ciudad, tanto por la capa oscura de aire que como una boina cubre el espacio, como por la frescura, más que percibida, intuida del mar.

En efecto, no tardan mucho en aparecer en el horizonte los primeros edificios y detrás de ellos una gran masa de agua. Para mí, que era no sólo la primera vez que hacía un viaje de cierta distancia sino, también, la única ocasión que había tenido de ver el mar, con sus aguas en perpetuo movimiento y limitando, en la costa, la tierra firme, el espectáculo resultaba emocionante y a la vez sorprendente. El tren, cada vez más despacio, entra en la estación, sembrada de vías entrecruzadas, de vagones y grúas colocando contenedores en ellos.

Los viajeros preparaban sus maletas y cuando el tren para y sus puertas se abren, fueron descendiendo con premura.

–Baje usted primero la maleta grande, que debe pesar –me indica el compañero de compartimento– y luego viene por lo demás. Nosotros, mientras preparamos nuestro equipaje, lo vigilaremos.

–Gracias, así lo haré. –Y entre empujones de los que tenían prisa, conseguí llegar al andén. Solté la maleta y con rapidez subí por la otra y me despedí de los que habían estado conmigo durante horas. Pero cuando bajé de nuevo no encontré la maleta grande. Miré con angustia el lugar donde la había dejado y no estaba. Uno de los chicos de mi compartimento, asomado a la ventanilla, a voces, me explicó que un hombre se la había llevado.

–Dígalo al guardia que está en la puerta –me aconsejó el padre.

Seguí el consejo, pero el policía se encogió de hombros y, sin preocuparse ni hacer nada, me dice:

–Algún ratero será. En la estación abundan y no debe uno perder de vista las pertenencias.

–¿Y qué hago? –pregunté angustiado.

–Puede denunciar el hecho en aquella oficina policial, pero seguro que el ladrón estará ya lejos.

Sólo me faltaba llorar. En la oficina tomaron nota, hube de enseñar mi documentación y tras muchas preguntas, que parecía yo el ladrón, firmé diversos papeles, señalando como dirección la del pariente de mi padre.

Bien sujeta la maleta pequeña, más importante que la grande, pues contenía mis papeles y cartillas reflejando la situación de mis dineros, cogí un taxi e hice que me llevara a casa del familiar, situada en un edificio alto y nuevo. La falta de costumbre hizo que no acertara con el timbre porque, como me enteré después, era una combinación de letras. Por suerte para mí, llegó un individuo y, con agilidad, tecleó el chisme y la puerta se abrió, momento que aproveché para entrar.

El hombre, como si yo no existiera, subió al ascensor y escapó hacia las alturas, sin ni siquiera mirarme. Mi temor a una equivocación o a quedarme encerrado me aconsejó subir por las escaleras. Según la carta que llevaba era un sexto piso, puerta D. Como soy fuerte y esta maleta pesa poco, llegué con facilidad.

La puerta la abrió un señor –deduje que era el primo de padre– que me observó durante un buen rato y al final dijo:

–Eres Carlitos, el hijo de mi primo, ¿no?

–Sí, señor –contesté tímido.

–Bueno, voy a llevarte a una pensión muy acogedora, en la que te he reservado alojamiento. Espera un momento que me ponga la chaqueta –y se entró sin invitarme siquiera a pasar.

Salió rápido, nos introdujimos en el ascensor y bajamos hasta el aparcamiento del edificio, donde tenía el coche. Por el camino se disculpó.

–Mi piso no es muy grande y tengo por una temporada a familia de mi mujer, por eso no he podido alojarte.

–Es igual –comenté. Y después le referí el robo de la maleta.

–Si sólo contenía ropa, la cosa no tiene mayor importancia. Como posees medios, mañana temprano te compras la que necesites.

Por el camino me fue haciendo preguntas sobre mis conocimientos y el trabajo que hasta entonces había realizado.

–Me quitaron muy pronto del colegio, sé leer bastante bien pero estoy flojo de números. Siempre he trabajado en el campo, desde los doce años. Y le mostré mis manos callosas y curtidas.

–Aquí se están abriendo muchas posibilidades. Mañana hablaré con algunos empresarios que conozco para buscarte empleo, pues no conviene que gastes lo que tienes. Ve a verme al banco donde trabajo, sobre la una, y ya tendré resuelto el problema. En esta tarjeta está la dirección. No tienes nada más que coger el tranvía que para frente a la pensión y te bajas delante del puerto. Allí verás el edificio de la sucursal.

Aparcó el coche junto a la que debía ser la pensión y nos bajamos. Llamó y nos abrió una mujer, con aspecto poco agradable, estevada y creo que bizca.

–Doña Petra, éste es mi pariente. Espero que lo cuide bien.

–No se preocupe – respondió con voz ronca–.

Aquí estará como en su casa.

Nos llevó a un cuartucho, estrecho y no muy limpio, con una cama. Lo bueno de él era que daba al mar y se escuchaban las olas chocar contra las rocas. Por el pasillo una muchacha, muy parecida a Doña Petra, curioseaba indiscreta.

–Tengo tres huéspedes más que trabajan en una obra cercana. No dan mucho quehacer.

–Bien, te dejo en buena compañía –aseguró el pariente–. Mañana te espero ¿vale?

–Sí, señor.

Y se marchó con rapidez.

–Dentro de una hora cenamos –me informó Doña Petra–. Mientras puedes acomodar tus cosas en el cuarto.

Cerré la puerta, me senté sobre la cama y, silenciosamente, se deslizaron por mis mejillas unas lágrimas... ¡Qué sólo estaba y qué lejos de los míos y de mi lugar conocido!

Durante la cena –apenas probé algo– conocí a los otros huéspedes, que muy concisos y sin gran interés, me preguntaron sobre pequeñas curiosidades de mi persona, tal vez porque estaban cansados. Yo me retiré pronto y me acosté. La noche la pasé casi en blanco; únicamente al amanecer me adormilé algo. El movimiento de los otros,



*El dormitorio en Arlés (primera versión),
Vincent van Gogh – Wikipedia*

que se levantaban temprano para el trabajo, acabó por despertarme.

Cuando salí tenía preparada una taza de café y varias galletas por la señora Petra. Ya con cierta confianza, le referí el robo de la maleta y la necesidad que tenía de adquirir alguna ropa.

—Es mejor que Pepita te acompañe, pues ella sabe escoger y evitará que, como de pueblo, te engañen.

Una vez desayunado, dio instrucciones a su hija, y los dos salimos para hacer la compra. Pepita, como he explicado algo, no era nada agraciada, pero tenía unos ojos negros en cuyas miradas podían adivinarsse un fondo de bondad que hacía olvidar el resto de su persona.

En una tienda no muy lejana, escogió con soltura un par de trajes, ropa interior y de trabajo y, con una firmeza insospechada, discutió precios y consiguió sustanciales rebajas. Todo resultó aceptable y barato.

Cuando volvimos a casa, muy resuelta, me prometió que los pantalones, un poco largos, ella los arreglaría. Y mientras me lo decía, me miraba contenta y afectuosa. Este primer contacto realizó el milagro de que, en lo sucesivo, no viera su aspecto físico y nacieran en mí una gran simpatía y un creciente afecto a su persona.

Una vez soltada la compra, me acompañó a la parada del tranvía, me recomendó que distribuyera el dinero en varios bolsillos y tuviera mucho cuidado al bajarme en la parada frente al puerto, pues por allí pululaban los carteristas.

Al ponerse en marcha el tranvía le dije adiós con un gesto de la mano, que ella correspondió con una sonrisa un poco forzada, pues procuraba no mostrar la dentadura desigual. Tras casi media hora, con breves paradas, llegamos al puerto. Descendí con cuidado y observé con atención el lugar. Había mucho movimiento de gente caminando en distintas direcciones. Con la mirada recorrí los diversos edificios, que formaban una amplia plaza, buscando la sucursal del banco donde trabajaba el pariente, que al fin localicé. Con precaución, pendiente de los semáforos, un poco nervioso, entré en la

oficina. Detrás de un mostrador de mármol, de forma semicircular, estaban situados varios empleados. Como no veía a quien buscaba, pregunté por él, enseñando la tarjeta, a un señor uniformado, tal vez guarda de seguridad, que paseaba entre los clientes. Me indicó la puerta de un despacho y allí me dirigí. Entreabriéndola, tras unos golpecitos, escuché su voz:

–¡Adelante!

Pasé y él comentó:

–¡Ah! Eres tú. Siéntate.

Hizo una breve pausa, como para resaltar la importancia del momento, y me dijo:

–Ya tienes empleo. Es un constructor que realiza una gran obra justamente a las espaldas de este edificio. No tiene pérdida. Presentate mañana, a las ocho, con esta tarjeta que me ha dejado. Si te portas bien, con él tienes el futuro asegurado. Para cualquier problema que te surja, ve a casa, o me llamas al teléfono, que figura en la tarjeta que te di ayer.

Se levantó y con su mano sobre mi hombro, me llevó hasta la puerta, mientras me aconsejaba:

–Mucho cuidado con la gente, que existen maleantes incluso en la sopa, y suerte, hijo.

Una vez en la calle, pensé: no es muy afectuoso, ni parece el familiar que mi padre creía. Pero, ¡qué más da!... Por lo menos, de momento, tengo trabajo. Ya procuraré ser más vivo. Lo que no creo es que me vaya a hacer rico, como espera padre. Pero no lo preocuparé; escribiré diciéndole que todo va bien.

Mientras caminaba despacio, pensando en todo esto, sentí cómo me tocaban por detrás el bolsillo; me volví rápido y le arreé un sopapo al ratero que, dando traspiés, se alejó corriendo.

Tomé de nuevo el tranvía con dirección a la pensión, donde encontré a Pepita –¡que amable!– arreglándome los pantalones.

–Pruébatelos, a ver cómo quedan.

Lo hice y,
efectivamente,
estaban bien.

–Eres una joya, Pepi-
ta. ¿Cuánto te debo?

Ella bajó la cabeza, ruborizada,
al contestar.

–Nada, ésto no tiene importancia. Cuan-
do necesites algo, dímelo.

–Gracias, eres muy amable.

Era la única persona, desde mi llegada, que se por-
tó bien, servicial y solícita conmigo.

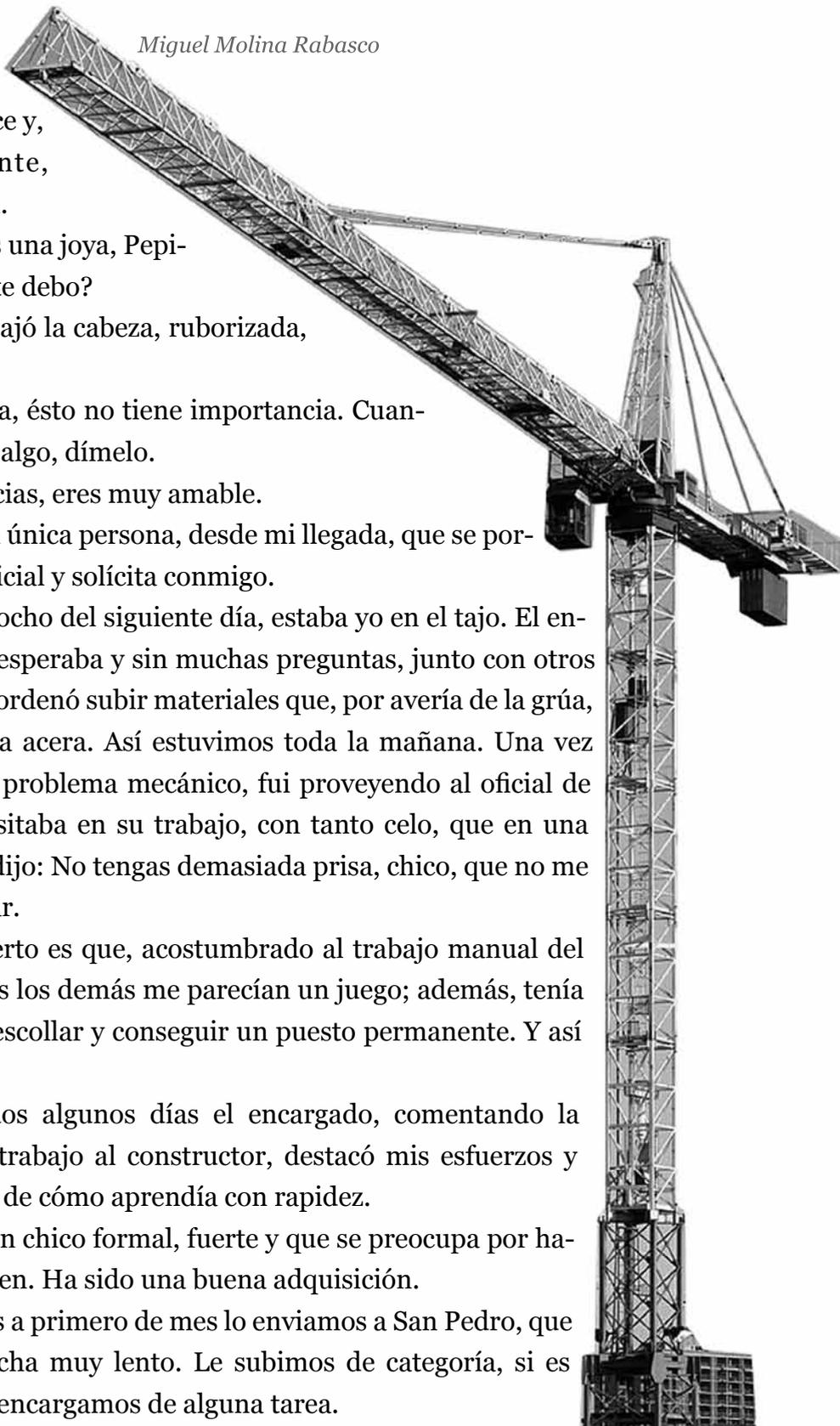
A las ocho del siguiente día, estaba yo en el tajo. El en-
cargado me esperaba y sin muchas preguntas, junto con otros
peones, nos ordenó subir materiales que, por avería de la grúa,
estaban en la acera. Así estuvimos toda la mañana. Una vez
arreglado el problema mecánico, fui proveyendo al oficial de
cuanto necesitaba en su trabajo, con tanto celo, que en una
ocasión me dijo: No tengas demasiada prisa, chico, que no me
dejas respirar.

Lo cierto es que, acostumbrado al trabajo manual del
campo, todos los demás me parecían un juego; además, tenía
interés en descollar y conseguir un puesto permanente. Y así
ocurrió.

Pasados algunos días el encargado, comentando la
marcha del trabajo al constructor, destacó mis esfuerzos y
constancia y de cómo aprendía con rapidez.

–Es un chico formal, fuerte y que se preocupa por ha-
cerlo todo bien. Ha sido una buena adquisición.

–Pues a primero de mes lo enviamos a San Pedro, que
aquello marcha muy lento. Le subimos de categoría, si es
preciso, y le encargamos de alguna tarea.



En la pensión, Pepita, cuando se enteró que, por algún tiempo, me desplazaría a otro lugar, se llevó un disgusto. Aunque trataba de disimularlo, sus miradas involuntarias y tristes, la delataban. Yo, que le había tomado afecto por sus atenciones, trataba de quitarle importancia al hecho.

—Serán unos pocos días. El constructor se fía mucho de mí y quiere que vigile una temporada aquello, para que mejore el rendimiento del trabajo.

Y la verdad es que era así. Pero no voy a hacer un relato interminable de mis comienzos. Trabajé mucho sin rechistar, cuidé de todo como si fuera mío, aprendí con prontitud y, en los ratos libres y por las noches o descansos, estudiaba cuanto podía, para convertirme en un profesional competente, cosa que conseguí. Por otra parte, como ganaba bastante más de lo que gastaba, mis ahorros crecían a buen ritmo.

Al cabo de pocos años el empresario había depositado en mí toda su confianza y la práctica dirección de todos los trabajos. Yo, con prudencia, empecé a obtener ganancias adicionales fuera del trabajo. Adquiría, en proyecto, algún que otro apartamento o piso de urbanizaciones bien situadas, y como la demanda crecía constante, los vendía incluso antes de estar terminados, a un precio superior, con un beneficio para el que, muchas veces, no se había ni cruzado dinero.

Mi propio patrón, que es un lince para esta clase de operaciones, me indicaba algunas interesantes en las que el riesgo era mínimo.

Con la confianza que otorga el trato leal durante el tiempo — que ya era bastante— trabajando juntos, hizo que un día me propusiera formar, entre los dos, una sociedad dedicada a estas compra—ventas. El pondría el sesenta por ciento y yo el cuarenta restante. Acepté pues ya poseía recursos bastantes, que en el banco apenas producían.

Yo seguí dirigiendo su empresa de construcción y él, muy relacionado y con mucha sagacidad y labia, llevó la recién creada. Nos

reuníamos, como mínimo, una vez al mes para darnos cuenta mutua, comprobar las ganancias y programar futuras actuaciones. Y la verdad es que todo marchó mejor de lo que esperábamos. La demanda aumentaba y el dinero fluía como de un manantial. Yo recordaba, con frecuencia, la afirmación de un ministro de González, cuyo nombre no recuerdo, de “que en este país era fácil hacerse rico”.

Todo iba como sobre ruedas, nuestras sociedades crecían sin cesar pero, sin embargo, a mí, de vez en cuando, me asaltaba una honda preocupación. ¿Cuánto duraría esta suerte? ¿Podría mantenerse, de manera indefinida, un crecimiento tan acelerado?

Una noche, cenando juntos, le confesé a mi socio esta preocupación.

–No seas tonto; mientras hayan extranjeros que quieran sol...

–Pero es que nos estamos dando con la costa. Además, por ahí se comentan los sobornos existentes con los políticos... Esto puede terminar mal.

–Pero es que nosotros no tenemos nada que temer, todo lo hacemos legal... Pero, sin embargo, tienes razón: todo tiene un límite, incluso el crecimiento. Haremos una cosa: vamos a terminar las urbanizaciones que tenemos en marcha cuanto antes; y los recursos que poseemos y que obtengamos, los vamos a encauzar a otros negocios.

–¿Cuáles?

–No lo he pensado, pero hay muchos, como la agricultura, las conservas, el comercio, el transporte... En fin, lo que estudiemos y sea más atractivo y estable.

–Me parece muy bien, confío en ti.

–Y yo en ti –dijo él, dándome un abrazo–, para mí eres como el hijo que no he tenido.

El cambio, he de reconocerlo, no era fácil. Las tareas en que estábamos embarcados eran grandes y requerían algunos años para terminarlas y desprenderse de ellas; mas todo requiere un comienzo y eso es lo que proyectamos e hicimos.

Mi padre había muerto años atrás; mi tía, que no quiso quedar sola en la residencia, volvió al pueblo, a nuestra casa. Una familia, a la que yo pago, la cuida. Hoy me llaman porque está agonizando. Cojo el coche y por el camino comunico a mi socio dónde voy. Cuando llego, la pobrecita ya se ha ido, dejando sólo la arrugada y consumida muestra de su casi centenario cuerpo, en tiempo anterior fuerte y esbelto.

Por el momento sólo decido que el matrimonio que cuidaba a la tía siga allí. Recojo, sin examinarlos bien, papeles y fotos amontonados en una cómoda. El cortijo y las tierras que lo circundan los dejo arrendados casi simbólicamente al mismo que hasta entonces los tenía, si bien con el compromiso firmado de devolverlos cuando yo lo pidiera. Y abandono de nuevo el pueblo, no sin cierto sentimiento. Por la noche, ya en mi piso, me entretuve en ordenar los papeles recogidos. Nada importante ni válido: cartas, notas de cosechas, fotografías. Examinando éstas, encuentro algunas de mi niñez y juventud. Una de ellas me conmocionó: estábamos Helena y yo juntos. Busqué, entonces, con interés en el resto una que ella me había dedicado. Di, por fin, en aquel revoltijo, con la foto: era, en aquel tiempo, una joven bellísima, con unos ojos de mirada dulce que seducían; al respaldo, con una letra clara, perfecta, de colegiala aplicada, podía leerse: “Para Carlitos, con el sincero cariño de Helena”.

Por primera vez en muchos años, no había sentido emoción y dolor iguales. Silenciosas lágrimas se desprendieron de mis ojos. Y me vino el recuerdo, incluso la deliciosa sensación de sus labios, en los pocos y leves besos que tuvimos oportunidad de darnos. Fue, en este momento, cuando me di cuenta, con toda su crudeza, de los años pasados ya; de que me había transformado en un avanzado cincuentón, rico pero casi gastado; con poder e influencias, pero sin afectos ni compañía; tal vez temido, pero no querido... ¿Para qué tantos esfuerzos? ¿Para encontrarme al final, en fría soledad, sin nadie a quien abrazar, besar y acariciar? El trato pasajero y urgente, el placer tran-

sitorio con alguna chica de un club nocturno o de carretera, pagado con escasa generosidad, acorde con las fingidas caricias adquiridas, no eran comparables a las que hubiese podido recibir de Helena, tan inocente, tan sincera, tan atractiva y enamorada.

Pasé la noche en blanco, mirando la foto, sin moverme, sin pensar en nada, sin decidir qué hacer, como petrificado, convertido en un objeto más de la estancia... Varias veces sonó el teléfono y no lo cogí; carecía de fuerzas y de ánimo para levantarme y hablar. Pasaría una hora cuando sonó el timbre de la puerta. Haciendo un gran esfuerzo, abrí. Era mi socio.

–¿Qué te pasa? ¿Por qué no has cogido el teléfono?

Me encogí de hombros, sin contestar. Él trasteó entre los papeles y fotos de la mesa.

–¿Quién es esta chica tan guapa?

–Fue mi novia –acerté a contestar.

–¡Ah! –exclamó.

Sagaz como era, no dijo nada. Fue a la cocina, calentó un vaso de leche y me obligó a beberlo. Luego, empujándome, me llevó al dormitorio, me desprendió la chaqueta y me acostó.

–Descansa y mañana hablaremos.

Oí como cerraba la puerta, después de apagar la luz.

III

De los consejos que recibí sin pedirlos

Cercano el mediodía llegó de nuevo a casa don Ramón. Yo me había recuperado algo y le agradecí su interés.

–Comprendo –dijo– que hayas sentido cierta conmoción con el recuerdo, pero de las relaciones que con ella tuviste, han pasado ya cuarenta años; ni ella ni tú sois ya los mismos. Y por muy enamorados que estuvierais, si ahora la encontraras, ni la reconocerías. Olvida todo, como una aventura del pasado y diviértete. Hoy, con tus medios y posición, puedes tener las más bellas y atractivas mujeres.

–Es verdad, pero las circunstancias son distintas: las de mi edad no me atraen y a las que me atraen, no les gusto. Si me aceptan es por puro interés y la entrega nunca es sincera sino forzada, con prisa, para terminar y sacar mayor rendimiento a sus encantos.

–No seas malvado; habrá de todo en esa viña. Dentro de unas horas me voy a Berlín, a terminar los negocios que allí tenemos pendientes. En cuanto regrese planificaremos el porvenir, ahora que tenemos tiempo y numerosos medios.

Como para casi todo encuentra solución, creo que ahora piensa conseguir sacarme de la tristeza. Es único.

Por la tarde recibí una llamada que me ayuda a escapar de mis melancolías y recuerdos. Era Pepita, que quiere consultarme un problema.

Debo aclarar que, desde aquellos primeros días pasados en la pensión regentada por su madre, había mantenido una buena amis-

tad con ella. Con el trato, su bondad, sus miradas dulces y cariñosas, sus acciones siempre desinteresadas y amables, acababan por atraerte y que la quisieras cada vez con mayor intensidad y sin reservas. Aunque de tarde en tarde, yo las visitaba y me acogían con verdadero afecto y alegría. Cuando la madre se puso muy malita, yo estuve siempre pendiente de ambas, de que no les faltara nada; y cuando murió no me aparté ni un momento de Pepita, como si fuera mi hermana.

Pasados unos meses, la convencí para que arreglara el piso y cambiara el mobiliario; para ello le envié algunos de mis trabajadores, que modificaron las habitaciones, aumentaron los cuartos de baño y aseo, cambiaron las puertas viejas y agrietadas, consiguiendo que todo resultara como nuevo y más alegre y cómodo. Un proveedor mío facilitó nuevos muebles a precio de coste. Para que no estuviera sola, contraté a una buena mujer –también solitaria– que le ayudaba en las tareas al tiempo que se daban mutua compañía.

Pepita, que era inteligente, seleccionó los huéspedes –personas jubiladas que no ofrecían problemas ni se mostraban exigentes. Su vida, pues, se desarrollaba con tranquilidad y sosiego. Cuando llegué a casa de Pepita, me recibió con mucha alegría, y tras un fuerte abrazo, me obligó a sentarme en un pequeño recibidor, que ella reservaba para aislarse, con ánimo de explicarme su problema. Sin embargo, al observarme triste, tras prepararme un buen café, se limitó a preguntar:

–¿Qué te pasa, Carlitos?

–Mujer, si yo he venido para conocer tu problema...

–Pero lo tuyo es más importante. Te conozco desde hace muchos años y no puedes engañarme.

Me cogió las manos, acariciándolas con cariño y reteniéndolas entre las suyas.

–Son tonterías mías, no te preocupes.

–Pues cuéntamelas –insistió, en tanto me miraba, muy preocupada, con sus negros ojos a punto de romper en llanto. Soy la

única persona que quiere en este mundo, me lo ha demostrado en muchas ocasiones, ignoro si por haberla tratado como era, un ser bueno y sensible, o porque, desde el primer día, tal vez representaba su ideal de hombre. Quizá por esto último y, en consecuencia, por temor a hacerle daño, dudaba en desahogarme en ella.

—Cuéntame todo, Carlitos, como si fuera tu confesor o, tal vez mejor, tu anciana madre. Te quiero demasiado, y me conozco bien, para no juzgarte ni reprocharte nada.

Con rapidez me hizo otro café, me pasó sus manos por la cabeza, como alisándome el cabello, me volvió a tomar las manos, transmitiéndome su calor e insistió con energía:

—Te escucho.

Un poco titubeante y torpe, le di detalles de mi infancia en el pueblo, de la escuela, en la que permanecí pocos años, de las miserias de la guerra, de los temores y consejos de mi padre, empeñado en que no tuviera que valerme de nadie y adquiriera riqueza, el único poder —según él— que da libertad; y me recomendaba no perder tiempo en juegos, en diversiones, en chicas. Así me apartó de mi única novia, una casi niña que me adoraba y a la que yo quería con locura. Se llamaba Helena. Los breves momentos que pasé con ella son los únicos recuerdos felices de mi vida. Ignoro si por influencia de padre o porque su tía no quería cuidarla, la cuestión es que se marchó del pueblo, a casa de otra parienta, pues había quedado huérfana. La presión de mi padre y el trabajo agotador que realizaba, fue borrando de mi mente nuestro corto amorío y la dulzura de los pocos besos que nos dimos, burlando la vigilancia familiar. Pasados unos años me trasladé aquí —tu casa fue



mi primer hogar en la ciudad—, tuve también suerte en el trabajo, en el que conseguí ser socio de mi patrón. Han pasado años y años —tú los conoces— dedicados sólo a conseguir la posición recomendada en mi juventud. Hace unos días, como consecuencia del fallecimiento de mi tía, regresé al pueblo para organizar la pequeña hacienda poseída. Al propio tiempo, examiné los documentos y papeles que existían amontonados en un arcón; entre ellos fotografías de mi niñez y adolescencia, así como varias de Helena. Y al verla tan bella y recordarla tan inocente y cariñosa, he descubierto, de repente, cuánto tiempo he perdido, enfrascado en la ambición. Ambición, hoy lo estoy comprobando y comprendiendo, que me ha hecho perder, convertir en humo, en nada, la edad más atractiva y hermosa de una persona. Hoy me encuentro solo, sin hijos, sin una esposa que me acompañe y ayude en los momentos difíciles o cuide en la enfermedad.

—Pero todavía te encuentras muy bien, habrá multitud de mujeres dispuestas a compartir contigo sus vidas...

—No te equivoques, Pepita, soy ya un cincuentón avanzado: las mujeres de mi edad no me atraen y las que me atraen pueden ser mis hijas y ven en mí un viejo. Únicamente un interés egoísta, motivaría una unión, no el amor, y eso no me haría feliz. Toda mi vida, hasta ahora, ha sido un tremendo error, que me hace sufrir. Miro y remiro esta foto de Helena, con su casi infantil dedicatoria, y me estremezco de emoción al recordar aquellos días cuando, tembloroso, le cogía la mano y, como tú haces en estos momentos, la acariciaba con suavidad, incansable, y acercaba mis labios a los suyos, y los besaba, haciendo que ella se ruborizara y bajara el rostro, tímida... Por las noches, sin poder apenas dormir, pienso en todo lo que he perdido al no haberla hecho madre de mis hijos y compañera fiel. Tengo dinero, bienes, influencias, pero carezco de felicidad.

—Todavía estás a tiempo. Te conservas muy bien y cualquier mujer podría darte, si no con la intensidad y ardor de la juventud, un tranquilo bienestar, un amor templado, constante y sincero.

—No es tan sencillo, Pepita. ¿Dónde puedo encontrar una mujer con esas condiciones? No hay muchas Pepitas, como tú, tan limpias de corazón y con capacidad para amar a esta edad que, a la vez, sean atractivas. (Después, a solas, me di cuenta de lo cruel que, inconscientemente, había sido con ella).

Quizá por mis torpes palabras permaneció un buen rato callada. Luego, tras un hondo suspiro, fijando sus húmedos ojos en mí, con inusitada energía, me preguntó:

—¿Y por qué no la buscas? Helena, poco más o menos, será de tu edad.

—Posiblemente esté ya casada y con su vida hecha.

—¿Y si, como tú, no ha querido ligarse a nadie por tu recuerdo o por desconocidas circunstancias? Es posible que, sin haber pensado en ello, te esté aguardando y sueñe con encontrarte.

—Todo eso es una locura.

—¿Y qué pierdes con esa locura? Tu situación presente y futura la tienes resuelta. Puedes, durante todo el tiempo que quieras, correr la aventura de buscarla: así tendrás una actividad que te libere de tristezas y una ilusión que te haga excitante el hecho de vivir,

Nunca había escuchado a Pepita hablar de esta manera. Sorprendido, me quedé mirándola sin saber qué decir. Su cara reflejaba una bondad que jamás había percibido con tanta claridad y que la embellecía; sin resultar atractiva, no era ya aquella mujer de físico desfavorecido, por no decir feo. Los años, sin duda, la habían ido igualando a otras mujeres, más o menos bonitas en su juventud, porque el tiempo, cruel e implacable, acaba deteriorando a todas.

Ante mi muda perplejidad, continuó:

—Nada arriesgas y, con suerte, incluso puedes alcanzar esa felicidad que piensas has perdido sin remedio, encontrando a tu Helena o, tal vez, a otra con capacidad y cualidades para sustituirla. No seas cobarde ni caigas en depresión. El mundo es de los arrojados, que siempre ven en el horizonte una luz que los llama.

–Pero, Pepita, he venido para solucionarte el problema que tienes y eres tú la que trata de arreglar los míos.

–Tú y todo lo que te afecta, es lo más importante para mí. Ojalá tuviera yo una varita mágica, como las hadas, para hacer el milagro.

Y, sin pensarlo, se echó en mis brazos. Yo, por primera vez, la apreté contra mí y besé sus ojos, llevándome en los labios el sabor de sus lágrimas. Así permanecimos un buen rato, hasta que sin dejar de acariciarme la cara, me rogó:

–Hazme caso, Carlitos. Yo también seré feliz si tú lo eres; no tengo a nadie en este mundo: sólo a ti.

Todavía emocionado me fui hacia casa despacio, recibiendo la fresca brisa del mar, caminando por el paseo marítimo, para retardar encerrarme solo. Por fortuna me encontré con Ramón, mi socio, que iba a verme.

–A tu casa me encaminaba. Pero ¿qué cara es esa? ¿Qué te ocurre?

–Nada, no te preocupes. Estoy cansado, eso es todo.

–Pues tómate el descanso que quieras. Todo marcha bien y aquí estoy para resolver lo que de improviso pudiera suceder.

–Pues quizá te haga caso. Necesito un cambio de ambiente.

–No lo retrases, entonces.

–No dejaré de contactar contigo, de vez en cuando.

–Me parece muy bien. Vamos a tomar algo en aquel bar.

Estuvimos un buen rato charlando, en especial de los negocios, de cómo marchaban las cosas en el país, bastante preocupantes, de nuestro acierto al abandonar ciertos proyectos y actividades y cómo las sociedades en que somos mayoritarios, cada vez van más fuertes y seguras.

–Llámame con frecuencia y diviértete mucho, pues te lo has ganado tras tantos años de esfuerzos, trabajos y preocupaciones. Yo mañana voy a Berlín, así que un abrazo de despedida.

Nos lo dimos y yo me encaminé a casa, mientras planificaba mi actuación de detective. Estaba extrañamente contento.

IV

De cómo realicé las primeras indagaciones

Ya acostado, como no podía dormir, pensé en la manera mejor y más práctica de realizar la búsqueda de Helena. Lo más acertado, en principio, parecía enterarse de los domicilios de sus parientes, las tías o los familiares de ellas que aún existieran, pues si mal no recuerdo tenían encomendada, por turnos, el cuidado de la chica. Algunos podrían darme, sin duda, noticias sobre Helena, del sitio donde se hallaba o pudiera estar, y de cómo había sido su vida. Lo primero – decidí– sería volver al pueblo y averiguar, con los parientes que aún allí existían, a dónde se fue y con cuál de sus tías, así como las direcciones y ciudades en las que habitaban.

Decidido, pues, a iniciar la aventura, cerca del amanecer me quedé dormido y desperté cuando mi sirvienta –una mujer mayor, viuda, que llevaba años conmigo– golpeó con suavidad la puerta del dormitorio, para avisarme de que el desayuno estaba preparado.

Tras una breve ducha, tomé el café y algunas galletas, en tanto la informaba de mi marcha.

–Voy a estar fuera durante tiempo. Usted, como siempre, siga en la casa y cuide de todo. Para cualquier problema que pudiera surgir, se dirige a don Ramón, mi socio, y él lo solucionará. Le dejaré dinero para los gastos. De todas formas, si le hiciera falta más, pídalelo a él. Yo, de vez en cuando, le llamaré para saber como está y si me necesita.

–¿Tanto va a durar la ausencia?

–No lo sé con exactitud; espero no tardar mucho.

Como ya lo tenía decidido, al día siguiente, una vez preparado un equipaje ligero y los recursos necesarios para cualquier contingencia, cogí el auto y, sin prisa imprudente, me dirijo a mi pueblo natal a iniciar allí la obtención de datos para la búsqueda de Helena. Hice algunas paradas en el camino, procurando llegar al atardecer, con objeto de no llamar mucho la atención. Para no molestar a quienes ocupaban mis fincas, me alojé en una mediana pensión, único establecimiento de hospedaje que existía. Como los dueños o quienes trabajan en tales establecimientos, tratan con mucha gente y se enteran de los sucesos ocurridos en el pueblo, mientras cenaba procuré sonsacar a la hospedera que, salvo en casos excepcionales, servía ella misma, sobre la familia de Helena. Así supe que la tía que yo conocí, por causa de los muchos años, estaba incapacitada y con sus facultades mentales muy deterioradas. La hija llevaba la casa y se había casado con un buen hombre, muy trabajador, y no tenían descendencia.

Con estos conocimientos, al día siguiente fui a la casa de la familia de Helena, situada cerca de donde yo habité. La tía, muy anciana, ni me reconoció ni me recordaba; la hija, sin embargo, con sólo verme, me identificó y saludó efusiva. Se había llevado muy bien con su prima y conoció mi relación con ella. Después de las preguntas habituales tras una larga ausencia, le expuse sin circunloquios el objeto de mi visita: averiguar dónde estaba. Con sinceridad me informó que, como no congeniaba con su tía, y como con mi reclusión en el campo nada le atraía del pueblo, decidió irse con la de Madrid, pese a que ni la conocía.

–Mi madre –continuó compungida– se sintió aliviada y alegre, contenta, diría yo, por no tener responsabilidad. Por mi parte lloré mucho, porque quería a mi prima y conocía su bondad y limpio corazón, ganándome por tal causa muchas reprimendas.

–Una vez en Madrid –pregunté– ¿recibías noticias?

–Sí, me escribía con frecuencia. Y por lo que se deducía de sus escritos, muy discretos, eso sí, tampoco allí encontró la acogida que merecía. La colocaron en una tienda, pero no duró mucho, lo que irritó a la familia, que volvió a buscarle otro trabajo. De lo que pasara después, no se nada, pues le escribí varias veces y no obtuve contestación.

Próxima la hora del almuerzo, con los detalles que me había dado durante mi visita y las direcciones de los familiares con los cuales, en teoría, debió estar, regresé a la pensión.

Por la tarde fui a la finca arrendada. Aunque no estaba lejos cogí el auto, pues negros nubarrones amenazaban lluvia y, por otra parte, ya anochecía pronto. Me recibieron muy amables, obligándome a quedarme a la cena. Me dio cuenta de lo bien que iba todo, con el ofrecimiento de que si necesitaba algo contara con todos sus allegados. Me interesé por los sucesos y la marcha del pueblo, pero nada saqué en claro de Helena, ya que no habían tratado a la familia ni a ella la habían conocido.

Cerca de la medianoche me despedí y, con precaución, pues lloviznaba, conducía pensativo cuando en un recodo vi una furgoneta aparcada y a varios individuos alrededor. Me paré y bajé, por si necesitaban algo, pero la respuesta fue un garrotazo en las espaldas, puñetazos y patadas que me hicieron perder el conocimiento. Cuando me recuperé y abrí los ojos, estaba en el puesto de socorro del pueblo. Alguien me había recogido por la mañana y trasladado allí.

–Menuda paliza le han dado –me dijo el médico–. ¿Cómo ha ocurrido?

Torpemente le expliqué lo que recordaba.

–Son esos indeseables que roban por todo el término las cosechas, para venderlas por el primer dinero que les dan.

No tardó en llegar, al enterarse, el que cultivaba la finca, que se empeñó en cuidarme en su casa, hasta que me repusiera, pese a mi negativa.

–Será mejor que descanse unos días –opinó el médico–. Aparentemente no tiene nada más que magulladuras; hágale caso a su amigo.

Acepté y la verdad es que me trataron con una delicadeza y atención como nunca había tenido de nadie, excepción hecha de Pepita. A los cinco o seis días me encontraba casi repuesto y deseando volver a casa. Encargué la contratación de un taxi, pues mi auto lo habían dejado inservible aquellos desconocidos bárbaros.

Durante la estancia en la finca, me visitó un antiguo amigo, peleón y vengativo, que durante un breve paseo, me confesó, exigiéndome silencio sobre el tema, que tenía proyectada una venganza para tanto robo y atropellos que los vecinos estaban sufriendo.

–Los más indeseables no son esos bárbaros ladrones, sino quienes se aprovechan en su beneficio, comprando lo robado casi por nada.

Ya en casa, Pepita, que se había enterado del percance, no se cómo, vino a verme y no hubo manera de que me dejara, hasta comprobar que estaba repuesto.

–¿Qué vas a hacer? –me preguntó.

–Seguir buscando a Helena –respondí decidido.

–¿No será peligroso hacerlo sólo?

–Quizá, porque a veces ocurre lo más inesperado, como ha pasado ahora.

La pregunta de Pepita me hizo cavilar sobre cómo actuar en lo sucesivo. Solo tal vez no podría enfrentarme a hechos imprevistos. Y si tenía en cuenta que en toda mi vida tuve necesidad de luchar en conflictos físicos, como había ocurrido en el caso de los ladrones de aceitunas, de acompañarme alguien fuerte y con experiencia en sucesos de esta índole, tal vez hubiéramos evitado, por lo menos, la monstruosa paliza que me propinaron. Encargar a una agencia la búsqueda de Helena, después de tantos años, ni me gustaba ni me parecía delicado; era como abrir mi corazón a un conjunto de extraños, a los que simplemente les interesaría el dinero y que tal vez provocarían

problemas en la vida de ella, si había encontrado la forma de vivir feliz, con olvido del pasado.

Así estuve cavilando toda la noche. Mas, de pronto, como en los dibujos humorísticos, se encendió en mi cerebro una especie de lámpara que me dio, en principio, luz para intentar una solución al problema: Tom. Tom –transformación cariñosa de Antonio– es un hombretón cubano, fuerte, aventurero (había recorrido medio mundo) y que al desembarcar en nuestra empresa se encontró a gusto y tan bien tratado, que decidió quedarse aquí hasta jubilarse. Para nosotros ha sido desde entonces uno más de la familia. A él le confiábamos incluso problemas delicados, con la certeza de que ayudaría con el mayor interés y discreción.

Por la mañana hablé con mi socio, a quien informé y pedí consejo sobre todas mis intenciones respecto a Helena, y no sólo no las vio absurdas, sino que me animó a esta aventura, dado su carácter y espíritu inquietos, y le pareció acertado que me acompañara Tom, más preparado que yo para afrontar situaciones de violencia, que tal vez surgirían. Convencido, pues, del acierto, cité a Tom para que me visitara por la tarde.

Con puntualidad británica, Tom llegó a casa y tras interesarse por mi estado e informarse de lo ocurrido, le expuse mis deseos de encontrar a Helena, sin otro interés que conocer su vida desde que perdí el contacto con ella, por error cobarde de mi parte. De esta manera daba cierto sentido a mi vacía existencia actual. Y como tenía la intuición o presentimiento de que para ella el tiempo vivido no ha sido fácil, compensarla en la forma que pudiera, si ello era posible.

Por otra parte, –añadí– dado que mi primera actuación, por simple casualidad quizás, me ha ocasionado imprevisto descalabro, he pensado que me acompañaras tú, conocedor, mejor que yo, de la gente y de ese mundo marginal que actúa al filo o fuera de la ley, porque tengo la sospecha de que Helena ha sido arrastrada a él, por su belleza e ingenuidad.

Tom se mostró encantado con mi propuesta.

–Conmigo puedes contar para todo. Llevamos muchos años juntos y me conoces bien. Para mí, después de la pasividad tan larga disfrutada, volver a vivir una aventura, por pequeña que sea, me rejuvenece. Y, además, si es para ayudarte, más aún.

–Gracias, Tom. Esperaremos unos días para terminar de reponerme y planificarlo todo.

–De acuerdo, Carlos, tú mandas.



V

De las primeras pesquisas.

Pasados unos días, con el equipaje imprescindible necesario, subimos al Ave por la tarde camino de Madrid, ciudad a la que, según la prima del pueblo, marchó a casa de otra tía. Yo tenía, gracias a la amable informadora, las direcciones de parientes con quienes habían tenido relación más o menos frecuente, por si conocían el paradero o poseían noticias.

Nos alojamos en un pequeño hotel de la Gran Vía. Como había anochecido, cenamos, localizamos en un plano la calle donde debía habitar la tía y nos fuimos a nuestras respectivas habitaciones.

Seguramente por la satisfacción de haber iniciado en serio la búsqueda, me quedé dormido rápido y cuando por la mañana desperté, estaba relajado y deseoso de actividad. Igual debió ocurrirle a Tom, pues cuando lo llamé, con unos golpecitos en la puerta, estaba ya preparado.

Desayunamos en una cafetería próxima y en un taxi nos trasladamos a la dirección prevista. Lo que ya no estaba previsto es que nadie sabía nada de la familia que deseamos ver.

—A lo mejor el portero, que lleva muchos años, se acuerda —me indicó una vecina.

Hablamos con el portero, un señor ya mayor que, tras rascarse la cabeza dubitativo y guardar presuroso la propina que le di, nos informó:

—Sí, vivieron aquí. De eso hará unos diez años. Luego, de improviso, casi furtivamente, se marcharon.

–¿Dónde? –pregunté.

–No lo sé... Quizá puedan averiguarlo en el padrón del Ayuntamiento... O en la Comisaría del distrito.

–¿En la Comisaría?

–Sí... A los pocos días de irse pasaron por aquí unos policías preguntando por ellos, ignoro las causas, pero bien podía ser cuestión de drogas.

Ya en la calle, pensativos, Tom me miró en una muda interrogación. Decidido, le dije:

–Vamos al Ayuntamiento. En estadística registran los movimientos de población.

Allí, como ocurre en todos los organismos oficiales, nos enviaron de un lado a otro, de un jefe de sección a un jefe de negociado, de un delegado a un técnico. Entonces, harto y mareado, me dirijo a un uniformado ordenanza, le expliqué mi problema, le di un sustancioso sobrecito y nos llevó a una escondida dependencia, atiborrada de legajos y en la que un hombre ya mayor –próximo a la jubilación– tecleaba torpemente un ordenador. Habló con él unos minutos, el funcionario nos miró curioso y volvió a teclear el aparato. De la impresora surgió un folio, que el ordenanza examinó y luego nos lo ofreció. En él aparecía el nombre de la tía de Helena y los diversos cambios de domicilios de la familia hasta la fecha.

Pregunté al ordenanza el precio de la información y me indicó que era gratuita, pese a lo cual le aumenté la dádiva. Sin pérdida de tiempo, en un taxi, nos desplazamos a la última dirección que figuraba en el papel facilitado por el funcionario. Era una casita de dos pisos, en la periferia, habitada por una familia que, al explicarle nuestros deseos, nos atendió con amabilidad.

–Sí, en efecto, vivieron aquí, en el piso de arriba, una temporada no muy larga. Un día, casi de improviso, nos comunicaron que se iban al extranjero.

–¿A dónde?

–A París. Lo sé porque mi hija menor se hizo muy amiga de una chica de la familia –sobrina creo– y se carteó con ella unos meses.

–¿Conserva las cartas o la dirección? –pregunté.

–Creo que sí, voy a buscarlas. –Y se adentró en una habitación, apareciendo más tarde con algunas.

Tomé nota del remite y le agradecí la información. Camino del hotel, me dirigí a Tom:

–Lo más pronto posible estaremos en París.

–El propio gerente del hotel me consiguió los billetes y la reserva de un hotel, en París, con el que se relacionaban. La salida sería dentro de tres días.

Nada más acomodarnos en las reservas de París, nos informamos de la situación de la calle a la que se había mudado la familia de Helena. Al día siguiente, por la mañana, un taxi nos dejó en la dirección deseada.

Era un viejo caserón de barrio, no muy cuidado. Llamamos al timbre con insistencia, pues parecía no haber nadie en él. Al cabo de un buen rato se abrió la puerta y apareció un hombretón, con aspecto de mal genio, que nos observó fijamente y cerró con brusquedad la puerta, sin preguntar nada. Ya iba a insistir en la llamada cuando volvió a salir, acompañado de otro personaje, que parecía su gemelo. Entonces habló con voz ronca y entendí que se interesaba por el motivo de la visita. Como pude (no domino bien el idioma), ayudado por Tom, que algo sabía, traté de explicar nuestro deseo de encontrar a Helena, cuya familia se había trasladado a aquel domicilio hacía tiempo.

Se miraron y con un gesto nos invitaron a entrar. Caminamos detrás de ellos, por un estrecho y largo corredor. Entramos, al final, en una habitación, con poco mobiliario: un pupitre, varias sillas y un par de pequeñas estanterías con carpetas y una caja de cartón llena de sobres. Uno de los dos salió, mientras el compañero nos vigilaba.

Poco después apareció con un señor barbudo que, nada más vernos, preguntó:

–La marchandise?

Volví, sin que pareciera oírme ni entenderme, a exponer nuestro deseo pero él, con rostro cada vez más avinagrado, gritó:

–Oú est la marchandise?

Nervioso yo, enfurecido Tom y casi dispuesto a usar sus puños, la situación cambió cuando un gran estrépito, acompañado de gritos, se acercó por el corredor, que vomitó todo un ejército de policías, armados hasta los dientes, ordenando que nos arrojáramos al suelo, donde unos nos esposaron, sin miramientos, a los cinco, y otros inspeccionaron la casa. A continuación nos introdujeron a empujones en un furgón situado en la entrada.

Tras un largo recorrido, en un rincón del vehículo, con el tenebroso agujero de una metralleta apuntando sin descanso, llegamos a lo que debía ser un cuartelillo de la policía. Sin mucha consideración nos obligaron a bajar y nos llevaron a unos oscuros calabozos en los que, a duras penas, cabíamos los cinco. Más de una hora estuvimos en el cuartucho, como olvidados, cuchicheando Tom y yo, hablando quedo entre ellos los tres individuos que nos recibieron tan poco amables y que fueron, con nosotros, en la misma hornada, como si hubiera relación entre todos. Por fin un par de policías nos fueron llevando a un local apartado, para una minuciosa interrogación. Tom y yo fuimos los últimos y todo el interés policíaco tenía un objetivo: saber donde estaba la droga. Yo expliqué, como pude, por activa y por pasiva, la finalidad de nuestra visita al lugar y sus ocupantes, absolutamente desconocidos para nosotros. Por más que repetí mi historia mil veces les resultaba increíble e insistían en una supuesta colaboración con los delincuentes. Como el papel con las direcciones se había perdido en la trifulca, no pude facilitar aquella mínima prueba, sólo la documentación que poseíamos de extranjeros.

Como cada cierto tiempo se relevaban los policías en la tarea



Escena de la película “5 Años de vida”

de sonsacarnos, en uno de aquellos relevos entró uno que dominaba bien el español. Ello me hizo abrigar esperanzas de hacerme comprender bien, por lo que volví a contar, con todo detalle, mi historia y mi deseo de encontrar a una antigua novia, y lo que nos había sucedido desde la salida de casa.

–No pretenderá usted que crea esa romántica y extraña historia –fue su respuesta.

–Pues es la verdad. Puede usted comprobarlo en el Consulado y con nuestra policía. No somos delincuentes y menos traficantes de drogas, sino personas serias y de relativa buena posición.

–Investigaré –comentó y se fue.

Durante el resto del día y el siguiente, nadie se dirigió a nosotros. En el calabozo sólo habíamos quedado Tom y yo y únicamente a la hora de la comida, aparecía alguien que nos suministraba un frugal y desabrido alimento, sin ningún comentario.

Como es lógico, nuestra impaciencia y malhumor aumentaban cada minuto y, por más que intentamos llamar la atención, nada conseguimos. Al tercer día, vino el policía que prometió investigar y, efectivamente, lo había hecho.

–Bueno –dijo– la información obtenida no os implica con el tráfico de drogas. Parece que tenéis razón.

–La tenemos –afirmé rotundo.

–La familia que buscáis sí está comprometida. La tía de la muchacha ha sido persona importante en ese sucio comercio. La joven que os interesa, hace mucho tiempo que se separó de los familiares, por el mal trato que recibía al negarse a colaborar. Según antiguos conocidos, se colocó en un “Club”, en el distrito quince y no me ha dado tiempo de conseguir más noticias.

–¿Sabe el nombre del Club?

–Sí, y ahora se lo facilitaré, con mi tarjeta para el dueño, que es conocido, pues estáis libres al no haber ninguna acusación ni sospecha sobre vosotros.

Por la tarde noche paseamos un buen rato, tratando de olvidar lo vivido las últimas horas.

La mañana siguiente, ya repuestos, nos dedicamos a encontrar el “Night club” y, por suerte o desgracia, no tardamos en localizarlo. Claro que tan temprano –no era ni mediodía– estaba cerrado; y por más que tratamos de contactar con algún empleado, fue imposible; sólo divisamos a través de unas entreabiertas ventanas, unas limpiadoras que ni se dieron cuenta de nuestra curiosidad. Fue preciso, por tanto, volver ya de noche. Entonces sí estaba iluminado, exterior e interiormente, con gran intensidad y variados colores, que lo destacaban de los escaparates y edificios de alrededor.

No hubo problemas para entrar. Ojeamos con interés. Dos chicas monas y ligeras de ropa se nos acercaron. Con ellas fuimos a la barra, tomamos unas copas, estableciendo así cierto contacto para no producir recelos. Pasado un tiempo, les pregunté por el propietario.

Ambas se miraron sorprendidas y, dando a entender su ignorancia, por respuesta señalaron al encargado de la barra como más apropiado informador. A él me dirigí y le manifesté mi deseo de hablar con el dueño.

Me observó pensativo, y sin duda iba a contestarme que desconocía donde estaba, pero yo me adelanté, le enseñé la tarjeta del policía, y le aclaré:

–Me envía este señor, que es amigo suyo.

–Está bien, espere un momento –dijo en buen español y salió, regresando casi enseguida indicando que le siguiéramos.

Salimos del salón y recorrido un largo pasillo, nos situó a la puerta de un despacho, la abrió y nos señaló unos sillones.

–Siéntense allí y esperen. –Y sin añadir nada se marchó silencioso.

Como estaba escarmentado a causa de hechos imprevistos, no dejé de observarlo todo y estar atento a cualquier ruido. Pero no, sin tardanza entró un señor elegante, con aspecto de hombre formal y serio, que nos dio la mano casi con cordialidad, al tiempo que decía:

–Los amigos de mi amigo, lo son también míos. No hace mucho rato que me ha hablado de vosotros y me ha pedido que los atendiera bien. Sentaos.

La cosa marcha bien –pensé–. Sin dar una explicación amplia del motivo, le puse al tanto de la búsqueda de Helena que, según los últimos datos obtenidos, había estado trabajando en su club durante una temporada. Le enseñé una fotografía que, dada la edad con la que se la hizo, no parecía lógico que la reconociera. Además, por los años en que debió trabajar allí –los 90 del último siglo– y el número de chicas que habrían pasado por el Club, resultaba comprensible que no la recordara.

–Quizás Lely, que está aún desde esas fechas, la recuerde.

Hizo que viniera la tal Lely, mujer ya de mediana edad pero aún atractiva, a quien explicó el asunto. Ella, después de examinar la fotografía y pensar, la recordó. Era –dijo– una joven muy bella y buena, pero no le iba este ambiente y se marchó en cuanto pudo. Trabajó sirviendo en la barra, pero le agobiaba y asustaba el excesivo interés de los clientes.

–¿Y sabe dónde se fue? –pregunté.

–No, señor respondió. Y a una indicación del dueño, salió.

Desanimado y triste, nos despedimos del amable amigo del policía, propietario del Club, que se quedó en el despacho.

Ya finalizando el pasillo, a la puerta del Salón, nos encontramos con Lely que, muy educada, se acercó para despedirnos. Al darme la mano, dejó en la mía un arrugado papel, con precaución y disimulo.

Intenté darle una propina, que ella rechazó, pero el gesto de meter mi mano en el bolsillo, me sirvió para guardar el papel.

Ya en la calle, una vez lejos del “Night Club”, y no sin antes mirar alrededor, por si alguien nos había seguido, saqué el papel y a la luz de un escaparate, que simulamos observar, Tom, con mejor vista que yo, leyó el contenido, muy breve, escrito con ligereza, que decía: “Espéreme mañana, a las doce, en Notre Dame”.

Quedé un tanto confuso y receloso, pero decidido a ir, pasara lo que pasara.

–¿Qué piensas de todo esto? –pregunté a Tom.

–A mí, ese individuo tan amable y atento, me parecía hipócrita, no se por qué. Se desprendía de tanta atención un tufillo de falsedad, de fingimiento. Esperemos que esto no sea una trampa.

–No creo. Además, no tuvo tiempo de dar instrucciones a Lely, la del papelito.

–Suponiendo que sea ella.

–¿Quién puede ser, si no, con tanta rapidez?



Callejamos un rato y, al pasar por el “Moulin Rouge”, decidí que entráramos. Mediado estaría el espectáculo, pero era bonito y agradable, lo que nos distrajo momentáneamente de la multitud de preocupaciones. Tomamos un par de güisquis y, más relajados, nos fuimos al hotel.

Yo mal dormí aquella noche, pensando en la cita, e impaciente porque llegara la hora. Una imprecisión de la nota, que ahora me daba cuenta, es no señalar un sitio concreto. La iglesia es grande y, a esa hora, está siempre llena de turistas. Y el rostro de Lely –si es que era ella– no lo recordaba bien, se me había casi borrado, lo que añadía más preocupación a mi ánimo. Así se lo expuse a Tom; pero él, como hombre práctico y menos afectado, con buena lógica, resolvió el problema.

–Será ella la que nos encuentre, no lo dudes.

Una vez desayunamos y dimos unos paseos junto al río, haciendo tiempo, contemplando, a distancia, la esbelta torre Eiffel y los barcos repletos de turistas que navegaban por el Sena, nos dirigimos despacio al lugar previsto. Como esperábamos, los alrededores y escalinatas, eran un hormiguero humano. Próxima la hora, entramos en la Catedral y sin prisas, de manera pausada, fuimos recorriendo el edificio. Las doce campanadas hacía bastante que sonaron, pero seguimos dando vueltas y observando a la gente. Al pasar junto a un confesionario, alguien me sujetó, con suavidad, del brazo, y ordenó arrodillarme, simulando confesar. Un busto negro, sentado al fondo, en voz baja me indicó:

–Mantenga una postura adecuada. Soy Lely. Voy a contarle lo que allí, en el Club, no pude, de Helena. Era una chica muy atractiva y buena, demasiado, para aquel lugar. Como no quería servir ni alternar en las mesas, durante el tiempo que trabajó lo hizo siempre en la barra, lo que tampoco era un regalo. No se asombre de mi atuendo, que me ha dejado mi primo, que es sacristán. Disimule y esté atento como si escuchara mi consejo. Como le decía, Helena no se adaptaba al trabajo y menos aún estaba dispuesta a dejarse prostituir, como

pretendía el jefe, ese hombre tan amable que los recibió ayer. Yo, entonces joven, con discreto disimulo, la tomé bajo mi protección, y con astucia e influencias, pude librarla de las trampas y engaños que le tendían por todos lados, dada su belleza. Por aquellos días estaba en su apogeo el conflicto yugoslavo. Teníamos aquí una muchacha de allá de las pocas íntimas compañeras de Helena, muy preocupada por sus padres y que pretendía ir a buscarlos, pese al peligro. Traté de convencer al jefe de que le permitiera ir acompañada por Helena, que no quería dejarla sola. Ante mi insistencia, acabó cediendo. Eso creí yo al menos. Mi primo, el sacristán, hábil en toda clase de cambalaches y soluciones, consiguió unos pasaportes para las chicas. Todo parecía ir sobre ruedas. Pero el jefe, entonces, condicionó la ejecución del plan, y el facilitar los medios económicos, a que llevaran a Italia unas joyas, donde se las recogerían unos amigos que se las habían encargado. Todo muy sencillo y fácil. (En realidad se trataba, como supe más tarde, del transporte clandestino de unos diamantes). Ellas aceptaron sin dudar, con tal de alejarse del Club; yo, sin embargo, tenía las moscas tras las orejas, como suele decirse. Sin atreverme a decirles mis temores, traté de disuadirlas del viaje, por el riesgo, pero se negaron; me limité, entonces, a recomendarles precaución y que no se fiaran de nadie. Con sus pasaportes legalizados, no se cómo, unos maletines con alguna ropa y dinero no excesivo disponible, las llevamos el día previsto a “Orly”, donde subieron, sin dificultad, al avión que las llevaría a Roma. Dada la diversidad de origen, aunque hablaban bien el francés, se presentaban siempre como amigas y compañeras que habían sido premiadas con un viaje; a tal fin se les facilitó un certificado de la empresa donde trabajaban, el propio Club, cuya realidad podía comprobarse de hacer falta. No hubo problemas en el viaje ni en el alojamiento, un hostel normalito y asequible, apropiado para clases medias en desplazamiento de turismo o de trabajo. Durante varios días pasearon y visitaron algunos monumentos, pero siempre pendientes de quienes se situaban cerca-

nos o las miraban con interés. Un día, cuando regresaron al hostel, se encontraron con la sorpresa de que alguien había entrado en la habitación, abierto las maletas y rociados los contenidos sobre las camas. En principio no notaron falta alguna y no denunciaron nada, pero al colocar de nuevo la ropa, se dieron cuenta de que las maletas no eran las mismas. En las suyas había pequeñas rozaduras y arañazos que en éstas habían desaparecido, por lo que concluyeron que en las otras debía estar la mercancía transportada, bien oculta. El hecho implicaba ya una tranquilidad, pues desaparecía el temor a que les encontraran algo ilícito, como ya empezaban a sospechar, pues no les dijeron qué llevaban ni en qué lugar del equipaje. Pero no ocurrió así. Antes de que terminaran de ordenar la ropa, sin mucha etiqueta, entraron dos policías que lo registraron todo. Como no encontraron nada las invitaron –por decirlo fino– a que los acompañaran a Comisaría, donde las interrogaron durante todo el día. Y por más que ellas explicaron cien veces la pretensión de pasar a Yugoslavia, para buscar a los padres de la compañera de Helena, las retuvieron hasta el límite que la ley permitía. Por lo visto habían recibido un chivatazo del paso clandestino de diamantes, que no habían podido descubrir.

Ya en libertad, emprendieron viaje a Trieste, como ciudad fronteriza, para tratar de cruzar la frontera a la antigua Yugoslavia o a Albania. Aunque allí existía mucho movimiento y fuerzas italianas vigilando, pasar al otro lado no era difícil, sobre todo para mujeres. Numerosas mafias u organizaciones de maleantes lo hacían, unas veces por dinero, otras por el vil comercio de la prostitución, pese al peligro que entrañaba el variopinto conflicto de las diversas nacionalidades. Ignoro cómo lo lograron, pero entraron y me temo que cayeron en manos poco escrupulosas, pues sin consultar con ellas las trasladaron al interior con ánimo, pienso, de servir de distracción y disfrute de las sanguinarias facciones surgidas. La suerte, que a veces se deja ver, hizo que fueran a parar a un grupo comandado por el padre de la yugoslava, lo que evitó fueran violadas y tal vez asesinadas. Esto

coincidió con el bombardeo e intervención de la OTAN, entonces dirigida por un español, un tal Solana, que obligó a la facción a diseminarse, llegando, parte de ella, cerca de Grecia. La amiga de Helena rogó al padre que pasara a la compañera a este país, ya que bastante se había arriesgado por no dejarla sola. Y así lo hicieron, seguramente mediante sobornos. La realidad es que Helena se encontró, en pocos días, en Atenas, sin saber el idioma y sin recursos, durmiendo varias noches en unas ruinas y pidiendo para comer, hasta que una militante de alguna Asociación religiosa la encontró, casi desfallecida y la acogió en su organización, cuya principal misión era la de proteger a los niños y personas necesitadas. Me escribió contándome lo sucedido y me expresó, también, su intención, si no había inconveniente, de integrarse en la asociación, y ayudar en el cuidado de niños, sobre todo en África. Y ya no sé nada más de ella. De la yugoslava también recibí noticias: estaba con su padre, que había sobrevivido al desastre balcánico y parecía que todo iba a mejorar. De Helena carecía de noticias desde que consiguieron pasarla a Grecia, con bastantes dificultades. Esto es lo que sé de la muchacha que buscan.

–Tendremos que ir a Grecia y localizar la Asociación por la que fue acogida.

–Yo antes vería a la yugoslava, porque tengo la sensación que entre las condiciones del pase a Grecia, hay algo que no me ha contado ninguna –sugirió.

–Es posible.

–Incline la cabeza como si le estuviera dando la absolución y después váyase a cualquier altar y rece. No podemos fiarnos de nadie.

Ella casi se tapó el rostro con una capucha frailuna y tras dar la bendición, se levantó cuando yo lo hice, penosamente, pues tenía dormidas las rodillas y piernas. Como me había indicado me dirigí a un altar próximo y, nuevamente arrodillado, recé una supuesta penitencia. Tom, un poco atónito, permaneció no muy lejos.

V

Tras las huellas de Helena

Una vez salimos de la Catedral, referí a Tom cuanto me había contado Lely y examinamos las cartas que me había entregado que, de nuevo, sólo añadía la última dirección de la amiga de Helena.

En el hotel, durante el almuerzo, sopesamos las ventajas e inconvenientes de seguir el consejo de buscar primero a la yugoslava para que nos ampliara información. Al final nos inclinamos por esta solución, pues parecía muy conveniente a nuestros propósitos averiguar qué Asociación, Orden u Ong era la que había acogido a Helena, y posiblemente la amiga sabría algo sobre este hecho. Así, pues, decidimos ir a lo que fue Yugoslavia, bajo la bota de Tito, lo que no resultó muy difícil. Como ellas, desde Trieste, pasamos al laberinto de la antigua confederación, hoy convertida en naciones con etnias distintas, que a la muerte del dictador resurgieron con sus diferencias y odios, lo que no deja de ser paradójico y hasta aleccionador, de lo peligroso que es exacerbar nacionalismos, fanatismos religiosos y la exaltación de peculiaridades estúpidas, si es que en verdad existen entre los humanos.

Para movernos más fácilmente, alquilé un viejo auto y con él nos situamos en pleno corazón de Serbia, donde parecía vivir la persona a quien buscábamos... El recelo todavía existente con el resto de los europeos, dificultó la tarea. No obstante, por suerte, dimos con ella. Hoy es una espléndida mujer, pese a los años y vicisitudes vividos. Cuando conseguimos convencerla de nuestras intenciones, se abrió con sinceridad y completó los datos de Lely.

Nada más llegar a su tierra desde Italia, fueron secuestradas por una banda de rebeldes albaneses. Como tenían intención de venderlas, no quisieron estropearlas por lo que, en principio, desistieron de la violación, con objeto de obtener buen precio de algún magnate árabe. Para bien de ellas, el pequeño regimiento que dirigía su padre, las asaltó y las liberó; pero el ánimo de los soldados era también de violarlas, y lo hubieran hecho si su padre no llega a reconocerla.

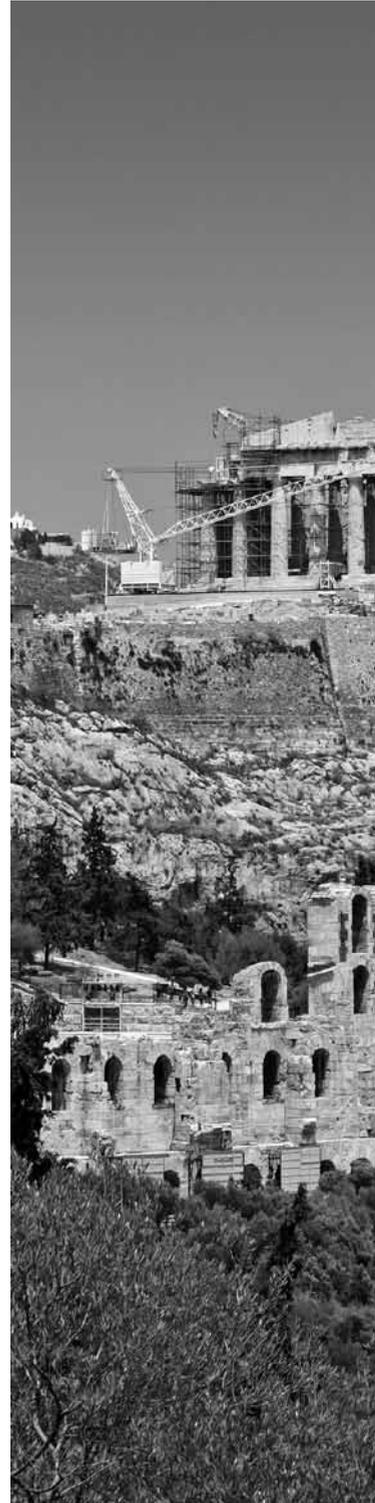
Incorporadas al grupo militar –más bien banda– a las órdenes del padre, que luchaba a favor de Milosevic, atravesaron el centro asaltando pueblos, matando sin piedad y recibiendo a su vez disparos y cañonazos desde todas las direcciones. Aquello era una locura dentro de un infierno. “Mi padre –explicó– trataba de acercarse a Grecia para dejarnos allí; propósito y deseo cada vez más acuciantes cuando intervino la OTAN. No sé cómo, pues allí existían muchos intereses intercambiados, consiguió que unos traficantes, supongo que de armas, nos llevaran hasta un pueblo griego cercano a la frontera. Yo, sin embargo, volví con mi padre, pues prefería morir con la familia a vagabundear y ser perseguida o maltratada lejos”.

–¿Y Helena?

–Con algún dinero que le dejé, decidió ir a Atenas y tratar de regresar a su país.

–Pero no lo hizo.

–Sí, ya lo sé. Cuando nuestro conflicto entra en fase de terminación, una monja que cuidaba niños huérfanos, me contó como había recogido a una muchacha española en Atenas, medio desvanecida, y que decidió unirse a la Orden. Era Helena pues me dio detalles de



El Partenon – Wikipedia



ella e incluso recordó su nombre. Lo que ignoro es dónde la llevaron, en qué país o misión estaba. Pero eso, en alguna de las casas de la Orden, pueden averiguarlo.

Con la ayuda de la yugoslava y de conocidos suyos, nos fue fácil trasladarnos a Grecia. Ya en Atenas, procuramos encontrar la Orden o Congregación a la que se había unido Helena. Tampoco fue un gran problema, pues aún había gente que recordaba aquellos días. Por aquí pasaron muchas familias deshechas, muchos niños huérfanos, víctimas de la locura desatada... Y también acudieron, por fortuna, personas espléndidas para ayudar y proteger: entre ellas las religiosas que habían elegido, como actividad vital, dar consuelo y soluciones a seres hundidos y maltratados por el odio, el hambre, las heridas, la miseria, el abandono... Visitadas varias Congregaciones, aportando los datos que teníamos, dimos, por fin, con una en la que existían algunas religiosas que la recordaban y sobre todo, había documentación. En efecto, Helena había sido recogida en la calle, desnutrida y enferma. Al cabo de unos meses, estuvo recuperada y, entonces, pidió quedarse con ellas como novicia, lo que les venía muy bien, dada la necesidad de activistas y colaboradores que necesitaban para atender a tanto desvalido desparramado por el mundo. Durante unos meses permaneció en Grecia, ayudando y formándose. Era, según recordaban, infatigable y fuerte, y siempre estaba dispuesta a realizar tareas, por dificultosas que fueran, con gran ánimo y fortaleza. La endeble, delgada y triste jovencita que habían recogido, se convirtió en poco tiempo en una mujer perfecta, bella y alegre a la que todo le parecía bueno y útil. Sin pretenderlo, pues era modesta, se transformó en una persona imprescindible; tanto que

la superioridad consideró sería más válida y necesaria en otros lugares muy azotados por la desgracia, una vez que recibiera los hábitos. Y así ocurrió: tras la ceremonia –adelantada por las circunstancias–, fue trasladada a África. De lo que no tenían constancia era del lugar. Habría que preguntarlo en la Sede Central de París.

Rogué que gestionaran la localización de los lugares donde podría haber ido o estaba ahora, corriendo de mi cuenta los gastos que ello pudiera ocasionarles, amén del donativo que tenía previsto entregarlas como ayuda a las labores que realizan. La que nos atendió prometió hacerlo, aunque sin duda pasaría algún tiempo para encontrar los datos, pues eran años los ya transcurridos desde entonces. Anotó nuestra dirección con intención de llamarnos cuando obtuviera los resultados, lo que me produjo cierto desánimo. Pero lo cierto es que no podía hacer otra cosa, salvo volver a París y tratar de que nos los facilitaran de forma directa. Mas eso podríamos hacerlo siempre. Así que regresamos al hotel para descansar y con la intención, en días sucesivos, de corretear la ciudad.

Era ése el proyecto, pero las cosas no acontecen como uno desea. Nada más entrar en la habitación, nos encontramos todo revuelto y, a nuestras espaldas, varias metralletas apuntándonos. Sin mucha ceremonia nos esposaron y en un sucio furgón nos trasladaron a una Comisaría.

En ella, con un torpe intérprete, nos tuvieron horas y horas interrogándonos. Como nuestra entrada en el país no había sido muy normal, sospecharon que tratábamos de comprar o vender armas o drogas. La historia que yo repetía incansable les parecía un cuento estúpido. Tras muchos ruegos de que nos pusieran en contacto con el Consulado, yo creo que desesperados, lo hicieron y conseguimos que un secretario fuera a vernos. Sospecho que a él también le sonaba mi historia a excusa mal urdida; pero como compatriota lo anotó todo para averiguar qué de verdad había en ella. Le di la dirección y el nombre de mi socio y otros conocidos de prestigio.

Dos días estuvimos encarcelados, mal comidos y no muy bien tratados; por fin el funcionario volvió y con otro aspecto y modo. Entró sonriente, amable y servicial. Había comprobado nuestra personalidad; mi socio, con la velocidad que imprimía a cuanto tenía que resolver, movió sus muchos y variados resortes y conocimientos, poniendo a trabajar a toda la diplomacia y a los servicios de inteligencia. El resultado fue que nuestro propio Ministro intervino, hablando con el griego, y a todo el mundo le faltó tiempo para disculparse y liberarnos.

El funcionario del Consulado, en su auto, nos llevó al hotel y nos entregó una documentación personal que nos acreditaba, mientras preparaban la definitiva, de no aparecer la perdida. Le agradecí sus gestiones y, ya duchado y relajado, llamé a mi socio para felicitarle por su eficacia, al tiempo que le pedía transferencia de fondos.

El recepcionista me informó que, estando ausentes, habían recibido una llamada telefónica de un Convento, donde querían vernos, lo que compensó los malos ratos pasados en la Comisaría. Con la mayor celeridad fuimos para conocer lo que habían averiguado. La Superiora, muy atenta, nos explicó cuanto desde París le habían comunicado. Helena, sin apenas descansar unos días, hubo de marchar al destino asignado: una Casa de acogida, en el antiguo Congo Belga, donde cuidaban, curaban y educaban a niños huérfanos o abandonados, como consecuencia de las continuas luchas tribales o económicas que se libraban en la zona. De vez en cuando recibían noticias, escasas aunque satisfactorias para la Orden, por la labor que estaban realizando. Últimamente, como sus actividades se extendieron a otras regiones y el trabajo aumentó, tardaban en escribir. Desde hacía varios meses no sabían nada, y esto era bueno, porque los sucesos malos corren como la pólvora.

Agradecido por cuantos datos nos habían conseguido, les dejé un buen donativo, como había prometido, y con las direcciones de África bien anotadas, regresamos al hotel, a cuyo recepcionista encargué que se enterara de la forma más rápida existente para trasladarnos al Congo. No le pedí que gestionara los billetes hasta recibir

la transferencia de España, pues estábamos escasos de recursos. Gracias a mi socio y amigo, el dinero llegó rápido y, entonces, el amable recepcionista me informó que no había línea directa desde Atenas, sino con escala en Londres, donde cambiaríamos de avión y eso cada tres días. No hubo más remedio que acomodarse a las circunstancias.

A la espera de poder tomar el avión, pasamos unos días aburridos, pues no teníamos ganas de recorrer tantas ruinas. Por fin, acomodado en mi asiento, en cuanto nos elevamos, cerré los ojos como si tuviera sueño; lo cierto es que no me apetecía hablar ni con Tom. Pensaba en Helena, en lo que estaría haciendo, en cómo sería su aspecto actual... Aunque yo, como es lógico, la recordaba como las últimas veces que la vi: joven, atractiva, con carita ingenua y alegre de niña–mujer.

Abrí los ojos y dejé mis pensamientos porque Tom, cada vez con más insistencia, me tocaba el brazo tratando de despertarme de un sueño inexistente.

–¿Qué pasa? –le pregunté.

Con voz muy baja, al oído, me dijo:

–Aquellos dos individuos de los asientos centrales, junto al pasillo, me dan mala espina.

Miré hacia donde me indicaba, tres filas más arriba de la nuestra. Por la tez morena de ambos, debían ser árabes.

–Parecen árabes. ¿Y qué? –le pregunté.

–Están inquietos y no dejan de mirar a todos lados, consultando con extraña frecuencia la hora.

Tendrán prisa –comenté, me encogí de hombros y cerré de nuevo los ojos.

No mucho más tarde, sentí el carrito de las azafatas con café, té y refrescos para los pasajeros. Yo pedí un té pero Tom no quiso nada. Seguía preocupado y observando a los extraños viajeros. Tampoco éstos tomaron ninguna bebida, pero se fijaron con persistencia en las muchachas. Cuando las dos alcanzaron el fondo del pasillo,

uno de los individuos se levantó, como para ir al servicio, mas al llegar a la altura de las jóvenes, con rapidez cogió a una por el cuello y le puso sobre él un afilado cuchillo; el otro, en ese momento, también se levantó y con una especie de pelota de béisbol negra, en la que relampagueaba incesante una luz roja, se dirigió, en un mal inglés que Tom me traducía, a los demás viajeros:

–¡Quietos todos o destruyo el avión! –ordenó mientras, amenazador, esgrimía la bomba. Y cuando, entre los gritos histéricos de las mujeres y niños, el resto de pasajeros obedecimos, sentándonos, indicó a las azafatas:

–Digan al Comandante que desvíe el vuelo hacia Egipto.

Se estableció un intercambio de propuestas y amenazas entre la cabina y los secuestradores, que finalizó cuando el aparato giró y puso rumbo al destino exigido, con gran satisfacción de los dos sujetos.

–Te lo advertí –me reprochó Tom.

–Cierto, tenías razón, ¿pero qué podíamos hacer nosotros?

No comentó nada más, pero no dejaba de mirar a los secuestradores, pendiente de sus mínimos movimientos.

–Posiblemente nos dejarán en Egipto, si no sucede nada extraordinario –comenté.

Tom ni me oyó, creo, pendiente como estaba de aquellos individuos.

–Ya verás como todo se resuelve en un pequeño susto.

Pero él ni me miró. En un momento en que todo parecía tranquilo, gimiendo y llorando silenciosas algunas mujeres y niños, Tom se levantó del asiento haciendo un gesto para llamar la atención de los secuestradores. Ellos ordenaron que se sentara, pero él insistió en que tenía necesidad de ir al servicio. Encorvado y doblados los pies como un Quasimodo, semejava un pequeño monstruito apoyado en un corto bastón, que ignoro de donde lo había sacado. Al verlo en el pasillo, tan poca cosa y tan inútil, le indicaron que fuera hasta ellos.

Sujeto con una mano al bastoncito y con la otra al respaldo de los asientos, fue acercándose lento y torpe.

Yo estaba asustado y sorprendido, viéndome ya en el otro mundo. Cuando estuvo al lado de los dos elementos, tan bien hacía su papel, que el del cuchillo, ahora empuñando una pistola, le abrió la puerta del servicio, y como aún así mostraba dificultades para entrar, le ayudó e incluso no tuvo inconveniente en entrar con él.

Pasó un tiempo, que al de la bomba le debió parecer excesivo, según delataba su mirar inquieto, cuando Tom abrió la puerta y asomó la cabeza muy sonriente, a la vez que le indicaba que el compañero utilizaba ahora el urinario. Tranquilizado el secuestrador, fue a volverse para ocupar la posición que tenía frente al pasaje, cuando Tom, adquiriendo su estatura normal, le arreó tal golpe en la cabeza con sus enormes puños, que perdió el conocimiento y hubiera caído si el propio Tom no lo sujeta y le quita el artefacto y la pistola que tenía. Luego lo dejó caer y le puso un pie en el cuello por si despertaba. Tras examinar las armas con las que nos amenazaron los secuestradores, dijo en voz alta:

–Esto no es una bomba, sino un juguete. Las pistolas sí son verdaderas.

Muchos pasajeros nos levantamos y comprobamos lo que decía.

–¿Y el otro? –le pregunté.

–Está en el servicio, durmiendo. Voy a liberar a las azafatas, que están encerradas en el habitáculo frente al servicio.

Una vez libres, les explicamos lo acontecido y le pedimos algo con lo que atar a los maleantes.

Informado el Comandante por una de las chicas, dejó salir con mucho cuidado a su segundo, por si lo que le habían contado era una estratagema; pero ya seguro, puso de nuevo rumbo a Londres.

Tom, el verdadero protagonista, explicó que por sus conocimientos de armas –había estado algún tiempo en los marines ame-

ricanos— y por cómo trataban la supuesta bomba, sólo podía ser un simple remedo; no así las pistolas y cuchillo. Como, además, no parecían muy fuertes los individuos, ideó aquel plan que, por fortuna, había salido bien.

Todo el mundo estaba tan agradecido y contento, que espontáneamente le aplaudieron.

—Lo que resulta evidente —advirtió al Comandante— es que existe un peligroso fallo en el servicio de la Compañía o del aeropuerto. Las armas y el cacharro ese, debían estar ya aquí cuando ellos subieron.

Al descender los pasajeros en Londres, nos felicitaron. Una vez vacía la aeronave, excepción hecha de nosotros, subió la policía, espuso a los frustrados secuestradores, hablaron con el Comandante y las azafatas y, por indicación de ellos, nos rogaron que le acompañáramos para hacernos algunas preguntas y dejar constancia de los hechos.

Con gran sorpresa mía nos acomodaron —llamémoslo así— en una habitación y nos dejaron solos sin ninguna explicación. Yo intenté salir para protestar, ya que teníamos que coger otro avión, y encontré cerrada la puerta, lo que acabó de exasperar a Tom, que la golpeó con fuerza para llamar la atención. Todo inútil. Nadie apareció ni para bien ni para mal.

—¡Ahora va a resultar que los malhechores somos nosotros! —casi gritó con rabia Tom.

—Ten paciencia. Seguramente están investigando a los dos pájaros aquellos.

Pero el tiempo pasaba y nadie nos atendía. Por fin, al cabo de casi una hora, entraron tres policías, uno de ellos con una metralleta en mano, que se quedó a la entrada. Los otros dos se dirigieron a nosotros, con la documentación que al principio les habíamos entregado, y el que parecía jefe, en español bastante correcto, comentó:

—Esta documentación les ha sido expedida en el Consulado de Atenas, no es la original.

–Cierto –afirmé– La original la perdimos en Yugoslavia.

–¿Y qué hacían allí? –preguntó

Creí lo más acertado contarles la verdad: Buscar a una chica que hacía años había salido de España. Fui lo más exhaustivo que pude, explicándoles mis intenciones y deseos y el recorrido que habíamos realizado. Por la cara de extrañeza que ponía, comprendí que cuanto le había dicho le sonaba a cuento.

–Es todo muy extraño y sorprendente

–Como extraña y sorprendente es siempre la verdad –afirmé–. Si hubiera algo más importante o delictivo, tendría preparadas otras historias menos ingenuas.

–En eso tiene razón. Pero dados los hechos ocurridos, he de comprobar la historia.

–Puede hablar con el Consulado ateniense o con el Ministerio de Exteriores en Madrid, que ya han intervenido una vez. ¡Ah! y desearía hablar con mi socio, personaje influyente, para que nos vuelva a ayudar. Tengo prisa en llegar al Congo, donde parece que Helena está.

–Procuraremos acelerar los trámites –prometió el policía.

Tom, que hasta entonces no había hablado, acabó por estallar:

–Pero, veamos, si no intervengo, hoy más de un centenar de personas estarían en otro país y, tal vez, alguna herida o muerta, porque aquellos individuos, pistolas sí que tenían. ¿Y este es el agradecimiento que nos tienen?

–Está cargado de razón, pero yo no tengo facultades para hacer otra cosa. Les voy a llevar a un hotel cercano, y mientras, en el tiempo que falta para la disponibilidad de otro vuelo al Congo, yo averiguaré y comprobaré cuanto han dicho. Hoy no podemos confiar en los hechos aparentemente más bondadosos y espontáneos, pues pueden ocultar otros fines. Mostró usted un gran valor, lo reconozco, pero de haberse equivocado, quizá hubiera provocado una gran tragedia.

Dos días estuvimos en el hotel, del que apenas salimos. La televisión y la prensa eran las distracciones que teníamos, impacientes a la

espera de las pesquisas del policía. Al tercer día, al término del almuerzo, se presentó y tras saludarnos, creo que con cierto afecto, nos dijo:

–He comprobado su historia y, pese a mi escepticismo, resulta verdadera. Perdonen la sinceridad, pero pienso que sólo a unos españoles podía ocurrírseles emprender tan extraña búsqueda por ellos mismos, dado lo revuelto que anda nuestro mundo. Aquí tienen la documentación, visada para mayor seguridad por nosotros, y el billete para el avión que despegará esta tarde para el Congo.

–Muchas gracias.

–¡Ah! Me agradecería conocer, cuando ocurra, el encuentro con Helena, que espero sea pronto y feliz. Aquí tienen mi tarjeta. Y suerte –nos deseó, dándonos la mano, afectuoso.

A media tarde estábamos ya en nuestros asientos, aguardando el despegue, con la esperanza de que no ocurrieran incidentes que demoraran la llegada a Kinshasa. Tom, callado, ojeaba una revista. El aparato se puso en movimiento y fue elevándose. Tom, entonces, dejó la lectura, giró su cabeza y miró a su alrededor. Yo, que lo observaba, con humor, le recomendé:

–Tom, veas lo que veas, quietecito y callado, a ver si es posible alcanzar el destino. Por cierto, tengo curiosidad en saber cómo pudiste convertirte en un perfecto inválido, parecido al campanero de Notre Dame, en la película inspirada en la obra de Victor Hugo.

–Trabajé algún tiempo con unos contorsionistas en un circo –explicó sonriendo–. De ellos aprendí muchas cosas, incluso artes marciales. Soy una peligrosa arma humana –terminó entre risas.

–Bueno es saberlo para no meterse contigo.

Y así fuimos charlando, contándome él su vida azarosa y aventurera, como artista de circo, como soldado en la marina americana, especialista en películas de acción, guía por la selva brasileña, buscador de escondidos tesoros y mil actividades y diabluras más, hasta que se cansó y decidió llevar una vida normalita; entonces tropezó conmigo y, mira por donde, se encontraba otra vez sumido en

la aventura de buscar una persona que no se sabía con certeza donde estaba, ni que hacía, ni si quería que la encontráramos... Como esto último vio que no me gustó, terminó:

–Bueno, perdona. Eres de los pocos amigos por los que haría cualquier cosa; así que conmigo cuentas y con mucho gusto. Te conozco y sé que no eres capaz de hacer daño, todo lo contrario, y eso para mí es suficiente.

Le apreté la mano, agradecido, y callamos.

Anocheía. Las azafatas nos ofrecieron té, café o zumos, a elección, y unas galletas, que ya venían muy bien, a mitad del trayecto.

A nuestra derecha el sol parecía bañarse en el océano, al tiempo que el agua brillaba como oro líquido. Yo, otra vez, cerré los ojos para tratar de imaginarme mejor como sería ahora Helena. No tenía duda de que se habría convertido en una criatura espléndida, adorable...



VI

De lo atractivas que son las puertas del infierno y deliciosos los primeros contactos.

Muchas veces he pensado en el milagro de que la vida humana no se haya extinguido por simple autodestrucción, ya que cuanto conocemos de ella es la historia de una lucha interminable durante milenios, con insólitas crueldades y perversas matanzas.

Ya bien pasada la medianoche, tomamos tierra en el aeropuerto. No sin cierta sorpresa, comprobamos que nos estaban esperando. Un elegante mozo mostraba un cartel con nuestros nombres; sin duda todo debía ser obra del policía londinense, inducido por mi socio.

Nos dimos a conocer y él nos condujo a una impresionante limusina donde, un chofer también lujosamente vestido, nos abrió las puertas y colocó las maletas.

–Como todo vaya así, creeré que estamos soñando –comentó Tom.

–Esperemos que no sea un error.

Y no era error. Kinshasa es de las ciudades más pobladas de África. La zona por la que nos llevaba debía ser de las ricas y el hotel donde al final nos dejó, posiblemente, de los lujosos y caros. Acomodados en una amplia y bien decorada habitación, repleta de detalles y comodidades, Tom me preguntó:

–¿Qué opinas de tal recibimiento para unos exploradores novatos?

–Mejor no pensar ahora. Nos daremos un buen baño, descansaremos y mañana, con la mente más despejada, discurriremos sobre el tema.

Así lo hicimos. Relajados tomamos unos piscolabis de la neverita, que estaba repleta, nos acostamos y de un tirón dormimos hasta ya entrado el día.

Bajamos y desayunamos. Luego, en recepción, nos acercamos a recoger la documentación que a la entrada dejamos, y aproveché la ocasión para enterarme de la reserva. Había sido hecha desde Londres, pero por cuenta de una Agencia española. Ahí, sin duda, se veía la mano de mi socio. Luego me interesé por la localización de la Congregación, Asociación u Organización de Helena, que sin duda debía tener casa allí.

El empleado, receloso, me indicó la inconveniencia, delante de desconocidos, de manifestar tendencias religiosas: era peligroso.

–Pero si lo que yo busco es a una persona.

–Aún así, hágame caso.

–¿Cómo podría, pues, enterarme de la dirección?

–Anóteme aquí el nombre del Convento y trataré de averiguarlo.

Le expresé mi agradecimiento e intenté darle una propina, que no aceptó.

Una vez en la calle con Tom, le referí mi conversación con el empleado del hotel. Tom quedó pensativo y, al cabo de unos minutos, me propuso:

–Tenemos que hacernos con armas, este país no es seguro.

–Pero si yo no he pegado un tiro en mi vida.

–Ya aprenderás, si la necesidad obliga.

–Voy a comprar un periódico, por si vienen reseñas de Iglesias, Congregaciones u Ong.

En un kiosco elegí varias revistas y diarios, en francés e inglés. Tras andorrear la zona que, en efecto, debía ser la más lujosa de la ciudad, nos sentamos en un bar para tomar algo fresco, pues el calor era agobiante. Empecé, entre trago y trago, a ojear la prensa buscando, de manera especial, las secciones de anuncios, por si casualmente

aparecía la casa de Helena. Distráido como estaba, no me di cuenta de que Tom había salido a la calle; sólo cuando regresó y me pidió el dinero que llevara, me enteré.

–¿Para qué?

–Ya lo verás –me respondió.

Le entregué cuanto llevaba y él, con rapidez, volvió a salir y se perdió entre la numerosa gente que deambulaba. Mi confianza en él es infinita, pero me preocupaba que pudiera ocurrirle algo, conocido su espíritu aventurero. Mas no, al cabo de un tiempo –a mí me pareció excesivo– regresó con dos paquetes.

–¿Qué has comprado?

–Volvamos al hotel y te lo enseñaré –fue su lacónica respuesta.

El camino lo hicimos de prisa y callados. Subimos directamente a la habitación y Tom desenvolvió los paquetes. Aparecieron dos revólveres medianos y un pistolón que daba miedo.

–Este es para ti y puedes guardarlo con discreción en cualquier lugar de la ropa –me dijo entregándome uno de los pequeños–. Éstos son para mí. Este grande es un parabellum capaz de agujerear una chapa resistente. Aquí tienes lo que ha sobrado.

–Pero...

–Desde una ventana del bar, divisé una armería. Al principio negaron que vendieran estas armas, pero a fuerza de astucia y ofrecimientos, conseguí que casi en secreto, me ofrecieran éstas. Para nosotros son suficientes.

–¿No nos causará problemas la tenencia ilícita?

–Los problemas los tendremos si nos atacan y no podemos defendernos. Tú tranquilo.

Pero no, yo no estaba tranquilo; jamás había manejado un arma para defenderme; sólo en una competición y forzado a participar. Pero no quise discutir con Tom, que de esta clase de problemas sabía más que yo. Bajamos al hall y, al verme, se acercó el recepcionista y después de un diálogo innecesario sobre supuesta correspon-

dencia aún no recibida, me entregó, al darme la mano, un arrugado papelito que, una vez alejados, introduje en mi bolsillo.

Sentados ya en el comedor para almorzar, deslié el papel en el que había escrita una dirección: “128 Rue de la Republique”.

–Ya tenemos donde se encuentra la Congregación, Casa o lo que sea.

–La ciudad es muy grande, convendría saber dónde está situada –comentó Tom–. En el hall he visto planos–guía, voy por uno.

–No, míralo allí mismo: Rue de la Republique.

Salió y tardó más de veinte minutos en volver.

–Está lejísimos. Y si no es porque un empleado me la señala, no la encuentro. Me ha dicho, además, que la zona es muy peligrosa; abundan ladrones, vendedores de drogas, prostitutas y matones.

–Debemos tener cuidado y que nadie note nuestro interés –comenté.

Decidimos dejar para el día siguiente ir a la Casa o Convento. Así que pasamos la tarde en el hotel. Como para la noche estaba anunciado un espectáculo con bailarinas nativas, después de cenar, entramos en el Salón donde se celebraría el evento. Nos colocaron cerca del escenario, en torno a una mesita para cuatro, pues todo estaba previsto para tener compañía. La función fue muy bonita, con una chicas morenas espectaculares y bien ligeritas de ropa; y cuando terminó, dos de ellas se nos acercaron sonrientes, pidiendo con gracia que las invitáramos, petición imposible de no atender.

Durante bastante tiempo estuvieron con nosotros, charlotean-do en un francés peculiar, con acento muy simpático, sin parar de pedir y consumir bebidas; fue Tom, más precavido que yo y temiendo que nos enredaran, quien hizo que nos levantáramos pues, según explicó como excusa a las bellezas, teníamos que madrugar.

No llevaríamos media hora acostados, cuando se abrió suavemente la puerta y entraron las dos Venus de ébano, quitándose las escasas vestimentas e imponiendo silencio con el dedo en los labios. Y

antes de cualquier pregunta o actuación, se habían metido en las camas toqueteando y acariciando nuestros cuerpos, y con singular habilidad, despojándonos de ropa, para estar como ellas. La que se situó conmigo, con sus gruesos labios, en un largo beso, me impidió protestar, y aprovechando mi natural reacción varonil, después de larga etapa sin contacto femenino (supongo que lo mismo le pasó a Tom), cabalgó sobre mí con tal destreza y durante tanto tiempo, que creí iba a desmayarme, antes de quedar dormido.

Me desperté cuando Tom, con energía, me sacudió.

—¿Qué pasa? —pregunté—.
¿Y las chicas?

—Las chicas nos han dejado limpios de todo, incluso de dinero.

Efectivamente, habían registrado nuestras pertenencias, cogido el dinero y cuanto consideraron de valor.

—Nos debieron echar algo en las bebidas —comentó Tom—. Menos mal que nos han dejado la documentación y no han encontrado las armas.

—El dinero es lo de menos, tenemos reservas en el banco.



–¡Pero a mí no me gusta que me engañen!–protestó Tom.

–Olvidemos el percance, tenemos que buscar a Helena.

Tom refunfuñando y yo, he de confesarlo, complacido en el fondo, nos arreglamos, buscamos al gerente, al que le contamos el robo; el nos rogó guardar silencio y nos hizo la promesa de una compensación en la factura.

En la calle paramos a un taxi que, al conocer la dirección, se negó a llevarnos. Nos recomendó coger un tranvía que paraba algo más arriba y que nos dejaría en la “Place de la liberté”, a poca distancia del lugar que buscábamos; y terminó recomendándonos cuidado con los rateros y atracadores que pululaban por el barrio.

–¡Menudo lugar para situar un centro religioso! –exclamó Tom.

Subimos al tranvía, nos colocamos de espaldas uno con el otro, las manos en los bolsillos y pendientes de cuantos estaban o se situaban junto a nosotros. La marcha era lenta, con muchas paradas, por lo que tardamos más de una hora en llegar al lugar donde debíamos bajar. Una vez en la calle, siguiendo una indicación de tráfico medio deshecha y caminando casi media hora, pudimos, por fin, leer en una esquina el nombre de “Rue de la Republique”. Aquí tuvimos un pequeño incidente. Mientras mirábamos la numeración de los edificios para encontrar el 128, alguien me cogió por el cuello y con un afilado cuchillo en la garganta, exigió el dinero que llevara. Lo que él no había imaginado es que conmigo iba un hombre que, al darse cuenta, le oprimió el costado con el cañón de un revólver. El maleante, entonces, retiró el cuchillo, pero lo que no se esperaba es el mazazo del puño de Tom en la cabeza, que le hizo tambalearse medio inconsciente y, cuando se recuperó, correr como un gamo.

Por más que miramos, no se veía ni Iglesia, ni el edificio, el número 128, tenía aspecto ni señales de Convento o algo por el estilo. Ya junto a él, en la fachada, podía descubrirse, con mucha atención, un letrero, casi borrado, con la expresión “Centre hospitalier”.

–Debe ser esto, por aquí no se ve nada más –dijo Tom.

–Vamos a preguntar –decidí.

En la entrada, resguardado por una puerta formada por barras de hierro entrecruzadas, estaba un hombre mayor, de poblada barba blanca, que nos observó curioso.

Siendo la lengua predominante en el Congo el francés, en ella nos dirigimos al hombre. Como supimos más tarde, era el portero y nos atendió muy amable. Resaltó el carácter hospitalario del centro, diluyendo el aspecto religioso, de ahí la denominación del edificio (las circunstancias conflictivas del país obligaban a ello), aunque reconoció que estaba regido por hermanas cristianas.

Le hablé del objeto de nuestro viaje, pero no sabía o no quiso decirnos nada. Se limitó a llamar a una monja o hermana, para que nos llevara hasta la superiora o regenta. Ésta, ya mayor, nos atendió con mucho interés y con gran curiosidad, por los riesgos que habíamos corrido, pues le di cuenta, por encima, con objeto de conseguir su confianza, de nuestras aventuras.

–Somos parientes y la quiero mucho –mentí por no descubrir mi verdadero cariño por Helena.

–Que yo recuerde –explicó– entre nosotras no hay ninguna que se llame Elena.

–Al tomar hábito, ¿no suelen cambiar de nombre? –pregunté.

–Sí, es cierto. ¿De que nacionalidad es ella?

–Española –respondí.

–Si mi memoria no falla, aquí sólo existe una española: la madre Teresa de Jesús...

–¡Seguro que es ella! Tenía mucha devoción y admiración por la santa de Ávila.

–Voy a comprobar si su nombre, en el mundo, es el que dice usted.

Salió y no tardó mucho en volver con un registro, en el que miraba atenta.

–Lo siento, señor, aquí no aparece ninguna monja que se llame Elena. El mundo estaba a punto de derrumbarse sobre mí, cuando lo recordé.

–¿Ha mirado usted en la H?

–¿En la H? –inquirió asombrada.

–Sí. El padre la inscribió como a la Helena griega, raptada por Paris, según la mitología.

–Veamos. –Y abrió de nuevo el libro, para terminar exclamando–: ¡Pues sí! Aquí aparece: Helena Jiménez Santos.

–¡Es ella! –grité

Fue tan grande la emoción sentida, que estuve a punto de desmayarme. Impaciente le pedí verla de inmediato.

–Lo siento, señor, pero no está aquí.

–¿Cómo dice?

–Hace un mes que marchó a un Centro que tenemos en plena selva. Han surgido diversos problemas allí y como ella fue quien lo fundó y organizó, ha querido ir para solucionarlos.

Al ver mi rostro desenchajado por el pánico y la decepción, la superiora procuró tranquilizarme.

–No se preocupe. Madre Teresa, en todos sitios, es muy conocida y respetada.

–Pero, ¿cómo una mujer sola puede enfrentarse a los peligros de este país?

–Muchas veces lo ha hecho. Parece imposible pero es así, un verdadero milagro. Su energía, su valor, su fortaleza y su bondad se traslucen, se descubren en su rostro; y su mirada, aunque dulce, tiene tal firmeza que detiene a los más atrevidos bandidos. Ya lo hemos comprobado: Dios le da una protección que nadie es capaz de traspasar. Tampoco está sola, existen con ella compañeras e incluso nativos, que colaboran en las labores de ayuda que realizan.

–Será verdad lo que me cuenta, mas no me tranquiliza. ¿Cuál es el medio más rápido de llegar a ese Centro?

–Lo ignoro. Creo que tal vez navegando por el río. De eso podrán informarle mejor en cualquier agencia de las que organizan excursiones. El Centro está situado a pocos kilómetros de la curva que hace el río Congo para ir hacia el Atlántico. Existen cercanos varios poblados, pero ninguna ciudad que no esté distante.

Decepcionado y de malhumor, di las gracias a la monja y salimos a la calle. Yo, lo confieso, casi llorando y sin fijarme en nada ni en nadie. Tom me cogió del brazo y sacudiéndome, señaló a un grupo parado en la esquina.

–Creo que nos están esperando. Empuña tu pistola y vayamos por esta otra calle, y de prisa, antes de que reaccionen.

Cambiamos, pues, el camino y como por suerte encontramos un taxi que no tuvo inconveniente en recogerlos, cuando el grupo de facinerosos se dio cuenta, marchábamos a toda velocidad hacia el hotel.

En el hotel, después de un buen baño, bajamos a tomar algo. Al empleado, que tan bien nos había tratado siempre, le dije que deseaba consultarle sobre la mejor forma de desplazarse, con rapidez, por el país.

Sentados alrededor de una mesita, situada en un rincón del salón, sobre un mapa cogido de la propaganda turística, le señalé, aproximadamente, el lugar al que pretendíamos llegar.

Está lejos –comentó–. Yo creo, por seguridad, que deberíais integraros en alguna de las excursiones organizadas hacia el interior. Aquí mismo, en el hotel, estamos preparando una para mañana. El barco, haciendo escala en varias poblaciones y zonas interesantes, navega hasta aquí –señaló un punto del mapa– un lugar muy cercano al que deseáis desplazaros.

–Y luego, ¿cómo seguimos?

–Por allí existen bastantes poblados pequeños. No será difícil contratar en alguno una barcaza que os remonte. Los nativos de esa zona son acogedores y están acostumbrados a tratar con excursionistas y extranjeros.

–Pues me parece bien el plan. ¿Cómo lo ves tú, Tom?

–Bien.

–Entonces, si les parece –sugirió el empleado– como creo que aún quedan plazas sin cubrir, voy a reservar las vuestras.

–De acuerdo –afirmé–. Y muchas gracias.

–De todas formas –comentó Tom– debemos ir bien pertrechados, por si acaso todo no es tan fácil.



VII

De cómo atrapa y retiene el agujero negro del infierno.

El embarcadero no estaba lejos del hotel. El barco, medianito, tenía buen aspecto. Los pasajeros subían a cubierta, donde un oficial examinaba los billetes y les indicaba el camino a los camarotes. Nosotros, cargados con pesados morrales y amplias maletas, cuando nos vio el marino, un tanto extrañado, preguntó:

–¿Así vais a una excursión?

–Somos previsores –contestó Tom con cierta sorna.

Él se encogió de hombros y nos señaló a dónde debíamos ir.

Había comenzado a llover fuerte y nos dimos prisa. El camarote, no muy a propósito para dos personas, nos obligó a situar las maletas y morrales unos encima de otros.

El barco no tardó mucho en ponerse en marcha, aguas arriba del caudaloso río. Según nos habían informado, realizaba dos paradas para visitar las más importantes poblaciones existentes junto a él y dar unas vueltas en vehículos “ad hoc” por algunos espacios de la selva. La primera parada se haría a las veinticuatro horas del embarque y la segunda al día siguiente, en otra ciudad, realizando la última el tercer día, en Bumba, donde daría la vuelta hacia el origen. Era allí, al final del destino de la excursión, donde nosotros dejaríamos el barco para proseguir por nuestra cuenta y riesgo.

Como Tom no se fiaba de nadie, incluida la tripulación, no quiso bajar en las paradas. Se quedó tumbado, leyendo la prensa o

paseando por cubierta, observando el río y las embarcaciones que, hacia arriba, luchaban contra la corriente. La primera vez yo sí fui con los turistas; pero dado mi estado de ánimo y mi impaciencia, pasé todo el tiempo deseando regresar. Hice alguna compra ligera, pues ya estábamos sobrecargados, y cuando estuve de nuevo en la nave, decidí moverme sólo al final, cuando alcanzáramos nuestro punto de destino. Así lo hice y aunque invité a Tom a que diera un paseo con los turistas en la segunda parada, sólo bajó para comprar unas botellas de vino y una pequeña garrafa para agua, por si nos hacía falta.

Al atardecer, dando una vuelta por cubierta gozando de la frescura de un viento agradable, observé cómo subía, cimbreado, una belleza morena que reconocí de inmediato, pese a que llevaba unos raídos vaqueros y una blusita descolorida.

–Mira –dije a Tom señalando hacia ella.

–Parece la bailarina del hotel.

–Y lo es –afirmé.

La muchacha, que también nos reconoció, dudó unos momentos, pero al final se dirigió a nosotros decidida y sonriente.

–¡Hola! ¿Qué hacéis aquí?

–Esperando que terminéis de saquearnos –respondió agrio Tom.

–Cumplíamos órdenes que no podíamos desobedecer, pero vosotros lo pasasteis bien, ¿no es cierto? –rio pícaro.

–Tú, ¿qué buscas por aquí? –le pregunté.

–Pasar a otro país donde no me persigan ni exploten.

–Hubiera sido más fácil en Kinshasa, cogiendo un avión –señalé.

–En Kinshasa me busca todo el mundo, empezando por la policía.

–¿Tantos delitos has cometido? –pregunté burlón.

–Basta con que te fichen por algo, incluso por dar placer a los demás, como la otra noche.

–Este lugar parece peligroso para una mujer como tú.

–Soy de aquí y conozco bien el terreno. Mi idea es llegar al Centro Asistencial, en un poblado cercano, donde tengo amigos, y que me faciliten ayuda para pasar a Sudán u otro país.

–Pues nosotros es precisamente a ese Centro Social, Sanitario o a lo que se dedique, al que queremos encontrar, buscando a una familiar que nos han dicho se encuentra en él.

–¡Que bien! Entonces podemos ir juntos. Yo os guiaré y así me encontraré acompañada y más segura.

Tom, que había permanecido callado, no parecía estar muy satisfecho.

–Si ella conoce el terreno, nos será muy útil –le razoné, tratando de convencerle.

–Si a ti te parece bien, pues tú decides –fueron sus palabras.

–Me llamo Anika, ¿y vosotros?

–Tom y Carlos.

–Puesto que vamos a ir juntos y yo no tengo camarote, si no os parece mal, voy a dejar mis cosas en el vuestro.

A pesar del gesto de desagrado de Tom, yo la autoricé y bajé con ella la pequeña mochila que traía. La puso en un rincón.

–Dormiré sobre ella, no soy delicada.

Cuando oscureció y repartieron la cena –unos bocadillos rellenos con extrañas conservas (muy bien empaquetadas), una banana y una botellita de vino oscuro y flojo– los compartimos entre los tres, pues Anika formaba ya parte del grupo.

Apenas terminamos, Tom se bajó alegando que tenía sueño. Yo sospecho, sin embargo, que la compañía no le agradaba. Anika y yo, paseando por cubierta, me fue contando cosas de su vida azarosa en la jungla, en la ciudad como bailarina y descuidera, bajo una especie de mafia que la explotaba; por eso pretendía escapar y encontrar otro lugar donde no dependiera de otros. Yo la escuché tratando, como en un juego, de descubrir lo que era verdad y no simple invención. Al cabo de un buen rato, propuse irnos a dormir, pues

teníamos que madrugar al día siguiente. Sin formar ruido, entramos en el camarote y sin hablar, yo me despojé de lo más superficial y me acomodé en mi litera. Y cuando más descuidado estaba, sentí como Anika, con suavidad, se colocó a mi lado y, más tarde, debajo, completamente desnuda.

–¡Pero Anika....! –exclamé en voz baja.

–Calla... Hay que pasarlo bien, por si mañana es el último día de vida –sentenció, mientras me bajaba los pantalones. Luego me besó incansable, mordisqueo mi cuello y orejas, ordenando bajito de vez en cuando:

–Espacio... espacio... –en tanto se movía con arte diabólico y me atraía a ella con fuerza, como queriendo horadarme el tórax con sus pechos, increíblemente duros y erectos. Por fin se relajó, dejó flojos sus músculos y yo, agotado, pude decirle muy bajito:

–Vamos a dormir. –Y de costado, frente a frente y abrazados, cerramos los ojos.

Pero yo procuré no dormir, con el fin de levantarme antes de que Tom despertara y se diera cuenta de la trapisonda nocturna. Nada más aclarar un poco, me vestí, sacudí a Anika para que hiciese lo mismo, cubriendo la escultura perfecta de su cuerpo moreno. Fuimos a la pequeña cafetería del barco y no habíamos terminado de tomar el café, cuando apareció Tom.

–Tenemos que bajar las cosas para emprender el viaje por nuestra cuenta. Hay que buscar el medio de transporte, pues tú estarás cansado después de la nochecita –dijo en tono burlón.

–Pero...

–No soy sordo ni tonto. Para tener tanto interés por Helena, bien que le pones los cuernos.

–Es que Anika posee una tenacidad y...

–Si te comprendo: resulta irresistible.

Sin más comentarios, que la chica no escuchó pues había salido a cubierta, fuimos al camarote, recogimos las cosas, maletas y

mochilas, incluida la de Anika y nos dispusimos a abandonar la embarcación.

El guardia que estaba a la entrada, asombrado, nos preguntó:

–¿Pero sabéis lo peligroso que es ir solos por la zona? Hay tribus en continua gresca, bandas de ladrones y raptores, incluso de los países limítrofes...

–Sí, conocemos el riesgo, pero lo tenemos decidido –contesté.

–Pues suerte, que la necesitáis.

Anika, con acierto, indica que debemos adquirir algunas provisiones.

–Existe un pueblo cerca del embarcadero de barcazas, de gente muy amable, donde podemos comprarlas –explicó ella.

Sobre tres kilómetros llevaríamos caminando, cuando se divisaron las casitas y chozas del pueblo. Anika nos llevó a una bien construida y cuidada, a cuyos dueños conocía... Tras los saludos de rigor, trató del alquiler del barquito y de las compras. Lo cierto es que Anika, hasta ahora, nos estaba sirviendo de gran ayuda. Por mi parte, pagué los precios y sugerí salir cuanto antes.

–Primero tiene que repostar y preparar cuanto le hemos encargado. Tardará un par de horas, que aprovecharemos para descansar –dispuso con una decisión indiscutible.

Pero los preparativos tardaron más de lo previsto y el barquero, dado lo avanzado del día, consideró conveniente salir a la mañana siguiente, con el fin de que la noche no nos cogiera antes de llegar al embarcadero de destino. Decidido esto, los tres, en una pequeña habitación, casi juntos, pasamos la noche.

Amaneció y sin pérdida de tiempo, colocamos las mochilas y demás equipaje en la barcaza, que era bastante grande; el dueño puso en marcha el motor que, según Tom, era poco potente para impulsar río arriba, contra corriente, todo el peso que llevaba. En efecto, la velocidad era lenta y el ruido del motor ronco, casi asmático; por fortuna, pese a su endeble impulso, como las aguas estaban serenas, cerca

del atardecer consiguió alcanzar el lugar de destino. El barquero se fue a toda prisa, con rapidez, aguas abajo y ahora sin carga. Los tres quedamos frente al camino que conducía al Centro.

–Está muy cerca –aseguró Anika.

Yo sentía tan honda emoción, que ponía alas a mis pies. Por fin vería a Helena, pasados tantos años. Y mientras avanzábamos, trataba de imaginarme como estaría hoy, como habría cambiado aquella tímida jovencita que siempre sonreía y siempre miraba con dulzura e inocencia... El blanco edificio, rodeado de tanto verdor y bajo la sombra de altos árboles, en la distancia, daba la sensación de ser como un nido escondido en la frondosa y salvaje vegetación... Pero cuando nos aproximamos lo suficiente para descubrir con claridad sus detalles, algo me inquietaba cada vez más.

–Parece raro que no se vea ningún movimiento –comenté.

–Sí que resulta extraño; yo también lo he notado –afirmó Tom.

–Estarán cuidando enfermos o rezando –explicó Anika.

Ya, prácticamente a las puertas, un fuerte olor a quemado invadía el contorno.

–¡Oh! –exclamó Anika–. La capilla ha ardidido; miren a la derecha.

En efecto, de lo que fue una pequeña Iglesia, sólo quedaban la pared frontal y el campanario. El resto, en el que debió abundar la madera, humeaba todavía. El Centro, en apariencia, permanecía intacto. Como la puerta no estaba cerrada, con cierta precaución, entramos. Recorrimos parte de la primera planta sin ver a nadie, hasta encontrar, en una diminuta habitación, a un viejecito, sentado junto a una mesa y escribiendo sobre una especie de registro.



–Es el capellán –nos indicó Anika.

Cuando se dio cuenta de nuestra presencia, se levantó y vino a nosotros. A las preguntas que le hicimos, respondió explicando que habían sido asaltados, hacía dos días, por una banda o milicia, no lo sabía bien, y además de robar las escasas existencias, habían quemado la capilla y raptado a las jóvenes que cuidaban a los enfermos, sin respetar a la propia Madre Teresa esta vez. Sólo lo dejaron a él y a dos monjitas ancianas, que son las que han continuado ayudando a los acogidos.

–Pero ¿y la policía o los servicios de defensa? –pregunté indignado.

–Por aquí aparecen pocas veces. Yo les he dado cuenta con un nativo y estoy esperando que lleguen, si es que vienen.

–Conociendo la labor que hacéis en beneficio de los más necesitados, ¿cómo es que no os respetan las bandas? –inquirió Tom.

–Mire, toda la zona, extensísima, está llena de tribus rivales que se odian y no cesan en su continua lucha. Y por si fuera poco, de los países limítrofes, como Sudán, Uganda y otros, se desplazan otras bandas de traficantes de drogas y, especialmente, mujeres para venderlas como esclavas o para ser violadas. Por su aspecto, los que han consumado este desastre, me parece que eran ugandeses, porque los de alrededor conocen el Centro y suelen respetarlo, pues en muchas ocasiones lo han necesitado. Y, además, respetan a la Madre Teresa, la fundadora, tanto por agradecimiento como por un cierto temor casi supersticioso ante la energía y valor de ella, capaz de enfrentarse sola a todos con sus palabras.

Nos enseñó el Centro, en el que había enfermos, heridos y niños abandonados; nos presentó a las dos monjitas que cuidaban a todos, pese a sus escasas fuerzas y ancianidad. Ellas nos dieron de comer y nos prepararon acomodo para pasar la noche.

Cuando llegaron los policías –un Sargento y tres números– se limitaron a comprobar los daños, aconsejar que se desplazaran al

poblado próximo para pedir ayuda, y respecto a nuestra intención de seguir a la banda, que desistiéramos, pues eran muy agresivos y lo único que podíamos conseguir es que nos mataran o hicieran prisioneros para pedir rescates. Y se fueron tan convencidos de haber cumplido con su deber.

Tom me miraba intentando adivinar mis deseos; pero éstos eran tan claros, que se limitó a decir:

–Iremos tras ellos.

–Mi padre me enseñó a descubrir los rastros dejados en la huida, así que os puedo servir de ayuda. Voy con vosotros –decidió Anika.

–Te expones sin necesidad. Puedes todavía alcanzar a la policía y regresar con ellos –le propuse.

–Volver es más arriesgado para mí –respondió.

VIII

De cómo el infierno te envuelve implacable.

Al siguiente día, por la mañana, ya descansados, preparamos las cosas que nos llevaríamos, eliminando las inútiles, que sólo serían de estorbo y para aumentar el peso. Nos ayudó en la tarea el capellán, como más experto; también nos facilitó tres machetes, una pequeña brújula por si nos perdíamos en la espesura y algunas vendas, pomadas para picaduras y medicinas. Nos indicó el lugar por el cual se fueron los asaltantes y dándonos su bendición nos deseó suerte.

Anika se erigió en guía, como conocedora del terreno y mostrando un valor que, por lo general, se le niega a la mujer. La huella o rastro, muy reciente, al no haber llovido durante varios días, se distinguía muy bien y carecía de obstáculos difíciles, lo que nos permitió caminar ligeros. Con los machetes en las manos, apartábamos las ramas o plantas que en ocasiones entorpecían el paso o nos arañaban; también nos servían para defendernos de cualquier posible ataque de algún animal no muy grande. Las armas de fuego, igualmente, las teníamos dispuestas por si acaso surgía necesidad de ellas.

Caminamos unas cinco horas y el cansancio nos invadía. Decidimos descansar un rato, aprovechando la parada para comer. El calor se hacía agobiante. La tupida vegetación impedía el viento y la formación de cualquier corriente de aire que refrescara. Nos pusimos de nuevo en marcha, tratando de encontrar un claro donde pasar la noche, cuando de improviso nos rodeó un grupo de quince o veinte negros, todos armados. Anika, con un valor y soltura admirables,

se acercó al que parecía el cabecilla y estuvo un rato hablando con él. Trató, según nos explicó, de decirle que buscábamos a unos parientes y amigos raptados. Por lo visto eran cazadores de otra tribu enemiga de los que pretendíamos hallar, a quienes también querían encontrar. Pero esto, en realidad, no les hacía amigos nuestros, pues nos desarmaron, ataron nuestras manos a las espaldas y nos hicieron seguirles estrechamente vigilados, empujándonos sin ningún miramiento, para que no perdiéramos el ritmo del caminar de ellos. De esta manera anduvimos hasta una especie de refugio, con un par de rústicas construcciones –más bien chozas– hechas de troncos de árboles y recubiertas de forraje. Daba la sensación de un lugar para descansar, pues no existían ni miembros de la tribu ni reservas de alimentación o defensa.

Nos introdujeron en una de ellas, no muy grande, y quedaron dos a la entrada, como haciendo guardia. Cayó la noche y a ninguno se le ocurrió ofrecernos ni siquiera agua. En la construcción de al lado se situaron los demás. Durante un buen rato se sentía, muy confusa, la charla que sostenían. Al cabo de un considerable tiempo, todo quedó en calma; sólo se percibía el ruido de los animales y aves nocturnas, en sus correrías de caza. Los altos árboles y la espesa vegetación, apenas dejaban pasar unos leves rayos de luz de una espléndida luna llena. Acomodados los ojos a tan escasa iluminación, pude observar cómo Tom, con simiesca contorsión silenciosa, a los pocos minutos había podido desprenderse de ataduras, lo que no me extrañó al recordar su época de trabajador de circo. Poco más tarde, con la misma habilidad, nos desató a nosotros, pidiéndonos silencio con el dedo en la boca e indicando que guardáramos la misma posición; él, reptando, llegó a la entrada en la que estaban los guardianes, confiadamente dormidos. Levantó los puños y con su habitual fuerza, los dejó caer sobre las negras cabezas de ambos, pasándolos del sueño a la inconsciencia, sin transición. Para despistar, los colocó como en principio estaban.

Procurando no hacer ruido, recogimos nuestras cosas y armas, que imprudentes los captores habían dejado en la choza, y como felinos en busca de presa, nos fuimos, dejando a los guardianes como dos muñecos. Ya en el sendero por el que nos habían traído, Tom paró y expuso su plan:

–La mejor manera de engañarlos, no es irnos por aquí y alejarnos; cuando se den cuenta nos seguirán y alcanzarán, pues son más ágiles y no van cargados. Lo más ingenioso y eficaz, es volver y escondernos en unos barrancos cercanos. A la izquierda hay un arroyuelo por el que iremos sin dejar huellas. Así lo hicimos y en un barranco, cubiertos de maleza, esperamos sin hablar ni hacer ruido.

Casi amanecía cuando, de repente, escuchamos gritos de los guardas, que se habían recuperado, y el clamor del resto al darse cuenta de nuestra huida. Como Tom había previsto, todos, de forma precipitada y desordenada, se lanzaron hacia la senda en la que habíamos dejado conscientes un falso rastro, y se perdieron en el bosque corriendo. Tom nos mantuvo quietos y callados por precaución, pues podían haberse quedado algunos. Pero cuando transcurrió un tiempo prudente sin oír nada y sin que nadie regresara, Tom, con cuidado, empuñando su potente arma, fue a las chozas y entró en ellas y las halló vacías. Sin embargo, tardó en regresar y ya estábamos dispuestos a comprobar si le ocurría algo, cuando volvió con el mismo sigilo.

–¿Por qué has tardado tanto? –le pregunté.

–Les he preparado un susto si regresan, con un arma que han olvidado. Ya es momento de irnos, pues el día llega rápido. Seguiremos por el arroyo que, según la brújula, viene del Norte, dirección que nos conviene, pues nos acerca a naciones limítrofes.

Durante toda la mañana no cesamos de caminar por el arroyo, gracias a su escasa profundidad; pero los pies los teníamos helados, pues el agua estaba fría y llegó un momento en que casi no podíamos andar.

–Estoy agotada y hambrienta, descansemos algo –propuso Anika,

–No creo que los salvajes esos den con nosotros. Sentémonos allá –señaló Tom.

Nos salimos del agua y nos frotamos los pies para desentumecerlos.

–El otro problema es que no tenemos provisiones –comenté.

–Allí veo un cocotero –señaló Anika– que puede calmarnos el hambre. Es raro encontrarlos aquí, por lo que hemos tenido suerte.

Tom fue con su machete y pudo hacerse con varios frutos, que nos supieron a gloria. Repuestos y seguros de que no nos seguían, reemprendimos la marcha, ya fuera del agua, por la orilla. Tampoco era fácil caminar. Las márgenes estaban cubiertas de plantas y rama-
jes, algunos con afiladas púas, que dificultaban el paso. Mas íbamos avanzando. Tom miraba la brújula para comprobar que era buena la dirección. Dos o tres veces tuvimos que descansar. Cerca del ano-
checer sentimos ruidos como de motores. Tom propuso separarnos un poco del río e introducirnos en la espesura, para comprobar sin riesgo la procedencia. Con la lentitud que, en ciertos casos, imprime el peligro a los movimientos, agachados y procurando no llamar la atención, nos acercamos lo suficiente para ver la fuente del ruido, tan impropio de la selva. Era una especie de perforadora que horadaba el suelo en un claro que había abierto un grupo de, al parecer, investigadores o mineros.

Por palabras sueltas que nos llegaban, debían ser ingleses o americanos, lo que nos tranquilizó, pues podíamos recibir ayuda de ellos. No obstante, Tom, precavido, planteó la cuestión de cómo íbamos a presentarnos y, sobre todo, a justificar nuestra presencia. Acordamos decir parte de la verdad.

Nada más acercarnos nos apuntaron con unos modernos rifles de repetición y nos rodearon. Eran sobre diez o quince... El jefe o encargado, nos preguntó quiénes éramos y qué hacíamos allí. A me-

días entre Tom y yo, le contamos nuestra búsqueda de una pariente monja, que había sido secuestrada con otras en el Centro hospitalario y cómo nosotros mismos, fuimos asaltados por una banda, de la que pudimos escapar por la noche. Nuestra intención era llegar a Sudán u otro país cercano y averiguar qué habían hecho con las mujeres.



—Menuda tarea para tres personas solas —comentó, y añadió:— Estas tierras son excesivamente peligrosas y hay que ir bien armados. Lo más probable es que los raptos pertenecan a alguna tribu que se dedica a pedir rescates o vender esclavas. Quedaros hoy con nosotros, que estamos investigando minerales. Mañana uno de nuestros vehículos ha de ir a Sudán, para que nuestro laboratorio analice unas muestras, y traernos más equipo. Podéis ir a ese país y, si tenéis suerte, encontrar algún rastro de las mujeres.

Le agradecí, muy contento, su amabilidad y acogida. Nos ofrecieron comida y luego, por la noche, unas mantas. Tom, sin embargo, no dijo nada, se le notaba receloso, pues no entendía tantas facilidades de unos desconocidos que, además, iban armados hasta los dientes con lo más moderno. Pero la verdad es que todo iba saliendo bien.

Al siguiente día subimos al vehículo, que conducía un negro imponente, y dos de ellos, con sus correspondientes carabinas. El viaje duró todo el día. La senda, más que camino, que habían abierto entre la vegetación, no permitía una velocidad mediana. Pese al tiempo que duró llegar al destino, apenas si pudimos intercambiar con los guardas o guardias unos monosílabos. Sobre el objeto de sus

trabajos, se limitaron a repetir lo que en principio nos dijeron, que realizaban una investigación mineralógica, de acuerdo con la República Democrática del Congo y Gran Bretaña.

Ya entrada la noche, llegamos a un puesto fronterizo, según nos dijeron. Fue el chofer, el gigantón negro, quien bajó y estuvo hablando con los del puesto, que se limitaron a echar un vistazo y dejarnos seguir adelante. A partir de aquí el camino mejoró, pues si bien existían baches y algunos obstáculos, eran fácilmente salvables, lo que permitió una mayor velocidad y que no se tardara demasiado en alcanzar el término del trayecto: un caserón aislado en medio de una llanura casi desértica.

Nos hicieron bajar y, de nuevo, el chofer gigantón, estuvo hablando largo tiempo con el personal de la casa, que debían ser policías o soldados del país, pues vestían unos uniformes raídos y portaban armas no muy modernas.

Al final, dirigiéndose a nosotros, nos informó:

–Os dejamos aquí, con las autoridades más cercanas. Ellos se encargarán de llevaros a la capital.

Sin más protocolo ni explicación, subieron de nuevo al vehículo que nos había traído y se fueron a todo gas. Los policías o soldados del caserón, lo primero que hicieron fue despojarnos de nuestras armas, pese a las protestas de Tom. Tuvieron la atención, después, de darnos comida y agua al notar que estábamos exhaustos. Como el edificio no era muy grande y de una sola planta, anduvimos un poco, estirando las piernas y observándolo todo. Pero esto no duró mucho, pues al ver que teníamos cierto interés en conocer dónde nos hallábamos, nos llevaron a una habitación –más bien celda– escasamente iluminada, en la que sólo había dos sillas, dos camastros y un pequeño y sucio aseo. Cerraron la puerta y echaron la llave de la vieja y tosca cerradura.

–Creo que nos han tendido una trampa –comenté.

–Me sospechaba yo algo así–añadió Tom.

–Pero ¿por qué? –preguntó Anika

–No lo sé. Puede que el estudio sobre mineralogía sea otra cosa, algo prohibido y secreto de los dos gobiernos –insinué.

–Tal vez tráfico o búsqueda de metales preciosos por mafias (o compañías ilegales) y no quieran que se descubran sus actividades.

–Entonces, ¿para qué entregarnos a la policía? –inquirió de nuevo Anika.

–¿Estamos seguros de que éstos son policías? Sus vestimentas semejan las de cualquier explorador o cazador, casi iguales a las nuestras –señalé preocupado.

Bueno, descansemos y esperemos a que amanezca –sugirió Tom, como hombre práctico que era–. Acostaros vosotros en los camastros que yo voy a quedarme junto a la puerta, pues no me fío de esta gente.

Yo me dormí rápido y lo mismo debió ocurrirle a Anika, como consecuencia del cansancio. Tom, más fuerte, sentado en una silla junto a la puerta, permaneció en vigilia y con los oídos atentos a cualquier ruido.

Por la mañana nos entraron unos bocadillos de duro pan, con un trozo de carne seca y café, pero no nos permitieron salir.

–Ya vendrán por vosotros –es lo único que logramos sacarles.

Pienso que estamos en Sudán del Sur, donde la situación político–social es muy complicada. En general todo Sudán es complicado, por las distintas etnias, la expansión creciente del arabismo y la mezcla de creencias y pobreza. La dependencia de la agricultura en una zona de escasas lluvias, crea problemas que terminan por hacer colisionar necesidades e ideas.

Cercano el mediodía oímos el ruido de motores y no tardaron mucho en hacernos salir y subir a un viejo camión, acompañados por cuatro individuos bien armados y mal encarados, dos de los cuales tenían pinta de ser árabes. No tardamos en partir, seguidos de otro camión cargado con varias cajas y unos diez nativos, también con sus inseparables armas.

El hecho de que no cogieran la mal cuidada carretera sino un polvoriento camino, me hizo pensar que pretendían eludir encuentros no deseados.

–Estos no son policías ni soldados –me susurró Tom– y los que vienen en el vehículo que nos sigue, me recuerdan a los que nos secuestraron.

–Es posible –afirmé– y tenemos que pensar algo, porque muy espabilados no son.

–¿Qué llevarán en las cajas?

–Seguramente algún mineral robado para contrabando. Tal vez coltán, abundante en el Congo, ahora muy utilizado alguno de sus componentes, para la construcción de aparatos electrónicos –comenté.

–Por el momento –expuso Tom– tenemos que someternos. Son más y están armados; por otra parte, si pudiéramos escapar en este semidesierto, no llegaríamos a ningún lado. Es mejor que nos lleven al lugar que tengan previsto. Hasta el momento no nos han tratado mal, lo que puede significar que piensan pedir rescate o vendernos, y al estar en buenas condiciones, tenemos mayor valor.

Dejamos de hablar, pues empezaron a vigilarnos con mayor cuidado. Como adormilados estuvimos largas horas, sin protestar ni realizar ningún movimiento que pudiera hacerles aumentar la atención. Pero las necesidades del organismo acaban por obligar a alguna gestión.

–Tengo hambre y sed –dijo Anika.

Tom, como más experto en dificultades, se dirigió a los guardias, sin temor a los rifles que le apuntaban, y como pudo les explicó que necesitábamos comer y beber. Se miraron y, tras cuchichear entre ellos, abrieron una especie de morral, extrajeron pan, algunos fiambres secos y un par de botellas de agua. Tom quizá tenía razón al pensar que deseaban conservarnos en buen estado. Ellos también nos imitaron y comieron.

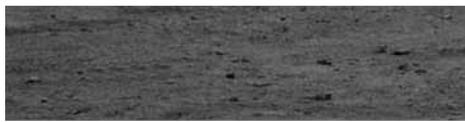
El camino, conforme avanzábamos, era más difícil, lo que obligaba a sortear obstáculos y disminuir la velocidad. El atardecer polvoriento y gris, dejaba paso a la noche. Seguramente conscientes de nuestras necesidades, nos facilitaron otra vez comida y agua. No recuerdo si hicimos parada con objeto de descansar o seguimos; lo cierto es que cuando desperté, el paisaje había cambiado. Nos encontrábamos a la sombra de un frondoso árbol y el sol, por encima del horizonte, nos hacía notar su cada vez más cálida presencia. Tom y Anika se desperezaban, también recién despiertos. Esto me hizo sospechar que nuestro sueño no había sido natural, espontáneo; algo debió contener la última botella de agua que bebimos que nos hizo dormir. Miré en torno y, como he dicho antes, el paisaje era distinto al que recordaba; tampoco el vehículo que nos seguía estaba allí, incluso los guardianes que nos custodiaban no eran los mismos.

Tom y Anika, muy inteligentes, también se dieron cuenta de la nueva circunstancia.

—Nos durmieron y hemos viajado toda la noche —musitó Tom—. Ahora no sabemos dónde estamos.

—El otro camión debió irse —añadió Anika.

—Nos encontramos aparcados al lado de una carretera. No es el tortuoso camino por el que veníamos —señaló Tom—. Creo que estamos próximos al destino al que nos llevan, y tengo la impresión de que nos hallamos en otro país. Tal vez Sudán, Uganda, sur de Etiopía o en la misma Somalia, en la que existen organizaciones y bandas para raptos y toda clase de delitos.



–Pero no hemos recorrido tanto camino –objeté.

–¿Lo sabemos? Hemos podido estar drogados más de un día y la distancia por el Sur de Sudán o Norte de Uganda y demás países limítrofes, no es tan grande. Si observas un poco el camión, no es el mismo en el que iniciamos el camino; posiblemente la rapidez por una carretera ha sido mucho mayor.

La llegada de una furgoneta interrumpió nuestra conversación. Poco después, nos hicieron bajar y entrar en el nuevo vehículo, en el que nos esperaban tres nuevos guardianes, igualmente armados.

El interior, en apariencia, estaba lleno de cajas cuyo contenido no pudimos saber; apartaron una fila del lado derecho, y al fondo existía un espacio vacío lo suficientemente amplio para albergar cuatro o cinco personas. En él nos situaron, acompañados de uno de ellos, y volvieron a colocar las cajas, con lo que la furgoneta, desde el exterior, se veía llena de la mercancía que transportaba.

Ya en movimiento, el individuo que compartía el hueco con nosotros, en un francés incorrecto, nos hizo un extenso interrogatorio: quiénes éramos, de dónde veníamos, qué buscábamos, a qué país pertenecíamos, cuáles eran nuestras intenciones y un largo etcétera... Entre Tom y yo fuimos dando respuestas, de forma que fueran entendidas y aclarando que nuestro objetivo consistía en encontrar a unas monjitas que habían raptado del Centro hospitalario del Congo, por estar una familiar entre ellas.

–¿Cuándo ocurrió eso? –preguntó

–Aproximadamente hace medio mes –contesté

Quedó callado, como pensando; a mi vez, le pregunté:

–¿Sabe algo de ellas?

Dudó entre responder o no, pero al fin informó:

–Pasaron por aquí y fueron entregadas en Somalia.

–¿A quién?

–A un jeque que las había comprado. En el sitio donde estén ahora, no lo sabemos.

–¿Y el jeque, de dónde es? –pregunta Tom.

–Me parece que del Yemen, pero eso nunca nos interesa. Podría ser también de Arabia... Nos pagan y todo olvidado.

–Con nosotros, ¿qué piensan hacer?

–Sólo entregaros; ellos decidirán en el futuro.

–¿Ellos? ¿Quiénes son?

–Los expertos en rescates. Nosotros no entramos en eso.

Quizá se dio cuenta de que había hablado más de lo conveniente y calló de manera definitiva, sin contestar a nuestras preguntas, por más que tratamos, indirectamente, de sonsacarle algo, planteando otras cuestiones sin aparente relación.

La carretera, como el anterior camino, apenas tenía movimiento. Muy de tarde en tarde un vehículo se cruzaba o nos adelantaba. Habrían transcurrido más de cuatro horas, cuando paró la furgoneta detrás de un edificio en ruinas, muy cercano a la carretera.

–Ha llegado el momento de satisfacer necesidades –dijo en tanto abrían el hueco oculto por cajas, para sacarnos al exterior.

–Podéis utilizar cualquier rincón como servicio y después comeremos. Pero mucho cuidado con hacer tonterías porque, alrededor, todo está desierto –avisó.

La parada representó un alivio para la incómoda postura del viaje y, por otro lado, el organismo necesitaba reponer fuerzas con la comida. En este caso, hay que reconocerlo, fue más variada y apetecible que en las otras ocasiones. También nos dieron un poco de vino con lo que nuestra energía aumentó. El descanso no resultó muy largo. De nuevo reanudamos el viaje y ahora a buen ritmo. Había anochecido cuando entramos en un pueblo o ciudad. La furgoneta accedió por la periferia, lo que impidió escuchar si existía el movimiento propio de una urbe importante; lo que sí comprendimos es que estábamos en un puerto, seguramente el punto de destino. Tras una corta espera, nos bajaron y sin dejar de apuntarnos con las armas, nos hicieron subir a un viejo y pequeño barco, atracado en un

lugar poco iluminado. Nos entregaron a unos rudos y mal encarados marinos que, sin ningún miramiento, nos introdujeron en la bodega, sucia y maloliente, sin apenas luz.

Tom, curioseó todo, y acabó afirmando:

–O procuramos escapar de aquí pronto o cada vez será más difícil.

Como si respondiera al propósito expuesto por Tom, el barco comenzó el desatraque y, no muy tarde, por sus movimientos, dedujimos que se hallaba en mar abierto, navegando quién sabe hacia qué lugar. Ni sabíamos cómo escapar ni qué iba a ser de nosotros. La situación se me antojaba imposible de salvar. Tom, sin embargo, opinaba de otra manera. La costa de Somalia, de la que al parecer nos encontramos cerca, está muy vigilada por la frecuencia con que se atacan y retienen a pesqueros occidentales, lo que podría facilitar una intervención del barco; bastaba con provocar algún hecho que lo hiciera sospechoso. Como ahora no teníamos vigilancia, nos dedicamos a buscar cualquier cosa que pudiera servirnos.

Las diversas cajas sólo contenían mineral. Tom encontró una barra de hierro, de metro y medio, no muy gruesa, pero que podía servir de palanca o arma; también, en un rincón, hallamos un paquete de bengalas de las usadas como señales en casos de avería o peligro de naufragio.

–La barra –explicó Tom– puede valernos para abrir la puerta o defendernos; las bengalas para llamar la atención si podemos. Es necesario salir cuanto antes. Por la pequeñez del barco, la tripulación no debe ser numerosa: cuatro o cinco, tal vez. Con un poco de suerte podríamos sorprenderlos.

–Es peligroso –comenté.

–Más peligroso es no hacer nada, ya que sus intenciones con nosotros no son buenas, cuando nos tienen aquí.

Durante unos minutos permanecimos callados, pensando sobre el modo de escapar. En verdad, la cosa era complicada, más aún sin tener certeza en el número de tripulantes o lo que fueran. Tom, como más curtido en estas lides, acabó proponiendo:

–Lo esencial es atraerlos a la bodega de alguna forma. Yo, con la barra, escondido, puedo muy bien eliminar a dos casi de un golpe, si llegan juntos. No creo que bajen más al sabernos desarmados y mayores. Si ocurre así, nos apoderamos de sus armas con lo que, creo, estamos casi igualados, con el factor sorpresa de nuestra parte.

–¿Y si no sucede así? –preguntó Anika.

–Si no acaban con nosotros –les interesa conservarnos– esperaremos el destino que nos tengan preparado, no sin que vapuleen a placer a quien sobreviva. Pero hay que correr el riesgo, si estáis dispuestos.

–Sí, por mi parte –confirmé yo.

–Y por la mía –afirmó Anika.

–Entonces –continuó Tom– actuaremos así: encenderemos una de las bengalas para simular un incendio. Tu, Anika, gritarás como si vieras al diablo; tú, Carlos, golpearás sobre las cajas a patadas, como intentando apagar el fuego. Yo, tras la entrada, los esperaré con la barra para asestarles un golpe o dos y que pierdan el sentido. ¿Os parece bien?

–Sí –respondimos.

Sin perder tiempo, Tom sujetó una de las bengalas entre dos cajas, con objeto de que no se moviera sin control, situó a Anika cerca de las escaleras para que se oyeran sus gritos y yo resguardado en las cajas. Tom, después de encender la bengala con un mechero que llevaba en los múltiples escondites de su ropaje, se colocó de forma que, al abrir la escotilla, quedara oculto.

Y empezó el plan. Anika gritó con toda su potencia, que no era poca, yo golpeé las cajas con un tablero y a patadas y Tom, todo tenso, aguardó el momento oportuno para actuar. No tardó mucho en abrirse la escotilla y al ver el fuego, sin precaución alguna, iniciaron la bajada los guardianes, lo que aprovechó Tom para darles un imponente golpe en la cabeza a ambos, cuyos cuerpos rodaron escaleras abajo inconscientes. Los despojamos de las armas. Mientras yo

comprobaba el estado de los individuos, Tom hizo tres disparos para alarmar a los que quedaban.

Casi de inmediato se asomó otro preguntando, con precaución, qué pasaba, pero tirándole de una pierna, Tom lo derribó y, como a los otros dos, lo dejó sin sentido de un fuerte puñetazo.

–Creo que sólo quedan dos arriba y como ya tenemos armas y somos tres, podremos reducirlos. No se equivocó. Los de cubierta estaban pendientes de sus compañeros, mas no esperaban que apareciéramos nosotros y apuntando con las armas. Levantaron, bastante asustados, los brazos y no opusieron resistencia a que les quitáramos las suyas y, bien amarrados, los bajáramos a la bodega con los demás, aun dormidos no sé si con placidez. Bien sujetos todos de pies y manos, cerramos la escotilla, sobre la que colocamos varias pesadas cajas.

El barco, mientras tanto, navegaba sin gobierno. Tom, siempre hábil, consiguió controlarlo y se hizo cargo del timón.

–Si no me equivoco, estamos en aguas de Somalia. Navegando rumbo al Norte nos acercamos al Yemen y al Mar Rojo. Toda la zona es peligrosa, pero si conseguimos alcanzar la costa de Egipto, tenemos oportunidad de salir de este infierno.

–En estas aguas existe mucha navegación, será difícil pasar desapercibidos –comenté.

Durante horas fuimos tranquilos, sin dificultades. De Tom podía creerse que toda su vida había sido piloto, según manejaba la nave.

Anika y yo investigamos todo el barco, buscando cosas que pudieran sernos útiles y, en especial, comida y bebida, pues llevábamos tiempo sin probar un bocado y sin beber. Tuvimos suerte y encontramos alimentos suficientes, botellas de agua, cerveza y frutos secos. De vez en cuando vigilábamos la escotilla de la bodega, pero continuaba bien cerrada y no se oía ningún ruido. Lo que tampoco era sorprendente, pues todos habían sido bien amarrados y cerrada

la boca con papel adhesivo de embalar, que encontramos entre las varias mercancías transportadas abajo.

Por la posición del sol, mediodía estaba cercano. Hasta ahora todo marchaba según nuestros deseos. No divisamos embarcaciones en el entorno. Tom estaba seguro de que navegábamos hacia el Norte; eso le indicaba la brujulita que tenía y el GPS del barco. Según sus cálculos, al anochecer estaríamos cerca del Yemen que, pese a sus conflictos o precisamente por ellos, podría ofrecernos más facilidad para no ser abordados.

Pero como la suerte es inconstante y voluble como una adolescente, cuando más confiados estábamos se nos echó encima un viejo buque, cuya bandera no conseguimos identificar, pero que con un cañonazo nos obligó a detenernos. No tardaron en abordarnos para comprobar la carga, comportándose a veces como policías, a veces como piratas. Pero la sorpresa mayúscula se la llevaron al encontrar en la bodega a la verdadera tripulación, maniatada y algunos casi desfallecidos. Esto hizo que nos desarmaran y pasáramos a ser considerados como piratas peligrosos. Mas como las cosas de esta enloquecida parte del mundo es imprevisible, cuando comprobaron que los recluidos en la bodega pertenecían a una facción yemení enemiga de ellos, nuestra situación cambió y nos consideraron como compañeros. No obstante, nos obligaron a seguirles hasta un cercano puerto, en el que uno de los jefes, más preparado, nos interrogó durante bastante tiempo, hasta quedar convencido de que nada teníamos que ver con sus luchas intestinas.

La verdad es que nos trató bastante bien e incluso prometió ayudarnos en la búsqueda de las monjitas, al enterarse de la finalidad de nuestras aventuras. Conocía el hecho y que habían sido adquiridas para la prostitución en Egipto.



IX

Donde se comprueba que la desgracia es más constante y frecuente que la suerte.

Estábamos contentos con los nuevos captores. Nos trataron bien, nos dieron de comer y beber en abundancia, nos prometieron ayuda y, encima, tenían bien sujetos a los piratas del barquito del que nosotros nos habíamos apoderado. De la mercancía –el coltán– se apropiaron, pues su valor es elevado y les sirve para adquirir armas con las que luchar contra facciones enemigas.

El jefe del grupo nos comunicó que el día inmediato partiríamos y procurarían, si era posible, dejarnos en la costa de Egipto o con amigos que nos acercarán a ella o a Sudán.

Bien temprano la nave puso rumbo al Norte, con ánimo de llegar cuanto antes al destino que tuvieran previsto; destino, por supuesto, que era distinto al nuestro, aunque de paso pudieran hacernos un favor.

Llevaríamos unas tres horas de navegación, cuando otro barco, moderno y bien equipado, se acercó al nuestro, que había reducido su marcha. Ya parados y muy cercanos, unas lanchas se nos acercaron y descargaron unas cajas que, con seguridad, contenían armamento chino o coreano, pues los rasgos de quienes las entregaron los delataban. La operación fue rápida y pronto la nave que suministró la carga, desapareció veloz.

Nuestro barco, ignoro si para dejarnos en Egipto o para entregar el armamento a otros, continuó navegando hacia el Norte. La mala suerte, sin embargo, hizo que nos encontráramos con una fraga-

ta inglesa, que nos obligó a aceptar sus órdenes de parada. Subieron a bordo varios militares bien armados y un oficial. Cuando registraron todo y encontraron las armas y municiones que no hacia mucho habían recogido del carguero coreano o chino, lo comunicaron al Capitán de la fragata, quien ordenó intervenir la embarcación y que los siguieran. Por seguridad envió más tropa y al enterarse de nuestra presencia, hizo que nos llevaran a la fragata para interrogarnos.

–Esto puede ser bueno para nosotros –comenté yo– pues somos occidentales.

–¡Hum! –gruñó Tom–. Yo no me fío mucho de los ingleses.

–Mejores que los salvajes con lo que tuvimos la mala suerte de caer, serán.

–Es posible... Ya veremos...

Una vez en la fragata, el Capitán, tras ordenar que nos cachearan, nos preguntó qué hacíamos con los piratas y quiénes éramos.

Tom, que dominaba el inglés mejor que yo, le dio cuenta de la finalidad de nuestro viaje por África buscando a una familiar mía, de cuanto nos había acontecido desde que salimos de España siguiendo la pista de Helena, hasta encontrarnos en la situación actual, pues habíamos tenido noticias de que fue llevada, con otras compañeras a Egipto, para explotarlas en la prostitución.

El oficial, que había escuchado atento sin interrumpir la narración, después de mirarnos atentamente y sonreír dubitativo, comentó:

–Como excusa inventada, está bien; ahora díganme la verdad. Los tres nos miramos sorprendidos e inquietos.

–¡La verdad es cuanto se le ha dicho! –exclamé, un tanto irritado.

–La verdad es que sois traficantes de armas y las pruebas las tenemos –dijo enérgico el militar.

–Las armas –aclaró Tom– son chinas o coreanas y fueron recogidas por los piratas no mucho antes de aparecer vosotros.

–Ningún navío chino o coreano ha sido visto por las muchas fragatas que vigilan estas aguas, según hemos ya comprobado. Las entregarían ustedes en algún sitio del Yemen, para venderlas a los países en conflicto.

Y sin dar opciones a cualquier réplica, ordenó a los subordinados que estaban a su alrededor:

–Encerrarlos hasta que llegemos a puerto.

–¿Qué te decía yo...? –me susurró Tom.

No quise hacer ningún comentario, pues tenía razón. Y a pesar de todo no nos fue muy mal, porque no tardaron mucho en entrar en esta especie de calabozo, el piloto del carguero donde nos trasladábamos y dos marinos más, con inequívocas señales de haber sido maltratados.

–¿Qué ha pasado? –pregunté.

–El hábil interrogatorio de los ingleses –respondió sarcásticamente el piloto–. Y lo extraordinario –continuó– es que ignoro las causas. Ellos saben de siempre que traficamos en armas. En todas las ocasiones que nos avistaron, se hicieron los distraídos, seguramente porque estaban implicados. Así que, sin temor alguno, nos cruzábamos y a veces incluso nos saludábamos. Este cambio debe proceder de las altas instancias. La política por estas tierras y mares es de locos.

–No se puede confiar en ellos –afirmó de nuevo Tom.

Permanecimos todos callados largo tiempo. Sólo el gemido de algún lesionado al moverse o rozarse una herida. Anika, entre asustada y asombrada, nos miraba fija como queriendo preguntar sobre lo que ocurría, pero sin atreverse, pues o no se fiaba de los nuevos arrestados o temía hacerse muy visible como mujer atractiva, que formaba grupo con dos occidentales, como si fueran familiares.

El tiempo adquiere duración variable, según las condiciones en que se vive; se hace más largo o más corto para el sujeto inmerso en la circunstancia especial que tensa o distiende su existencia en un

momento dado. La medida temporal, por tanto, nunca coincide con la vivida. Digo esto porque no se cuanto tardó la fragata –mucho o poco tiempo– hasta llegar al puerto (más bien embarcadero o improvisada base militar). Allí nos sacaron del encierro a Tom, Anika y a mí; al resto, la tripulación apresada del barco abordado, no sé a dónde la llevaron ni qué trato le dieron.

A nosotros, maniatados, nos trasladaron a una especie de cuartillo en el que nos esperaba, sentado tras una pequeña mesa, un militar cuya graduación no descifré, pero que debía ser superior a la del Capitán del navío. Durante mucho, muchísimo rato, nos estuvo haciendo preguntas, tratando de encontrar en nosotros malhechores traficantes de armas para las múltiples facciones, agrupaciones o bandas, podéis elegir el nombre, que siembran de muerte y horror la región. Claro que ellos no se incluían entre los pirómanos que tenían incendiado todo el Oriente Medio.

Como siempre, nos limitamos a insistir en el objetivo de la búsqueda de Helena, historia que nadie creía, tal vez porque en sus corazones no existía cabida para el bien y las sanas intenciones.

Lo único positivo que sacamos del largo y pesado interrogatorio, fue que ellos tenían conocimiento del rapto de las monjitas del Centro congoleño y que estuvieron en poder de un jeque saudí o yemení, al que las chicas consiguieron exasperar, pese a los castigos que éste les infligía; exasperación que lo llevó al extremo de donarlas a los palestinos con objeto de que las usaran como chantaje a los israelíes. Por lo demás, insistió en que éramos colaboradores del tráfico de armas con chinos y coreanos, y con una dureza impropia de un militar de Occidente, nos recluyó, en condiciones inhumanas, en una pseudo prisión bajo tierra, a la espera de que mandos superiores decidieran sobre nosotros.

Allí estuvimos, mal alimentados, con sed insoportable y calor agobiante, dos inacabables días. Anika, un autentico primor femenino, con tantas malandanzas y padecimientos, se había deteriorado

de tal manera que parecía una anciana, arrugada y torpe, con aspecto de bruja de un bosque de cuentos infantiles, lo que, en buena lógica, la había librado de agresiones físicas y sexuales; también Tom y yo habíamos envejecido y las barbas, sin afeitar y canosas, nos daban aspecto de seres semiacabados... Yo, en verdad, sí que lo estaba, mas Tom, estoy seguro, fingía mucha más debilidad de la real y la torpeza de sus movimientos, como de anciano, era falsa.

Cerca del anochecer del segundo día en el que se había ido la fragata, sonó el ruido de unos aviones que se acercaban. Esto provocó que la tropa existente en el embarcadero –era eso en realidad el supuesto puerto o base– corriera a resguardarse en refugios parecidos a nuestra prisión y a disparar con ametralladoras a los aéreos visitantes (tal vez sirios o palestinos), que no tardaron en soltar una eficaz y potente descarga sobre los pocos edificios existentes, los refugios subterráneos y quienes manejaban las armas en tierra. En poco más de veinte minutos quedaron destruidos el embarcadero, los edificios y la mayoría de los refugios; y mientras las explosiones se sucedían, pensamos que la muerte nos eligió de forma inesperada, para dejarnos eternamente cubiertos por la tierra que se desprendía del techo de la prisión. Pero esta vez la suerte nos protegió, pues igual que las explosiones hundían la techumbre, hicieron también que la puerta saltara como si fuera de porcelana, permitiendo que, agazapados, pudiéramos alejarnos del lugar bombardeado.

Los marinos negros, que debían conocer el terreno, corrieron como gamos hacia el interior, perseguidos por varios soldados; nosotros, mayores y más lentos, preferimos escondernos en un edificio destruido y apartado, esperando la noche. Cuando ésta llegó y todo parecía calmado, nos acercamos a la playa. Sólo el rumor de las olas rompía el silencio. Ninguna luz denunciaba personas no deseadas. Con mucha precaución fuimos marchando hacia el Norte, guiados por la práctica brujulita de Tom. Como en el cielo brillaba una luna creciente, veíamos lo bastante para alejarnos lo más posible de los ingleses.

Caminamos varios días, ocultándonos de día y marchando por la noche. El problema de la alimentación casi lo solucionamos con la pesca, no muy abundante, pero sí lo suficiente y con raíces de arbustos que Anika sabía eran comestibles; el problema del agua sí fue acuciante y si, por fortuna, no tropezamos con una aldea pequeña, en la que nos facilitaron un par de garrafas y unos pocos alimentos, hubiéramos perecido. ¡Quién diría que estábamos en el país que creó una civilización de las más antiguas del mundo, cuyos restos nos causan admiración!

No nos atrevimos a pedir más ayuda a los pocos aldeanos, pues se mostraban esquivos y reservados. Nos pusimos otra vez en marcha, como atrevidos exploradores, deseando encontrar alguna ciudad costera. Yo conocía el interior, visitado para ver restos arqueológicos, pero ningún sitio medianamente habitable junto al Mar Rojo, aunque existían varias ciudades. Nos encontrábamos descansando y reponiendo fuerzas, cuando divisamos un pequeño barco que, sin duda, se dirigía hacia el Norte. Tan hartos nos sentíamos que no nos importó quienes fueran: comenzamos a hacerles señales pidiendo socorro, encendiendo incluso fuego en unos matorrales. Nos vieron y echaron al agua un pequeño bote, de éstos que se usan para escapar de la nave en peligro. Por una vez la diosa Fortuna nos fue propicia: eran franceses y nos recogieron e informaron de que habían sido contratados por una Organización ecológica, para estudiar y hacer un reportaje del Canal, el Mar Rojo y el Golfo Pérsico con el tráfico petrolero; pero dada la conflictividad de la zona, habían decidido no realizar el trabajo y regresar a Europa.



Por nuestra parte les contamos nuestras peripecias en la búsqueda de un familiar que, según las últimas indagaciones, debería encontrarse en Palestina o en Israel.

—Lo siento por vosotros, pero todo esto es un polvorín. Yo estoy deseando encontrarme de nuevo en París y en mi laboratorio — nos confesó con toda sinceridad el encargado.

Durante el trayecto comimos bien, nos duchamos y rasuramos y hasta nos facilitaron ropa, con lo que volvimos a parecer personas normales. Anika, aunque muy delgada, consecuencia de las necesidades pasadas, por lo menos recobró parte de su atractivo. El viaje resultó un descanso que nos hizo recuperar fuerzas e incluso entusiasmo. El personal nos trató con respeto y delicadeza. Antes de desembarcar nos despedimos y les agradecemos la ayuda y comportamiento que habían tenido.

Ya solos, conseguimos llegar a El Cairo, y en el primer hotel que hallamos, me puse en contacto con mi socio, informándole de lo acontecido. Le rogué transferencia de fondos y que hiciera gestiones para que nos facilitaran el desplazamiento a Israel, país en el que creíamos se encontraba Helena.

Como siempre, actuó con rapidez y en pocos días teníamos ya dinero e incluso los billetes de avión para Tel Aviv, así como una carta de recomendación del embajador israelí en Madrid para que su Ministerio nos ayudara en lo que pudiera.

En algo más de una semana, desde la llegada a El Cairo, estábamos ya en Israel. Los servicios del Ministerio de Exteriores, con la carta de su embajador en España, nos atendieron con prontitud y eficacia, de manera muy especial, porque uno de los funcionarios que nos atendió era sefardí y tenía un fuerte afecto a todo lo español.

Nuestra pretensión de encontrar unas mujeres raptadas, sin saber con seguridad el sitio donde estaban, comportaba dificultades y peligros difíciles de superar por sólo tres personas, ignorantes, además, de los lugares en la zona donde la vida carece de valor, y sólo el

fanatismo político-religioso y el dinero imperan. Sin la astuta colaboración del improvisado amigo sefardí, habiéramos necesitado un milagro... Él, por su puesto, se aprovechó de la eficacia de los servicios secretos y del entramado que tenían por todo el mundo, de manera acusada en Oriente medio, con infiltrados y agentes inteligentísimos muy preparados, que les permitían conocer los entresijos de todas las bandas, asociaciones, traficantes, malhechores, radicales y facciones, así como sus actividades, proyectos, programas y objetivos. No tardó mucho en saber qué había sido de las raptadas del Centro del Congo. Unas, efectivamente, las canjearon los palestinos con el gobierno israelí por unos prisioneros, sin ningún relieve, pero que ellos, los palestinos, creían importantes; otras, que no pudieron resistir, perecieron en poder del jeque. De las canjeadas, tres pidieron que las dejaran ir a Siria, donde tenían un Centro, para proteger y ayudar a los niños de los horrores que durante cinco años padecía el país. Y si bien, en principio, las autoridades se negaron, la insistencia de ellas, de forma tenaz de la que dirigía el grupo, llamada Teresa de Jesús, hizo que se accediera a sus deseos porque, después de todo, no eran israelíes, ni podía temerse de ellas ninguna acción perjudicial para el país; por el contrario, más bien podría ser positivo, pues lo que pretendían era ayudar a los más débiles e inocentes: los niños.

Se les insistió, además, en que fueran conscientes de los riesgos que corrían, sin protección de ninguna fuerza ni de ninguna nación. Así, pues, se limitaron a dejarlas en la frontera Siria, dotándolas de un viejo vehículo todo terreno, como donación barata, y varias provisiones.

El día que el sefardí me dio estas noticias, yo, por si no conseguía verla, escribí y coloqué entre mis documentos, esta carta o, mejor, confesión, para que le fuera entregada, por mis compañeros o por cualquier buena persona a la que, por simple azar, llegara a sus manos.

HELENA: Me resisto a llamarte madre Teresa de Jesús, por-

que en mi recuerdo permaneces como aquella casi niña o casi mujer que conocí en mi adolescencia y que amé o, mejor, adoré como la criatura más bella, buena y admirable de este mundo. Estos adjetivos te parecerán falsos pues no fui capaz de abandonarlo todo por ti. Y llevarás razón en una cosa: en mi falta de capacidad, de fortaleza, de genio para buscarte, para no sobreponer tu persona a cualquier otro propósito o idea. Fui débil, cobarde, asustadizo y me dejé enredar por los argumentos de mi padre que, aunque fuertes y tal vez de peso, no valían nada sin ti.

Mi padre había sufrido y padecido las consecuencias y miserias de una guerra fratricida y sin sentido; había pasado hambre, sudado en trabajos mal pagados, para desarrollar un ideal de vida sin necesidades esenciales. Influyó en mí para que dedicara todos mis esfuerzos en escapar de la trampa de un trabajo dependiente de otros, que se beneficiarían del fruto obtenido; había que alcanzar poder económico, ser “alguien” –así decía– a quien se respeta y para el que se utilizan las capacidades propias; es decir, había que conseguir riqueza para no estar sujeto a nadie y, si se repetía otro drama de dolor, miseria y muerte como el pasado, poder huir a otro lugar pacífico.

Lo malo o equivocado de este planteamiento, es el olvido de que vivir implica, también, convivir, tener alguien cerca con quien compartir tus éxitos o fracasos. Y de este vivir–con, omitió y yo también, vivir contigo, luchar por ti, para los dos, para quienes Dios nos otorgara. De todo esto, estúpido, me he dado cuenta ahora, cuando he conseguido lo diseñado por mi padre. Mas al comprobar todo lo conseguido, compruebo también que, con tanto esfuerzo, he convertido mi vida, mi existencia, en una inmensa soledad sin sentido, vacía... ¿Para qué todo lo alcanzado, a veces hiriendo sin querer, eso te lo aseguro, a otros, si nadie está a mi lado, si no oigo una voz querida que se interese por mí, que impida esa soledad, cada vez más densa y agobiante, que me envuelve? Por muchos amigos que tengas, por muchas compañías que compres o atraigas con tu dinero o poder,

siempre llega un momento –terrible– en que los amigos se ausentan, las compañías femeninas profesionales se marchan, con su salario cobrado, y tú te quedas en las sombras oscuras de la noche, en tu casa, con el silencio de tu soledad, que no llenan los mil juguetes que la moderna civilización ofrece para escapar de uno mismo, con sus historias falsas y música en conserva.

Helena, ha sido en esta fase de mi vida, cuando tu recuerdo, mi amor juvenil desinteresado y puro, han renacido con tanta fuerza, que no sé y no quiero vivir sin ti, sin oír tu dulce voz, sin ver el brillo inocente de tus ojos.

No ignoro que, con el tiempo, tú has encontrado otro Amor con el que yo ni puedo, ni soy capaz de competir; pero tampoco tengo fuerzas para renunciar a verte, a estar a tu lado, siquiera sea unos momentos, y a ayudarte, si lo permites, en tu heroica tarea de hacer el bien. Por eso sólo me he alejado de mi casa, de mis bienes, de mi aburrido existir, y he recorrido estos inhóspitos territorios en tu búsqueda, no con la idea de reconquistarte, sino para ofrecerte cuanto poseo, para rogarte que me perdones la inmensa cobardía de no haberte valorado y defendido por encima de las apetencias de poder y riqueza y por si, humildemente, puedo desterrar mi soledad en la compañía de los tuyos, aunque no sirva para otra cosa que ser vuestro humilde y callado recadero, con la sola paga de que, alguna que otra vez, me mires con piedad y me sonrías.

Debo confesar, antes de seguir con este manuscrito de las peripecias vividas en tu busca, que lo escribo por si algo me impide verte, y con la esperanza de que alguien pueda llevártelo y conozcas mi error y equivocación en el camino seguido, y así conseguir tu perdón por el abandono del más bello proyecto de mi vida.

Y ahora prosigo con los hechos.

X

De cómo se sufre y se muere en la fea negrura del infierno.

Nuestro nuevo amigo sefardí no sólo obtuvo información de lo sucedido con las monjitas del Centro congoleño, sino que fue más allá en nuestro beneficio y consiguió conocer a qué lugar de Siria fueron a parar Helena y sus compañeras: la ciudad de Aleppo, en la que existía un hospital–asilo de niños huérfanos, abandonados o heridos.

Sólo faltaba, pues, para conseguir el fin de este viaje, llegar hasta el lugar donde se encuentra; pero las circunstancias conflictivas del país, recrudescidas en aquel lugar, implicaban un serio peligro que yo, por mi afecto a Tom durante muchos años y el nacido hacia Anika desde que nos acompaña, me impedía exponerlos. Desde que conocimos la localización, estuve pensando cómo solucionar este problema, sin que se molestaran, y no encontré otro medio que exponerles la verdad de mis intenciones: ir solo. Pero nada más decirlo, ambos montaron en cólera: no habían soportado tantos esfuerzos y sufrimientos para ahora, al final, quedar quietos y tranquilos abandonándome.

Yo los coaccioné con renunciar a la búsqueda si no me dejaban hacerla solo y ellos aseguraron que, a estas alturas de la aventura, irían ellos si yo desistía de completarla. No hubo, por tanto, forma de convencerlos, por lo que, tras mucho discutir, acepté que se expusieran conmigo a los peligros que implicaba ir a Aleppo, ciudad estos días bombardeada, conjuntamente, por los rusos y el dictador de Siria.

Estudiada la ruta a seguir, asesorados por el israelí y adquirido un potente todo terreno –para algo tenía abundantes medios enviados desde España– la madrugada del diez de septiembre de este año (2016), nos pusimos en marcha por un lugar no muy vigilado y con un soborno dispuesto, por si fuera necesario. No hace falta decir los nervios y preocupación que teníamos. Por un lado las fuerzas del dictador y por otro los múltiples rebeldes, no cesaban de atacarse con saña, conquistando y perdiendo, alternativamente, posiciones, y dejando cientos de muertos y heridos entre los escombros de edificios destrozados por misiles y bombas, que la aviación rusa y siria lanzaban sin descanso.

Para cualquier persona imparcial, lo que tratábamos de hacer constituía una auténtica locura; para nosotros un firme propósito sumirnos en aquel infierno de fuego y muerte, que nos rodeaba cada vez más estrechamente... A nuestro favor juega una enorme confusión: nadie sabe con certeza quién es la persona o personas con las que tropiezas, si enemigos o de la propia facción. Muchos, sin embargo, disparan por si acaso.

Llevábamos dos días de un lado para otro, esquivando los lugares que parecían más activos en los tiroteos y escaramuzas. Hasta que, como era inevitable, un grupo armado hasta los dientes nos cercó y obligó a ir a una especie de refugio donde se habían instalado. Como no hablaban inglés ni francés, ni nosotros su lengua, tuvieron, por una vez, el sentido común de no fusilarnos e ir por un intérprete... Cuando, después de larga espera, llegó éste que, por ventura, hablaba muy bien el español, le explicamos quiénes éramos, lo que buscábamos y que de espías, como sospechaban al principio, nada. Sólo queríamos llegar al Centro u Hospital donde creíamos estaba la mujer a quien buscábamos.

Debió considerar verdad nuestra explicación porque, tras hablar largo rato con el grupo, se nos acercó para decirnos:

–Por el camino que habéis escogido es muy difícil llegar a Aleppo. Por otra parte, allí es donde están atacando con más fuerza el

dictador y la aviación rusa. El Hospital que buscáis está en nuestro poder y, en efecto, los heridos y niños reciben ayuda de unas jóvenes extranjeras. Yo voy a intentar llevaros por caminos más seguros. Así lo hemos acordado.

Ninguna noticia mejor para mí y los míos. Según su plan, no en mi vehículo sino en otro más deteriorado y discreto, guiados por el intérprete, nos pusimos de nuevo en marcha, por malas carreteras, sembradas de baches y trozos deshechos. Por fin avistamos Alepo. Por los cuatro costados se levantaban columnas de humo y se elevaban lentas y negras, como si procedieran de enormes chimeneas o activos volcanes; pero no, eran el resultado de un reciente bombardeo. Conforme nos acercábamos, el ruido de baterías y de metralletas aumentaba.

–Mal momento este para entrar –comentó el intérprete.

–Deberíamos aguardar a que anochezca –apuntó Tom.

–Sí, esperaremos al abrigo de aquel montículo –propuso el árabe.

Agazapados, para no ser vistos, permanecimos hasta que las sombras de la noche cubrieron el paisaje. Entonces, con gran cuidado, nos acercamos a los primeros edificios. De improviso unos rebeldes que vigilaban se acercaron, apuntándonos con sus armas. El árabe se acercó a ellos, seguramente les informó que éramos del mismo bando, pues nos hizo señales para que le siguiéramos. Nos llevó a un edificio cercano, medio derruido, y dentro, iluminado por la débil llama de una lámpara de aceite, explicó:

–Callejear en la ciudad, aparte de difícil por los escombros, es arriesgado, pues todos, los nuestros y los otros, disparan sin preguntar sobre cuanto se mueve. Descansaremos aquí, comeremos algo y al amanecer reanudamos la marcha con más seguridad. Nada opusimos. Yo estaba impaciente pero me callé y obedecí. Como siempre, saqué mi bloc, donde anoto los sucesos del día. Quiera Dios que mañana encontremos a Helena.

.....

Soy Tom y voy a escribir esta última parte del manuscrito. El socio de Carlos, después de leerlo, me ha rogado que termine la narración que Carlos fue haciendo durante el viaje. Y con emoción y pese a mi falta de experiencia, voy a intentarlo, en recuerdo de una persona a la que quise como a un hermano.

Pasó la noche, aunque creo que nadie durmió, sobresaltados por los disparos que, esporádicamente, se escuchaban. Antes de salir el sol, con la luz que se escapaba por el horizonte, nos pusimos a caminar, despacio y atentos, aún cuando estábamos en la zona rebelde, en la que el interprete tenía los compañeros. Por callejuelas llenas de rípios y de edificios semidestruidos, nos fuimos acercando al Hospital.

–Ya queda poco –afirmó el árabe–. Aquel lugar, por sus fines, es respetado por todos y estaremos seguros.

Seguimos en silencio y con precaución. Por el ruido de las detonaciones y explosiones, la lucha debía haberse reanudado con ferocidad. Nosotros, uno tras otro, resguardados por las paredes que aún quedaban en pie, procuramos avivar el paso.

–Tenemos que cruzar esa calle –advirtió el intérprete– y debemos hacerlo corriendo. A poca distancia está ya el Hospital. Seguidme.

Corrió hasta la esquina de la otra calle, yo a continuación y detrás Anika, seguida de Carlos. Pero por mala suerte o error, alguien de los combatientes se dio cuenta y soltó una ráfaga de disparos. Ya habíamos pasado la calle los dos primeros y a punto estaban Anika y Carlos, cuando volvieron a disparar, hiriendo a ella en una pierna y dando de lleno a él, que trató de protegerla poniéndose a su lado.

Al darnos cuenta, el intérprete y yo nos acercamos a ambos y al ver la gravedad de las heridas de Carlos, lo cogí en brazos y grité al árabe: ¡Vamos al Hospital, ayuda tú a Anika!

Corriendo cuanto pudimos, sin preocuparnos porque dispararan de nuevo, llegamos al Hospital, que está en la siguiente esquina, y sin preguntar nos dirigimos a los quirófanos. Un médico que salía de ellos nos atendió e hizo que colocáramos a Carlos en una camilla. Lo examinó rápido, desprendiendo la ropa, y con otros compañeros o enfermeros, trató de contener la hemorragia.



Bombardeo en Alepo – ABC

Nos miró indicando la gravedad de las heridas y que era imposible, en estos momentos, extraer todas las balas. Además, añadió, según me tradujo el intérprete, tenía afectados órganos esenciales, difíciles de intervenir con éxito en las actuales circunstancias. Se limitaron a taponar y vendarlo todo, para tratar de contener la salida de sangre.

Anika tenía astillado el fémur por una bala, pero no corría peligro. La entablillaron y vendaron, recomendando que no se apoyara en el pie, para lo que le facilitaron una muleta.

Yo estaba deshecho y lloroso por todo lo ocurrido. Entonces me acordé de Helena e hice que el intérprete preguntara por ella. Le dijeron que estaría en la Sala de niños, como era lo más frecuente, paralelamente situada a la que nos encontrábamos.

Sin dudarle me dirigí en su búsqueda. En la Sala infantil había dos monjas a las que me acerqué con rapidez.

–¿La Madre Teresa de Jesús? –pregunté.

–Una se volvió hacia mí con sorpresa. Por su bello rostro, del que se desprendía bondad y seguridad, comprendí que era ella.

–Helena –le dije– estoy aquí con Carlos, que ha venido a buscarla, pero ha sido herido muy grave, venga a verlo.

Sin la menor indecisión y sin soltar siquiera un ramo de rosas rojas que llevaba, posiblemente para los niños, se vino presurosa detrás de mí a la habitación donde se hallaba Carlos y Anika. Al ver el estado en que se encontraba, le saltaron abundantes lágrimas mientras, temblorosa, pronunciaba su nombre.

–¡Carlos! ¡Carlos!

Ignoro si por un milagro o porque Carlos oyó la voz de Helena, abrió los ojos y, tenuemente, exclamó:

–¡Helena! ¡Helena!

Dejando las rosas sobre el pecho de él, ella le cogió las manos y las estrechó entre las suyas, besándolas.

–Helena –continuó, con voz cada vez más débil– perdona que te abandonara. Fui cobarde y torpe, dejándome conducir por otros caminos... Pero nunca te olvidé...

–Ni yo tampoco. Dios ha permitido que te siguiera queriendo y pensando en ti... ¡No vayas a abandonarme ahora!

Y levantando la vista, como dirigiéndose al cielo, de forma entrecortada, fue hablando:

–No me lo alejes ahora que está a mi lado. Cúralo y que viva, como yo he rogado siempre...

Anika, que se había abrazado a mí y ya entendía bien el español, lloraba silenciosa y emocionada, igual que yo lo hacía. Incluso el intérprete estaba conmovido.

De repente se oyó la aviación y poco después, explosiones muy cercanas del bombardeo.

–No preocuparos –nos calmó el intérprete–, este edificio lo respetan.

Pero no había terminado de afirmar esto, cuando se tambalearon las paredes. Corrí y empujé la camilla con Carlos y Helena a un rincón, para que no les cayeran los pedazos de techo que empezaban a desprenderse y rápido cogí a Anika en brazos y nos refugiamos en otro. Pero una bomba debió caer sobre el tejado e hizo que el suelo de la planta de arriba y parte de los muros se derrumbaran en la habitación donde nos hallábamos. Esta vez no respetaron el Hospital y por lo que se escuchaba, estaba casi todo destruido o a punto de quedar transformado en escombros.

Con los brazos protegiéndonos la cabeza, Anika y yo pudimos evitar un golpe mortal. Miré al lugar en que había colocado a Carlos y Helena y, con gran horror, vi que todo estaba cubierto de piedras y ripios.

–¡Maldita sea! –grité.

Me dirigí al rincón aquel y empecé a retirar con furia todo lo desprendido. El intérprete, que también había escapado ileso, me ayudó a conseguir descubrir a Carlos y Helena. Él no respiraba ya, bajo tanto escombros, ni su corazón latía: la vida se le fue en el momento que pudo ser el más feliz de los hombres; ella tenía el pecho hundido y destrozado por un gran peñasco; el rostro lo conservaba intacto, bello y casi sonriente.

Al comprobar la muerte de mi amigo y de la mujer de sus sueños, no pude evitar gritar con todas mis fuerzas:

–¡Malditos asesinos! ¡Malditos los creadores de odios! ¡Malditos los que provocan las guerras! ¡Malditos los ambiciosos de poder y riquezas! ¡Malditos los que no respetan la vida!

–Vámonos –me aconsejó con afecto el intérprete– aquí no hacemos nada.

–No, yo me llevo sus cuerpos. Ayúdame a ponerlos en la camilla.

No opuso reparo y colocamos muy juntos a Carlos y Helena, cubiertos por una sábana que encontramos. Con mucho trabajo, conseguimos sacarlos a la calle.

–Nuestro vehículo está muy lejos, ir y volver es casi suicida –comentó el árabe.

–Veo –le señalé– que hay varias ambulancias abandonadas, tal vez porque los conductores han huido del bombardeo. Comprémos si alguna funciona.

Lo hicimos y tras varias decepciones, encontramos una que nos podía servir. Colocamos los cuerpos dentro, acompañados de Anika y nosotros delante, uno armado, por si hacía falta y otro conduciendo.

–Yo estoy harto de esta lucha loca y sin final claro. Me voy con vosotros a Turquía, que es el país más cercano a Aleppo. Allí podéis seguir camino del vuestro.

–Está bien –asentí–. Yo con poder comunicarme con España, me basta.

–La frontera, desde aquí, esta cerca –comentó–. Esperemos no tener problemas.

Y por la ruta que consideró menos arriesgada y más fácil, nos dirigimos al nuevo destino. Cierto que nos encontramos por el camino vehículos militares o facciosos, cualquiera sabe, pero el hecho de ir en una ambulancia a todo gas no les produjo recelos y muchos hasta se apartaron para darnos paso.

Ya en el puesto fronterizo, el árabe estuvo largo tiempo hablando con los guardias; yo, pesimista por cuanto nos había acontecido, creí que no nos iban a dejar pasar. Al final, después de examinar el contenido, todo se resolvió con algún dinero: el soborno es el “leitmotiv” que prolifera en estos miserables conflictos. Abreviando, pues no tengo ni ganas ni humor para alargar y adornar este relato, conseguimos llegar a Ankara, pese a que nos encontrábamos lejos. En contacto con el socio de Carlos, éste, con sus influencias en Madrid y en la propia Turquía, en la que había realizado trabajos, nos consiguió un avión de transporte alquilado y en un gran cajón metálico, que nos facilitaron en el aeropuerto, colocamos a Helena y Carlos.

El interprete árabe, que nos ayudó en todas las acciones y gestiones, tenía decidido, como antes nos expuso, quedarse en este país y Anika y yo, la mañana de un miércoles que recordaré siempre, después de varios días de espera, partimos para España en un incómodo avión de transporte, pero que nos pareció algo así como un pájaro angélico que nos libraba del infierno.



Estambul, Santa Sofía – Riccardo

XI

Unidos más allá de la vida

Don Ramón, el socio y amigo de Carlos, nos esperó en el aeropuerto. Me abrazó, yo le presenté a Anika y juntos presenciábamos como descendía la caja de latón con los seres queridos. Él estaba visiblemente emocionado, y un poco enronquecido, dio órdenes para que los trasladaran al sitio donde iban a ser incinerados, según me dijo.

–Es mejor así –manifestó–. Mañana, cuando nos los entreguen, los llevaremos a su lugar definitivo. Ya verás. Ahora vamos a mi casa y descansáis; tenéis preparadas las habitaciones de invitados.

Como ya le había contado los últimos acontecimientos, ni yo, ni Anika, teníamos ganas de hablar. Ya en su casa, nos indicó las habitaciones a ocupar.

–Si queréis –propuso– como aún es temprano, podéis ir a compraros alguna ropa a la tienda existente en el bajo. Ya he dicho que me carguen cuanto necesitéis, y no andaros con cortedad. Ahora tengo que hablar con unos clientes; por la noche nos veremos aquí para cenar.

Nosotros hicimos uso de su ofrecimiento y como, efectivamente, carecíamos de ropa, bajamos y adquirimos, con prudencia, lo que consideramos necesario.

Por la noche cenamos juntos y nos hizo preguntas sobre el viaje, pese a que se le había contado todo.

–Mañana, cuando nos entreguen las cenizas, iremos a depositarlas –volvió a repetir.

Vino el nuevo día y sobre las doce fuimos juntos a recoger las cenizas. Nos entregaron dos ánforas decoradas, con los nombres de cada uno. Don Ramón cogió una y yo la otra y subidos al vehículo, nos dirigimos al lugar elegido, que yo ignoraba de momento. Mas, conforme avanzábamos, comprendí que no era otro que la residencia, –casi terminada cuando emprendimos la aventura– en la que quería vivir Carlos hasta el fin de su vida solitaria.

El chalecito lo había terminado don Ramón, de acuerdo con las ideas que conocía del socio. Es un edificio bellissimo, frente al mar, inundado siempre de la luz mediterránea y con un espléndido jardín, no muy grande, pero diseñado con gusto. Anika estaba deslumbrada. Entramos. Hay varios operarios, con una grúa que sostiene una enorme piedra de granito, cuadrada más de la mitad, pero terminada por arriba en una pirámide, toda muy bien pulida y destinada a ser la pared en la que se situaría un caño de agua, que recogería un bellissimo estanquito. Los obreros tenían, también, una cajita metálica, con los bordes plateados y volumen suficiente para las cenizas.

Don Ramón me ordenó coger una de las ánforas y él tomó la otra; a su indicación, las vertimos simultáneamente en la caja metálica en la que se iban mezclando. Luego un operario soldó todos los bordes, de forma que fuera imposible abrirla. Antes de introducirla en un hueco abierto en la parte inferior de la piedra de granito, don Ramón agitó la caja para que se mezclaran mejor las cenizas y la colocó cuidadosamente dentro; después, una vez bien sujeta allí, la gran piedra se situó, con la grúa, en la parte superior de la fuente, también de granito, sujeta además con unas barras de hierro que penetraban por agujeros hechos en la base y rellenos de una lechada de cemento, lo que transformaba al conjunto en una sólida y única pieza.

Cuando todo estuvo terminado, y el cañito de la pared comenzó a echar agua, Don Ramón se persignó y en voz baja, murmuró: ¡Que Dios os tenga siempre unidos y os dé felicidad!

Anika, acurrucada en mí, lloraba silenciosa. Don Ramón me cogió del brazo mientras nos trasladábamos al auto, y me dijo: mañana volveremos y organizaremos esto. Vámonos. Y regresamos a su casa donde, provisionalmente, nos había acogido.

El día inmediato, en efecto, fuimos de nuevo al chalet. Vimos y examinamos todas las habitaciones, el salón, la terraza, el jardín todavía no terminado y contemplamos, sin obstáculos ni edificaciones interpuestas, el mar tranquilo, reflejando un brillante sol de mediodía.

–Es todo precioso –comenté, lástima que Carlos no haya llegado a disfrutarlo en vida.

–Yo he pensado –me dice entonces don Ramón– que seas tú quien lo ocupe, ya que eras para él como un hermano. Más claro aún: tú eres el dueño, con la única obligación de cuidar la fuente donde ellos están. Sé que lo harás con cariño.

–Pero...

–No me repliques. Esto era suyo y Carlos no tiene herederos de sangre. Por afecto te corresponde a ti y, si alguna vez eliges compañía, también a ella. Anika, el tiempo que tú quieras, puede estar también aquí.

–No podré quedarme mucho, pues no soy española –objetó.

–Eso tiene fácil arreglo, Anika –le indiqué–. Te casas conmigo, si quieres y te apetece, y tendrás la nacionalidad de inmediato.

–¡Sí quiero! –casi gritó ella con toda su alma.

–Pues, entonces, todo arreglado –sonrió don Ramón.

Terminamos lo poco que le faltaba al chalet y con un préstamo de Don Ramón, lo amueblamos de forma sencilla pero bonita y agradable; las plantas del jardín florecieron. Anika, pese al poco tiempo que estuvimos con Helena viva, quedó tan impresionada por su belleza, por la mística bondad que se desprendía de sus gestos, por la mirada limpia y cariñosa de sus ojos, por el valor y energía demostrados, que todo ello la conmocionó y provocó que quisiera

hacerse, como se hizo, cristiana, una vez conocidas a fondo las ideas que daban fuerza a una mujer, aparentemente débil, para afrontar tantas dificultades con serenidad. Y llegó el día más memorable que yo recuerdo, pues en él recibió el bautismo, la primera comunión y se casó conmigo.

Don Ramón, siempre tan espléndido y generoso (así lo fue también Carlos en vida), actuó de padrino en todos los actos, junto con la esposa. Todo lo celebramos en la intimidad y siempre con el recuerdo permanente de los ausentes.

–Te encargarás de la urbanización del Oeste, facilitando lo que haga falta y cuidando de que todo funcione. Después te pasas por la oficina para echarme una mano si hace falta y el resto del día libre, hasta que quieras jubilarte –me encomendó don Ramón en plan de trabajo.

Y así estoy pasando los días, junto a Anika. Por cierto que ha recobrado toda su escultural anatomía de ébano y su belleza inimitable. Incluso su pequeña cojera, causada por la herida de Alepo, disimulada con un elegante bastoncito, le otorga una gracia original. La gente la observa entre curiosa y admirada, si bien los hombres, cuando la acompañan y dada mi corpulencia, no se atreven a dirigirle ningún adjetivo.

Por las mañanas, antes de irme al leve trabajo que tenía encomendado, deposito con Anika un ramo de flores junto a la fuente y damos los buenos días a Carlos y Helena.

–Donde estéis, os deseamos la mayor felicidad... Buenos días, amigos.

De despedida, Anika y yo nos damos un beso, ella queda en casa con sus tareas y yo realizo mi cómodo trabajo hasta el regreso.

No quiero dejar en el olvido a una persona que quiso a Carlos con locura: Pepita.

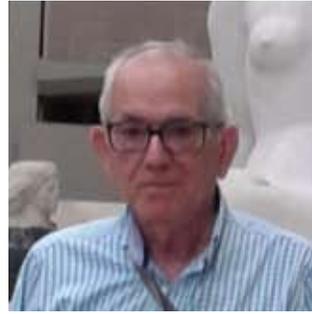
Cuando se enteró de lo sucedido, siempre tímida, me pidió permiso para venir de vez en cuando a traerles unas rosas. Y no hay

mes que, por lo menos un par de veces, no aparezca, con unos dulces hechos por ella para Anika y un ramo de rosas rojas para Carlos y Helena. Apenas habla. Tras saludarnos, muy humilde, camina a la fuente, se sienta en el pretil una vez colocadas las rosas, y durante largo tiempo permanece moviendo los labios, tal vez en un largo rezo o en un íntimo coloquio con el ser querido, que parece responderle con el cristalino rumor del agua.

Anika, al contemplar estas repetidas escenas, siempre me susurra: ¡Qué tres amores tan grandes y que desgracia no haberlos vivido!



Miguel Molina Rabasco, nace en Lucena. Desde muy joven ha de compatibilizar trabajo, formación y aficiones literarias. Estudia, por libre, en la antigua Escuela de Comercio de Málaga y, más tarde, se gradúa en Sociales, en la Universidad de Granada.



Inicia su colaboración en *"Mensaje aracelitano"* y continúa en los periódicos *"Producción"*, *"Luceria"*, *"Gaceta lucentina"*, *"La Voz"*, *"Córdoba"* y *"Sur"*, así como en revistas como *"Angélica"*, *"Araceli"*, *"Ilusión"*, *"Equal"* y en las diversas que, con ocasión de acontecimientos locales, se publican en la ciudad. Prologa, también, libros de los conocidos literatos Gómez Pulín y Espada Gómez.

Gran aficionado al teatro, en su libro *"Ensayos dramáticos y otros escritos"*, recoge algunas obras teatrales propias y bocetos basados en conocidos personajes.

El presente libro contiene tres narraciones en las que, aparte la trama argumental, aparecen como fondo hechos muy actuales, aún no concluidos y que, posiblemente, a corto plazo no desaparezcan definitivamente.

